

*mientay taut*

120



MINISTERIO  
DE CULTURA

Esta revista ha recibido una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año.

**consejo editorial** Alfons Barceló, Lourdes Benería, Ernest Cañada, Juan-Ramón Capella, Xavier Doménech, José Antonio Estévez Araujo, Josep González Calvet, Antonio Giménez, José Luis Gordillo, Elena Grau, Antonio Izquierdo, Carles Mercadal, Julia López, Miguel Ángel Lorente, Antonio Madrid, Xavier Pedrol, Alejandro Pérez, Gerardo Pisarello, Albert Recio, Víctor Ríos, Jordi Roca, Joaquim Sempere, Héctor C. Silveira Gorski, Giaime Pala, Verena Stoleke, Enric Tello, Josep Torrell

**consejo de redacción de esta entrega** Juan Carlos Abril, Juan-Ramón Capella, Luis García Montero, Antonio Giménez, José Antonio Estévez Araujo, José Luis Gordillo, Antonio Madrid, Carles Mercadal, Giaime Pala, Xavier Pedrol y Albert Recio

**dirección redacción** © Fundación Giulia Adinolfi – Manuel Sacristán  
Apartado de Correos 30059, Barcelona

**edita** **Icaria** ✿ editorial  
Arc de Sant Cristòfol, 11-23 / 08003 Barcelona  
[www.icariaeditorial.com](http://www.icariaeditorial.com)

**dirección suscripciones** Apartado de Correos 857, Barcelona

**cubierta y grafismo** Josep Maria Martí

**imprime** Romanyà/Valls, S.A.  
Verdaguer 1, Capellades (Barcelona)

**fotocomposició** Text-gràfic

**depósito legal** B-32.603-2012

**ISSN** 0210-8259


**publicación trimestral de ciencias sociales**

la revista admite colaboraciones en cualquiera de las lenguas peninsulares

## ÍNDICE

<b>La emergencia planetaria</b> por John Bellamy Foster y Brett Clark .....	5
<b>Una ojeada al terrorismo nuclear</b> por Xavier Bohigas .....	35
<b>Del Atlántico al Mediterráneo: Portugal, España y Grecia en busca de una salida</b> por Armando Fernández Steinko .....	53
<b>La influencia del neoinstitucionalismo en el discurso de la gobernanza</b> por José Antonio Estévez Araújo .....	83
<b>Como «argumento» pero también como «pretexto»: la retórica europeísta en la época socialista (1982-1992)</b> por Sergio Gálvez Biesca .....	111
<b>La época de lo posthumano. Lección magistral por el cumpleaños de Pietro Ingrao</b> por Pietro Barcelona .....	135
<b>Robert Castel (1933-2013). Un teórico de la sociedad salarial en tiempos de precariedad</b> por Laurentino Vélez-Pelligrini .....	161
<b>RESEÑA</b> <b>Pasado y presente del Soberano</b> por Giaime Pala .....	177
<b>CUESTIÓN DE PALABRAS</b> por Luis García Montero .....	183
<b>CITA</b> .....	187



 Impreso en papel ecológico  
(libre de cloro).



## La emergencia planetaria\*

JOHN BELLAMY FOSTER Y BRETT CLARK

El capitalismo está hoy atrapado en una, al parecer, *crisis sin fin* en la que el estancamiento económico y la agitación recorren el mundo.<sup>1</sup> Pero mientras el mundo se ha estado fijando en el problema económico, las condiciones mundiales medioambientales han empeorado rápidamente, enfrentando a la humanidad con su *crisis definitiva*: la de la supervivencia a largo plazo. La fuente común de ambas crisis se encuentra en el proceso de acumulación de capital. Igualmente, la solución debe buscarse en una «reconstitución revolucionaria de la sociedad en toda su extensión», yendo más allá del régimen del capital.<sup>2</sup>

Todavía es posible que la humanidad evite lo que el economista Robert Heilbroner llamó una vez el «Armagedón ecológico».<sup>3</sup> Los medios para la creación de un mundo justo y sostenible existen actualmente, y se encuentran ocultos en la brecha creciente entre lo que se podría alcanzar con los recursos ya disponibles y lo que el orden social dominante nos permite alcanzar. Es este potencial latente de un metabolismo humano con la naturaleza diferente lo que ofrece la llave maestra para una estrategia ecológica de salida.

---

\* John Bellamy Foster es editor de *Monthly Review* y profesor de sociología en la Universidad de Oregon. Brett Clark es profesor adjunto de sociología en la Universidad de Utah. El presente ensayo fue publicado en inglés en *Monthly Review*, vol. 64 (diciembre de 2012). La traducción al castellano es de Carlos Valmaseda.

1. John Bellamy Foster y Robert W. McChesney, *The Endless Crisis*, Nueva York, Monthly Review Press, 2012.

2. Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, Nueva York, Monthly Review Press, 1964, p. 2.

3. Robert Heilbroner, «Ecological Armageddon», en Warren A. Johnson y John Hardesty, eds., *Economic Growth vs. the Environment*, Belmont, CA, Wadsworth Publishing Co., 1971, pp. 36-45.

## El precipicio ecológico al que nos acercamos

La ciencia nos dice hoy que, como mucho, tenemos una generación para llevar a cabo una transformación radical de nuestras relaciones económicas y nuestras relaciones con la Tierra si queremos evitar un gran punto de inflexión o «punto de no retorno», tras el cual enormes cambios en el clima de la Tierra estarán probablemente más allá de nuestra capacidad de evitarlos y serán irreversibles.<sup>4</sup> En ese punto será imposible impedir que se sigan derretiendo las capas de hielo en la Antártida y Groenlandia y, por tanto, que el nivel del mar suba hasta «decenas de metros»,<sup>5</sup> ni seremos capaces de impedir que el hielo ártico marino desaparezca completamente en los meses de verano, o que el dióxido de carbono y el metano se liberen masivamente por la descomposición de la materia orgánica actualmente atrapada bajo el permafrost, suponiendo ambas retroalimentaciones positivas que acelerarían peligrosamente el cambio climático. Los acontecimientos climáticos extremos se volverán cada vez más frecuentes y destructivos. Un artículo en *Proceedings of the National Academy of Sciences* ha demostrado que la ola de calor récord que golpeó el área de Moscú en 2010 con efectos desastrosos fue cinco veces más probable en la década que terminaba ese año comparada con las décadas anteriores debido a la tendencia al calentamiento, que implicaba una «probabilidad aproximada del 80%» de que «no se hubiese producido sin el cambio climático». Otros ejemplos de clima extremo como la mortal ola de calor europea en 2003 y la grave sequía en Oklahoma y Texas en 2011 han demostrado estar vinculados al calentamiento de la Tierra. El huracán Sandy, que devastó buena parte de Nueva York y Nueva Jersey a finales de octubre de 2012, se vio amplificado en buena parte por el cambio climático.<sup>6</sup> El punto de cambio climático irreversible se fija normalmente en un aumento de 2 °C (3,6 °F) de la temperatura media global, que ha sido descrito como el equivalente a escala planetaria a «cortar la última palmera» en la isla de

4. Susan Solomon *et al.*, «Irreversible Climate Change Due to Carbon Dioxide Emissions», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 106, n.º 6 (10 de febrero de 2009), pp. 1.704-1.709; Heidi Cullen, *The Weather of the Future*, Nueva York, Harper, 2010, pp. 261-271; James Hansen, «Tipping Point», en Eva Fearn y Kent H. Redford, eds., *State of the Wild 2008*, Washington, D.C., Island Press, 2008, pp. 7-8.

5. James Hansen, «Comments on Assertions of Pat Michaels at Grover Norquist's 'Wednesday Meeting'», 5 de septiembre, 2012; <http://www.columbia.edu>.

6. Stefan Rahmstorf y Dim Coumou, «Increase of Extreme Events in a Warming World», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 108, n.º 44 (1 de noviembre de 2012), pp. 17.905-17.909; John Carey «Global Warming: Faster Than Expected?», *Scientific American*, vol. 307, n.º 5 (noviembre de 2012), p. 54; James E. Hansen, «Climate Change is Here—And Worse Than We Thought», *Washington Post*, 3 de agosto de 2012; Mark Fischetti, «Did Climate Change Cause Hurricane Sandy?», blog de *Scientific American*, 30 de octubre de 2012, <http://blogs.scientificamerican.com>.

Pascua. Un aumento de 2 °C de la temperatura media global coincide aproximadamente con las emisiones de carbono acumuladas de un billón de toneladas métricas. Basándose en las tendencias de emisiones pasadas, los científicos del clima de la Universidad de Oxford predicen que alcanzaremos la marca del billón de toneladas métricas en 2043, o treinta y un años a partir de ahora. Podríamos evitar emitir la tonelada métrica un billón si redujésemos nuestras emisiones de carbono a partir de ahora mismo a una tasa anual del 2,4%.<sup>7</sup>

Sin lugar a dudas, la ciencia climática no es lo suficientemente exacta como para señalar exactamente cuánto calentamiento global es necesario para llevarnos más allá del punto de inflexión.<sup>8</sup> Pero todos los indicadores recientes nos dicen que, si queremos evitar el desastre planetario, debemos permanecer considerablemente por debajo de los 2 °C. En consecuencia, casi todos los gobiernos han firmado quedar por debajo de los 2 °C como objetivo a instancias del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático de las Naciones Unidas. Cada vez más, los 2 °C han llegado a simbolizar la realidad de un punto de no retorno planetario. En este sentido, todas las discusiones sobre cómo será el clima si el mundo se calienta hasta 3 °C, o hasta 6 °C, son relativamente absurdas.<sup>9</sup> Antes de que se alcancen tales temperaturas ya habremos sobrepasado los límites en nuestra capacidad para controlar el proceso de cambio climático y nos quedará entonces la tarea de adaptarnos a condiciones ecológicas apocalípticas. El hielo marino ártico ya experimentó una fusión récord en el verano de 2012, y algunos científicos predicen un Ártico libre de hielo en verano tan pronto como en 2016-2020. En palabras de James Hansen, el climatólogo líder mundial, nos enfrentamos a una «emergencia

---

7. Myles Allen *et al.*, «The Exit Strategy», *Nature Reports Climate Change*, 30 de abril de 2009, pp. 56-58, y «Warming Caused by Cumulative Carbon Emissions Towards the Trillionth Tonne», *Nature*, vol. 458 (20 de abril de 2009), pp. 1.163-1.166; Malte Meinshausen *et al.*, «Greenhouse-Gas Emission Targets for Limiting Global Warming to 2°C», *Nature*, vol. 458 (30 de abril de 2009), pp. 1.158-1.162; TrillionthTonne.org; Catherine Brahic, «Humanity's Carbon Budget Set at One Trillion Tons» *New Scientist*, 29 de abril de 2009; Katherine Richardson, Will Steffen y Diana Liberman, *Climate Change: Global Risks, Challenges, and Decisions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, p. 212. Un aumento de la temperatura media mundial de 2 °C es equivalente a una concentración de dióxido de carbono en la atmósfera de 450 partes por millón (ppm). Esto sería excesivo para la estabilización a largo plazo del clima, que exige que no se superen las 350 ppm. Sin embargo, mantenerse por debajo del billón de toneladas métricas de emisiones es visto como un límite prioritario, puesto que constituye un punto de no retorno desde el punto de vista de la posibilidad de una acción humana efectiva con respecto a estos procesos. Si las emisiones de carbono se pudiesen parar por debajo del billón de toneladas métricas, sería posible volver con el tiempo a las 350 ppm. Véase <http://trillionthtonne.org/questions.html#5>, consultado el 23 de octubre de 2012.

8. Climate Central, *Global Weirdness*, Nueva York, Pantheon Books, 2012, pp. 165-167.

9. Véase Mark Lynas, *Six Degrees*, Washington, DC, National Geographic, 2008.

planetaria», puesto que si nos acercamos a los 2 °C habremos iniciado un proceso que está fuera del control de la humanidad».<sup>10</sup>

Dado todo esto, en realidad plantearnos como objetivo la marca del billón de toneladas métricas en emisiones de carbono acumuladas, o un aumento de 2 °C en la temperatura global, sería cortejar el desastre a largo plazo. Algunos analistas climáticos destacados han propuesto el objetivo de quedar por debajo de los 750.000 millones de toneladas métricas de carbono, al estimar que así se tiene una oportunidad de un 75% de quedar por debajo del punto de inflexión del cambio climático. Con el ritmo actual de emisión de carbono, se calcula que alcanzaremos la marca de los 750.000 millones de toneladas métricas en 2028, es decir, dentro de dieciséis años. Podríamos evitar emitir la tonelada 750.000 millones si redujésemos nuestras emisiones de carbono inmediatamente a una tasa media anual del 5,3%.<sup>11</sup> Para tener una cierta perspectiva de lo que esto significa, la *Stern Review* en *The Economics of Climate Change* publicada por el gobierno británico en 2007, y que es considerada generalmente como un representante del ala progresista del debate sobre el carbono, argumentaba que una reducción de las emisiones a una tasa de más de un 1% anual ocasionaría una grave crisis a la economía capitalista y sería por tanto impensable.<sup>12</sup> Muchos creyeron que la Gran Crisis Financiera daría como resultado una abrupta reducción de las emisiones de carbono, ayudando así a limitar el calentamiento global. Las emisiones de carbono se redujeron un 1,4% en 2009, pero esta breve disminución fue más que compensada por un crecimiento récord de un 5,9% de las emisiones de carbono en 2010, incluso cuando la economía mundial como conjunto permanecía estancada. Este rápido aumento ha sido atribuido principalmente a una mayor intensidad en el uso de combustibles fósiles de la economía mundial y a la continua expansión de las economías emergentes, especialmente China.<sup>13</sup>

En un artículo influyente publicado en *Nature Climate Change*, «Efectos asimétricos del empeoramiento económico en las emisiones de CO<sub>2</sub>», Richard York utilizó datos de más de 150 países entre 1960 y 2008 para demostrar

---

10. «Ending Its Summer Melt, Arctic Sea Ice Sets a New Low that Leads to Warnings», *New York Times*, 19 de septiembre de 2012, <http://nytimes.com>; «Arctic Expert Predicts Final Collapse of Sea Ice Within Four Years», *Guardian*, 17 de septiembre de 2012, <http://guardian.co.uk>; Carey, «Global Warming: Faster Than Expected?», p. 52.

11. Véase <http://trillionthtonne.org>, consultado el 7 de septiembre de 2012.

12. Nicholas Stern, *The Economics of Climate Change: The Stern Review*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 4-16, 95, 193, 220-234 y 637-651; John Bellamy Foster, Brett Clark y Richard York, *The Ecological Rift*, Nueva York, Monthly Review Press, 2010, pp. 153-156.

13. Glen P. Peters *et al.*, «Rapid Growth in CO<sub>2</sub> Emissions After the 2008–2009 Global Financial Crisis», *Nature Climate Change*, 2 (enero de 2012), pp. 2-3.



que las emisiones de dióxido de carbono no disminuyen en la misma proporción en una fase descendente de la economía como aumentan en una ascendente. Así, por cada 1% de crecimiento del PIB per cápita, las emisiones de carbono crecieron un 0,733%, mientras que por cada caída del 1% en el PIB, las emisiones de carbono cayeron solo un 0,43%. Estos efectos asimétricos se pueden atribuir a las infraestructuras fijas –fábricas, redes de transporte y hogares–, en el sentido de que estas estructuras no desaparecen durante las recesiones y siguen influyendo en el consumo de combustibles fósiles. Se sigue de ahí forzosamente que un sistema económico de *boom* y caída no puede reducir las emisiones de carbono, que esto solo se puede conseguir mediante una economía que reduzca tales emisiones sobre una base constante junto con cambios de la infraestructura de producción y de la sociedad en general.<sup>14</sup>

De hecho, hay razones para creer que existe un fuerte impulso en el capitalismo en su actual fase monopolista-financiera para buscar formas de producción más intensivas en el uso de combustibles fósiles cuanto más profundamente cae en la trampa del estancamiento, dando por resultado repetidos intentos de reiniciar el motor del crecimiento recurriendo, a todos los efectos, a darle más gas. Según el Índice de Carbono Bajo, la intensidad del uso del carbono de la producción mundial cayó un 0,8% en 2009 y un 0,7% en 2010. Sin embargo, en 2011 la intensidad de uso del carbono en la producción mundial creció un 0,6%. «La recuperación económica, allí donde se ha producido, ha sido sucia.»<sup>15</sup> La idea de que una economía capitalista del crecimiento tendente al estancamiento (lo que Herman Day llama una «economía de crecimiento fallida») sería aún más intensamente destructiva del medio ambiente fue una tesis avanzada ya en 1976 por el sociólogo ecologista marxista pionero Charles H. Anderson. Como señaló Anderson, «a medida que crece la amenaza del estancamiento, lo hace la necesidad de rendimiento para mantener tasas de crecimiento tolerables».<sup>16</sup>

La esperanza de muchos de que el pico de producción de crudo y el fin del petróleo barato servirían para limitar las emisiones de carbono también ha

---

14. Richard York, «Asymmetric Effects of Economic Growth and Decline on CO2 Emissions», *Nature Climate Change* (7 de octubre de 2012), <http://nature.com>; «Greenhouse Link to GDP Not Symmetric», ABC Science, <http://abc.net.au>.

15. PwC (Pricewaterhousecoopers), *Counting the Cost of Carbon: Low Carbon Economy Index 2011*, <http://pwc.com>, pp. 2-7.

16. Charles H. Anderson, *The Sociology of Survival*, Homewood, IL, Dorsey Press, 1976, pp. 122-123; Herman E. Daly, «Moving from a Failed Growth Economy to a Steady-State Economy», en Julien-François Gerber y Rolf Seppacher, eds., *Toward an Integrated Paradigm in Heterodox Economics*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2012, pp. 176-189.

demostrado ser falsa. Está claro que, en una era de crecimiento de la producción a nivel mundial de carbón, *fracking* y petróleo procedente de las arenas asfálticas, no falta carbono para calentar el planeta. Las existencias conocidas hoy de reservas de petróleo, carbón y gas son al menos cinco veces el «presupuesto» que le queda de carbono al planeta, ascendiendo a 2,8 gigatonnes de carbono potencial, y hay indicios de que el sistema capitalista pretende quemarlas todas.<sup>17</sup> Como observó Bill McKibben en relación con estas reservas de combustibles fósiles: «Sí, este carbón y este petróleo están todavía técnicamente bajo tierra. Pero económicamente ya están fuera».<sup>18</sup> Las empresas y los gobiernos cuentan con estos recursos de carbono y activos financieros, lo que significa que se cuenta con explotarlos. No hace mucho, los ecologistas estaban preocupados por que el mundo se quedase sin combustibles fósiles (especialmente crudo). Ahora este sentimiento se ha invertido por las preocupaciones sobre el cambio climático.

Por mala que sea la crisis climática, sin embargo, es importante entender que es solamente *una parte de una crisis ecológica global mayor*, puesto que el cambio climático es simplemente una entre toda una serie de peligrosas brechas en los límites planetarios producto de las transformaciones humanas de la Tierra. La acidificación de los océanos, la destrucción de la capa de ozono, la extinción de especies, la alteración de los ciclos del nitrógeno y el fósforo, la creciente escasez de agua dulce, el cambio en la cobertura de la tierra y la contaminación química suponen todas ellas crisis y transformaciones ecológicas globales. Ya hemos cruzado los límites planetarios (definidos por los científicos basándose como punto de partida en las condiciones del Holoceno) no solo en relación con el cambio climático, sino también con respecto a la extinción de especies y al ciclo del nitrógeno. La extinción de especies se produce a unas mil veces la «tasa de fondo», un fenómeno conocido como la «sexta extinción» (en referencia a los cinco periodos anteriores de extinciones masivas en la historia de la Tierra, la más reciente de las cuales, hace 65 millones de años, tuvo como resultado la extinción de los dinosaurios). La contaminación por nitrógeno constituye hoy una de las causas principales de la existencia de zonas muertas en los océanos. Otras brechas planetarias en desarrollo, como la acidificación de los océanos (conocida como «el gemelo malo» del cambio climático, puesto que también es causada por las emisiones de carbono) y la pérdida crónica de suministros de agua dulce, que está llevando a la privatización global del agua, constituyen

---

17. Carbon Tracker Initiative, *Unburnable Carbon*, 2, consultado el 24 de octubre de 2012, <http://longfinance.net>.

18. Bill McKibben, «Global Warming's Terrifying New Math», *Rolling Stone* (19 de julio de 2012), pp. 55-60.

una preocupación cada vez mayor. Todo esto plantea cuestiones básicas de supervivencia: la crisis definitiva a la que se enfrenta la humanidad.<sup>19</sup>

### La crisis definitiva

La escala y velocidad del reto ecológico emergente, manifestado no solo en el cambio climático sino también en otras numerosas brechas planetarias, constituyen una prueba irrefutable de que la raíz del problema medioambiental se encuentra en nuestro sistema socioeconómico, y especialmente en la dinámica de acumulación de capital.

Frente a tales problemas inabordables, la respuesta de los intereses dominantes ha sido siempre que la tecnología, complementada con la magia del mercado y el control de la población, puede solucionar todos los problemas, permitiendo una acumulación sin fin del capital y el crecimiento económico sin efectos ecológicos nocivos mediante un absoluto desacople del crecimiento respecto a la producción medioambiental. Así, cuando se le preguntó al presidente Obama por los problemas planteados por los combustibles fósiles (entre los que se incluyen las arenas asfálticas, el *shale gas*, el *shale oil* y el carbón), este respondió: «Vamos a tener que trabajar todos juntos de una manera efectiva para resolver cómo compensamos el imperativo del crecimiento económico con las muy reales preocupaciones por los efectos que estamos teniendo sobre nuestro planeta. Y en última instancia pienso que esto puede ser resuelto con tecnología».<sup>20</sup> Sin embargo, el sueño de que la tecnología por sí sola, entendida en un sentido abstracto, pueda solucionar el problema medioambiental al permitir un crecimiento económico sin efectos ecológicos nocivos mediante un absoluto desacople de uno respecto al otro, se está desvaneciendo rápidamente.<sup>21</sup> No es

19. Johan Rockström *et al.*, «A Safe Operating Space for Humanity», *Nature*, vol. 461, n.º 24 (septiembre de 2009), pp. 472-475.

20. Barack Obama, «Interview of the President by the CBC», 17 de febrero de 2009, <http://whitehouse.gov>.

21. El teórico de la modernización ecológica (capitalista verde) Arthur Mol señala: «En algunas ocasiones (respecto a países y/o sectores específicos y/o problemas medioambientales específicos) la reforma medioambiental puede incluso dar como resultado una disminución absoluta del uso de recursos naturales y descarga de emisiones, independientemente del crecimiento económico desde el punto de vista financiero o material (salida de producto)». Véase Arthur P. J. Mol, «Ecological Modernization and the Global Economy», *Global Environmental Politics*, vol. 2, n.º 2 (mayo de 2002), p. 93. Sin embargo, recientes análisis empíricos muestran que tal «desacople absoluto» es inexistente a nivel global, esto es, el grado con el que se produce el desacople entre naciones se debe a un cambio en la producción y los efectos medioambientales de una parte del globo (normalmente la más poderosa) a otra (la más débil). Véase Andrew Jorgenson y Brett Clark, «Are the Economy and the Environment Decoupling?: A Comparative International Study, 1960-2005», *American Journal of Sociology*, vol. 118, n.º 1 (julio de 2012), pp. 1-44.

solo que las soluciones tecnológicas estén limitadas por las leyes de la física, en concreto por la segunda ley de la termodinámica (que nos dice, por ejemplo, que la energía se disipa parcialmente cuando se usa), sino que también están sujetas a las leyes del capitalismo mismo.<sup>22</sup> El cambio tecnológico bajo el actual sistema nos proporciona rutinariamente ganancias *relativas* de eficiencia en el uso de energía, reduciendo la energía y los *inputs* de materias primas por unidad de producto. Sin embargo, esto raramente da como resultado disminuciones *absolutas* en producción medioambiental en el nivel agregado. Más bien, la tendencia es hacia un uso aún mayor de materias primas y energía. Esto lo explica la bien conocida paradoja de Jevons, llamada así en honor del economista del siglo XIX William Stanley Jevons. Jevons señaló que las mejoras en eficiencia energética casi invariablemente aumentan la cantidad absoluta de energía usada, puesto que tal eficiencia alimenta la expansión económica. Jevons recalca que cada nueva máquina de vapor de la famosa máquina de Watt era cada vez más eficiente en su uso del carbón que la anterior, pero la introducción de cada máquina de vapor mejorada daba como resultado un mayor uso absoluto de carbón.<sup>23</sup> En realidad, la paradoja de Jevons tal como se concibió originalmente es simplemente una aplicación restrictiva de la paradoja de la eficiencia del capitalismo en general. Las mejoras en la productividad del trabajo, por ejemplo, no llevan generalmente a un menor tiempo de trabajo total empleado en la producción, puesto que el objeto de tal mejora es aumentar aún más la acumulación. Como señalaba Marx, la reducción del trabajo duro «no es de ninguna manera el objetivo de la aplicación de la maquinaria bajo el capitalismo ... La máquina es un medio para producir plusvalor» y expandir indefinidamente la acumulación de capital.<sup>24</sup>

Marx captó la naturaleza expansiva y la lógica del capitalismo como sistema en lo que él llamaba «la fórmula general del capital», o D-M-D'. En una economía de mercancías simples, el dinero existe simplemente como intermediario para facilitar el intercambio entre distintas mercancías asociadas con valores de uso definidos, o M-D-M. El intercambio empieza con un valor de uso y termina con otro, con el consumo de la mercancía final como final del proceso. El capitalismo, sin embargo, toma la forma de D-M-D' en la que el dinero (D) es intercambiado por trabajo y medios materiales de producción con los que producir una nueva mercancía (M), a ser intercambiada por más dinero (D'), lo que rinde el valor original más el valor añadido, esto es,

---

22. Sobre cómo la ley de la entropía limita las soluciones tecnológicas a los problemas medioambientales, véase Nicholas Georgescu-Roegen, *Energy and Economic Myths*, Nueva York, Pergamon, 1976, pp. 12 y 57.

23. Sobre la paradoja de Jevons véase Foster, Clark y York, *The Ecological Rift*, pp. 169-182; David Owen, *The Conundrum*, Nueva York, Riverhead Books, 2011.

24. Karl Marx, *Capital*, vol. 1, Londres, Penguin, 1976, p. 492.

plustrabajo o beneficio (D +  $\Delta$  d). Aquí el proceso no termina lógicamente con la recepción de D'. Por el contrario, el beneficio se reinvierte de forma que lleva a la siguiente fase de D-M-D'' y luego a D-M-D''', en una secuencia sin fin solo interrumpida por crisis económicas periódicas. El capital en esta concepción no es nada más que un valor que se autoexpande, y es indistinguible del impulso de acumular a una escala aún mayor: «¡Acumulad, acumulad! ¡He ahí a Moisés y los profetas!».<sup>25</sup>

Este impulso incesante para amasar más y más riqueza, exigiendo cada vez más consumo de energía y recursos y generando más desechos, constituye «la ley general absoluta de la degradación medioambiental bajo el capitalismo».<sup>26</sup> Hoy la escala de la economía humana ha llegado a ser tan grande que sus actividades cotidianas, como las emisiones de dióxido de carbono y el uso de agua dulce, amenazan ahora los procesos biogeoquímicos fundamentales del planeta. El análisis ecológico muestra de forma bastante irrefutable que estamos enfrentándonos a los límites de la Tierra. No es solo ya que no sea posible un crecimiento económico exponencial continuado durante más tiempo, sino que también es necesario reducir la huella ecológica de la economía mundial. Y, puesto que no existe tal cosa como un absoluto desacople de la economía del consumo ecológico, esto significa que el tamaño de la economía mundial también debe dejar de crecer. Por el contrario, debe disminuir su tamaño.<sup>27</sup> Por encima de esto y dando más fuerza a este dilema, la economía mundial debe desengancharse completamente de los combustibles fósiles como fuente de energía —antes de llegar al billón de toneladas métricas (y, con suerte, antes de los 750.000 millones de toneladas métricas) de carbono emitidas a la atmósfera—. Pero, sin el subsidio de los combustibles fósiles, la continuación de una economía mundial-capitalista-industrial en su forma actual se demostrará imposible.<sup>28</sup>

### **Monopolio de capital y un «descenso próspero»**

Para entender por qué el problema ecológico es tan intratable para el capitalismo, y lo que esto nos dice sobre la salida necesaria de nuestra actual emer-

25. Marx, *Capital*, vol. 1, pp. 247-257 y 742. Para la relación de D-M-D' con las contradicciones económicas del capitalismo, véase Paul M. Sweezy, *Four Lectures on Marxism*, Nueva York, Monthly Review Press, 1981, pp. 26-45.

26. Foster, Clark y York, *The Ecological Rift*, pp. 207-211.

27. Sobre el fracaso del desacople absoluto e incluso relativo de la economía del medio ambiente, véase Tim Jackson, *Prosperity Without Growth*, Londres, Earthscan, 2011, pp. 67-86.

28. La energía solar es abundante pero «intrínsecamente diluida». Se necesita mucha energía para convertirla a su forma concentrada y por tanto la Tasa de Retorno Energético (TRE) es baja. Véase Howard T. Odum, *Environment, Power, and Society*, Nueva York, Columbia University Press,

gencia planetaria, es útil referirse a un pasaje de los editores de *Monthly Review* Harry Magdoff y Paul Sweezy escrito hace casi cuarenta años, pero que vale la pena examinar con atención hoy:

Tomemos... la profundamente asentada fe en que el aumento de la producción y la productividad son la panacea soberana para todas las enfermedades del capitalismo ... Está claro que este mito ha sido fuertemente sacudido y hemos llegado a darnos cuenta de la creciente escasez de materias primas y fuentes de energía y del impacto cada vez más grave de múltiples formas de contaminación sobre la salud y el bienestar de poblaciones enteras. En lugar de una panacea universal, resulta que el crecimiento es en sí mismo una causa de la enfermedad. Pero ¿cómo va uno a parar el crecimiento y seguir manteniendo la empresa capitalista a flote? Ante la ausencia de crecimiento, por ejemplo, las industrias que producen maquinaria y otros medios de producción se marchitarían puesto que estarían limitadas a fabricar solo equipamiento de repuesto. La disminución de las industrias de bienes de capital, a su vez, daría como resultado una reducción del empleo y por tanto una disminución de la demanda de consumo, lo que a su vez terminaría en cierres de fábricas de bienes de consumo.

Pero esto es solo una parte del cuadro. Supongamos que nos olvidamos de intentar controlar el crecimiento y nos centramos, en cambio, en disminuir los efectos del crecimiento reduciendo la contaminación y organizando un uso más racional de las materias primas y la energía. Un enfoque como este, está claro, supondría un alto grado de planificación social: nada menos que un completo redireccionamiento de la economía, lo que supondría, entre otras cosas, cambios en la distribución de la población, los métodos de transporte y la localización de las plantas, ninguno de los cuales puede estar sujeto a una verdadera planificación social sin violar los derechos de propiedad privada sobre la tierra, las fábricas, las acciones y bonos, etc.

Desde cualquiera que sea el lado con el que nos acercamos al problema —controlar el crecimiento o reestructurar la producción existente, el transporte y los modelos residenciales —tropezamos con antagonismos y conflictos de interés con los que los capitalistas y aquellos encargados de proteger a la sociedad capitalista no pueden, por la propia naturaleza del caso, enfrentarse. En el

---

2007, pp. 207-209; Howard T. Odum y Elisabeth C. Odum, *A Prosperous Way Down*, Boulder, CO, University Press of Colorado, 2001, pp. 163-168. La energía nuclear presenta peligros serios y no es una alternativa general viable a los combustibles fósiles. Véase Kozo Mayumi y John Polimeni, «Uranium Reserve, Nuclear Fuel Cycle Delusion, CO2 Emissions from the Sea, and Electricity Supply: Reflections After the Fuel Meltdown of the Fukushima Nuclear Power Units», *Ecological Economics*, n.º 73 (2012), pp. 1-6.

análisis final, lo que queda en el camino a cualquier acción efectiva es la contradicción entre el potencial social de la tecnología actual y los resultados antisociales de la producción privada de los medios de producción.<sup>29</sup>

A pesar de que los problemas medioambientales son inconmensurablemente peores que cuando lo anterior fue escrito, este análisis no ha perdido nada de su relevancia. Es aún más evidente que el crecimiento, en lugar de ser una «panacea universal», es una «causa de enfermedad». Hoy, «lo que es esencial para el éxito es un giro total, no una mera ralentización de las tendencias subyacentes de los últimos siglos».<sup>30</sup> Sin embargo, por lo que se refiere al capitalismo, la expansión es una exigencia para la existencia del sistema mismo. «El capitalismo –observó Murray Bookchin– no puede ser ‘persuadido’ de limitar el crecimiento más de lo que un ser humano puede ser ‘persuadido’ de dejar de respirar. Los intentos de ‘capitalismo verde’, de hacerlo ‘ecológico’, están condenados por la naturaleza misma del sistema como un sistema de crecimiento infinito.»<sup>31</sup>

Los problemas son igualmente intratables desde el otro lado del cuadro, como expusieron Magdoff y Sweezy. La incapacidad del capitalismo para implicarse en una planificación social y económica se refleja en décadas de política medioambiental fallida. Aunque ha habido algunas mejoras medioambientales relativamente menores, todos los intentos de una planificación completa y una acción del tipo necesario para evitar lo que la comunidad científica está señalando como un camino seguro a la destrucción han sido sistemáticamente rechazados por el sistema. A cambio se invoca al cambio tecnológico como un *deus ex machina* que nos permitiría seguir por el camino actual de producción, distribución y consumo. No cabe duda de que ya existe el potencial socio-tecnológico para resolver nuestros problemas medioambientales más crónicos y para mejorar la existencia humana (si utilizásemos las actuales capacidades humanas y recursos naturales de una forma racional y planificada). Pero este potencial existente simplemente es descartado: tales soluciones racionales necesariamente se las tienen que ver con «los resultados antisociales [y antiecológicos] de la propiedad privada de los medios de producción».

Aquí es esencial reconocer que el capitalismo en su etapa monopolista es un sistema con un nivel tan alto de productividad del trabajo que tiende cons-

---

29. Harry Magdoff y Paul M. Sweezy, «Notes on Watergate One Year Later», *Monthly Review*, vol. 26, n.º 1 (mayo de 1974), pp. 8-10.

30. Paul M. Sweezy, «Capitalism and the Environment», *Monthly Review*, vol. 41, n.º 2 (junio de 1989), p. 6.

31. Murray Bookchin, *Remaking Society*, Boston, South End Press, 1990, pp. 93-94.



tantemente a la sobreacumulación de capital y al estancamiento debido a la saturación del mercado y la escasez de canales rentables para una inversión productiva. Para seguir existiendo y seguir cosechando márgenes de beneficio monopolísticos bajo estas condiciones, ha mutado en una economía intrínsecamente derrochadora, tanto económica como ecológicamente. Nuestra sociedad se caracteriza por 1) unos esfuerzos de venta pantagruélicos y siempre en aumento que han penetrado en la misma estructura de producción; 2) la obsolescencia programada (incluida la obsolescencia psicológica programada); 3) la producción de bienes de lujo para una minoría opulenta; 4) enormes gastos militares y penitenciarios; y 5) el crecimiento de una superestructura especulativa completa bajo la forma de mercados financieros, de seguros e inmobiliarios. Es una característica de este sistema que gran parte del enorme plusvalor económico de la sociedad moderna aparece como un derroche económico incorporado a la producción misma. Todo ello utiliza enormes cantidades de energía y recursos, y contribuye a los desechos finales ecológicos arrojados al planeta. También maximiza la toxicidad de la producción, puesto que los plásticos y otros bienes basados en productos petroquímicos son más tóxicos, así como más baratos económicamente.<sup>32</sup> Por esta razón, el ecologista de sistemas líder Howard Odum, en un texto sobre Marx, insistía en que la clave para resolver el problema medioambiental —la forma de encontrar lo que en otra parte llamaba un «descenso próspero»— necesariamente implica eliminar el «lujo y el derroche» incrustados.<sup>33</sup>

Entre los primeros teóricos del capitalismo monopolista de principios del siglo xx se encontraba el economista y sociólogo estadounidense iconoclasta Thorstein Veblen, quien argumentaba poderosamente que un sistema dominado por corporaciones gigantes, tendente a la superproducción y a la sobrecapacidad unido a su política monopolista de precios, estaba intrínsecamente caracterizado por la proliferación de derroche económico.<sup>34</sup> El resultado fue el socavamiento de la estructura de producción de valor de uso, llevando a un derroche de recursos naturales y trabajo humano, una brecha creciente entre la producción real y la potencial, y un fracaso a la hora de cubrir las necesidades sociales genuinas. Bajo el capitalismo monopolista (ca-

---

32. Esto fue subrayado como es famoso por Barry Commoner, *The Closing Circle*, Nueva York, Knopf, 1971, pp. 138-175.

33. Howard T. Odum y David Scienceman, «An Energy Systems View of Karl Marx's Concepts of Production and Labor Power», en *Emergy Synthesis 3*, Proceedings from the Third Biennial Emergy Conference, Gainesville, Florida Center for Economic Policy, 2005, p. 41; Odum y Odum, *A Prosperous Way Down*.

34. El argumento en las siguientes páginas desarrolla un análisis anterior en John Bellamy Foster, «The Ecology of Marxian Political Economy», *Monthly Review*, vol. 63, n.º 4 (septiembre de 2011), pp. 1-16.



racterizado por lo que los economistas llaman «competencia monopolística»), «los productores», escribió Veblen,

han prestado constantemente más atención a la posibilidad de venta de sus productos, de forma que buena parte de lo que aparece en los libros como costes de producción debería en realidad ser cargado a la producción de apariencias vendibles. La distinción entre calidad de trabajo y capacidad de venta se ha difuminado progresivamente hasta que sin duda es hoy cierto que el coste de venta de muchos artículos producidos para el mercado se puede atribuir principalmente a la producción de apariencias vendibles ... Es presumiblemente seguro afirmar que los envases suponen la mitad de los costes de venta de lo que deberían en realidad llamarse «bienes paquete» y algo así como la mitad del precio pagado por el consumidor. En ciertas líneas, sin duda, como, por ejemplo, en los cosméticos y los remedios para el hogar, esta proporción se supera por un margen sustancial.<sup>35</sup>

El argumento de Veblen sobre la proliferación de desechos económicos en el mundo de las grandes corporaciones tuvo una influencia enorme sobre librepensadores críticos político-económicos en Estados Unidos y otros países durante buena parte del siglo xx, entre los que se incluyen figuras como Scott Nearing, K. William Kapp, Vance Packard y John Kenneth Galbraith.<sup>36</sup>

No obstante, fueron los economistas políticos marxianos Paul Baran y Paul Sweezy en su obra *El capital monopolista* quienes llevaron más lejos la visión de Veblen. El esfuerzo en las ventas que caracterizaba al capitalismo monopolista, argumentaban, iba mucho más allá de la mera propaganda y promoción de ventas. Lo que aparecía más bien era «una condición en la que los esfuerzos de venta y producción se interpenetraban hasta tal punto que llegaban a ser virtualmente indistinguibles», señalando «un cambio profundo en lo que constituyen los costes socialmente necesarios de producción, así como en la naturaleza del producto social en sí mismo». En su correspondencia, Baran y Sweezy llamaban a este fenómeno «el efecto interpenetración». Lo ilustraban refiriéndose a un estudio económico influyente que había sido llevado a cabo en relación con los cambios en los modelos de coche. Estimando los costes directos anuales de los cambios en los modelos de coche en

35. Thorstein Veblen, *Absentee Ownership and Business Enterprise in Modern Times*, Nueva York, Augustus M. Kelley, 1964), pp. 300-301.

36. Véase especialmente K. William Kapp, *Social Costs of Private Enterprise*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1950; Scott Nearing, *The Economics of the Power Age*, East Palatka, FL, World Events Committee, 1952; John Kenneth Galbraith, *The Affluent Society*, Nueva York, New American Library, 1958, y Vance Packard, *The Waste Makers*, Nueva York, Simon and Schuster, 1960.

los años cincuenta, muchos de los cuales se referían simplemente a la apariencia o a la «carrera por los caballos de potencia», el estudio de los autores demostraba que tales costes eran «asombrosamente altos» elevándose a más de un 25% de los costes totales de los coches vendidos. Y nada de esto incluía los costes de los cambios de modelos de coche que se gastaban durante la vida de los vehículos, como la obsolescencia programada, los mayores costes de reparación y el aumento del consumo de gasolina. Ni tampoco cuestionaban los enormes beneficios monopolistas de las corporaciones fabricantes de coches o los enormes incrementos de precios de los concesionarios, que llegaban a un 30-40%.<sup>37</sup>

La teoría del capital monopolista sugiere así que el derroche económico de la sociedad capitalista no se encuentra solo en la superficie de la sociedad, como es evidente en el gasto militar, la publicidad, la especulación y demás, sino que más bien la irracionalidad se extiende a la producción misma en formas que raramente se analizan incluso entre los críticos radicales sociales y medioambientales del sistema. Hoy se supone generalmente que cualquier bien producido se fabrica bajo condiciones óptimas y tiene por objetivo la satisfacción de la soberanía del consumidor. Pero nada podría estar más lejos de la verdad en este caso. La mayor parte de la producción y del trabajo que se hace hoy en la economía de Estados Unidos constituye un derroche económico en el sentido de Veblen de «gasto» que «no sirve a la vida humana o al bienestar humano en su conjunto» y que pertenece a la categoría de trabajo improductivo.<sup>38</sup> Como señalaron Baran y Sweezy: «El diseñador de un nuevo modelo de un bien de consumo duradero, el ingeniero que remodela la fábrica para la producción de ese modelo, el trabajador manual que pinta con cromo el automóvil o mezcla una nueva 'edición' de una pasta de dientes, el impresor que crea un nuevo envoltorio atrayente para una vieja sopa, y el trabajador de la construcción que ayuda a construir un nuevo 'palacio de cristal' para una corporación, son todos miembros del enorme ejército de ventas que se mantiene gracias a una parte considerable de la producción de la sociedad».<sup>39</sup>

En otras palabras, buena parte del trabajo en la producción moderna es improductivo, en el sentido de que no contribuye al plusvalor económico de la

---

37. Véase Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, «The Last Letters», *Monthly Review*, vol. 64, n.º 3 (julio-agosto de 2012), pp. 68 y 73; Franklin M. Fisher, Zvi Griliches y Carl Kaysen, «The Costs of Automobile Changes Since 1949», *The Journal of Political Economy*, vol. 70, n.º 5 (octubre de 1962), pp. 433-451; Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, pp. 131-138.

38. Thorstein Veblen, *The Theory of the Leisure Class*, Nueva York, New American Library, 1953), pp. 78-80.

39. Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, «Some Theoretical Implications», *Monthly Review*, vol. 64, n.º 3 (julio-agosto de 2012), p. 57.

sociedad sino que más bien lo gasta. Este desarrollo también representa la destrucción de la estructura de valor de uso de la economía capitalista, que ya no está dominada por los valores de uso sociales, C, sino cada vez más por valores de uso específicamente capitalistas, CK, que tienen como único propósito promover el valor de cambio. El problema de D-M-D' se transforma entonces por la introducción de tales valores de uso específicamente capitalistas en D-CK-D'. El avance cuantitativo del valor de cambio, y por tanto el crecimiento económico tal como es medido en nuestra sociedad, ya no se puede suponer que constituya un avance del bienestar humano en su conjunto, sino que muy probablemente suponga lo contrario.<sup>40</sup> Se convierte cada vez más en la fuente principal de la crisis definitiva actual.<sup>41</sup>

En su libro de 1960 *The Waste Makers* [*Los creadores de derroche*], Packard citaba al diseñador industrial líder Brooks Stevens, quien dijo que «toda nuestra economía está basada en la obsolescencia programada» y el cual, sin embargo, negaba que esto constituyese un sistema de «derroche organizado» basándose en el cuestionable criterio de que esto contribuía positivamente al crecimiento económico.<sup>42</sup>

No vivimos en un mundo de riqueza real en aumento, sino más bien de «pobreza o malestar», por usar el memorable término de John Ruskin [los autores usan la palabra creada por Ruskin *illth* con la raíz *ill*, 'enfermedad', haciendo un juego con *wealth*, 'riqueza', pero también 'bienestar'; *N. del T.*].<sup>43</sup> En su pionero Índice de Bienestar Económico Sostenible en *For the Common Good* (1994), Herman Daly y John Cobb proporcionaron un análisis

---

40. El tema de una «valor de uso específicamente capitalista» fue tratado en un comentario sobre el análisis de Baran y Sweezy de Henryk Slajfer, «Waste, Marxian Theory, and Monopoly Capital», en John Bellamy Foster y Henryk Slajfer, eds., *The Faltering Economy*, Nueva York, Monthly Review Press, 1984, pp. 302-313. El concepto fue desarrollado en John Bellamy Foster, *The Theory of Monopoly Capitalism*, Nueva York, Monthly Review Press, 1986, pp. 39-42. Su explicación como una transformación de la fórmula general de Marx bajo el capitalismo monopolista, desde el punto de vista del surgimiento de D-CK-D' apareció por primera vez en Foster, «The Ecology of Marxian Political Economy». Desconocido en aquel tiempo para el autor, una formulación similar de la fórmula general de Marx como M-W-M' había sido introducida años antes en Patrick Brantlinger y Richard Higgins, «Waste and Value: Thorstein Veblen and H. G. Wells», *Criticism*, vol. 48, n.º 4 (otoño de 2006), p. 466. Sobre cómo esta idea de derroche (trabajo improductivo) influyó en el análisis de Baran y Sweezy, véase Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, «Some Theoretical Implications», *Monthly Review*, vol. 64, n.º 3 (julio-agosto de 2012), pp. 45-58; John Bellamy Foster, «A Missing Chapter of Monopoly Capital», *Monthly Review*, vol. 64, n.º 3 (julio-agosto de 2012), pp. 17-21.

41. La visión de la teoría del socialismo de Marx como la de el desarrollo sostenible humano en Paul Burkett, «Marx's Vision of Sustainable Human Development», *Monthly Review*, vol. 57, n.º 5 (octubre de 2005), pp. 34-62.

42. Vance Packard, *The Waste Makers*, Nueva York, Simon and Schuster, 1960, p. 46.

43. John Ruskin, *Unto This Last* (Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 1967), p. 73.

sis del bienestar económico total, incorporando los costes ecológicos a los tradicionales datos de entrada, y demostraron que el bienestar económico sostenible per cápita estaba disminuyendo, a partir de los años ochenta, aunque aumentase el PIB.<sup>44</sup> No obstante, este intento de cálculo más adecuado de los cambios en el bienestar material –puesto que no analizaba la producción en sí misma– solo rascaba la superficie de las irracionalidades incorporadas en las leyes de movimiento del capital monopolista-financiero contemporáneo y su cada vez más destructiva relación con el medio ambiente.<sup>45</sup>

Hoy la naturaleza eternamente derrochadora de la producción capitalista, vista desde una perspectiva cualitativa o de valor de uso, es descarnadamente evidente. La industria de embalaje, buena parte de la cual se dedica a los centros comerciales, es la tercera mayor industria en el mundo tras los alimentos y la energía.<sup>46</sup> Se ha estimado que los costes de empaquetamiento suponen una media de un 10-40% de los productos no alimentarios comprados. El embalaje de los cosméticos cuesta en ocasiones tres veces más que producir su contenido.<sup>47</sup> Cada año se producen mundialmente unos 300 millones de toneladas de plástico. Solo dos tercios de ellos bastarían, según *The Guardian*, para «cubrir los 48 estados contiguos de Estados Unidos con plástico para envolver comida». La publicidad de algunos productos, como la sopa o la cerveza, supone un 10-12% de los costes de venta por unidad vendida, mientras que en algunos juguetes la publicidad es un 15% del precio de venta al por menor.<sup>48</sup> Mientras tanto, los presupuestos de promoción de venta de las corporaciones son a menudo tres veces los de sus presupuestos de publicidad.<sup>49</sup> Solo en 2005 se gastaron en Estados Unidos más de un billón de dólares en marketing.<sup>50</sup>

44. Herman E. Daly y John B. Cobb, Jr., *For the Common Good*, Boston, Beacon Press, 1994), p. 463.

45. Véase Frederik Berend Blauwhof, «Overcoming Accumulation», en *Ecological Economics* (próximamente).

46. Charles Moore, *Plastic Ocean*, Nueva York, Penguin, 2011, p. 129.

47. Diana Wicks, «Packaging Sales Goals and Strategies», *Chron*, <http://smallbusiness.chron.com>, consultado el 16 de octubre de 2012; «Product Packaging Can Cost Three Times as Much as What's Inside», *Daily Mail*, 13 de julio de 2007, <http://dailymail.co.uk>.

48. «Global Hunger for Plastic Packaging Leaves Waste Solution a Long Way Off», *Guardian*, 29 de diciembre de 2011, <http://guardian.co.uk>; Moore, *Plastic Ocean*, p. 41; Hannah Holleman, Inger L. Stole, John Bellamy Foster y Robert W. McChesney, «The Sales Effort and Monopoly Capital», *Monthly Review*, vol. 60, n.º 11 (abril de 2009), p. 6.

49. Kevin C. Clancy y Robert S. Shulman, «Marketing with Blinders On», *Across the Board*, vol. 30, n.º 8 (octubre de 1993), pp. 33-38, y su *Marketing Myths That Are Killing Business*, Nueva York, McGraw Hill, 1994, pp. 140, 171-172 y 221.

50. «U.S. Marketing Spending Exceeded \$1 Trillion in 2005», *Metrics Business and Market Intelligence*, 26 de junio de 2006, <http://metrics2.com>.

No hay ninguna forma clara de estimar el coste completo de la irracional estructura de producción de un sistema así. No obstante, está claro que es de enormes dimensiones, y el coste material de los bienes es superado generalmente de largo por sus costes de marketing y distribución. De ahí se sigue que la planificación social y ecológica dirigida a la producción de valores de uso y no a la promoción artificial de valor de cambio podría promover las genuinas necesidades humanas con un coste ecológico drásticamente menor. Esto se multiplicaría por dos o por tres si reconociésemos la posibilidad de planificación social del transporte, la estructura urbana, la densidad de población, etc.

Los críticos medioambientales *mainstream* atribuyen a menudo las cada vez más derrochadoras y destructivas formas de consumo que plagan nuestra sociedad a los errores del consumidor ordinario bajo el supuesto de la «soberanía del consumidor», uno de los principales dogmas de la economía ortodoxa. Pero con uno de cada doce dólares del PIB estadounidense gastado en marketing (lo que no incluye los costes de marketing incorporados en la producción misma de las mercancías) la soberanía del consumidor es una mera ilusión. Los individuos en la sociedad están sujetos a una propaganda incesante casi en cada momento de sus vidas mientras están despiertos. De hecho, como argumentaba John Kenneth Galbraith con su famoso «efecto de dependencia», la forma en que consumimos en el capitalismo de hoy es en gran parte dependiente de la forma en que producimos, y no al revés.<sup>51</sup>

El marketing de mercancías en formas que explotan la alienación de los seres humanos en la sociedad capitalista monopolista es hoy una bella arte. Ya en 1933, el sociólogo Robert S. Lynd observó en una monografía titulada «Las personas como consumidores», escrito para el Comité Presidencial de Investigación de Tendencias Sociales, que los cambios en «la publicidad, la política de marca y el estilo» se diseñaron para tomar plena ventaja de la inseguridad social y la alienación generadas por las condiciones económicas cambiantes. Las empresas veían en la «inseguridad en el trabajo, la monotonía, la soledad, el fracaso en el matrimonio y otras situaciones de tensión» oportunidades para elevar «cada vez más las mercancías a la clase de amortiguadores de la personalidad. En cada punto expuesto el vendedor alerta está listo con una panacea».<sup>52</sup> La necesidad simbólica que consiguen por

---

51. Galbraith, *The Affluent Society*, pp. 121-128. La cifra de uno de cada doce para marketing se basa en la estimación de mercado de Blackfriars 2005, suponiendo aproximadamente esta parte del PIB ese año. Véase la nota 50. Sobre el papel del marketing en el mantenimiento del capital monopolista véase Michael Dawson, *The Consumer Trap*, Urbana, University of Illinois Press, 2005.

52. Robert S. Lynd, «The People as Consumers», en President's Research Committee on Social Trends, *Recent Social Trends in the United States*, vol. 2, Nueva York, McGraw Hill, 1933, pp. 858, 867-888.

tanto las mercancías en nuestra sociedad es crucial para lo que Juliet Schor ha llamado «la paradoja de la materialidad», esto es, la venta de bienes materiales para satisfacer necesidades que en realidad no se pueden cubrir con mercancías materiales.<sup>53</sup> Irónicamente, es esta incapacidad para conseguir satisfacción a partir de estas mercancías lo que asegura al capital un mercado permanente (mientras que, como se nos dice constantemente, la «satisfacción está garantizada»). El marketing juega con estas vulnerabilidades sociales, creando una serie interminable de nuevas necesidades, aumentando el despilfarro general del sistema.

El capitalismo monopolista exige una circulación de las mercancías cada vez más rápida para aumentar las ventas. La durabilidad es el enemigo del sistema. Los máximos beneficios son aquellos generados por una cultura de lo desechable. La vida económica de los móviles en Estados Unidos es solo de un par de años debido tanto a la obsolescencia programada como a la psicológica, con el resultado de que 140 millones de móviles alcanzaron lo que la Agencia de Protección Medioambiental llama su «fin de la vida» (FDV) en 2007. Unos 250 millones de ordenadores y periféricos llegaron a su FDV en ese mismo año.<sup>54</sup> En 2006 Steve Jobs urgió a los consumidores a comprar un iPod cada año para estar siempre al día con la última tecnología.<sup>55</sup> Más de 150.000 millones de envases de bebida de un solo uso se compran en Estados Unidos cada año, mientras 320 millones de bebidas para llevar se venden y se tiran *cada día*. Desde los años sesenta, los envases de un solo uso han subido en las bebidas no alcohólicas empaquetadas desde un 6% hasta el actual 99%. Los más de 100.000 millones de correos basura recibidos en los hogares y los negocios en Estados Unidos cada año añaden 51 millones de toneladas de gases de efecto invernadero anualmente.<sup>56</sup> En una economía diseñada para maximizar el derroche general, los productos se fabrican sistemáticamente para que no se puedan reparar. Los consumidores se ven por tanto impelidos a tirarlos y volver al mercado para comprarlos de nuevo.

La macroineficiencia del sistema, la falta de cualquier cosa que se parezca a una planificación social y económica, y las enormes montañas de residuos son realidades omnipresentes allá donde miremos (aunque, como el prover-

---

53. Juliet Schor, *Plenitude*, Nueva York, Penguin, 2010, pp. 40-41.

54. Schor, *Plenitude*, p. 38.

55. Marc Perton, «Jobs: 'You Have to Buy a New iPod at Least Once a Year'», 26 de mayo de 2006, <http://endgadget.com>.

56. «Paper or Plastic—Abstract», *Watershed Media*, <http://watershedmedia.org>, consultado el 24 de octubre de 2012; «Environmental Facts», *Ecocycle*, <http://ecocycle.org>, visitado el 24 de octubre 2012; Annie Leonard, *The Story of Stuff* (New York: Free Press, 2010), 195; «Beverage Containers», *Report Buyer*, <http://www.reportbuyer.com>, visitado el 24 de octubre de 2012.

bial pez en el agua, a menudo somos incapaces de verlas). La estructura de las ciudades organizadas alrededor de un sistema de transporte de «el coche primero», la proliferación de centros comerciales, la congestión del tráfico urbano, la economía de casino, la sociedad litigante, la economía de guerra, el régimen carcelario y el consumo lujoso, ostentoso del 1% (todo señala a un mundo de excesos extremos, acompañados de una tremenda privación social y degradación medioambiental). Se estima que el viajero medio estadounidense de más de 18 años pasa 18,5 horas a la semana en un coche. En los años ochenta, los conductores estadounidenses conducían una media de unos 16.000 kilómetros al año. Hoy son unos 22.500. Los estadounidenses condujeron 4.827 millones de kilómetros en 2010. En 2010, el peso medio de un vehículo estadounidense era casi 360 kilos mayor que en 1987. Para cada millón de coches en Estados Unidos, hacen falta el equivalente a casi 200.000 campos de fútbol de pavimento asfaltado.<sup>57</sup>

Diversos estudios han mostrado que el plusvalor económico en Estados Unidos –buena parte del cual encuentra su rastro estadístico en el derroche económico asociado a la publicidad, el gasto militar y otras formas de producto socialmente improductivo– constituye más del 50% del PIB.<sup>58</sup> A esto habría que añadir los costos innecesarios asociados al «efecto interpenetración». Nada de esto, además, tiene en cuenta el daño real infringido a los seres humanos y al medio ambiente (las llamadas «externalidades negativas»). De hecho, el capitalismo, como argumentó en cierta ocasión el economista ecologista K. William Kapp, es una «economía de costes impagados».<sup>59</sup>

Lo que todo esto significa es que la mayor parte de la economía se dirige a cualquier cosa menos a las necesidades de la gran mayoría de los seres humanos que trabajan y general producto. «Por toda su mezquindad –escribió Marx–, la producción capitalista es totalmente derrochadora de material hu-

57. Bianca Mugenyi e Yves Engler, *Stop Signs: Cars and Capitalism*, Vancouver, Red Publishing, 2011, pp. 13, 108 y 115-116; U.S. Department of Transportation, «Nation's Highway Traffic Reaches Highest Level Since 2007», marzo de 2011, <http://fhwa.dot.gov>; «Your Big Car is Killing Me», 27 de junio de 2011, <http://slate.com>; Arbitron Inc., *The Arbitron National In-Car Study, 2009*, <http://arbitron.com>, pp. 2-5; Office of Department of Transportation, Office of Highway Transportation Information, «Our Nations Highways: 2011», <http://fhwa.dot.gov>, visitado el 30 de octubre de 2012; Lester R. Brown, *Outgrowing the Earth*, Nueva York, W.W. Norton, 2004, p. 92. La referencia a un sistema de transporte de «el coche primero» procede de Michael Dawson, «Electric Evasion.» *Counterpunch*, 15-17 de octubre de 2010, <http://counterpunch.org>.

58. Véase Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, p. 389; Michael Kidron, *Capitalism and Theory*, Londres, Pluto Press, 1974, p. 53; Michael Dawson y John Bellamy Foster, «The Tendency of Surplus to Rise, 1963-1988», en John B. Davis, ed., *The Economic Surplus in the Advanced Economies*, Brookfield, VT, Edward Elgar, 1992, p. 63.

59. Kapp, *The Social Costs of Private Enterprise*, p. 231.



mano, igual que... [lo es] de recursos materiales, de forma que pierde para la sociedad lo que gana para el individuo capitalista».<sup>60</sup> El resultado bajo el capital monopolista-financiero de hoy es que, medido por cualquier estándar racional, el progreso material en la actualidad se está volviendo cada vez más negativo. Como señalaron Barry Commoner y Charles Anderson ya en los años setenta, estamos sobrepasando la capacidad de la naturaleza para mantener nuestras actividades económicas y generando, por tanto, una enorme «deuda ecológica» que finalmente tendremos que pagar simplemente para nuestra supervivencia.<sup>61</sup>

Odum, que se pasó las últimas dos décadas de su vida perfeccionando una crítica ecológica devastadora de la economía neoclásica en la que enfatizaba repetidamente la superposición de sus puntos de vista con los de Marx, proporcionó quizá el análisis más claro y completo de lo que debe hacerse frente a la crisis planetaria. Argumentaba que era posible encontrar una solución social a las condiciones del clímax de acumulación representado por el sobrepasamiento ecológico alterando la estructura de producción y consumo a una escala mundial y reorientando el sistema económico hacia la riqueza real. Esto implicaría reconocer que «un derroche central de nuestra sociedad es usar los combustibles fósiles en actividades improductivas. Conducimos más coches de los necesarios, los conducimos demasiado a menudo y conducimos coches con demasiada potencia. Usamos coches para desplazarnos de casa al trabajo porque las ciudades no organizan con medios de transporte alternativos. Dado que mayores costes de energía hacen que la gente elimine algunos derroches estúpidos, puede que sean necesarios impuestos más altos sobre los combustibles en Estados Unidos para estos usos derrochadores».

Odum insistía en que era crucial para el desarrollo de condiciones económicas sostenibles la eliminación del intercambio ecológico desigual. Demostró que a finales de los años noventa Estados Unidos estaba ganando 2,5 veces más riqueza real (esto es, energía gris [*embodied energy*]) que la que exportaba, principalmente para desventaja de los países subdesarrollados. El cambio social necesario también exigía «el control de la tendencia inherente del capitalismo mundial a la explotación a corto plazo de los recursos», lo que podía socavar la «base de recursos nacional/internacional... causando un co-

---

60. Karl Marx, *Capital*, vol. 3, Londres, Penguin, 1981, p. 180.

61. Por lo que sabemos, el término «deuda ecológica» apareció por primera vez en Anderson, *The Sociology of Survival*, p. 143. La inspiración directa, sin embargo, fue Commoner, quien había empleado el concepto de «deuda medioambiental». Véase Commoner, *The Closing Circle*, p. 295; Odum y Odum, *A Prosperous Way Down*, pp. 139, 173, 175 y 179. Odum usó el concepto de «energía» [*emergy*], que reducía todas las formas de energía a la energía de un tipo (medida en emjulios solares) como medio para analizar la energía gris; Odum, *Environment, Power, and Society*, p. 278.



lapso». El crecimiento capitalista se «identificaba», según sus ideas, «con una analogía a gran escala de un crecimiento excesivo de las semillas». A escala mundial, «el dominio exclusivo del capitalismo a gran escala» debería ser «reemplazado por el énfasis en la cooperación con el medio ambiente y entre los países».<sup>62</sup>

Para superar lo que llamaba un «capitalismo canceroso» que dejaba en descubierto los recursos y la energía, Odum insistía en que sería esencial eliminar el «derroche y el lujo» económico y ecológico que no mantuviesen trabajo, productividad real y riqueza real. De ahí que fuese necesario, entre otras cosas, sugería él: 1) que la industria desplazara su foco de la «construcción» (esto es, la inversión neta) al «mantenimiento» (esto es, la inversión en reposición); 2) «fijar un límite máximo a los ingresos individuales»; 3) reducir la «renta de los intereses y los dividendos»; 4) «reducir el tamaño de las empresas disminuyendo los salarios [de nivel superior] en lugar de despidiendo empleados»; 5) «proporcionar programas de trabajo público para los desempleados»; 6) «descentralizar la jerarquía organizativa»; 7) «limitar el poder de los coches privados»; 8) eliminar «el empaquetado plástico desechable»; 9) priorizar «la producción ecológica neta sobre el consumo»; 10) promover una economía óptima mediante una «gran diversidad, cooperación eficiente»; 11) «compartir información sin beneficio»; 12) promover «la igualdad entre los países» en el intercambio ecológico; y 13) «usar las variedades agrícolas que necesiten menos *inputs*». Odum dejaba claro que esta transición exigía una ruptura con el «capitalismo imperial».<sup>63</sup> «Los ideales socialistas sobre distribución –observó– son más congruentes con un estado homeostático que con el crecimiento», mientras que en el capitalismo ocurre exactamente lo contrario.<sup>64</sup>

### El Sur global y la crisis definitiva

Los análisis de huella ecológica nos dicen que el mundo está sobrepasado, usando actualmente los recursos a un ritmo que sería sostenible para una Tierra y media. La fuente principal de este descubierto medioambiental se encuentra en los excesos de los países ricos que, no obstante, están siendo ahora duplicados a lo largo de todo el planeta. De hecho, si todo el mundo tuviese la huella ecológica per cápita de Estados Unidos, serían necesarias cinco planetas

62. Odum y Odum, *A Prosperous Way Down*, p. 149.

63. Odum y Odum, *A Prosperous Way Down*, p. 183; Odum, *Environment, Power, and Society*, pp. 58, 276 y 389-391.

64. Howard T. Odum, «Energy, Ecology and Economics», *Ambio*, vol. 2, n.º 6 (1973), p. 222.

Tierra.<sup>65</sup> El mismo tamaño de la huella ecológica de una economía rica como la de Estados Unidos es un indicador de su fuerte dependencia de un intercambio ecológico desigual, extrayendo recursos del resto del mundo, especialmente de los países subdesarrollados para expandir su propio crecimiento y poder.

Odum pudo demostrar, concretamente, que mientras Estados Unidos recibía más del doble de energía gris del comercio que exportaba, Ecuador estaba exportando más de cinco veces la energía gris que recibía. El comercio entre los dos países era, por tanto, enormemente desventajoso para Ecuador desde el punto de vista de la riqueza real, mientras que proporciona un enorme beneficio ecológico a la economía estadounidense.<sup>66</sup>

De ahí se deduce que la reducción del tamaño de la huella ecológica para que el mundo vuelva a estar de acuerdo con los límites medioambientales debe caer necesariamente muy desproporcionadamente sobre los países ricos capitalistas. La única solución justa y sostenible es la de una contracción y convergencia por las que las emisiones mundiales de carbono per cápita y las huellas ecológicas se igualan, junto con la eliminación del intercambio ecológico desigual.<sup>67</sup>

El Sur global está más inmediatamente amenazado que el Norte por el cambio climático y otras brechas planetarias. Es aquí también donde ha surgido un movimiento campesino internacional, La Vía Campesina, y con él la esperanza de desarrollo de un proletariado medioambiental.<sup>68</sup> Mientras tanto, la maquinaria de propaganda de los países ricos capitalistas retrata a las economías emergentes (en especial a China, donde las emisiones de carbono superan ahora a las de Estados Unidos) como la principal amenaza única al medio ambiente. Comprender la relación del Sur global con la crisis definitiva es por tanto crucial. La comparación del nexo economía-ecología de los países subdesarrollados con la de las economías capitalistas-monopolistas desarrolladas solo sirve para subrayar el carácter derrochador de estas últimas. A los principales países industrializados en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial los han caracterizado los altos niveles de intensidad en el uso de energía y carbono (combustibles fósiles).<sup>69</sup> Esta intensidad en un uso

---

65. Global Footprint Network, «World Footprint», <http://footprintnetwork.org>, consultado el 16 de octubre de 2012; Robynne Boyd, «One Footprint at a Time», *Scientific American*, 14 de julio de 2011, <http://blogs.scientificamerican.com>.

66. Howard T. Odum y J. E. Arding, *Emergy Analysis of Shrimp Mariculture in Ecuador*, Narragansett, RI, Coastal Research Center, University of Rhode Island, 1991, pp. 33-39.

67. Tom Atthanasiou y Paul Baer, *Dead Heat*, Nueva York, Seven Stories Press, 2002.

68. Foster, Clark y York, *The Ecological Rift*, pp. 439-440.

69. Esto también era cierto para la Unión Soviética, cuyo análisis, sin embargo, no nos corresponde aquí. Véase John Bellamy Foster, *The Vulnerable Planet*, Nueva York, Monthly Review Press, 1999, pp. 96-101.

alto de energía fue posible por el sistema imperial de intercambio ecológico (y económico) desigual. Privados de sus enormes subsidios imperial-ecológicos y de combustibles fósiles, las economías ricas serían percibidas rápidamente como los sistemas ineficientes que son.<sup>70</sup> Simon Kuznets, visto a menudo como la figura más destacada en el desarrollo de la contabilidad de la renta nacional en Estados Unidos, subrayó algunas de las contradicciones al comparar el PIB de las economías desarrolladas y subdesarrolladas. En un artículo de 1949, «Renta nacional y estructura industrial», Kuznets argumentaba que los países capitalistas ricos estaban groseramente sobrevalorados desde el punto de vista de la renta nacional en comparación con formaciones económicas menos industrializadas, con menor comercialización, porque todo lo que pasaba por el mercado —incluidos costes que eran meras «compensaciones» a la ineficiencia y capacidad destructora de la producción industrial-capitalista concentrada— era visto como algo que aumentaba la renta nacional y el crecimiento económico.<sup>71</sup> Así, era bien conocido (con referencia concreta a China) que las economías «preindustriales» o subdesarrolladas eran capaces de producir un contenido nutricional más alto con un menor coste; eran más eficientes «con respecto a la distancia» al unir a los productores con los consumidores y en la falta de necesidad de empaquetar y procesar los productos para evitar su pérdida; y eran capaces de dar seguridad a los individuos en sus ciclos de vida mediante la organización de una «vida familiar y comunitaria» (que en las economías ricas exige seguros).<sup>72</sup>

Buena parte de lo que se contaba como renta y crecimiento económico en la sociedad industrial moderna, como el «transporte extra y el manipulado», podían por tanto ser excluidos como meras compensaciones a las ineficiencias y capacidad destructiva de la vida industrial concentrada y urbana. Aquí Kuznets incluía la innecesaria dependencia del automóvil, buena parte de los costes de las viviendas, las enormes cantidades gastadas en distribución, transporte y comunicación; los gastos en los bancos, agencias de empleo, correderías, etc.

Una gran parte de lo que se contaba como PIB y como crecimiento económico no consistía en nada más que «libaciones de petróleo en la maquinaria de la sociedad industrial». En las economías altamente industrializadas «la producción, en el estrecho sentido de convertir pieles en zapatos —observaba Kuznets—, explica meramente una pequeña parte de los valores de los bienes

---

70. Odum, *Environment, Power and Society*, p. 274.

71. Simon Kuznets, «National Income and Industrial Structure», *Econometrica*, n.º 17, suplemento (1949), p. 217.

72. *Ibid.*, pp. 212-214 y 229.

terminados», mientras que en las economías subdesarrolladas «lo explica todo. Las actividades de transporte y distribución en una sociedad industrial pueden ser vistas claramente como compensaciones a las desventajas [materiales reales] de la fabricación con máquina a gran escala». Para Kuznets, por tanto, muchos de los costes adicionales en los que incurren las sociedades industriales avanzadas eran compensaciones intermedias a características negativas asociadas con esas sociedades, no añadiendo nada a los valores de uso finales. Sin embargo, desde una perspectiva de planificación social o socialista, como en los análisis de Baran y Sweezy, la crítica era aún más profunda, puesto que la mayor parte de estos costes sociales artificiales se podrían clasificar no solo como compensaciones a la vida urbana-industrial, sino como productos del carácter explotador, centrado en el beneficio y monopolístico de la economía capitalista, y por tanto socialmente irracionales también en ese sentido.<sup>73</sup>

En el capital monopolista-financiero cada vez más globalizado de hoy, las irrationalidades ecológicas, sociales y económicas de la organización de la producción son visibles a escala planetaria. Esto es particularmente cierto en el *agribusiness*, dada su alta, casi exclusiva dependencia de *inputs* intensivos en carbono en cada etapa del proceso de producción (incluyendo la producción de fertilizantes); su destrucción de la agricultura de subsistencia; sus enormes cadenas de procesamiento, empaquetado y venta, y sus redes globales de distribución y transporte que maximizan la cantidad de kilómetros recorridos por los alimentos. Según el *New York Times*: «Un bacalao pescado en las costas de Noruega es enviado a China para convertirlo en filetes y luego enviado de vuelta a Noruega para su venta». Esto se debe principalmente al arbitraje mundial de la mano de obra, que se aprovecha de los bajos salarios chinos (basados en el trabajo inmigrante y por tanto subvencionados por la agricultura campesina de subsistencia que cubre los principales costes de reproducción de los trabajadores). De la misma forma, el arbitraje mundial de la mano de obra explica por qué «la mitad de los guisantes de Europa crecen y se empaquetan en Kenia». Un estudio analizó un típico desayuno sueco de pan, mantequilla, queso, manzana, café, leche, zumo de naranja y azúcar, y llegó a la conclusión de que los alimentos habían viajado el equivalente a 40.066 kilómetros (la circunferencia del planeta).<sup>74</sup> El alimento medio consumido en Estados Unidos viaja más de 2400 kilómetros del campo a la mesa. Los kilómetros recorridos por los alimentos asociados al consumo en

73. *Ibid.*, pp. 216-219 y 227.

74. «Environmental Cost of Shipping Groceries Around the World», *New York Times*, 26 de abril de 2008, <http://nytimes.com>; Sally Deneen, «Food Miles», *The Daily Green*, <http://thedailygreen.com>, consultado el 16 de octubre de 2012.

el Reino Unido ascendieron a «33.000 millones de kilómetros-vehículo en 2002».<sup>75</sup>

Una y otra vez, el *agribusiness* se ha demostrado menos eficiente en la producción de alimentos que la pequeña granja orgánica intensiva, que es también menos dañina para el medio ambiente y mucho más capaz de proporcionar un medio de vida a la gente y a comunidades enteras en la tierra.<sup>76</sup> De ahí que La Vía Campesina reclame que para proporcionar seguridad alimentaria, medios de vida, trabajos y salud humana así como para proteger el medio ambiente, la producción alimentaria global debe estar en las manos de campesinos sostenibles a pequeña escala, en lugar de en la de grandes corporaciones monopolísticas de *agribusiness* y cadenas de supermercados. «La moraleja del cuento —observó Marx en la década de 1860—... es que el sistema capitalista va en contra de una agricultura racional, o que una agricultura racional es incompatible con el sistema capitalista... y necesita o pequeños campesinos trabajando para ellos mismos o el control de los productores asociados.»<sup>77</sup>

La revuelta mundial de los campesinos a pequeña escala coloca cada vez más la ecología al frente, cuando grupos de trabajadores rurales se organizan para luchar contra la lógica del capital para establecer el control social sobre las relaciones ecológico-materiales y forjar condiciones de vida con más sentido, menos alienadas y más sostenibles. Según afirman los sociólogos ecologistas Mindi Schneider y Philip McMichael en el *Journal of Peasant Studies*, «el concepto de Marx de ‘brecha metabólica’... en el contexto de una movilización internacional campesina que acepte la ciencia de la ecología ... se ha convertido en el punto focal de los intentos por restaurar formas de agricultura que sean social y medioambientalmente sostenibles».<sup>78</sup>

Odum insistía en que aumentar las limitaciones para el uso de los combustibles fósiles supondría el fin del sistema petroagrícola actual. «Los altos ren-

---

75. Report Buyer, *The Food Miles Challenge* (2006), <http://reportbuyer.com>, 2; Daniel Imhoff, «Thinking Outside of the Box», *Whole Earth* (invierno de 2002), p. 12.

76. Véase en particular Amory B. Lovins, L. Hunter Lovins y Marty Bender, «Energy and Agriculture», en Wes Jackson, Wendell Berry y Bruce Coleman, eds., *Meeting the Expectations of the Land*, San Francisco, North Point Press, 1984, pp. 68-69; Michael A. Altieri, «Agroecology, Small Farms, and Food Sovereignty», David Pimentel, «Reducing Energy Inputs in the Agricultural Production System», y Jules Pretty, «Can Ecological Agriculture Feed Nine Billion People», en Fred Magdoff y Brian Tokar, eds., *Agriculture and Food in Crisis*, Nueva York, Monthly Review Press, 2010.

77. Marx, *Capital*, vol. 3, p. 216.

78. Mindi Schneider y Philip McMichael, «Deepening and Repairing, the Metabolic Rift», *Journal of Peasant Studies*, vol. 37, n.º 3 (2010), p. 461.

dimientos de la agricultura industrial generaron una ilusión muy cruel porque los ciudadanos, los profesores y los líderes no entendieron la energía implicada ... Toda una generación de ciudadanos pensaron que había llegado una mayor eficiencia en el uso de la energía del sol. Esto era un triste engaño, porque la gente del mundo desarrollado ya no come patatas hechas con energía solar ... La gente en realidad está comiendo patatas hechas en parte con petróleo.»<sup>79</sup>

Sin el subsidio que proporcionan los combustibles fósiles, el sistema de *agribusiness* actual simplemente colapsará. Como resultado, será necesario volver a formas ecológicamente más eficientes de agricultura tradicional. De esta forma, el sistema de conocimiento dará un giro de 180 grados. En lugar de empresas de *agribusiness* proporcionando conocimiento a campesinos tradicionales, serán estos últimos quienes serán la inspiración para la agricultura más adecuada, basada en miles de años de conocimiento acumulado de cultivo del suelo, complementado con los avances asociados con la moderna agroecología. «Las políticas sobre población y desarrollo adecuadas para una restauración de baja energía –escribió Odum– pueden ser como aquellas halladas antiguamente en culturas de baja energía como las de los indios yanomami de Venezuela.»<sup>80</sup>

La idea de que las áreas del Sur global, entre las que se incluyen China y la India, puedan incorporar fácilmente los miles de millones de personas dedicados actualmente a la agricultura a pequeña escala en los centros urbanos superpoblados del Tercer Mundo es el producto de una ideología del desarrollo según la cual los países ricos del Oeste de Europa se dice que absorbieron rápidamente sus propias poblaciones rurales en las ciudades industrializadas que surgieron. En realidad hubo enormes oleadas de emigración de europeos hacia las colonias sacando presión fuera de las ciudades. (En Estados Unidos, que fue una tierra de acogida para buena parte de esta emigración europea, la urbanización se produjo mucho más gradualmente. En 1900, casi el 80% de la población británica vivía en ciudades, mientras que en Estados Unidos lo hacía el 40%; no fue hasta 1960 cuando el 70% de la población estadounidense residía en ciudades, y hasta el año 2000 antes de que fuese el 80%.) Un modelo como este de industrialización-urbanización, basado en la emigración en masa, claramente no es factible en el Sur global actual, que no

---

79. Odum, *Environment, Power, and Society*, pp. 189-190.

80. Odum y Odum, *A Prosperous Way Down*, p. 87. Para una discusión sobre cómo ha transformado Cuba su producción alimentaria, véase Richard Levins, «How Cuba is Going Ecological», *Capitalism, Nature, Socialism*, vol. 16, n.º 3 (2005), pp. 7-25; Sinan Koont, «Food Security in Cuba», *Monthly Review*, vol. 55, n.º 8 (2004), pp. 11-20.

tiene la vía de la emigración en masa a la escala hoy necesaria ni los mismos subsidios de carbono dadas las limitaciones del cambio climático. Ni tiene las condiciones económicas favorables –expansión a todo un «nuevo» continente (bien que llevase a la conquista genocida de los habitantes originales)– bajo la que Estados Unidos surgió como una potencia industrial mundial. Lo que está ocurriendo en muchos países, por el contrario, es el enorme crecimiento de zonas de chabolas cuando la gente emigra del campo a ciudades que no tienen suficientes oportunidades de empleo. Cerca de un tercio de los habitantes de ciudades del mundo viven hoy en zonas de chabolas.<sup>81</sup>

En respuesta a estas realidades ha surgido en China un poderoso Nuevo Movimiento de Reconstrucción Rural –asociado en concreto con el pensamiento ecológico pionero de Wen Tiejun– que rechaza los sistemas de *agribusiness* a gran escala como modelo viable de desarrollo en las circunstancias actuales. En cambio, la agricultura debe enraizarse en el sistema de aldeas con derechos de la tierra colectivos (el producto de la Revolución china) y la utilización del conocimiento tradicional de unos 240 millones de pequeños hogares campesinos (informado, además, por la ciencia ecológica contemporánea). Esta transformación de la producción de alimentos y de las relaciones socioecológicas también supone expandir la educación rural, los servicios médicos y las infraestructuras. Esta estrategia está comprometida con las Tres P (los Principios del Pueblo): medios de vida para el pueblo, solidaridad popular y diversidad cultural popular.<sup>82</sup>

### La sociedad del desarrollo humano sostenible

«El trabajo –escribió Marx– es, antes que nada, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso por el que el hombre, mediante su propia acción, media, regula y controla el metabolismo entre él mismo y la naturaleza.»<sup>83</sup> Es esta relación metabólica central entre los seres humanos y el medio ambiente natural la que está siendo actualmente puesta en cuestión por el capitalismo a una escala planetaria generando brechas metabólicas constantes y

---

81. Samir Amin, «World Poverty, Pauperization and Capital Accumulation», *Monthly Review*, vol. 55, n.º 5 (octubre de 2003), pp. 1-9; Prabhat Patnaik, «The Myths of Capitalism», *MRZine*, 4 de julio de 2011, <http://mrzine.monthlyreview.org>; UK House of Commons, *A Century of Trends in UK Statistics Since 1900*, House of Commons Library Research Paper 99/111, 21 de diciembre de 1999, <http://parliament.uk>, 13; U.S. Census Bureau, *Statistical Abstract of the United States, 2012*, tablas 28 y 29, <http://census.gov>, consultado el 30 de octubre de 2012.

82. Wen Tiejun *et al.*, «Ecological Civilization, Indigenous Culture, and Rural Reconstruction in China», *Monthly Review*, vol. 63, n.º 9 (febrero de 2012), pp. 29-35; Wen Tiejun, «Deconstructing Modernization», *Chinese Sociology and Anthropology*, vol. 49, n.º 4 (verano de 2007), pp. 10-25.

cada vez mayores.<sup>84</sup> Incluso cuando el capital monopolista-financiero cae víctima de una crisis de estancamiento sin fin debido a sus propias contradicciones internas, está también cruzando todos los límites ecológicos en su búsqueda de una acumulación sin fin, activando así sus contradicciones externas en la más amplia escala, principalmente planetaria.<sup>85</sup>

El crecimiento económico bajo el capitalismo es inseparable del incremento, citando a Herman Daly, del «flujo metabólico de materia útil y energía de fuentes naturales, a través del subsistema económico (producción y consumo) y de vuelta a los sumideros naturales como desechos». La clave para una sociedad sostenible es por tanto la regulación racional de este «flujo metabólico en relación a los ciclos naturales que regeneran el agotamiento de recursos de la economía y absorben sus emisiones de desechos, así como proporcionan otros incontables servicios naturales».<sup>86</sup> Reconociendo estas limitaciones materiales, y que la producción no era en última instancia nada más que la relación entre los seres humanos y la naturaleza, Marx definió el socialismo como una sociedad en la que «el hombre socializado, los productores asociados, gobiernan el metabolismo humano con la naturaleza de una forma racional ... cumpliendo esto con el menor gasto de energía y en las condiciones más favorables y adecuadas para su naturaleza humana».<sup>87</sup>

Estamos muy lejos de la regulación racional, social del metabolismo humano con la naturaleza imaginada por Marx en el siglo XIX. Hoy la brecha en este metabolismo está amenazando a todo el planeta como el hábitat para la humanidad y otras incontables especies. La gravedad del problema con el que nos enfrentamos al intentar resolver tanto la emergencia planetaria actual como el metabolismo social desmesuradamente destructivo del capital no debería ser minimizada. Para evitar un cambio climático catastrófico será necesario, nos dice la ciencia, encontrar una forma de mantener los combustibles fósiles bajo tierra. Debemos quedar muy por debajo del billón de toneladas métricas de emisiones de carbono si queremos tener una oportunidad razonable de evitar un cambio climático irreversible y catastrófico. Cortar rápidamente el consumo de combustibles fósiles, sin embargo, significa eliminar el subsidio de energía sobre el que críticamente descansa el sistema actual de capitalismo monopolista-financiero, poniendo todo el sistema en cuestión.<sup>88</sup>

---

83. Marx, *Capital*, vol. 1, p. 283.

84. Sobre la escala de la brecha planetaria actual véase Foster, Clark y York, *The Ecological Rift*.

85. Sobre la relación entre las contradicciones internas del capitalismo y las ecológicas externas véase Kent A. Klitgaard y Lisi Krall, «Ecological Economics, Degrowth, and Institutional Change», *Ecological Economics* (próximamente).

86. Herman E. Daly, «Further Commentary», en Jackson, *Prosperity Without Growth*, pp. 267-268.

87. Marx, *Capital*, vol. 3, p. 959.



Al mismo tiempo, será necesario revertir las otras brechas planetarias, como la extinción de especies, la ruptura de los ciclos del nitrógeno y el fósforo, la acidificación de los océanos, el agotamiento o sobreexplotación de los acuíferos, la eliminación de la cobertura vegetal natural de la tierra, y la degradación del suelo para no clausurar el futuro. Aquí también estamos forzados a enfrentarnos con la naturaleza de nuestro sistema social.

La verdad realmente inconveniente es que no hay otra forma de conseguir alguna, y mucho menos todas estas cosas, más que rompiendo con la lógica subyacente de la acumulación de capital, D-M-D' —y la actual aún más mortal D-CK-D'—. Lo que es necesario tanto para una supervivencia humana a largo plazo como para la creación de una nueva condición de «plenitud» es una huella ecológica más pequeña de la economía mundial, unida a un sistema completo de planificación social, tecnológica y económica; uno que sea de, por y para el pueblo.<sup>89</sup> Esto implica el abandono del mito del crecimiento económico absoluto como la panacea a todos los males de la sociedad, y la reducción de tamaño a una economía sostenible, homeoestática, basada en el desarrollo de la comunidad humana en lugar de en la acumulación individual.<sup>90</sup>

Sin embargo, la triste realidad es que el equilibrio de fuerzas en el mundo de hoy y la falta de tiempo no dejan espacio para un optimismo real en este respecto. Como observó contundentemente Minqi Li en *The Rise of China and the Demise of the Capitalist World Economy*, salvo un muy rápido derrocamiento del capitalismo de una forma que difícilmente puede ser imaginada hoy, el sistema nos llevará inevitablemente a una catástrofe global. Incluso si triunfa el socialismo en la segunda mitad de este siglo, «la tarea para los futuros gobiernos socialistas ya no será impedir las catástrofes sino intentar sobrevivir a ellas mientras se están produciendo».<sup>91</sup> Todo lo que se puede decir ciertamente es que cuando antes supere el mundo el capitalismo, mayores serán las oportunidades de supervivencia.

---

88. Max Weber fue muy probablemente el primer gran pensador en destacar que el capitalismo industrial moderno se afirmaba sobre un régimen medioambiental basado en los combustibles fósiles. Véase John Bellamy Foster y Hannah Holleman, «Weber and the Environment», *American Journal of Sociology*, vol. 117, n.º 6 (mayo de 2012), pp. 1.636 y 1.646-1.650.

89. Sobre la naturaleza de la planificación para un socialismo del siglo XXI, véase Harry Magdoff y Fred Magdoff, «Approaching Socialism,» *Monthly Review*, vol. 57, n.º 3 (julio-agosto de 2005), pp. 19-61.

90. Sobre el importante concepto de plenitud véase Schor, *Plenitude*, pp. 4-7.

91. Minqi Li, *The Rise of China and the Demise of the Capitalist World-Economy*, Nueva York, Monthly Review Press, 2008, p. 187.

«Es imposible pensar en nada que esté relacionado con las condiciones elementales de reproducción social metabólica –ha escrito István Mészáros– que no esté mortalmente amenazado por la forma en que el capital se relaciona con ello, la única forma en que puede», como un mero medio de acumulación. De hecho, ya en 1971, en la apertura de la moderna era medio-ambiental, Mészáros afirmó:

[Una] contradicción básica del sistema capitalista de control es que no puede separar el «avance» de la destrucción, ni el «progreso» del derroche –por catastróficos que sean los resultados. Cuanto más libera los poderes de la productividad, más libera los poderes de la destrucción; y cuando más extiende el volumen de producción, más debe enterrar todo bajo montañas de asfixiantes desechos. El concepto de economía es radicalmente incompatible con la «economía» de la producción de capital, que, necesariamente, para colmo de males primero usa con un derroche rapaz los recursos limitados de nuestro planeta y después agrava el resultado contaminando y envenenando el medio ambiente humano con sus desechos y emanaciones producidas en masa.<sup>92</sup>

Irónicamente, es en el mismo derroche y capacidad de destrucción de lo que Odum llamaba el «capitalismo canceroso» de hoy donde podemos descubrir el potencial para una sociedad más racional, justa y sostenible. Analizando el crecimiento explosivo de las finanzas, ya visible en su tiempo, junto con «la publicidad, la diferenciación de productos, la obsolescencia artificial, los cambios de modelo, y los demás recursos para las ventas», Baran y Sweezy observaron: «El enorme volumen de recursos absorbidos en todas estas actividades constituyen de hecho los costes necesarios de la producción capitalista. Lo que debería quedar meridianamente claro es que un sistema económico en el que tales costes con socialmente necesarios ha dejado de ser hace mucho un sistema económico socialmente necesario».<sup>93</sup>

---

92. István Mészáros, *Beyond Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1995, pp. 174 y 893-894.

93. Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, p. 141.

## Una ojeada al terrorismo nuclear

XAVIER BOHIGAS

### Qué es el terrorismo nuclear

El 6 y 9 de agosto de 1947 los EE UU lanzaron dos bombas nucleares sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. Las consecuencias sobre la población civil fueron terribles, causaron más de 250.000 muertes antes de que transcurrieran dos meses, otras 500.000 víctimas a raíz de su exposición a la radiación posterior, además de más cuatro millones de afectados entre los heridos y enfermos a causa de las explosiones. Las víctimas supervivientes del bombardeo (hibakushas) siguen padeciendo las consecuencias de la radiación. Aún hoy hay gente que sufre enfermedades de tipo cancerígeno debido a la radiación.<sup>1</sup>

Al poco tiempo de estas explosiones, la clase política norteamericana empezó a plantearse la posibilidad que otros estados pudiesen construir bombas nucleares y amenazasen con utilizarlas contra los EE UU y, por otro lado, también se especulaba con la posibilidad de que actores no estatales consiguiesen usar bombas nucleares contra la población civil o contra intereses norteamericanos. Las discusiones sobre terrorismo nuclear se reactivaron en la década de los 70, como consecuencia del incremento de actos de terrorismo internacional.

El término «terrorismo nuclear» indica el uso o la amenaza de utilizar materiales radioactivos, o usar dispositivos fabricados con ellos, de forma intencionada en actos de terrorismo, también incluye los ataques convencionales a instalaciones nucleares.

---

1. Datos extraídos de P. Pierart; *D'Hiroshima a Sarajevo: La bombe, la guerre froide et l'armée européenne*, Editions EPO (1995). Incluidos en el artículo «Efectos de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, 59 años después»; *Boletín armas contra la guerra*, núm. 50. Accesible en: <http://www.nodo50.org/tortuga/Efectos-de-las-bombas-atomicas-de>

El término «terrorismo nuclear» lo asociamos, normalmente, a la utilización de una bomba nuclear por parte de un grupo o agente no estatal. Pero también puede tomar otras formas diferentes. No es necesario hacer explotar una bomba nuclear para provocar consecuencias similares a una explosión nuclear. Los expertos apuntan que, en el caso que un agente no estatal quisiese provocar un desastre atómico, la opción más probable sería la utilización de las llamadas bombas sucias.<sup>2</sup> Una bomba sucia es una bomba accionada con explosivo convencional cargada con material radioactivo que se esparce a consecuencia de la explosión. A esta posibilidad hay que añadir el ataque con armamento convencional a un polvorín que tenga armas nucleares, un almacén de residuos nucleares, un almacén de combustible nuclear o a una central nuclear de producción de energía eléctrica en funcionamiento. En estos casos también se podría producir una importante emisión de radiación.

La construcción de una bomba nuclear no representa una gran dificultad tecnológica, un grupo de ingenieros la podrían diseñar sin excesivas dificultades. El principal problema, para un grupo no estatal que quisiese construir una bomba nuclear, sería la obtención del material necesario para conseguir una explosión nuclear. Para ello se necesita el material fisible conveniente (uranio o plutonio altamente enriquecidos). No existe un mercado libre de estos materiales, por lo que el grupo debería obtenerlo en el mercado negro o robarlo. Así pues, la principal dificultad para construir una bomba nuclear reside en la adquisición del material nuclear adecuado.

El Belfer Center de la Universidad de Harvard publicó un informe<sup>3</sup> muy completo sobre seguridad nuclear y señalaba cuatro puntos a tener en cuenta. La primera es que Al-Qaeda ha intentado obtener material nuclear si bien no lo ha conseguido hasta el momento. Segundo, si un grupo terrorista hubiese sido capaz de obtener suficiente material radioactivo podría construir una bomba. Tercero, a pesar que los grupos terroristas no puedan obtener material nuclear altamente enriquecido, sí que tienen la posibilidad de robarlo. Y cuarto, que el contrabando nuclear es muy difícil de combatir.

### **Incidentes relacionados con el terrorismo nuclear**

Existe la idea que las instalaciones nucleares, tanto civiles como militares, son recintos que cuentan con enormes medidas de seguridad que los hace

---

2. Tilman Ruff; *Nuclear Terrorism*, Fact sheet 10, November 2006. [energyscience.org.au](http://energyscience.org.au)

3. Matthew Bunn; *The Harvard Project on Managing the Atom*; Belfer Center for Science and International Affairs. April 2000. <http://belfercenter.ksg.harvard.edu/files/fullnextwave.pdf>

muy seguros, por no decir invulnerables. Pero la realidad dista de este punto de vista, pues se han dado diversos incidentes relacionados con ataques a instalaciones nucleares. Por otro lado, diversos informes apuntan que grupos terroristas han hecho pasos para conseguir material nuclear, incluso bombas. Otro dato a tener en cuenta es el tráfico ilícito de materiales nucleares, que harían posible que un grupo no controlado adquiriese el material necesario para construir una bomba. A continuación comentamos algunos de estos incidentes.

#### **Personas acusadas de planear ataques nucleares**

En noviembre de 2006, *The Guardian*<sup>4</sup> informaba que el servicio de inteligencia británico creía que Al-Qaida intentaba obtener la tecnología para atacar a Occidente y que una célula planeaba usar armas nucleares contra ciudades del Reino Unido. Un ciudadano británico fue encarcelado por planificar estos ataques, según el mismo diario. En algunos de los documentos secretos obtenidos por WikiLeaks se relata que comandos de Al-Qaida aseguraban que disponían de una bomba nuclear que podría hacer explotar en caso que se capturara o matara a Bin Laden.<sup>5</sup> En 2007, la FBI dice en una nota de prensa que una persona planificaba hacer explotar bombas nucleares en diferentes ciudades de EE UU.<sup>6</sup>

#### **Ataques a instalaciones militares**

En 2007, cuatro personas entraron en la instalación de investigación nuclear de Pelindaba en Sudáfrica, desactivando diversas barreras de seguridad. En la instalación se almacenaban centenares de kilogramos de uranio útil para usarlo en armas nucleares (se podrían construir 25 bombas). Los asaltantes llegaron hasta el centro de control de la instalación, robaron un PC y escaparon después de un tiroteo con un guarda de seguridad.<sup>7</sup>

Entre 2007 y 2008 hubo, al menos, tres ataques a instalaciones nucleares paquistaníes. Uno de ellos se realizó en el almacén de misiles nucleares de Sargodha, otro en la base aérea de Kamra y un tercero en el principal complejo de armamento nuclear en Wah.<sup>8</sup> Estos ataques incluso sorprendieron a

4. Vikran Dodd; «Al-Qaida plotting nuclear attack on UK, officials warn», *The Guardian*, 14 November 2006.

5. C. Hope, R. Winnet, H. Watt and H. Blake; «WikiLeaks: Guantanamo Bay terrorist secret revealed», *The Telegraph*, 25 April 2011.

6. «Feds Hoped to Snag Bin Laden Nuke Expert in JFK Bomb Plot», *Fox News*, June 04, 2007.

7. Micah Zenko; «A nuclear site is breached», *The Washington Post*, December 20, 2007.

8. Chidanand Rajghata; «Jihadist thrice attacked Pakistan nuclear sites», *The Times of India*, Aug 11, 2009.

los expertos en terrorismo. Estos ataques se produjeron después que Pakistán hubiese tomado medidas para mejorar la seguridad de sus instalaciones contra posibles ataques, sobre todo por parte de los EE UU o India.

En agosto de 2012, la base de la fuerza aérea pakistani de Kamra, cerca de la capital Islamabad, donde expertos occidentales consideran que se almacenan armas nucleares, sufrió un ataque por parte de ocho personas. Esta misma base había sido atacada anteriormente en tres ocasiones, en 2007 cuando un suicida atacó un autobús cerca de la entrada, en 2008 cuando militantes dispararon varios cohetes, y en 2009, cuando un atacante suicida en bicicleta se inmoló en una carretera de acceso<sup>9</sup>. El último ataque, el de 2012 ya citado, fue similar al asalto perpetrado a una base militar en Karachi, en mayo de 2011, en el que se destruyeron al menos dos aviones y 10 personas murieron. No hay evidencia de que en esta base hubiese armas nucleares. Este ataque tuvo una gran repercusión en los medios de comunicación, pues evidencia las débiles medidas de seguridad de las instalaciones militares paquistaníes. Después del ataque, las autoridades paquistaníes insistieron que sus bases militares, y en particular las que almacenan armas nucleares, son seguras.<sup>10</sup>

Las instalaciones nucleares paquistaníes siempre han despertado preocupación debido a sus débiles medidas de seguridad. Cuando Pakistán empezó a desarrollar su programa nuclear, en las décadas de los 70 y 80, consideró que el riesgo principal de ataque vendría de la India. Por esta razón, con pocas excepciones, situó la mayoría de las infraestructuras nucleares en el este y el norte del país. Según muchos especialistas esta preocupación se ha visto incrementada, porque la zona donde se hallan las instalaciones militares nucleares está actualmente dominada por militantes talibanes que podrían estar interesados en llevar a cabo ataques contra estas instalaciones.<sup>11</sup> No se descarta que extremistas islámicos intentasen robar alguna arma nuclear en Pakistán.<sup>12</sup>

Según los expertos, la probabilidad de que grupos terroristas obtengan una bomba nuclear es pequeña, pero añaden que el lugar del mundo donde hay mayor probabilidad de que se produzca una crisis nuclear es Pakistán,<sup>13</sup> pues es una

9. S. Mulvey; «Could terrorists get hold a nuclear bomb?», *BBC News*, 12 April 2010.

10. Salman Masood and David E. Sanger; «Pakistan's Military Faces New Questions After Raid»; *The New York Times*, May 23, 2011.

11. Shaun Gregory; «The Terrorist Threat to Pakistan's Nuclear Weapons», *CTC Sentinel*, Combating Terrorism Center at West Point, July 2009, Vol 2 . Issue 7, p. 1-4.

12. J. Borger; «Pakistan nuclear weapons at risk of theft by terrorists, US study warns», *The Guardian*, 12 April 2010.

13. Rolf Mowatt-Larssen, «Nightmares of nuclear terrorism», *Bulletin of the Atomic Scientists*, March-April 2010, 37-45. El autor del artículo fue director de inteligencia del Departamento de Energía de los EE UU y oficial de la CIA.

región de gran inestabilidad política con grupos extremistas en la zona (algunos, como Lashkar-e-Taiba con estrechas relaciones con miembros del ejército<sup>14</sup>).

El ataque a las instalaciones nucleares militares en Pakistán ha puesto de manifiesto, por un lado, la realidad de un posible ataque por parte de actores no estatales a instalaciones militares nucleares y, por otro lado, la débil protección de estas instalaciones en Pakistán. Ambas constataciones se consideran una amenaza a la seguridad mundial. Un estudio del Servicio de Investigación del Congreso de los EE UU señala que, a pesar de que Pakistán ha adoptado diferentes medidas para mejorar la seguridad de sus instalaciones en los últimos años, estas no parecen que sean suficientes.<sup>15</sup>

### **Contrabando nuclear**

Existen dos bases de datos que recogen los casos de contrabando nuclear: la *Illicit Trafficking Database* del Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA) y la *Database on Nuclear Smuggling, Theft, and Orphan Radiation Sources* de la Universidad de Salzburgo. Ambas coinciden en señalar a Rusia como el origen del material de contrabando y a Turquía como su destino preferido. La región del Mar Negro es, pues, el centro mundial del mercado negro nuclear. En la mayoría de los casos, han sido los trabajadores de un programa nuclear quienes han robado el material nuclear. Hasta la fecha, los intentos conocidos de contrabando nuclear no han tenido éxito. Y, en estos casos, se ha descubierto a los culpables por su poca experiencia en encontrar un posible comprador o por desconocimiento de los métodos para sacar el material del país.<sup>16</sup> Algunos especialistas señalan que Corea del Norte podría ser una fuente potencial de materiales y tecnología para grupos terroristas.<sup>17</sup>

Es de destacar el caso<sup>18</sup> de Abdul Qadir Kahn, el impulsor del programa nuclear paquistaní. En 2004 reconoció haber participado en una red de contrabando nuclear y haber vendido tecnología y conocimiento nucleares a Corea del Norte, Irán y Libia. Fue encarcelado y posteriormente puesto en libertad en 2009.

14. S. Mulvey; «Could terrorists get hold a nuclear bomb?», *BBC News*, 12 April 2010.

15. Paul K. Kerr and Mary Beth Nikitin; *Pakistan's Nuclear Weapons: Proliferation and Security Issues*, Congressional Research Service, RL34248, May 10, 2012. <http://www.fas.org/sgp/crs/nuke/RL34248.pdf>

16. Bruce Lawlor; «The Black Sea: Center of the nuclear black market», *Bulletin of the Atomic Scientists*, November-December 2011; vol. 67, no. 6, pp. 73-80.

17. Rolf Mowatt-Larssen, «Nightmares of nuclear terrorism», *Bulletin of the Atomic Scientists*, March-April 2010, vol. 66, no. 2, pp. 37-45.

18. The International Institute for Strategic Studies. *Nuclear Black Markets: Pakistan, A.Q. Khan and the rise of proliferation networks*. IISS Strategic Dossier

El OIEA puso en marcha en 1995 un sistema para recoger información sobre incidentes y tráfico ilegal de materiales nucleares. Tiene registrados 2.164 incidentes entre los años 1993 y 2011. Hay que destacar que 16 casos estaban relacionados con la posesión o tráfico de uranio o plutonio altamente enriquecido (material adecuado para la fabricación de bombas nucleares). Durante 2011, se registraron 147 incidentes, cuatro de los cuales relacionados con material radioactivo altamente enriquecido.<sup>19</sup> De estos datos se deduce que los estados no tienen medidas de control y seguridad suficientemente efectivas para evitar el tráfico ilegal de materiales radioactivos, incluido el uranio altamente enriquecido (HEU) que se usa en la fabricación de bombas nucleares. Y, por otro lado, el hecho de que exista este tráfico ilegal demuestra que existen actores interesados en adquirir estos materiales.

Parece difícil que un grupo terrorista pueda robar una bomba nuclear, aunque ya hemos dicho que el caso paquistaní genera muchos recelos. La amenaza más plausible radica en el robo de materiales nucleares altamente enriquecidos, con los que se podría construir una bomba nuclear –se necesitan entre 25 y 50 kg de uranio o plutonio altamente enriquecido–. La reserva actual mundial de uranio altamente enriquecido y plutonio asciende, aproximadamente, a unas 2.300 toneladas (suficientes para fabricar 200.000 bombas nucleares).<sup>20</sup> Este material se encuentra en centenares de edificios en más de 40 países, con unas medidas de seguridad que van desde «excelentes» en algunos sitios, hasta «horribles» en otros.<sup>21</sup>

En el informe *Securing the Bomb 2010*, del Centro Belfer, se dice que es urgente que todos los estados adopten normas claras, y que se apliquen correctamente, con el objetivo de proteger las amenazas en materia de seguridad nuclear.<sup>22</sup>

### **Una bomba nuclear en manos de terroristas**

Existen diferentes maneras para que un grupo no estatal pueda realizar un ataque terrorista con bombas nucleares.

---

19. IAEA, *Illicit Trafficking Database (ITDB) Factsheet*. <http://www-ns.iaea.org/downloads/security/itdb-fact-sheet.pdf>

20. Albright D, Kramer K.; *Global stocks of nuclear explosive materials*. Washington DC, Institute for Science and International Security, 2005.

21. Bunn M, Wier A.; «Terrorist nuclear weapon construction: how difficult?» *Annals of the American Academy of Political and Social Science*. 2006; 607 (Sep):133-49.

22. Bunn, Matthew; *Securing the Bomb 2010*. Belfer Center for Science and International Affairs. April 2010. [www.nti.org/securingthebomb](http://www.nti.org/securingthebomb)



### **Robo de una bomba nuclear operativa**

Una posibilidad sería que el grupo robase una bomba nuclear operativa. Esta opción parece poco probable, pues las armas nucleares están bajo la protección de las fuerzas armadas estatales y suelen estar almacenadas bajo estrictos controles de seguridad, con la salvedad del caso paquistaní que ya hemos comentado. A pesar de ello, un grupo podría hacerse con un arma nuclear aprovechando errores en su vigilancia, sobre todo en su transporte entre destinos diferentes o bien aprovechando un accidente. Recordemos dos casos en que ello hubiera sido posible. Uno tuvo lugar en agosto de 2007, en EE UU, cuando un bombardero que debía transportar misiles sin cabezas nucleares, fue cargado (cabe pensar que por error) con seis misiles con cabezas nucleares. El avión voló hasta su lugar de destino y los misiles quedaron olvidados en la pista de aviación durante más de veinticuatro horas.<sup>23</sup> Y el segundo es el incidente de Palomares donde, en 1966, cayeron cuatro bombas nucleares desde un avión que estaba repostando combustible en vuelo.<sup>24</sup> Tres de ellas fueron localizadas y recuperadas en pocas horas, pero la cuarta no se recuperó hasta pasados 80 días después del accidente. En ambos casos, un grupo hubiese podido aprovechar la situación para hacerse con alguna de esas armas nucleares. Por tanto, a pesar de que se considere esta opción altamente improbable, no se debe descartar.

El informe del Centro Belfer advertía que Pakistán es el país que tiene más posibilidades de ser atacado por un grupo extremista (islámico, aclara el informe) que quiera conseguir una arma nuclear, debido a sus débiles medidas de seguridad. Los expertos indican que el peligro ha aumentado a causa de la carrera armamentística entre India y Pakistán. Antes hemos comentado algunos incidentes en instalaciones nucleares paquistaníes. Por tanto hemos de considerar que el robo de un arma nuclear no se trata de una simple hipótesis sino de un peligro real.

### **Fabricación de una bomba**

La fabricación de una bomba nuclear requiere, por un lado, un cierto grado de sofisticación en su diseño y, por otro, es necesario disponer del material fisible adecuado (que puede ser uranio, o plutonio, altamente enriquecidos, por encima del 90%) en cantidad suficiente para asegurar la explosión nuclear. Construir una bomba nuclear fiable, compacta y eficiente –como las

---

23. Nazemroaya, Mahdi Darius; «Missing Nukes: Treason of the Highest Order», *Global Research*, October 29, 2007

24. Véase por ejemplo: «Un bombardero y un avión nodriza norteamericanos chocan en pleno vuelo»; *La Vanguardia*, 18 de enero de 1966

que mantienen los estados nucleares—, o que se pueda montar en un misil, representa un reto tecnológico importante. Pero fabricar una bomba nuclear casera, sin las prestaciones sofisticadas que requieren las armas que tienen los estados nucleares, está al alcance de cualquier ingeniero interesado en el tema. La dificultad mayor a que se enfrentaría un grupo no estatal que quisiese fabricar una bomba nuclear sería la obtención del uranio o plutonio altamente enriquecidos necesario para asegurar su explosión. Entre los numerosos casos de contrabando nuclear que comentábamos, algunos corresponden a uranio o plutonio altamente enriquecido. No se puede descartar, pues, que un grupo terrorista adquiriera o robe suficiente material para construir una bomba nuclear.

Seguramente, la opción más asequible para un grupo terrorista sea la construcción de una bomba sucia. Una bomba sucia es una bomba convencional que disemina material radioactivo. La complejidad tecnológica de la fabricación de una bomba de estas características no es muy grande. El principal problema consiste en obtener el material radioactivo necesario. Una bomba de este estilo no necesita uranio o plutonio altamente enriquecido. Sería efectiva equipándola con cualquier tipo de material radioactivo (cesio-137, cobalto-60, iridio-192, estroncio-90, uranio o plutonio). Así, no se produciría una explosión nuclear como la de Hiroshima, pero la diseminación del material radioactivo provocaría un desastre humanitario y medioambiental de gran trascendencia, parecido a los desastres nucleares de Chernóbil y Fukushima que, sin que hubiese ninguna explosión nuclear, provocaron catástrofes de grandes dimensiones.

El material radioactivo para montar una bomba sucia se podría obtener del combustible utilizado en las centrales nucleares de generación de electricidad, que se almacenan en las piscinas de refrigeración situadas dentro de la misma central nuclear, o en almacenes temporales de materiales radioactivos. El transporte desde la central de origen al almacén de destino proporciona una ocasión de relativa facilidad para la obtención del material radioactivo por parte de grupos no estatales. Los reactores nucleares de aplicación médica utilizan materiales radioactivos de mayor pureza que los usados en las centrales de generación de electricidad. Estos también se podrían utilizar para fabricar una bomba sucia.

### **Ataque a una central nuclear**

Un ataque a una central nuclear de generación de electricidad podría provocar una fuga radioactiva, con el consiguiente desastre medioambiental, humano y económico, de una magnitud similar a la de la explosión de una

bomba nuclear (si no contamos el efecto inmediato debido a la explosión). Dos son las partes más sensibles: el núcleo del reactor de la central y las piscinas de almacenamiento de combustible gastado.

El contenedor del núcleo del reactor de las centrales nucleares de generación de energía eléctrica está construido de forma que pueda soportar el impacto de un avión comercial. Pero un estudio del *Argonne National Laboratory* muestra que el edificio contenedor del reactor difícilmente podría resistir el fuego provocado por el combustible derramado.<sup>25</sup> No es, pues, imposible que un ataque pudiese dañar no solo el edificio del reactor sino incluso la protección del contenedor del reactor, lo cual podría provocar la fuga radioactiva y un desastre nuclear de gran magnitud.

Se llegaría a un desastre similar mediante la interrupción de algunos servicios auxiliares del reactor, como por ejemplo el circuito refrigerante del reactor. El accidente de Fukushima fue debido, en última instancia, a la interrupción del sistema eléctrico que hacía funcionar el sistema de refrigeración de los reactores afectados.

Pero no es necesario destruir la protección del reactor nuclear para provocar un desastre atómico. El combustible nuclear, una vez gastado, es altamente radioactivo, por lo que debe permanecer almacenado en grandes piscinas en la misma central nuclear, con el objetivo de disminuir su actividad radioactiva. La destrucción de estas piscinas ocasionaría la liberación a la atmósfera de parte de dicho material radioactivo, con la consiguiente repercusión medioambiental, sanitaria, humana y económica.

Las centrales nucleares de generación de energía eléctrica no han sido inmunes a incidentes reivindicativos. Así, recientemente,<sup>26</sup> en 2012, un activista de Greenpeace sobrevoló la central de Bugey (Francia) con un paramotor<sup>27</sup> y lanzó una bengala sobre el edificio del reactor. Otro activista entró en la central de Civaux (Francia) y permaneció escondido durante una hora dentro del recinto. En 2011, un grupo de activistas entraron al amanecer en la central nuclear de Cofrentes (País Valencià), llegaron hasta la torre de refrigeración donde pintaron el mensaje «peligro nuclear» y permanecieron hasta las cuatro

---

25. Ira Helfand, Lachlan Forrow, Jaya Tiwari; «Nuclear terrorism», *British Medical Journal*, 9 February 2002; Vol. 324, Issue 7333; pp. 356-358.

26. «Greenpeace irrumpe por tierra y aire en dos centrales»; *El País*, 3 mayo 2012, p.4. También: Justin McKeating; «Greenpeace once again exposes security failures at French nuclear reactors», May 2, 2012. <http://www.greenpeace.org/international/en/news/Blogs/nuclear-reaction/greenpeace-once-again-exposes-security-failur/blog/40213/>

27. El paramotor es una adaptación del parapente, en la que el piloto lleva un motor atado a su espalda.

de la tarde cuando fueron detenidos.<sup>28</sup> En 2003, 30 activistas entraron en la central de Sizewell (Gran Bretaña).<sup>29</sup> Anteriormente, en 2002, 40 activistas irrumpieron en la central nuclear de Zorita (España), seis de ellos escalaron la cúpula del reactor.<sup>30</sup> En 2001, treinta activistas entraron en una central nuclear en Australia.<sup>31</sup> La lista de ocupación pacífica de centrales nucleares es mucho más larga, aquí citamos algunos casos a modo de ejemplo. Estas acciones demuestran la vulnerabilidad de las centrales nucleares. Si activistas pueden entrar sin demasiados problemas en una central para denunciar el uso de la energía nuclear y las escasas medidas de seguridad de estas instalaciones, también lo podrían hacer fácilmente otros grupos con objetivos diferentes.

Por otro lado, actores no estatales han realizado varios ataques a centrales nucleares. En ninguno de ellos se produjo una fuga radioactiva.<sup>32</sup> En 1973 se llevó a cabo un ataque contra la central nuclear argentina de Lima cuando aún no estaba acabada. En 1977, ETA hizo explotar varias bombas que dañó la cubeta del reactor de la central en construcción de Arminza (Euskadi). En 1982 se lanzaron cuatro cohetes antitanque contra el reactor de la central en construcción de Malville en Francia, que resultó dañado. Y también en 1982 fue atacada la central en construcción de Melkbosstrand en Sudáfrica.

Pero también actores estatales han atacado instalaciones nucleares de varios países. Así, Irak ha sufrido varios ataques contra sus instalaciones nucleares. Durante la guerra entre Irán e Irak de 1980-1988, Irán bombardeó instalaciones nucleares iraquíes. En 1981, Israel bombardeó el reactor casi acabado de Osirak situado cerca de Bagdad. Y en 1991 y 2003 fue EE UU quien atacó las instalaciones iraquíes. Israel atacó, en 2007, la central nuclear siria de al-Kibar. Las autoridades israelíes argumentaron que Siria podría llegar a fabricar una bomba nuclear.<sup>33</sup> Parece ser que Corea del Norte había ayudado a Siria en la construcción de ese reactor.<sup>34</sup> Cualquiera de estos ataques hubiese

---

28. Ignacio Zafra; «Greenpeace burla la seguridad de Cofrentes», *El País*, 16 febrero 2011.

29. «Protesters 'breached Sizewell security'», *BBC News*. Friday, 28 February, 2003. [http://news.bbc.co.uk/2/hi/uk\\_news/england/2808015.stm](http://news.bbc.co.uk/2/hi/uk_news/england/2808015.stm)

30. Inmaculada Gómez Mardones; «Greenpeace asalta la central de Zorita y pone en evidencia su seguridad», *El País*, 26 abril 2002.

31. «Greenpeace raid on Australian nuclear reactor», *ABC News*, Tuesday, 18 December 2001. <http://www.abc.net.au/science/articles/2001/12/18/443080.htm>

32. Barnaby, F.; *Nuclear Terrorism*. In Taipale I (ed.); *War or health?* London, Zed Books, 2001: 164-172. Citado en Tilman Ruff; *Nuclear Terrorism*. Fact sheet 10, November 2006. [energyscience.org.au](http://energyscience.org.au)

33. D. Gartenstein-Ross and J. D. Goodman; The Attack on Syria's al-Kibar Nuclear Facility. *inFocus* Spring 2009, Vol. III: Num. 1. *Jewish Policy Center*

34. Mark Tran ; «US claims video shows North Korea helped build Syrian reactor», *The Guardian*, 24 April 2008. <http://www.guardian.co.uk/world/2008/apr/24/usa.korea>

podido provocar un desastre atómico en el caso que el reactor hubiese estado cargado de combustible y en funcionamiento.

La *Nuclear Threat Initiative* evaluó los estados atendiendo a las condiciones de seguridad de sus almacenes nucleares. Se evaluaron 32 estados, aquellos que tenían, como mínimo, un quilogramo de uranio o plutonio altamente enriquecido. El último lugar correspondía a Corea del Norte, precedido de Pakistán, Irán y Vietnam (tiene un reactor de investigación). Los anteriores eran India, China e Israel. El mejor clasificado fue Australia.<sup>35</sup>

Todos estos incidentes demuestran que las actuales centrales nucleares pueden sufrir ataques y que sus medidas de protección y seguridad son insuficientes para evitar un ataque intencionado. Tengamos en cuenta que, actualmente (principios de 2013), hay 437 reactores nucleares operativos conectados a la red eléctrica en 30 estados, según los datos de la Agencia de Energía Nuclear.<sup>36</sup> Por lo que la posibilidad de que se pueda realizar un ataque a una central nuclear es alta.

### Consecuencias de un ataque nuclear

Si la explosión nuclear se produjera en un centro urbano, como en el caso de Hiroshima y Nagasaki, las consecuencias serían terribles. El Departamento de Seguridad Nacional de los EE UU ha calculado que los daños producidos por una bomba de 10 kT (similar a la lanzada sobre la población de Hiroshima)<sup>37</sup> lanzada sobre Washington mataría entre 15.000 y 30.000 personas de forma inmediata, heriría o mataría más de 200.000 personas a causa de la exposición a la radiación a corto plazo y causaría unos 50.000 casos de cáncer, de los cuales 25.000 serían mortales a causa de la exposición a la radiación a largo plazo.<sup>38</sup> La explosión de una bomba de 300 kT en Trafalgar Square, en Londres, en un día laboral podría causar 240.000 muertos y 420.000 heridos.<sup>39</sup>

35. Julian Borger; «India, China and Israel ranked among the world's worst for nuclear security». Global Security Blog: <http://www.guardian.co.uk/world/julian-borger-global-security-blog/2012/jan/11/israel-nuclear-weapons>

36. *International Atomic Energy Agency*: <http://www.iaea.org/pris/> y *European Nuclear Society*: <http://www.euronuclear.org/info/encyclopedia/n/nuclear-power-plant-world-wide.htm>

37. Las bombas nucleares de los arsenales actuales tienen una potencia destructiva entre 100 i 5.000 kT cada una. Las bombas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki tenían una potencia de 16 kT y 25 kT respectivamente. Es decir, que la potencia media de una bomba nuclear actual es de unas 200 veces superior a las lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki.

38. US Dept. of Homeland Security, *National Planning Scenarios*, Scenario 1, 2005.

39. G. Evans and Y. Kawaguchi,; *Eliminating Nuclear Threats*, International Commission on Nuclear Non-proliferation and Disarmament. 2009. [www.icnnd.org](http://www.icnnd.org)

Otro artículo<sup>40</sup> hace el cálculo de las consecuencias de la explosión de una bomba nuclear de 12,5kT en el puerto de Nueva York. La explosión y los efectos térmicos supondrían 52.000 muertes de forma inmediata, 44.000 casos de enfermedades provocadas por la radiación directa, de los cuales 10.000 podrían ser mortales. La nube radiactiva podría matar otras 200.000 personas y provocar muchos cientos de miles de casos de enfermedades. En un ataque de estas características, la ayuda a los sobrevivientes sería muy limitada. Alrededor de 1.000 camas de hospital quedarían destruidas y 8.700 estarían expuestas a la radiación. Las instalaciones médicas quedarían fácilmente sobrecargadas.

El ataque a una central nuclear de generación de energía eléctrica podría provocar una situación parecida a la sufrida por la población y el medioambiente a consecuencia del desastre nuclear de Fukushima o de Chernóbil. En Fukushima el tsunami provocó la fuga de radiación de los reactores que obligó a las autoridades a establecer una zona de seguridad de 20 km de radio, y a evacuar a todas las personas que vivían dentro de esa zona (cerca de 200.000). Se produjeron importantes vertidos radioactivos al mar y a la atmósfera que han provocado una enorme contaminación radioactiva de animales y plantas. Pero las consecuencias no son únicamente a corto plazo, como siempre sucede con los incidentes relacionados con la energía nuclear. Así, por ejemplo un reciente informe de la OMS afirma que el riesgo de padecer un cáncer de tiroides a lo largo de la vida entre las niñas que resultaron expuestas a la radiación es un 70% mayor que entre las que no estuvieron expuestas.<sup>41</sup>

También en la central de Chernóbil hubo, en 1986, otro accidente nuclear clasificado con el nivel 7 (el máximo de la Escala Internacional de Eventos Nucleares), el mismo que el accidente de Fukushima. El accidente se produjo por un sobrecalentamiento del núcleo del reactor que provocó una fuga radioactiva que, se estima, fue unas 200 veces superior a la radiación provocada por las bombas de Hiroshima y Nagasaki. Las consecuencias del desastre fueron gigantescas. Unas 135.000 personas fueron evacuadas. Actualmente aún existe una zona de exclusión de un radio de 30 km alrededor de la central nuclear. El *Chernobyl Forum* (un grupo de agencias de la ONU) afirma que la catástrofe ha causado alrededor de 9.000 muertes y cerca de 200.000 personas enfermas,

---

40. Ira Helfand, Lachlan Forrow, Jaya Tiwari; «Nuclear terrorism», *British Medical Journal*, 9 February 2002; Vol. 324, Issue 7333; pp. 356-358

41. José Reinoso, «La OMS alerta de que habrá más casos de cáncer cerca de Fukushima»; *El País*, 28 febrero 2013. [http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/02/28/actualidad/1362047475\\_722444.html](http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/02/28/actualidad/1362047475_722444.html)

otras organizaciones dan un número mayor. Hasta la fecha el gobierno de Ucrania lleva gastados más de 12.000 millones de dólares en trabajos para hacer frente a las consecuencias del accidente de la central.<sup>42,43</sup>

Está claro que la explosión de una bomba atómica, además de las pérdidas humanas y las consecuencias sobre la salud de la población a corto, medio y largo plazo (muertes y lesiones que afectarían a centenares de miles de personas), tendría enormes consecuencias sociales y económicas. Y desde el punto de vista económico, los gastos para limpieza y descontaminación radioactiva serían enormes. Los trabajos de reconstrucción serían ingentes. A todo ello debemos añadir las incidencias sobre el medio ambiente a corto, medio y largo plazo.

## **Medidas internacionales para combatir el terrorismo nuclear**

### **Por parte de las Naciones Unidas**

El Consejo de Seguridad de la ONU aprobó en 2001 la resolución 1373 en la que decide que los estados prevengan y repriman los actos de terrorismo. En 2004 aprobó la resolución 1540 que se centra en la amenaza terrorista por parte de agentes no estatales y dicta una serie de medidas que los estados deben cumplir para evitar la proliferación del terrorismo nuclear, químico y bacteriológico. Exhorta a los estados a adoptar medidas que aseguren el cumplimiento de los tratados internacionales e insiste en la necesidad de la cooperación internacional para combatir el terrorismo.

Actualmente existen en vigor 16 instrumentos jurídicos de lucha contra el terrorismo. Uno de estos instrumentos es el «Convenio internacional para la represión de los actos de terrorismo nuclear», aprobado en 2005 y que entró en vigor en 2007. Actualmente forman parte de él 71 estados. El Convenio contempla una amplia gama de actos y posibles objetivos terroristas, incluidas las centrales nucleares. Alienta a los estados para que cooperen en la prevención con el intercambio de información y la asistencia mutua en las investigaciones penales. Y contempla tanto las situaciones de crisis (asistencia a los estados para resolver la situación) como las situaciones posteriores a la crisis (mediante el Organismo Internacional de Energía Atómica).

El Secretario General de la ONU creó en 2005 el Equipo Especial sobre la Ejecución de la Lucha contra el Terrorismo (CTITF) con el objetivo de coor-

42. Accidente nuclear de Chernóbil. [http://energia-nuclear.net/accidentes\\_nucleares/chernobyl.html](http://energia-nuclear.net/accidentes_nucleares/chernobyl.html)

43. O. Auyezov and R. Balmforth; *In Chernobyl, a disaster persists*. Reuters, Special Report, March 2011. <http://www.reuters.com/article/2011/03/15/us-chernobyl-disaster-persists-idUSTRE72E5CT20110315>

dinar y dar coherencia a las actividades de la ONU contra el terrorismo. El CTITF tiene diferentes grupos de trabajo, uno de ellos el de la prevención de ataques con armas de destrucción masiva. Se estableció para fortalecer el intercambio de información y conocimientos entre las diferentes organizaciones relacionados con la respuesta a ataques terroristas con armas de destrucción masiva.

#### **Por parte del Organismo Internacional de Energía Atómica**

En marzo de 2002, el OIEA puso en marcha su primer programa integral de lucha contra el riesgo del terrorismo nuclear, ayudando a los estados a reforzar su seguridad nuclear. En septiembre de 2009, la Junta de Gobernadores aprobó un nuevo Plan de Seguridad Nuclear<sup>44</sup> para el período 2010-2013. El nuevo plan prioriza el asesoramiento sobre la aplicación de los instrumentos internacionales, la elaboración de directrices y documentos; la revisión y evaluación de las necesidades; y la prestación de apoyo a los estados para la aplicación de las recomendaciones de seguridad nuclear, y la divulgación y el intercambio de información.

#### **Las Cumbres de Obama**

En abril de 2009 el presidente Obama anunció, en su famoso discurso en Praga, que quería parar la proliferación de armas nucleares, reducir los arsenales nucleares y asegurar los materiales nucleares. Para ello convocaría a los jefes de estado para conseguir acuerdos para combatir la amenaza que supondría que grupos terroristas o criminales obtuviesen materiales nucleares. El objetivo principal de dicha cumbre sería asegurar las existencias de materiales nucleares, susceptibles de ser robados, así como reforzar la cooperación internacional para combatir el tráfico de materiales y tecnología nuclear.

En mayo de 2010 se celebró la primera cumbre en Washington, donde se reunieron líderes de 47 estados y el OIEA. Estaban representados todos los estados que disponen de armamento nuclear excepto Corea del Norte. De los estados que disponen de tecnología nuclear destacaba la ausencia de Irán. Sorprende que estos dos estados no asistieran a la reunión si el objetivo real era la colaboración entre todos los estados nucleares. Dos años más tarde, se celebra otra cumbre en Seúl. En este caso participan 53 jefes de estado y de organizaciones internacionales, sin la presencia de Irán y Corea del Norte. Está previsto realizar una tercera cumbre en los Países Bajos en 2014.

---

44. *IAEA Nuclear Security Plan for 2010-2013*. <http://www-ns.iaea.org/downloads/security/nuclear-security-plan2010-2013.pdf>



En las conclusiones finales de ambas cumbres<sup>45,46</sup> se reafirman las buenas intenciones de todos los participantes en trabajar por el desarme nuclear, la no proliferación nuclear y el uso pacífico de la energía nuclear; se pide la colaboración entre ellos y se reconoce el papel principal de la ONU y del OIEA.

En definitiva, las resoluciones de las cumbres se reducen a intenciones muy genéricas en la línea de los documentos habituales de las diferentes organizaciones internacionales. Da la impresión que las cumbres intentan fortalecer el papel preponderante de los EE UU, y en particular del presidente Obama, en la gestión del tema nuclear.

### **Otras iniciativas**

La *Global Initiative to Combat Nuclear Terrorism* (GICNT) es una asociación de estados y de organizaciones internacionales con el objetivo de prevenir, detectar y responder al terrorismo internacional. Los estados y organizaciones se comprometen voluntariamente a la aplicación de los principios de la GICNT. Actualmente forman parte de la GICNT 85 estados y cuatro observadores oficiales (la Unión Europea, la Agencia Internacional de la Energía Atómica, la Interpol y la Oficina para las Drogas y el Crimen de la ONU). Los EE UU y Rusia son los copresidentes. El grupo de evaluación e implementación de la GICNT considera que la detección y el análisis forense nuclear son las principales prioridades. La GICNT reconoce el papel que la OIEA puede hacer para conseguir sus objetivos.

### **Proyecto Vinca, la colaboración es posible**

En 1948 se fundó el Instituto de Ciencias Nucleares de Vinca cerca de Belgrado. El instituto contaba con dos reactores nucleares de investigación que operaban con uranio enriquecido al 2%, pero en 1976 los dos reactores se modificaron y usaron uranio altamente enriquecido. Uno de los reactores fue suspendido en 1984, mientras el otro siguió operativo.<sup>47</sup> En 2002, existían 48kg de uranio altamente enriquecido, suficiente para fabricar varias bombas nucleares. Las condiciones de seguridad eran deficientes y funcionarios norteamericanos consideraban que este material podía ser robado por

45. Communiqué of the Washington Nuclear Security Summit. The White House, Office of the Press Secretary. <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/communiqu-washington-nuclear-security-summit>

46. 2012 Seoul Communiqué. [http://www.thenuclearsecuritysummit.org/userfiles/Seoul%20Communique\\_FINAL.pdf](http://www.thenuclearsecuritysummit.org/userfiles/Seoul%20Communique_FINAL.pdf)

47. Philipp C. Bleek; «The Project Vinca: Lessons for Securing Civil Nuclear Material Stockpiles», *The Nonproliferation Review*. Fall-Winter 2003.

terroristas. Para resolver la situación la *Nuclear Security Project*, el Departamento de Defensa de los EE UU, el OIEA, Serbia y Rusia trabajaron conjuntamente para transferir esta material a un lugar seguro en Rusia para su posterior eliminación. El Proyecto Vinca se presenta como un modelo de colaboración para proteger material nuclear.<sup>48</sup>

### Qué podemos hacer

Ante la situación esbozada más arriba –respecto a los peligros asociados al terrorismo nuclear–, nos podemos preguntar ¿qué hacer? Dentro de la lógica del sistema imperante, la respuesta se define con bastante claridad. El objetivo sería aumentar las medidas de seguridad de los almacenes de materiales radioactivos y de las instalaciones nucleares, tanto civiles como militares. A la vez que se debería aumentar el control sobre los movimientos de materiales o dispositivos nucleares. Control que deberían realizar algunos estados y organismos internacionales. De esta manera, presumiblemente, se evitaría que los materiales radioactivos pasasen a manos no deseadas y las instalaciones estarían a salvo de posibles ataques. De hecho todos los acuerdos internacionales van en esta dirección: políticas para conseguir mayor seguridad y concentración de capacidad de decisión en manos de unos pocos estados.

Parece razonable; frente a un peligro hay que reaccionar con medidas correctivas que reduzcan este. ¿Pero no hay otra opción? Creemos que sí. El terrorismo debe abordarse con medidas políticas que aporten soluciones a las causas que lo originan. Estas medidas políticas deben complementarse con la eliminación total de las armas nucleares y la supresión de la energía nuclear como fuente de generación de energía eléctrica (dos reivindicaciones históricas, la primera del movimiento pacifista y la segunda del ecologista).

Después de los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, gente de todo el mundo tomó conciencia del peligro que representaban las armas nucleares. Las acciones, protestas y campañas en contra de las armas nucleares se multiplicaron por todo el planeta. Al finalizar la Guerra Fría, con el colapso y la desmembración de la URSS, parecía que los estados podrían iniciar un desmantelamiento de sus arsenales nucleares. Hubo ciertamente una reducción de los arsenales, pero el peligro nuclear sigue siendo enorme. Así, actualmente, se estima que existen más de 20.000 armas nucleares activas que representan una amenaza inmediata. En 1995 varios expertos prepararon un

---

48. Fact Sheet, August 23, 2002. Office of the Spokesman. US Department of State. <http://2001-2009.state.gov/r/pa/prs/ps/2002/12962.htm>

borrador de convención internacional para la eliminación de las bombas nucleares que dió lugar a una campaña internacional para abolir las armas nucleares.<sup>49</sup> En la revisión del Tratado de No proliferación de armas nucleares (TNP), realizada en el 2010, 130 estados pidieron una convención que condujese a la eliminación de las armas nucleares. No se aprobó, los estados que poseen armas nucleares y forman parte del TNP, excepto China, se resistieron a esta convención.

La eliminación de las armas nucleares en todo el mundo, además de evitar su utilización por parte de los estados que las poseen, representaría un ahorro en el gasto de defensa de los estados que se podría dirigir a satisfacer las necesidades de la población. Pero, por otro lado, en un mundo sin armas nucleares, la posibilidad que un grupo terrorista se hiciese con ellas, sería imposible.

Por lo dicho más arriba, parece claro que uno de los mayores peligros relacionado con el terrorismo nuclear, es que algún grupo realice un ataque convencional a una central nuclear de generación de energía eléctrica. Este ataque no tiene porque estar dirigido al reactor, el objetivo podría ser cualquiera de los elementos más accesibles, como por ejemplo las piscinas donde se almacena el combustible gastado o, incluso, las instalaciones que suministran la energía para el funcionamiento de los sistemas refrigerantes del reactor, provocando un desastre similar al de Fukushima. Es evidente que si no existiesen las centrales nucleares no se podría realizar un ataque de este tipo y no habría consecuencia alguna.

El cierre de las centrales nucleares se ha reivindicado desde el movimiento ecologista desde hace muchos años. A esta reivindicación se van incorporando otros colectivos y personas con una sensibilidad hacia sistemas de producción de energía eléctrica más sostenibles. Durante muchos años el lobby nuclear nos intentó convencer que la opción nuclear era la única opción posible (recientemente nos dicen que, además, es ecológica) para mantener el nivel de bienestar. Afortunadamente la opción nuclear tiene cada vez menos adeptos y la población (que no los gobiernos) tiene más claro que la alternativa es una reducción del gasto de energía y la producción de energía mediante sistemas de producción renovables y sostenibles.

Así, el cierre de las centrales nucleares de producción de energía eléctrica permitiría, por un lado, colmar las aspiraciones de una gran parte de la po-

---

49. ICAN, *International Campaign to Abolish Nuclear weapons*. <http://www.icanw.org/>

blación para tener fuentes de energía eléctrica más limpias y, por otro lado, impediría que fuesen utilizadas como objetivo de ataques terroristas, con consecuencias catastróficas.

Un mundo sin armas nucleares y sin centrales nucleares para la generación de energía eléctrica minimizaría la amenaza del terrorismo nuclear. Únicamente debería asegurarse la eliminación, de forma segura, de los materiales radioactivos que se utilizan en las aplicaciones médicas. Reunir la cantidad de material radioactivo suficiente para provocar una catástrofe nuclear sería muy difícil en esta situación.

## **Del Atlántico al Mediterráneo: Portugal, España y Grecia en busca de una salida\***

ARMANDO FERNÁNDEZ STEINKO

### **Introducción**

España, junto con Portugal, Grecia, Italia e Irlanda, forma parte del grupo de países europeos más afectados por la crisis financiera: los llamados «PIIGS». Sus sistemas políticos, económicos y sociales están atravesando cambios estructurales cuyo final no es fácil de predecir. Irlanda es un caso muy particular, pero los cuatro países restantes tienen muchas características en común y comparten experiencias históricas comparables. Sin embargo, también el caso de Italia es distinto en algunos aspectos importantes. Se trata de un país fundador de la Comunidad Europea y siempre ha tenido un poder de negociación política superior al del resto. Su modernización económica, política e institucional se ha producido en el marco de tres décadas de capitalismo regulado y ha estado insertada en pactos políticos y sociales vigentes durante más de dos generaciones. Estos pactos incluían un sistema libertades políticas y de derechos individuales, un (mínimo) equilibrio de intereses entre capital y trabajo, así como el desvío de una parte de los frutos del incremento de productividad a la expansión de los mercados interiores y a elevar el consumo de sectores amplios de sus poblaciones. Incluía también la unificación de las condiciones de vida en todo el territorio nacional a través de inversiones públicas en infraestructuras (vías de comunicación, centros de salud y de educación financiados con impuestos etc.), así como la creación de una base

---

\*Quiero agradecerles a Júlio Marqués Mota y Margarida Antunes (Coimbra), así como a Ricardo Vergés (Sevilla), Agustín Cañada (Madrid) y Michel Vakaloulis (Paris) el generoso envío de documentación relevante para la redacción de este trabajo.

productiva con capacidad de absorber la fuerza de trabajo liberada por una liquidación gradual y regulada de su sector tradicional. De esta política se ha beneficiado sobre todo la población rural que ha recibido una transferencia sostenida de recursos a través de la Política Agraria Común, transferencia que le ha proporcionado un «nivel de vida equitativo» (Art 39.1,b del Tratado de Roma). Las políticas de apertura gradual a los mercados mundiales explican la creación de un sector exportador altamente dinámico e innovador que se ha ido consolidando durante las décadas de «capitalismo regulado» gracias a una lira crónicamente devaluada y unas políticas de apoyo a la industria comparables a las que se dieron en otros países fundadores de la Comunidad Económica Europea como Alemania o Francia. Esta capacidad exportadora ha mantenido la balanza de pagos razonablemente equilibrada a lo largo de muchas décadas, incluso tras la crisis de 2008, y a pesar de que la deuda pública italiana sobrepasa hoy el 160% del PIB (Horn et al.2012: 4).

Ni Grecia, ni Portugal ni España (a partir de ahora «PEGs») han accedido a la modernidad capitalista en condiciones comparables a estas. Los tres accedieron históricamente tarde al fordismo y lo han hecho fuera del marco de los grandes pactos destinados a domesticar la modernización capitalista. Cuando se han incorporado a la CEE (Grecia en 1981, Portugal y España en 1986), dichos pactos ya empezaban a perder vigencia incluso en el núcleo del capitalismo centroeuropeo y a partir del Tratado de Maastricht se aceleró su cancelación en todo el Continente. Este acceso tardío a un capitalismo domesticado, es decir, en un momento en que dejaba de estarlo cada vez más en el resto del mundo occidental, elevó considerablemente el coste que tuvieron que pagar por la integración en la CEE.

### **¿Hacia un bloque mediterráneo?**

Mi argumento es el siguiente: las trayectorias históricas de los PEGs los colocan en posiciones comparables dentro de la actual coyuntura política y financiera. La degradación de sus sistemas sociales podría llevar a la conformación de nuevas mayorías opuestas a las políticas austeridad y a los pilares ideológicos que las sustentan. Sin embargo, es altamente improbable que se puedan enfrentar por separado a estas políticas con posibilidades de éxito, lo cual pone encima de la mesa la necesidad de crear un frente común. Este frente podría sumar un peso político y económico suficiente para forzar un cambio de las políticas de austeridad, vincular el pago de la deuda al crecimiento económico y poner en marcha un plan de inversiones públicas con capacidad de generar empleo en el marco de la reconversión social y ambiental de todo el Continente. Más concretamente: un frente europeo-mediterráneo:

- Colocaría a sus países en una posición negociadora mucho mejor derivada del volumen de su su deuda externa, cuya amenaza de impago podría arrastrar al abismo a todo el sistema financiero europeo y mundial. Este escenario tendría un coste muy elevado para los PEGs, pero sería incluso mayor para los acreedores de forma que es improbable que estos arriesgen la posibilidad que se produzca.
- Los PEGs unidos tendrían más posibilidades de forzar una conferencia internacional similar a la de Londres de 1953. En esta conferencia, que terminó con la firma de un acuerdo multilateral, se acordó vincular el pago de la deuda externa contraía por Alemania desde la Primera Guerra Mundial con los Estados Unidos, Reino Unido y Francia, al crecimiento económico y el desarrollo de sus capacidades productivas. La razón no fue el repentino humanitarismo de las potencias occidentales, sino la posición de fuerza que, inesperadamente, pasó a tener Alemania Federal dentro de la nueva estrategia militar de contención del bloque socialista. El argumento de Alemania era que no iba a poder hacer frente a sus compromisos militares si no se renegociaba su deuda y que una Alemania Federal económicamente débil y deprimida podría erosionar la imagen del capitalismo en perjuicio de todo el mundo occidental. El llamado «milagro alemán» habría sido imposible sin esta conferencia pues el país nunca habría despegado como lo hizo si no hubiera conseguido renegociar el pago de su deuda y no se le hubieran condonado unos 14.600 millones de marcos. Los PEGs no van a poder desarrollar nunca un poder suficiente por separado equivalente al que tuvo en su momento la RFA para forzar una conferencia como esta. Al ocupar espacios geoestratégicos centrales para la Alianza Atlántica su suma podría, sin embargo, tener un efecto suficiente al de la existencia de los países socialistas en los años 1950.

Alemania, la nueva potencia hegemónica en Europa, necesita seguir vinculando su sistema monetario al de las economías más débiles de sur con el fin de mantener una moneda devaluada en beneficio de sus exportaciones, para recuperar la mayor parte posible de sus préstamos y para evitar una posible implosión de toda la zona euro debido al efecto contagio provocada por una salida unilateral de uno de los PEGs. Si estos se unieran en una estrategia común, podrían amenazar con crear una moneda propia (el *eurosur*). Este paso tendría consecuencias negativas y positivas que hay que evaluar (por ejemplo encarecería el endeudamiento externo y los costes energéticos) pero, en cualquier caso, provocaría una crisis profunda de la estrategia exportadora alemana debido a la rápida revaluación del hipotético *euronorte*. Esta situación rompería los consensos internos de aquel país, que incluyen a una parte de su movimiento sindical y afectaría dramáticamente a los sistemas de compensación intraeuropeos (Target II) en perjuicio de Alemania. Es más que

razonable pensar que, para evitarlo, las élites alemanas accedan a liberar los recursos mínimos necesarios (Kulke 2012).

Pero es altamente improbable que, al menos en la actual situación, ni Alemania ni el resto de los países exportadores liberen recursos para que los PEGs puedan crear una base productiva autocentrada que les permita financiar de forma sostenible los consensos políticos y sociales de sus jóvenes democracias (id.). Si hay alguna posibilidad de conseguirlo es modificando la correlación de fuerzas que se da hoy en Europa. Una política solidaria tendría que definir una nueva división europea del trabajo y revisar las grandes reglas que regulan hoy las relaciones económicas entre los países europeos. Es altamente improbable que esto se llegue a dar si los beneficiarios principales del cambio –los PEGs– no acumulan un poder de negociación suficiente.

Sólo si se trastocan algunas de las columnas del que vamos a llamar «proyecto atlántico» (ver abajo) hay posibilidad de avanzar hacia un modelo productivo alternativo. En los PEGs, pero no en el resto de los países de la UE, se está produciendo una erosión simultánea del apoyo electoral a los partidos del consenso atlántico. Esta sincronización del ciclo político en el sur acerca la posibilidad de actuar conjuntamente.

Los PEGs pueden jugar con la baza de sus relaciones privilegiadas con América Latina (Portugal y España) y con el mundo árabe y Rusia (Grecia), a parte de con la de la importancia estratégica del espacio del Mediterráneo y de algunas zonas de África de fuerte influencia portuguesa.

### **El problema de la asimetría**

Las élites portuguesas, españolas y griegas se han comprometido con el proyecto atlántico a lo largo de los últimos 30 años. Desde la irrupción de la crisis de 2008 –y también antes– han dado suficientes muestras de que anteponen los intereses de una parte minoritaria de sus poblaciones a los de las mayorías sociales, de que han cancelado de facto los consensos de las transiciones democráticas. Sus propuestas no pretenden defender a sus sociedades frente a los intereses de los grandes exportadores europeos y de las burguesías patrimoniales del planeta. Más bien pretenden imponerlos de forma aún más consecuyente que hasta ahora. Tanto hacia dentro de sus propios países (desvío de fondos públicos para sanear la banca sin apenas contraprestación política, políticas de deflación de precios y salarios, «devaluaciones internas» etc.) como hacia fuera (aumento de la agresividad comercial, prioridad añadida de los intereses de las grandes multinacionales, guerras monetarias latentes etc.). Su objetivo es imponerle a terceros países (aún) más vulnerables



aquellas políticas de las que ellos mismos han venido siendo víctimas hasta ahora. El objetivo es reproducir la política alemana de los últimos quince años: crear puestos de trabajo y consolidar la legitimidad política de los propios gobiernos a costa de robarle ambas cosas al vecino.

Esta dinámica coloca a las dos economías más vulnerables del sur (Portugal y Grecia con 22 millones de habitantes entre las dos) en una posición particularmente delicada y frena la posibilidad de que el país más grande, España (47 millones) acepte a incorporarse a un bloque solidario en el sur. España es un competidor directo de ambos países en muchos sectores y su potencial económico es mayor, lo cual le hace albergar esperanzas de la aplicación del modelo alemán en perjuicio de los países más pequeños y débiles, entre ellos Portugal y Grecia. Pero España no las tiene todas consigo si quiere imitar el modelo alemán:

- No tiene mucho tiempo: el desempleo podría sobrepasar el 27% en pocos meses y se discute con temor la posibilidad de un estallido social incontrolable alimentado, además, por los casos de corrupción del actual partido en el gobierno.
- Varios gobiernos latinoamericanos comprometidos con sus propias poblaciones están frenando las agresivas estrategias de las multinacionales españolas en América Latina. Esto está llevando a una reducción de los beneficios de las multinacionales españolas activas en este continente a sus casas matrices, así como a una caída de su capitalización bursátil. La exploración de mercados alternativos en la India, China o los países del Golfo, ha generado a una recuperación de la balanza por cuenta corriente. Pero esta no se debe tanto a la recuperación de la competitividad como a la extraordinaria depresión de la demanda interna. En cualquier caso: el aumento de las exportaciones no han creado empleo y es improbable que lo hagan en el futuro de forma comparable a como lo ha hecho el tejido empresarial alemán: el modelo de exportaciones agresivas tienen sus límites.
- Los estándares laborales, ambientales y urbanísticos ya son muy bajos en España de forma que es improbable que una reducción adicional de los mismos, que es lo que hoy plantea el gobierno del Partido Popular, puedan forzar un nuevo ciclo de crecimiento basado en el sector de la construcción y que este tenga efectos comparables sobre el empleo al que se inició hacia 1997.
- La crisis está agudizando el problema de la configuración estatal de España. El apoyo al soberanismo por parte de sectores de las clases medias empobrecidas está creciendo en algunas regiones ricas como Cataluña. Es improbable que con semejante problema interno los gobiernos puedan apretar mucho más a su población para imitar el modelo alemán: el mar-

gen de maniobra político para aplicar políticas a impopulares tiene también esta limitación.

Por tanto: hay argumentos para pensar que España, el país con más población y recursos de los tres, también podría tener un interés estratégico en incorporarse a un bloque de países con capacidad de forzar un cambio en Bruselas/Berlín. Si este lograra articularse, no es descartable un cambio en la opinión pública italiana a favor de un ingreso en el *eurosur* (Italia es un país altamente exportador que mejoraría sustancialmente su competitividad con una devaluación de su moneda). El riesgo, que siente sobre todo Francia, de que esta situación llevara a Alemania a iniciar una andadura por separado dentro de Europa, parece asumible. Otro «*Alleingang*» (andadura unilateral) de Alemania, por ejemplo dando por amortizada la carta europea y orientándose exclusivamente a los mercados emergentes, no parece consensuable hoy en ese país: el pasado sigue pesando demasiado y las incertidumbres de una aventura de este tipo son demasiado grandes: Alemania se ha hecho extremadamente dependiente de los mercados internacionales, lo cual reduce su margen de maniobra política.

Para que estas propuestas no se queden en voluntarismo, habría que demostrar que los tres países comparten trayectorias y bloqueos históricos comunes, y que estos pueden ser superados mejor o de forma más realista si se hace conjuntamente. La cuestión central no es, por tanto, si salirse o no del euro o qué hacer con la deuda. Lo principal es cómo, con qué y con quién crear una estructura económica y laboral con capacidad de financiar de forma perdurable un orden político y social justo, democrático y sostenible, y partiendo de las trayectorias y realidades sociales concretas de nuestros tres países. Esto obliga a hacer un diagnóstico común. Hay, al menos, tres aspectos que habría que analizar comparativamente: a.) el acceso a la modernidad en nuestros tres países y sus consecuencias; b.) la naturaleza de sus «élites» y de sus clases empresariales; y c.) la naturaleza y la función de sus Estados. Aquí sólo vamos a poder desarrollar el primer punto, los demás quedan pendientes para otra ronda.

### **Proyecto europeo y restauración atlántica**

Las fuerzas de la «izquierda» eran claramente hegemónicas en nuestros tres países tras el fin de sus dictaduras. Por «izquierda» entendemos aquí aquella parte de la misma que proponía ir más allá del proyecto de «economía social de mercado» consensuado entre la democracia cristiana y la socialdemócrata europeas tras la Segunda Guerra Mundial. Era un proyecto –o un grupo de proyectos– económicamente intervencionistas, con un inequívoco acento anticapitalista e igualitarista, aunque no necesariamente revolucionario sino

más bien gradualista (Maravall 1982). En el Portugal postrevolucionario y en Grecia ese «más allá» se denominaba «socialismo», en la España de la transición se denominaba «democracia social avanzada» o de forma similar.

### **Fin de las dictaduras y opciones políticas**

Es verdad: en cada país se entendía algo distinto por ese «más allá», pero en todas las izquierdas, que incluyan los partidos comunistas, los socialistas de izquierdas, incluso sectores muy relevantes de la socialdemocracia organizada, el proyecto incluía los siguientes ejes: a.) la impugnación de la propiedad privada de los medios estratégicos de producción, principalmente aquellos en manos de las oligarquías nacionales que apoyaron los regímenes dictatoriales; b.) la impugnación del monopolio de la propiedad privada en la gestión empresarial en el marco de una economía mixta en la que el sector público debería tener un papel estratégico a desempeñar; c.) un modelo económico al servicio del pleno empleo y de las necesidades sociales de las mayorías, sobre todo de las más necesitadas; d.) la creación de una base productiva nacional y un sistema fiscal progresivo destinado a financiar un sistema público de bienestar de forma sostenible; e.) un sistema político pluralista basado en la participación directa y continuada de sectores amplios de la población y que incluía una democratización fuerte del Estado; f.) neutralidad militar.

La mayoría de estas reivindicaciones no eran tan revolucionarias como pretendieron las élites de la época y muchas ya eran hacía décadas una realidad en varios países del capitalismo renano. Pero su significado en el sur de Europa era distinto. Abrían la posibilidad de desbloquear algunos de los escollos que habían impedido crear desde hace décadas sociedades justas e igualitarias. Lo que hizo saltar todas las alarmas en los centros del poder transatlánticos no fue tanto su radicalidad, sino la posibilidad de que abriera una senda de desarrollo en el sur de Europa que quedara fuera del control de los grandes actores económicos, políticos y militares occidentales (para el caso portugués: Morrison 1981: 27s., para el español: Garcés 2012: cap. 4).

El área mediterránea ha tenido siempre un fuerte valor estratégico para los intereses transatlánticos, pero tras la revolución iraní y el triunfo electoral de Ronald Reagan (1980) se produce una militarización adicional del Mediterráneo y de las estrategias de seguridad occidentales. El proyecto atlántico incluía otros aspectos no directamente militares, muchos de ellos recogidos en los documentos de la OCDE, una organización en la que habían ingresado las tres dictaduras hacía ya varias décadas. Pero la incorporación al paraguas atlántico era una línea roja que separaba a la izquierda del resto de opciones políticas, bien fueran de centro-izquierda, de centro-derecha o incluso de la

(ultra)derecha. Las tres eran minoritarias por esas fechas en nuestros países y todas ellas compartían la aceptación del paraguas atlántico. Esta aceptación, muchas veces pactada a espaldas de sus electores, era compatible con el radicalismo verbal de muchos líderes destinado a ganarse apoyos desde la izquierda (para el PASOK Moschonas/Papanagnou 2007). La incorporación o no al paraguas atlántico era la línea roja que separaba dos grupos de apuestas políticas antes que el posicionamiento en el conflicto este-oeste. Por ejemplo había sectores intermedios tanto dentro del *establishment* político como dentro de la propia izquierda («tercermundistas», «eurocomunistas») que intentaron situarse fuera de dicho conflicto sin poder conseguirlo. La desestabilización del gobierno de Adolfo Suárez en España, que culminó con el extraño intento de golpe de Estado de 1981, tiene mucho que ver con su apuesta por mantener al país en un espacio de neutralidad militar. Suárez se apoyaba en la opinión pública mayoritaria para apoyar su neutralismo, pero también en el antinorteamericanismo de un sector de la derecha española (Garcés 2012, Grimaldos 2006).<sup>1</sup> El problema era que bloque atlántico no dejaba espacio para matices: o se estaba a favor o se estaba en contra. La dicotomía del todo o nada marcó la dinámica del referendun español sobre la OTAN de 1986, pero también la forma de abordar la reunificación de Alemania o la destrucción de la opción Gorbachow para la URSS.

Naturalmente: tampoco el proyecto atlántico era/es uniforme. Incluye una banda política lo suficientemente ancha como para permitir una alternancia en el poder (bipartidismo), pero todas sus «versiones» incluyen una serie de ejes estratégicos que definen un férreo consenso de fondo. Muchos de estos ejes fueron elaborados en los años 1960 por *think tanks* y adoptados después por la Comisión Trilateral (ver Lippman 2003, Bell 1960 y Huntington 1968. En España: Fernández de la Mora 1971). Definían –y siguen definiendo tras la implosión de la Unión Soviética– el núcleo duro del bipartidismo que aún sigue vigente (Garcés 2012: 175). Son las líneas rojas de lo que en España se denomina «el sistema»<sup>2</sup> y que aquí vamos a llamar «el consenso atlántico». Su legitimidad está viéndose muy afectada por la crisis de 2008 colocando a los PEGs frente a una nueva encrucijada histórica.

Los principales ejes del consenso atlántico son los siguientes: a.) modelo económico basado en la propiedad privada y consideración del sector público como actor sólo provisional destinado a abrir oportunidades de negocio para

---

1. A Adolfo Suárez le echaron en cara sus «veleidades tercermundistas» al negarse a incorporar a España a la Alianza Atlántica.

2. En España se habla de personas o partidos «antisistema» para describir las orientaciones situadas más allá de dichas líneas rojas, muchas veces sin entrar en detalles y forzando una bipolaridad y una simplificación muy parecida al que conocemos de los tiempos de la guerra fría.

aquella; b.) monopolio de la propiedad en la gestión de las empresas; c.) reducción de la política a gestión «técnica» del orden existente y reducción de la participación ciudadana a sus expresiones indirectas e intermitentes a través de partidos y listas electorales, si es posible, cerradas (minimalismo democrático<sup>3</sup>); d.) creación de condiciones para el libre flujo de los capitales productivos y financieros; d.) integración en la OTAN. La creación de un sistema fiscal más o menos progresivo también forma parte de este proyecto, pero la acción redistributiva del Estado depende enteramente de la capacidad del sector privado de acumular capital y generar excedentes (punto a.).

### **Resistencias al proyecto atlántico**

La neutralización de la propuesta alternativa no era una empresa tan fácil como puede parecer hoy. La tradición de la izquierda y no la de la «economía social y de mercado» era la que había alimentado políticamente a la oposición democrática en los tres países. En Portugal ni siquiera existía un partido socialista histórico y el PS de Mario Soares fue creado de la nada con dinero de Bonn y el apoyo de la CIA (Garcés 2012: 163). El PSOE había sido el «partido socialista más radical de Europa» (Eley 2002) pero su implantación en España era casi nula hacia 1975. La mayoría de los socialistas españoles históricos y no históricos –Rodolfo Llopis, Javier Solana, Joaquín Almunia, Fernando Morán– incluso algunos miembros de gobiernos conservadores –Josep Piqué, Andreu Mas Colell– eran marxistas en aquella época o incluso comunistas o maoístas. Felipe González tuvo que dar un golpe de timón dentro del PSOE –otra vez con el apoyo económico masivo de Bonn– para poder hacerse con el control del Partido frente al marxismo mayoritario (congreso de 1979). El PASOK siguió practicando un discurso radical y «tercermundista» incluso en los años 1980, cuando PSOE ya habían hecho su Bad Godesberg hacía bastantes años (el PSP es, desde su mismo nacimiento, un genuino producto Bad Godesberg). El PASOK era atacado por la derecha griega como un partido de la «izquierda de la izquierda», acusado de ser un partido radical, populista y tercermundista, anti-CEE, antinorteamericano y fuertemente comprometido con la «soberanía nacional» (Moschonas/Papanagnou 2007: 87). Tras la revolución del 25 de abril en Portugal (1974) y el fracaso de la contrarrevolución del Presidente Spínola, se produjo una radicalización de la sociedad portuguesa encendiendo todas las alarmas de los gobiernos occi-

---

3. «El funcionamiento eficaz de un sistema democrático exige, por lo general, cierta apatía y falta de participación de algunos individuos y grupos» (Estudio de la Comisión Trilateral cit en Grimaldos 2006: 209). Este lenguaje es casi idéntico al utilizado por Fernández de la Mora (1971), uno de los grandes teóricos de la modernización autoritaria de los tiempos del franquismo.

dentales (Agee 1979, Grimaldos 2006). La radicalización en Portugal demostró, que resultaba difícil, incluso peligroso políticamente, intentar destruir el proyecto de la izquierda desde posiciones de la derecha. Esta conclusión le dio un mayor protagonismo a la socialdemocracia alemana, que tuvo que emplearse a fondo para «crear un curioso partido de la izquierda destinado a destruir a la izquierda» (A. Grimaldos). Las sociedades del sur estaban tan escoradas a la izquierda que el principal partido de la burguesía portuguesa tuvo que adoptar nombres con evocaciones socialistas (*Partido Social Demócrata* por el anterior de *Partido Popular Democrático*). La derecha española no fue nunca capaz de crear un movimiento conservador de masas de tipo demócratacristiano (aunque sí la burguesía vasca) y la adopción de los nombres *Alianza Popular* y *Partido Popular* también tiene esta explicación. Tampoco la *Nueva Democracia* griega lo tuvo fácil. Tuvo que incursionar temporalmente en el campo de la socialdemocracia con el fin de arrebatarle una parte del campo de la izquierda al PASOK (Pappas en Mosconas/ Papanagnou 2007).

Desde luego, la fuerte militancia anticapitalista del sur de Europa no es una cosa nueva. Hunde sus raíces en las desigualdades sociales, en la ausencia de una burguesía con capacidad de poner en marcha un proceso de desarrollo capitalista con margen de productividad suficiente para beneficiar a una parte mayoritaria de la población etc. (ver Hobsbawm 1995: 136ss). A estas razones históricas hay que sumarles el apoyo que recibieron las tres dictaduras por parte de los países centrales del proyecto atlántico. El aislado régimen de Franco recibió en los años 1940/50 un balón de oxígeno por parte de los Estados Unidos en el marco de la doctrina Truman de contención del comunismo, balón que resultó esencial para asegurar la continuidad del Régimen a largo plazo (Garcés 2012: 175ss). Los regímenes de Paganos, de Karamanlis y de Salazar recibieron ayuda económica directa –y naturalmente también militar– en el marco del Plan Marshall por razones idénticas. Tanto la Grecia monárquica de Pablo I como el Portugal republicano de Salazar son socios fundadores de la OTAN, y las dictaduras de España y Portugal ingresaron en Naciones Unidas en 1955 sólo gracias al muy activo apoyo de los Estados Unidos. El recelo hacia las potencias occidentales también se explica por el trauma provocado por la guerra civil en España (1936-1939) y Grecia (1944-1949), que generaron una enorme destrucción de vidas humanas, patrimonio cultural e infraestructuras. Las fuerzas democráticas perdieron dichas guerras debido a la masiva intervención de las potencias occidentales a favor de las fuerzas reaccionarias, en el caso de Grecia incluso después de haberla ganado militarmente (desembarco británico en noviembre de 1944). En España fue determinante, además, el apoyo de los sectores atlánticos –sobre todo norteamericanos y británicos– a la institución monárquica desde la década de los 1940 (Garcés 2010: cap. 4). Esta apuesta por la monarquía contrasta con apoyo mayoritario de la población a la República que en Espa-

ña evoca un régimen avanzado de justicia social y soberanía nacional (FOESSA 1970). Aunque la razón principal de ese anticapitalismo probablemente haya que buscarla en las desigualdades que se fueron acumulando en los años de la modernización autoritaria. Estos años generaron traumáticos períodos de «crecimiento sin desarrollo» que hicieron aumentar la renta per cápita en pocos años pero también los índices Gini hasta alcanzar niveles propios de países del llamado Tercer Mundo (para España del 0,25 en 1955 al 0,42 en 1967: Alvarez Aledo 1996).

El proyecto atlántico acabó imponiéndose frente al proyecto alternativo pero la crisis que se inicia en 2008 está erosionando algunos de sus pilares. Los partidos que lo sustentan parecen incapaces de asegurarlo sin recurrir a prácticas ilegales (casos ininterrumpidos de financiación ilegal de los partidos, corrupción política etc.) y en Grecia y España, pero potencialmente también en Portugal, se están desplomando electoralmente tras más de treinta años de hegemonía absoluta. Existe la sensación de que las bases económicas y políticas del proyecto atlántico no son estables ni sostenibles a largo plazo. Esto explica la preocupación que han despertado en las cancillerías occidentales los casos de financiación ilegal del Partido Popular español, un tipo de problema que suele ser considerado «interno». La financiación ilegal, así como la corrupción de prácticamente toda la cúpula directiva del Partido, podría reducir aún más la legitimidad del gobierno encargado de aplicar los duros programas de ajuste impuestos por Bruselas/Berlín en un país con 45 millones de habitantes<sup>4</sup> y provocar la ruptura de la cadena de la austeridad.

### **La modernización destructiva del sector tradicional**

Entendemos por «sector tradicional» un espacio –tanto geográfico como social– en el que la producción y el consumo, así como las formas de vida y de trabajo asociados a ellos están aún preferentemente orientadas a los espacios locales y regionales (Lutz 1984).<sup>5</sup> La productividad es baja y las tecnologías empleadas más bien artesanales. La organización de la vida gira alrededor de la familia –nuclear y extensa–, del vecindario y de instituciones que obedecen más al patrón de las «familias virtuales» que al de organizaciones formal-burocráticas (Clawson 1989, Petrakis 2012). La separación entre hogar

---

4. Cuando se destapó el caso Bárcenas de financiación ilegal del Partido Popular en febrero de 2013, y que salpica a toda la cúpula del partido, tanto la Casa Blanca como también Berlín reaccionaron de forma inesperadamente activa.

5. Preferimos este concepto más sustantivo de sociedad «premoderna» al de aquellas definiciones más formales y abstractas de modernidad (ver por ejemplo Therborn 1999: cap.1).



y espacio laboral es aún escasa (parcela agrícola, talleres y pequeñas empresas familiares, trabajadores autónomos que prestan servicios exclusivamente locales etc.). Sin duda hay explotación laboral (por ejemplo dentro del hogar, por parte de un gran propietario agrícola o dentro de una empresa familiar). Pero esta no es de tipo capitalista (puro), no se articula sólo o tanto a través del trabajo abstracto pues el vínculo entre empleador y empleado no se basa sólo o preferentemente en la relación mercantil. No hay una gestión racional y sistemática de las actividades productivas o de la innovación tecnológica con el fin de maximizar los excedentes sino más bien una «economía estacionaria» fuertemente orientada a la amortización de las (más bien escasas) inversiones en capital fijo y a mantenerse a flote. Esta es la realidad, por ejemplo, de las pequeñas –o incluso muchas medianas– empresas familiares cuyos principales empleados son hermanos, hijos, vecinos o amigos. Las relaciones entre trabajadores y empresarios pueden resultar disfuncionales desde el punto de vista de la eficiencia capitalista, pero no desde el punto de vista de la solidaridad y la reciprocidad (para las PYMES españolas y su estructuración en forma de anillos ver Fernández Steinko 2010: 302ss.). Los sindicatos no están apenas presentes con la excepción de los trabajadores más precarios situados en el anillo más periférico de su organización.

La importancia que han tenido y siguen teniendo estos espacios en los PEGs va más allá de lo microsociológico. En ellos se apoyaron los proyectos corporativos de organización política (la Nación como «gran familia» en los regimenes de Salazar, Primo de Rivera-Franco y Metaxas pero también Mussolini). En ellos se siguen apoyando hoy las fuerzas conservadoras para mantener su hegemonía ideológica y reflatar el proyecto neoliberal. Esto se debe a dos razones. Primero (1) a su capacidad de proveer servicios de bienestar en sustitución del mercado y del Estado. El Estado depende de la organización política de la redistribución y/o el endeudamiento (presupuestos públicos, recaudación, fiscalidad etc.) y el mercado depende de unos ingresos salariales estables es decir, de una sociedad del trabajo mínimamente saneada (ver Esping-Andersen 1990). Por el contrario, los servicios de bienestar propios de los espacios tradicionales sólo requieren modelos familiares estables, una fuerte división sexual del trabajo y formas tradicionales de solidaridad (comunismo familiar aunque fuertemente machista). Muchas de las prestaciones sociales (cuidado de enfermos, hijos, ancianos etc.) las acaban realizando las mujeres –en España sobre todo las hijas mayores– a costa de su emancipación laboral, de su incorporación a la actividad remunerada, y a costa de la explotación no remunerada de su trabajo doméstico. Pero estos espacios (segundo) tienen otra funcionalidad altamente sensible en tiempos de crisis: los valores de solidaridad y reciprocidad, así como la moral –es decir, la definición del «bien» y del «mal»– que le son propios, funcionan como mecanismos muy eficientes de control social manteniendo a raya el



delito incluso en situaciones económica, y socialmente adversas. Así, dos años después de la irrupción de la crisis (2009) y a pesar del fuerte aumento del desempleo, los índices de criminalidad en Portugal (10,4), España (9,1) y Grecia (12,3) eran mucho más bajos que en Dinamarca (18,8) u Holanda (19,7), dos países mucho menos afectados por la misma, y con tendencia al aumento de estas diferencias (para España ver La Moncloa 2013). Esto no quiere decir que el delito esté controlado a pesar de la crisis social, pero podría ser mucho peor dadas las dimensiones de la misma.

Ambos factores descargan los compromisos políticos de los gobiernos y las finanzas públicas pues desvinculan la provisión de bienestar del desarrollo del sector público. Cuando los ingresos salariales están en riesgo y las crisis presupuestarias reducen los gastos sociales, estos espacios proporcionan un inestimable margen de maniobra política para manejar la crisis. Incluso cuando las personas socializadas en ellos se incorporan al mundo capitalista y/o moderno –que incluye las empresas privadas y el sector público financiado con redistribución– los valores, las estrategias de vida, no pocos comportamientos sociales y patrones de consumo (la forma de preparar la comida, de organizar el tiempo libre, los ritos matrimoniales o los comportamientos reproductivos) perviven en los nuevos entornos, incluso en las barriadas de las grandes ciudades incorporadas a la globalización capitalista. Se produce así una coexistencia –aunque también una fricción constante– entre lo moderno y lo tradicional. Esta coexistencia contradictoria es más fuerte y estrecha cuanto más rápida y «nueva» sea la dinámica modernizadora y cuanto menor sea la capacidad del Estado y del mercado –aquí sobre todo el mercado de trabajo– de asegurar una satisfacción razonable de las necesidades sociales antes satisfechas en los espacios tradicionales. Por tanto, cuando más insolidario sean los espacios modernos-institucionales, más funcionales serán los espacios tradicionales para compensar las insuficiencias de aquellos, y más tardarán también en desaparecer las fórmulas «tradicionales» destinadas a hacer frente a los problemas generados por la modernidad capitalista.

### **El sector tradicional en Portugal, España y Grecia**

El sector tradicional era en los años 1970 y 1980 aún dominante en los PEGs. En ciertas zonas rurales era absolutamente mayoritario y constitutivo de su microclima político y cultural, pero también le imprimía –y sigue imprimiendo hoy– un sello inconfundible incluso a las barriadas populares de las ciudades dada la rapidez del proceso de destradicionalización que han vivido nuestros países en los años 1960 y 1980, sobre todo España y Portugal. Hacia 1970 el 95% de los agricultores griegos trabajaba aún exclusivamente con miembros de su propia familia (Seers ed. 1981: 236). Hacia 1980 el empleo

agrario –no todo tradicional pero sí una parte abrumadora del mismo– tenía aún un peso decisivo en la estructura laboral de tres países (Grecia: 29%, Portugal: 28%, España: 17%). En 2007 tanto en Portugal como en Grecia la agricultura aún daba trabajo a más del 10% de la población activa (Eurostat cit. en Fernández/Ortuño: cuadro 3).<sup>6</sup> El grueso de este empleo estaba formado por pequeños campesinos autónomos vinculados a una agricultura de subsistencia y orientada a los mercados locales y un nivel de productividad muy bajo.<sup>7</sup> Hacia 1980 el 86% de las explotaciones agrícolas portuguesas, el 72% de las griegas y el 68% de las españolas (aunque también el 69% de las italianas) tenía menos de 4 hectáreas (Lains/Ferreira da Silva 2005 (orgs): 171).<sup>8</sup>

El peso del sector tradicional también explica el elevado porcentaje de autoempleados –tradicionales– y de ayudantes familiares. Aún en 1980 el 50% de la población activa griega, el 32% de la portuguesa y el 30% de la española pertenecían a esta categoría (Banco Mundial) y en 1990 casi la mitad de la población activa griega era aún autoempleada (Moschonas/Papanagnou 2007). No todos los autoempleados están vinculados al sector tradicional. De hecho, en los años 1990-2010 se ha producido un aumento muy importante de trabajadores autónomos vinculados al sector moderno –sector de la construcción, servicios prestados a las empresas y las administraciones públicas, profesionales del derecho y la medicina etc.–. Pero en los años 1980 eran aún una abrumadora mayoría y, de alguna forma, lo siguen siendo hoy. El sector tradicional incluía/incluye, además, miles de pequeñas empresas familiares con forma jurídica de sociedad limitada (s.l.) activas en sectores de poca complejidad tecnológica, que requieren poca cualificación y pagan salarios muy bajos, en la mayoría de los casos orientados a los mercados nacionales aunque en Portugal, también a los mercados externos (textil, calzado, alimentación, cuero, madera etc.). El modelo exportador basado en estas estructuras empresariales ha entrado fuertemente en crisis tras la ampliación de la Unión Europea al este de Europa y la irrupción de China en la arena comercial internacional (Antunes 2005: 207, Lains 2006). Desde luego, este tejido empresarial, a caballo entre el sector moderno y el tradicional, está mucho más cerca del último que del *Mittelstand* alemán por mucho que los discursos oficiales y las propias estadísticas tiendan a ignorarlo.

6. Los datos histórico-estadísticos sobre la población activa en el sector agrario son a veces desiguales. Me remito aquí a la fuente citada.

7. Aún en los años 1970 los agricultores de la zona de Beira Litoral gastaban el 60% de su tiempo en desplazarse de una parcela a otra debido a la fragmentación de sus pequeñas propiedades (Baklanoff 1980: 166). Cifras comparables se podían recoger en muchas comarcas del norte de España algunos (pocos) años antes.

8. El uso de fertilizantes y el nivel de mecanización de las explotaciones italianas era, sin embargo, muy superior al de los tres países de nuestro grupo.

El peso del sector tradicional griego es particularmente importante. Casi la mitad de su población (un 46%) al que se suma otro 25% del «sector intermedio» vivía y trabajaba en 1974 aún en él, bien fuera agrícola, secundario o terciario (Seers ed. 1981: 234). Esta excepcionalidad tiene una explicación histórica particular. El pequeño campesinado se hizo mayoritario tras la fragmentación definitiva de los *tsiflik* –las grandes explotaciones agrícolas heredadas de los latifundios otomanos– poco tiempo después de la Primera Guerra Mundial. Los pequeños campesinos llegaron a ser tan numerosos que consiguieron frenar el desarrollo capitalista del país de forma similar a como sucedió en Francia en el siglo XIX. Es imposible comprender la realidad política e institucional de Grecia sin tenerlos en cuenta (Pirounakis 1996: 13). Muchos votan conservador como sus equivalentes españoles y portugueses, aunque una parte no desdeñable del pequeño campesinado griego ha engendrado culturas cooperativistas que en los años 1970 evolucionaron hacia la izquierda. En las elecciones de 2012 una tercera parte de todos ellos votó a favor de opciones anticapitalistas (Vernardakis 2012: tabla 2): un hecho insólito en el conjunto del pequeño campesinado europeo, incluso teniendo en cuenta la situación de emergencia social que vive Grecia en la actualidad. Demuestra, igual que la experiencia china, que no existe un determinismo entre pequeña propiedad y orientación conservadora: una cuestión decisiva para la definición de escenarios políticos para el sur (para China ver Amin 2013). En la Península Ibérica el pequeño campesinado se concentra al norte del paralelo 40 que la corta geográficamente por la mitad (Fernández Steinko 2004). Se convirtió en la columna sociológica de los regímenes de Franco y de Salazar y sigue apoyando mayoritariamente a los partidos conservadores.<sup>9</sup> A este campesinado se suma en Portugal y España una economía agrícola jornalera –en Portugal concentrada en Portalegre, Beja y Évora, en España en Andalucía y Extremadura– que ha producido los índices de subdesarrollo más elevados de Europa (temporalidad, desempleo, tasa de analfabetismo, desigualdad de género etc.). Aún en 1970 la economía jornalera daba trabajo a medio millón de personas en Portugal, el 21% de toda la población asalariada de entonces (ILO 1975). Hacia 1980 el sector tradicional también era aún omnipresente en las grandes ciudades dominadas por el pequeño comercio, las empresas de transporte familiar, los talleres artesanales y las pequeñas empresas de baja intensidad tecnológica.

### **La primera modernización destructiva: crecimiento sin desarrollo**

Uno de los principales retos de la modernización de los PEGs era/es qué hacer con todo este mundo, cómo insertarlo en el nuevo espacio institucional

---

9. La «Revolución de Mayo», con la que comienza la dictadura de Salazar, comienza con un golpe militar en Braga, la capital del minifundio portugués y patria chica del propio Salazar.

creado con las constituciones democráticas, cómo transformarlo y «modernizarlo» sin tener que pagar un coste laboral y ambiental demasiado alto. Desde luego es imposible hacerlo sin el apoyo de los poderes públicos, sin la creación de potentes infraestructuras educativas, municipales y económicas de ámbito local, sin fuertes inversiones en tecnologías más intensivas en trabajo que en capital o sin medidas destinadas a reducir su atomización (por ejemplo en forma de cooperativas). Cuando no se hace así, el coste de su modernización puede llegar a ser muy grande (crecimiento urbano descontrolado, aumento del paro y de las desigualdades sociales etc): se convierte en «crecimiento sin desarrollo».

El tejido tradicional de Europa Occidental, mayoritario tras la Segunda Guerra Mundial incluso en países altamente desarrollados como Alemania Federal (Lutz 1984), se ha ido modernizando gracias a la acción de políticas comprometidas con la creación de una base productiva orientada en con el desarrollo interno de los países. No se puede decir lo mismo de los sectores tradicionales de los PEGs. La modernización que conocieron tras las devaluaciones de sus monedas en los años 1950, estuvo soportada por inversiones muy intensivas en capital y poco intensivas en trabajo (para Portugal: Lains/Ferreira da Silva 2005, para España: Moral Santín et al. 1981, para Grecia: Freris 1986). Estas inversiones altamente selectivas, empujaron la productividad media hacia arriba pero fueron creando un tejido dual que generó crecientes diferencias de desarrollo regional y de renta per cápita. Es verdad: también en Portugal y España se adoptaron políticas de planificación económica en los años 1960 (Planos de Fomento, Planes de Desarrollo), y las iniciativas industrializadoras de los gobiernos griegos de aquella época son considerados «muy innovadores dado su carácter integral y sistemático» (Freris 1986: 130). También estas políticas industriales se beneficiaron del carácter regulado del capitalismo global que admitía una expansión importante del sector público. Esta constelación generó en los PEGs el crecimiento económico más alto del –junto con el de Japón y Turquía– así como un aumento sostenido de la productividad. El acercamiento más importante de su renta per capita a la media europea (en España del 60% en 1960 al 82% en 1975) se produjo justamente es estos años, a parte del efímero sueño de la convergencia nominal en la segunda mitad de los años 1990 (ver abajo).

Con todo: ninguno de las tres experiencias modernizadoras es comparable, por ejemplo con las incitativas francesas, británicas o italianas de la época. Los gobiernos del sur no disponían de suficientes recursos económicos y su nivel de recaudación les daban poco margen material de maniobra. La razón última no es económica sino política: faltaba un pacto social entre capital y trabajo que sentara las bases de un sector público importante. El sector público español (16% del PIB) y el portugués (17%) quedaban muy lejos del 30%

italiano o de más 40% francés por esos mismos años 1960 y hacia mediados de los años 1970 las diferencias de gasto público con respecto a Italia y Francia eran aún de más de diez puntos (24% frente al 36%). Los *planos* y *planes* incluían la acción del Estado y la retórica nacionalista potenciaba la imagen de un Estado económicamente activo. Pero su actividad era más político-represiva que económica pues el fin principal de estos *planos* y *planes* era el estímulo de la iniciativa privada (Moral Santín et al. 1980). El grueso del capital invertido en el marco de aquellos planes de desarrollo era, naturalmente, privado y su efecto sobre la economía global más bien modesto (para Portugal Lains 2006: 176, para España: Martínez Cortiña et al.1975). En definitiva: los «treinta gloriosos» del capitalismo domesticado europeo no tienen tanto que ver ni con la «era dorada» (Das Neves) que vivió el salazarismo entre 1958 y 1973, ni con el «milagro económico» del desarrollismo franquista, ni tampoco con el despegue modernizador de los tiempos de Karamanalis en Grecia por mucho que algunos indicadores económicos puedan sugerirlo.

España es el país en el que más rápida y radical ha transcurrido este proceso. En tan sólo 20 años su población agraria pasó del 50% al 25% de la población activa (1950-1975) frente a los 33 años que duró este mismo proceso en Italia y los casi 90 años en Francia (García Delgado/Muñoz Ciudad 1988). Es verdad: se produjo un ciclo modernizador de tipo fordista que creó una incipiente clase media y una –pequeña aunque influyente– clase de managers vinculados más a la gestión que a la (gran) propiedad rentista. Surgieron de la nada varios islotes fordistas vinculados a sectores tecnológicamente punteros y muy intensivos en capital: el químico, el energético, el del automóvil etc.. (Fernández Steinko 2010: 258ss.). Pero estaban rodeados por un vasto y cada vez más caótico tejido tradicional desprovisto de las infraestructuras físicas, humanas, educativas, sanitarias y sociales más elementales. La «destrucción» dominó sobre la «creación» schumpeteriana como bien puede apreciar cualquiera que visite hoy sus ciudades y paisajes (para Grecia: Pirounakis 1997: cap. 9).

### **La segunda modernización destructiva: la Comunidad Europea**

El ingreso en la CEE ha tenido un efecto contradictorio sobre la modernización democrática de los PEGs. Hay una doble razón. La primera es que se produce en una situación de derrota de la izquierda y de consolidación del proyecto atlántico. Este se basa en la eliminación de todo tipo de barreras legales, geográficas y culturales que pudieran impedir el libre movimiento de los capitales internacionales más productivos y respaldados por gobiernos influyentes en la arena internacional («colonización capitalista del sector tradicional»: Rosa Luxemburg). Las élites que pilotaron este proceso, pero tam-

bién la mayoría de los intelectuales y de la opinión pública, asociaron el proyecto atlántico con la prosperidad europea de la postguerra para legitimar las duras condiciones de integración. Sin embargo, la comprensión que habían mostrado las grandes corporaciones norteamericanas para con las políticas proteccionistas de los gobiernos europeo-occidentales en los años de la segunda posguerra, tiene muy poco que ver con las políticas propuestas por la Comisión Trilateral en los años 1970 y 1980 para los PEGs (ver arriba). La segunda razón es que dicho ingreso se produjo en un momento en el que el sustrato cooperativo del proyecto europeo empezó a debilitarse frente a su sustrato competitivo y el avance de las políticas neoliberales en Bruselas.

En 1993 entró en vigor el acuerdo sobre libre circulación de mercancías, capitales y personas así como el Tratado de Maastricht. Ambos representan «la mayor desregulación de la historia económica» (Huffschmid 1994). Dicho acuerdo expuso el aún inmenso tejido tradicional del sur –y también del Este del Europa– a la rápida penetración de los grandes capitales del norte. Lo hizo –y esto es fundamental– cerrando la posibilidad de desarrollar políticas industriales activas comparables a las de los años 1960. Por tanto, y a diferencia de lo sucedido quince años antes, nuestros países tuvieron que afrontar una doble destrucción durante el período democrático. Las políticas agrarias comunes, la rápida reducción de aranceles, la construcción de vías de transporte financiadas con dinero comunitario y otras medidas destinadas a reducir el coste del transporte de mercancías que permitían los productos centroeuropeos competir incluso en los espacios más apartados de los territorios del sur: todo esto hizo posible una nueva ola de colonización capitalista del sector tradicional mediterráneo que, al menos en el caso de España, fue más rápida aún que la primera (ver Lutz 1984: 262). La segunda destrucción afectó, además, al tejido moderno, preferentemente industrial, que se había venido creando con no pocos esfuerzos humanos, fiscales y tecnológicos desde los años 1950. La cancelación de las políticas industriales activas, bien impuestas por Bruselas, bien consideradas obsoletas por parte de las élites nacionales por razones ideológicas o pragmáticas, tuvieron este efecto. Ambas destrucciones produjeron en nuestros países las tasas de desempleo más altas de la OCDE.

Pero en ninguno de los tres ha alcanzado el desempleo los niveles de España. Cuenta con menos barreras de proteccionismo natural que Portugal y que Grecia (está más cerca de los grandes centros de producción continental, su territorio no está diseminado en islas como el griego etc.). Su despegue industrial de los años 1960 ha sido (aún) más intensivo en capital que el portugués y el griego, y sus autocráticas empresas fordistas tuvieron un comportamiento particularmente rígido durante la crisis de mediados de los 1970, comportamiento que les restó recursos para abordar dicha crisis (datos com-

parativos en Lains 2006: 191). Sus élites han abrazado de forma más temprana que ninguno de los tres países el credo monetarista y (neo)liberal (mayoría de las élites atlánticas en los gabinetes de Franco a partir de 1959, conversión madrugadora del PSOE al socialliberalismo etc.). Esto les ha hecho priorizar en fechas más tempranas la lucha contra la inflación y la desregulación del mercado de trabajo frente a la lucha contra el desempleo, el desarrollo de políticas industriales y las políticas de flexibilidad interna, aunque con la excepción parcial de los gobiernos vascos. El ministro de economía socialista, el navarro Carlos Solchaga, declaraba hacia 1990, varios años antes de las olas privatizadoras impuestas por Maastricht, que «la mejor política industrial es la que no existe» y las élites socialliberales siguen dando esta estrategia por válida. Entre los antiguos izquierdistas, J. A. Schumpeter, con su teoría de la destrucción creativa, acabó convirtiéndose en España en el «clásico de moda» frente a un Keynes tenido por un obsoleto «teórico de la demanda». Detrás de este culto a la destrucción schumpeteriana se esconde un modelo de modernización ensañado, también por razones ideológicas de origen interno, con un sector tradicional tenido por inservible y opuesto al progreso, antes que como una pieza clave no fácilmente sustituible de la estructura social y económica del país. Esta no sólo no se debe liquidar sin tener en cuenta su coste sino que, además, puede generar muchos recursos aprovechables para un proceso de modernización más sostenible. En consecuencia: el desempleo español no ha bajado nunca por debajo del 8% de la población activa desde 1982 con un primer pico en 1994 (24%) y otro segundo, ya en circunstancias muy especiales, del 26% (2013). A principios de 2013 el paro se aproximaba a los 6 millones de personas, con un 36% en Andalucía, un 34% en Canarias y un 33% en Extremadura (EPA).

En Portugal, por el contrario, los efectos de la destrucción del sector tradicional han sido menores, su velocidad más moderada y una parte de su sector manufacturero seudotradicional (madera, impresión, calzado, textil) ha subsistido gracias a una orientación exterior apoyada en el pago de bajos salarios y las políticas de devaluación gradual del escudo (*crawling-peg*) que funcionaron entre 1977 y 1990 (primer pico de desempleo en 1985: 10%, segundo pico 2013: 16%: Lains/Ferreira da Silva org. 2005). A cambio, el país ha ido cayendo en una «dependencia estratégica» de esta estructura salarial que no han podido mantener tras la expansión de la Unión Europea hacia el Este y la irrupción de China en la arena comercial internacional (Lains 2006). También Grecia pudo mantener el desempleo bajo control durante más tiempo que España. Su sector tradicional ha ido disminuyendo de forma más lenta y sus élites políticas abrazaron el monetarismo y el neoliberalismo relativamente tarde (Moschonas/Papanagnou 2004). El primer pico de desempleo lo vivieron los griegos en 1998 (12%), dos años después del ascenso del neoliberal Kostrás Simitris a la secretaría general del



PASOK, el año del primer triunfo electoral de la derecha española desde 1934. Grecia también consiguió frenar (temporalmente) el aumento del desempleo creando empleo público en el marco de una política clientelar destinada a alimentar el bipartidismo que se remonta a los años de la creación del Estado griego (Kadritzke 2010). El estamento militar, cuyo peso sobre el PIB es el doble del portugués y cuatro veces el del español (del 4% del PIB frente al 2% de Portugal y al 1% de España) también ha tenido aquí un papel sobresaliente y tiene su origen en las disputas territoriales del país con sus vecinos del norte y del este.

Esta forma de integración en la CEE no les ha permitido a nuestros países cerrar la brecha de productividad con respecto a los países europeos más desarrollados. En la industria transformadora portuguesa y española, esta brecha se había venido cerrando hasta 1975 y mantenido estable hasta 1980. A partir de la década siguiente, sin embargo, empezó a ampliarse otra vez a pesar de la quiebra de no pocas empresas del sector tradicional. Hacia 1992 la economía de los PEGs seguía siendo dual, con una mayoría de empresas familiares poco innovadoras capaces de competir internacionalmente sólo pagando salarios bajos o muy bajos, infringiendo normas ambientales y laborales o no pagando impuestos. La productividad de las pequeñas y medianas empresas (PYMES) sólo llega en España al 67% de las grandes frente al 75% en Portugal y al 79% en Grecia, mientras que hay casos de países centrales del capitalismo renano en los que su productividad puede ser incluso superior a la de las grandes empresas. Estos datos remarcarían aún más el carácter dual de la economía de los PEGs si fuera posible aislar estadísticamente la evolución de la productividad de las PYMES específicamente vinculadas al sector tradicional. Grecia es el país de los PEGs con los ritmos de crecimiento de la productividad más bajos entre 1985 y 1996 (del 11,6% frente al 39,5% de Portugal y al 19,9% de España: Pirounakis 1997: 183), si bien esta empezó a crecer de forma importante a partir del año 2000.

Por tanto: mucho antes del colapso de 2008 había síntomas claros de que sus sistemas económico-productivos no iban a ser capaces de financiar por mucho tiempo una modernización basada en una «economía social y de mercado» neocompetitiva en lo económico y no autoritaria en lo político. Para poder seguir adelante con su voluntarista proyecto de «economía social de mercado» y evitar la ruptura del consenso atlántico, los gobiernos de los PEGs tuvieron que recurrir en aquellos años al endeudamiento externo, lo cual elevó el coste de la deuda y abrió un amplio frente para las críticas de la derecha. En 1992 Portugal llegó a pagar el 6% de todo su PIB para pagar el servicio de su deuda y España el 5% (1996).<sup>10</sup> Es verdad: las transferencias comunitarias llegaron a

---

10. La OCDE no dispone de datos para Grecia y este período.



ser importantes (del 2,4% del PIB en Portugal entre 1994 y 2000). Sirvieron para modernizar muchas infraestructuras del país, un sistema administrativo más eficiente y para abrir oportunidades de trabajo cualificado para muchas personas, sobre todo mujeres vinculadas al sector público etc. Pero la parte sustancial de ese dinero sirvió para reforzar el proyecto atlántico: para financiar el desmontaje industrial, la reducción de áreas cultivadas, la reducción del coste de la circulación de las mercancías producidas en las grandes plantas industriales de los principales donantes antes que para fundamentar un desarrollo sostenible al servicio de las necesidades productivas de las sociedades del sur. El desvío casi total de ayudas para el desarrollo de infraestructuras de transporte privado y por carretera frente al desarrollo del ferrocarril, es muy revelador en este sentido. En términos cuantitativos las ayudas europeas son peladillas en comparación con el coste a medio plazo de este modelo de modernización. ¿Cómo asegurar los derechos y compromisos constitucionales recién adquiridos por las jóvenes democracias en medio de este panorama?

### **Sueño y despertar de la convergencia nominal**

La propuesta dictada por los tiempos que se abrieron tras la caída del Muro de Berlín era la convergencia nominal con Europa y la estabilización monetaria en el marco de la radicalización del proyecto atlántico en todas sus vertientes: la cultural, la económica y la militar. La cancelación de las políticas destinadas a consolidar una economía real, que empezaba a ser de facto inviable, fue un hecho decisivo para nuestros tres países. En España y Grecia explica el cambio de ciclo político (transformación del PASOK en el «partido de la bolsa» bajo Kostas Simitris, triunfo de José María Aznar en España). En Portugal creó serias tensiones entre el gobierno y el gobernador del Banco de Portugal Miguel Beza y le abrió el camino a un gabinete conservador en solitario –aunque compuesto por dos partidos: el PSD y el CDS– por primera vez desde el cambio democrático, (triunfo electoral de Durão Barroso en 2002). El objetivo de participar en el proceso europeo de convergencia monetaria obligaba a tomar medidas radicales, algunas de las cuales rompían con el espíritu de las transiciones democráticas (privatización de empresas estratégicas, erosión de la democracia social y el mantenimiento de monedas devaluadas destinadas a mantener un cierto control del desempleo). La política de devaluaciones que habían utilizado los gobiernos para enfrentarse al desempleo generado con la crisis de 1992/93, tuvo que ser sustituida por férreas políticas de control de la inflación, de reducción de deuda pública por encima de cualquier otro objetivo y por una ampliación de las bandas de fluctuación cambiaria entre todas las monedas europeas.

La estabilización monetaria y la reducción del coste de la deuda fue, sin duda, un progreso para los PEGs que han sufrido desde el comienzo de la industrialización una escasez crónica de crédito y tenido que pagar intereses muy elevados para adquirirlo. El caso más extremo es Grecia, donde los tipos de interés no consiguieron bajar nunca por debajo del 30% antes de 1840 ni por debajo del 15% en el período de entreguerras. La deuda pública per cápita de los portugueses y españoles era, con la de los italianos, la más alta de Europa antes de que la Primera Guerra Mundial distorsionara la estructura del endeudamiento público de los países que participaron en la misma (Lains 2006: 46). Los cambios democráticos de los años 1970, que coincidieron fatalmente en el tiempo con la agudización de la crisis del fordismo en todo el mundo y con el repentino aumento de los tipos de interés en los Estados Unidos («*Volcker Shock*» de 1979) dispararon la inflación y multiplicaron en poco tiempo el coste de ese endeudamiento que necesitaban desesperadamente para estabilizar sus jóvenes regímenes democráticos. La política de estabilización monetaria dio sus frutos. La inflación cayó en Portugal del 13% (1990) al 2% (1997), en España del 7% al 2% entre esos mismos años y en Grecia del 20% (1990) al 1% en 2009. Los intereses nominales a pagar por la deuda pública a largo plazo cayeron en Portugal del 22% (1986) al 3,9% (2006), en España del 12,8% (1986) al 3,3 (2005) y en Grecia del 17% (1995) al 3,5% (2005): un hecho insólito en la historia financiera de los PEGs. La estabilización monetaria y la reducción de los intereses de la deuda hay que leerlos en clave de creación del euro que redujo entre 1995 y el verano de 2008 el *spread* de su deuda pública con respecto al bono alemán (Sinn 2010: 336s) aunque con un coste monetario importante: el escudo, la peseta y el dracma se incorporaron al euro como monedas revaluadas, lo cual perjudicó aún más su posición dentro de la nueva Europa ultracompetitiva.

En teoría, esta coyuntura monetaria podría haber servido para reforzar la base productiva del sur e impulsar la convergencia real en el contexto de una Europa solidaria. Podría haber permitido poner en marcha un proceso de modernización del tejido empresarial tradicional por medio de inversiones en capital humano, innovación tecnológica, formación de *clusters* regionales y a través de una redefinición cooperativa de la división del trabajo en Europa con la perspectiva de una reconversión ambiental del Continente que ya entonces era más que urgente. Pero nada de esto se hizo. La convergencia nominal sólo sirvió para consolidar una Europa ultracompetitiva en la que el más fuerte se lo llevó todo y el más débil sólo se llevó un sueño temporal. El mundo occidental, y los círculos atlántico-europeos en particular, aplaudían la aportación de la convergencia nominal a la modernización del sur pues parecía demostrar el potencial civilizatorio de su apuesta política. Pero ni el *mainstream* económico, ni menos aún los círculos de poder occidentales –que incluían las propias élites en los gobiernos del sur– abordaron el problema de

fondo: cómo crear un sistema económico con capacidad de generar empleo de forma *sostenible en el tiempo* destinado a financiar una sociedad mínimamente justa y democrática. Abordar este problema pasaba por redefinir la división del trabajo dentro de la Unión Europea y por cuestionar los grandes ejes del consenso atlántico. Ninguna de las dos cosas estaba en la agenda de los gobiernos europeos.

Una vez arrinconada la izquierda, la única alternativa políticamente viable que se les abría a nuestros gobiernos tras la firma del Tratado de Maastricht era apostar por los sectores menos expuestos a la competencia extranjera aprovechando la reducción del precio del dinero y los demás efectos de la convergencia monetaria. Son los sectores que producen bienes y servicios no transaccionables: la construcción, la educación y la salud –públicas y privadas–, los servicios financieros y naturalmente también el turismo y el sector militar (para Portugal: Ferreira do Amaral 2009: 55ss). Por muy liberal que sea el credo de la época: el desarrollo de estos sectores dependen de la adopción de decisiones políticas, sobre todo en el sector de la construcción que sólo puede crecer de forma significativa si se modifican las condiciones locales de edificabilidad del suelo. Las decisiones sobre edificabilidad, que puede multiplicar por 1000 el valor de un solar en poco tiempo y atraer de la noche a la mañana cantidades ingentes de ahorro internacional –bien de origen legal o ilegal–, está en manos de las administraciones locales que son las que tienen las competencias sobre esta materia. No es casualidad, por ejemplo, que la «reforma del siglo» de la administración local portuguesa, y que le da a las administraciones locales una mayor autonomía, se produjera justamente en 1998. La posibilidad de generar una fuerte dinámica de crecimiento local simplemente tomando una serie de decisiones administrativas locales ha creado un suelo fértil para la comisión de delitos de cuello blanco como la corrupción, los delitos urbanísticos y contra el territorio, la falsificación de documento público o la financiación ilegal de partidos. Los 46.000 millones de euros ganados en 2008 por las empresas españolas de la construcción, combinados con el hambre crónica de empleo de las poblaciones locales, el carácter sumergido de al menos una tercera parte del sector y la cultura familiar de adquisición de bienes inmuebles tan propia de los PEGs, forman una amalgama de fertilidad explosiva pues acaba contando con la complicidad o el silencio de sectores amplios de la población frente al delito y la degradación ética de su sistema político. A costa de la sostenibilidad urbanística y ambiental, y a costa también de la salud de sus sistemas democráticos. La crisis económica rompió muchos de estos consensos silenciosos que se tradujeron en apoyos estables a los partidos conservadoras, y las movilizaciones ciudadanas de 2010 en adelante son expresión de esta ruptura.

En general, los sectores no transaccionales son muy intensivos en empleo, la mayor parte –que no todo– poco cualificado. El más importante, el de la construcción, frena el crecimiento de la productividad y le sustrae recursos financieros al sistema productivo: en la Grecia de los años 1980 hasta un 60% de toda la formación bruta de capital (Freris 1986: 166).<sup>11</sup> Además puede tener un coste energético, ambiental, laboral y paisajístico extremadamente elevado cuando se deja que actúen libremente las fuerzas del mercado. En España, al menos una tercera parte del sector de la construcción está hundido en la economía sumergida. Incluye hasta 16 niveles de subcontratación cuyos capilares se pierden por los espacios tradicionales más recónditos y geográficamente apartados. En Grecia, una quinta parte de todas las construcciones nuevas son ilegales y en la isla canaria de Lanzarote, protegida por una política de defensa del paisaje en un contexto de desempleo crónico, este porcentaje llega al 33%. El índice de accidentes laborales en el sector de la construcción es el más alto de toda la economía, un dato que si se combina con su carácter fuertemente sumergido, lo convierte en un sector particularmente perjudicial para la sostenibilidad de las arcas públicas y el interés general.<sup>12</sup> Otros sectores productores de servicios no transaccionables dependen del aumento del gasto público (salud y educación, sector de los servicios a las administraciones públicas). El gasto público efectivamente empezó a crecer de nuevo a partir de 1992. Sin embargo su ritmo de crecimiento fue superior al de su coste, pues la reducción de los tipos y la estabilidad monetaria hizo caer el coste del endeudamiento público. Esto amplió el margen de maniobra fiscal de los gobiernos de centro en pleno contragolpe neoliberal seduciendo, incluso, a una parte de la izquierda: podían ofrecer más servicios públicos por el mismo coste. Son los años en los que incluso los socialdemócratas españoles sostenían que la reducción de impuestos era una política progresista. El aumento absoluto del gasto público pudo compensarse durante esos años con el aumento del PIB provocado precisamente por la fuerte expansión de los sectores no transaccionales, sobre todo el de la construcción de forma que el saldo final (deuda pública en % del PIB) tendió a disminuir en los tres países en los años en los que se estabilizó políticamente el neoliberalismo. Esta milagrosa combinación entre estabilización monetaria y desarrollo de los sectores menos expuestos al mercado generó en los PEGs

---

11. Pinourakis da cifras más bajas (1996:217) si bien también este autor resalta críticamente el extraordinario peso del sector de la construcción sobre la formación bruta total de capital fijo

12. Al menos el sistema sanitario español es universal, es decir, cubre las urgencias también de aquellas personas que ingresan tras un accidente pero no cotizan a la Seguridad Social. Esto quiere decir que los accidentes laborales generados en el sector sumergido de la construcción son financiados por aquella parte de la sociedad que paga impuestos pero no por parte de aquellos que se benefician económicamente de la economía sumergida, lo cual genera una transferencia de recursos del sector público al privado.

las tasas de crecimiento más altas de toda Europa (grupo de los 15): casi del 5% en Portugal y España entre 1998 y 2000, del 4,5% en Grecia en 1997. El crecimiento produjo a una fuerte reducción temporal del diferencial de PIB per cápita con respecto al resto de la Europa de los 15 (España del 79% en 1995 al 91% en 2007). En 2008 el sector de construcción española llegó a dar trabajo al 13% de toda su población activa, en Grecia y Portugal algo menos (media mundial: 7%). Son datos insólitos y completamente insostenibles en el tiempo que reflejan un desvío masivo de recursos hacia una actividad de base especulativa altamente destructora de recursos. ¿Pero realmente había muchas alternativas en el marco del proyecto atlántico? Es comprensible que muchos ciudadanos del sur empezaran a creérselo realmente, a creer que efectivamente había llegado el «fin de la historia» predicado por Fukuyama. La sorprendente participación de los gobiernos de Portugal y España en la guerra de Irak habría sido imposible sin este estado de ánimo colectivo sostenido por la financiarización de la economía

El boom tenía, además, un segundo componente estabilizador y fácilmente insertable en una visión neoconservadora de la sociedad. En los PEGs, el porcentaje de familias propietarias de bienes inmuebles es de los más elevados de mundo. Esta realidad se deriva de las dimensiones de su sector tradicional y de la promoción privada de la vivienda por parte de las dictaduras que permitió hacer política social sin elevar el gasto público y favoreciendo a los lobbies financieros. En España y Grecia, los índices de propiedad ya estaba en 2000 muy por encima del 80% y si en Portugal eran cuatro o cinco puntos más bajos, es porque el repentino aumento de la población retornada de las colonias a partir de 1974 hizo aumentar el peso de los alquileres. La dispersión de la propiedad inmobiliaria no sólo contrarresta la precariedad laboral reduciendo la dependencia del mercado de alquileres. Además permite utilizar el patrimonio familiar como aval para ampliar el endeudamiento privado *a pesar* –esto es esencia– de la «doble destrucción» que han vivido nuestros países en las últimas cuatro décadas: es el «capitalismo popular inmobiliario» (Fernández Steinko 2003), la versión mediterránea del «capitalismo popular» de corte anglosajón apoyado en los dividendos del sector financiero (también: «keynesianismo bursátil»)

Sólo un indicador perturbaba el sueño de la convergencia nominal y del inesperado «fin de la historia»: la balanza por cuenta corriente. El rápido crecimiento de los sectores productores de bienes y servicios no transaccionales encubría una realidad perfectamente conocida: cuando estos aumentan más rápidamente que los que producen bienes transaccionales se está produciendo una pérdida encubierta de competitividad (Ferreira do Amaral 2009). El carácter no sostenible de esta situación se refleja justamente en la evolución negativa de la balanza por cuenta corriente *a pesar* de la evolución positiva

de otros indicadores macroeconómicos. Su déficit se remonta a los años anteriores al euro pero se dispara hasta la estratosfera tras la creación de la moneda única: en Portugal aumenta del +3% en 1986 al -13% en 2008, en España: del +2% en 1987 al -10% en 2007 y en Grecia del -4% en 1980 al -17% en 2008. Era el presagio de la tormenta. Cada país evolucionó de forma parcialmente distinta, pero estos datos demuestran que los tres lo hacían en la misma dirección, que no había alternativa dentro del proyecto atlántico –aproximación ideológica de facto entre el centro-derecha y el centro-izquierda– y que debajo de la convergencia monetaria había algo muy feo que no funcionaba. «Portugal estaba divergiendo desde hacía mucho tiempo de la media comunitaria en términos de bienes transaccionales, lo cual apuntaba a una situación potencial de empobrecimiento relativo a largo plazo que empezó a hacerse efectiva en la primera década del siglo» (Ferreira do Amaral 2009: 57). Es verdad: Portugal, con importantes diferenciales de productividad, una apuesta estratégica por sectores con bajos salarios y una economía más bien pequeña, tuvo que pagar un coste particularmente alto: sólo entre 1991 y 2001 perdió, al menos, un 17% de su competitividad. Pero la productividad comparativa española y griega no ha evolucionado de forma sustancialmente distinta entre 1995 y 2008 (medida en términos de REER<sup>13</sup>) (Petrakis 2012:53). A partir de 2000 la productividad griega empezó a crecer más rápidamente que el resto debido a la modernización de algunos sectores no transaccionales como el comercio y el transporte (McKinsey 2012). Pero las tendencias de fondo, que se reflejan en la balanza por cuenta corriente, son idénticas como idénticas son las ruinas que contemplan sus sociedades mientras escribimos este texto. Son las ruinas del proyecto atlántico que las élites del sur habían asegurado a sus votantes, iba a servir para asentar una sociedad más justa, más sostenible y más democrática.

## Conclusiones

El proyecto atlántico es un ejemplo exitoso de ingeniería política. Ha contribuido a modernizar las sociedades de los PEGs, transformado su sistema institucional, ampliando el horizonte cultural y los recursos subjetivos de millones de las personas vinculadas hasta entonces al localismo del sector tradicional. Las mujeres han sido las más beneficiadas, pues se han creado empleos dignos también para ellas, se han erosionado las culturas de la desigualdad y las sociedades han orientado sus radares criminológicos hacia el maltrato y la discriminación. Sin embargo, el proyecto atlántico no ha creado una base productiva para darle continuidad a la modernización democrática y asegurar sus

---

13. REER: «real effective exchange rate».

conquistas a largo plazo. Ha permitido dismantelar las mayorías que en los años 1970 se habían decantado por una democratización más avanzada y sostenible basada en un proyecto de sociedad solidaria, en la subordinación de la economía a las necesidades humanas, en la sostenibilidad y la neutralidad, y también más centrada en el desarrollo interno que en la expansión exterior. El dismantelamiento de esta opción ha permitido vincular o mejor: «colonizar» (Rosa Luxemburgo) los vastos espacios tradicionales del Mediterráneo, incorporarlos a los circuitos de revalorización de los grandes capitales occidentales. Al hacerlo, esta política no ha tenido en cuenta las realidades sociales y culturales de los países «colonizados», sino que ha forzado su adaptación a los dictados de dicha revalorización, cueste lo que cueste, ofreciendo alternativas sólo a corto y medio plazo. La convergencia monetaria sólo ha traído una solución temporal. Hoy por hoy parece evidente que ya no es posible seguir pagando el coste ambiental, urbanístico, laboral y también moral –degradación ética de la actividad política profesional– de la prórroga del modelo atlántico. La situación creada en los países mediterráneos demuestra que dicho modelo, esencialmente competitivo y excluyente, no es viable a medio plazo para las sociedades más débiles y dependientes, aquellas que, por diferentes motivos, han llegado tarde a la industrialización capitalista o que han sido excluidas de los grandes consensos políticos de la postguerra. En realidad, los PEGs están viviendo una experiencia comparable a la de la mayoría de las sociedades de América Latina. La progresiva financiarización de sus economías tras la crisis de la deuda, provocó el hundimiento de sus clases medias en la década de los años 1980 y 1990, así como una degradación sin precedentes de sus ciudades y territorios, y una liquidación repentina (o «coloniozación») de su tejido tradicional no acompañada por la creación de un tejido alternativo y sostenible a la altura de la destrucción de aquel.

La gran cuestión ahora es si los PIGs pueden defender las conquistas democráticas en el marco del proyecto atlántico, un proyecto basado en un orden esencialmente competitivo, en el fundamentalismo de la gran propiedad y de la disposición excluyente de los medios de producción y en un modelo de democracia minimalista. La segunda pregunta que los PIGs tienen que responderse seriamente, es cómo insertar sus sectores tradicionales, en su realidad actual, que ya no es la de los años 1980, con sus limitaciones –su atomización, las desigualdades que esconde en sus espacios privados etc.– pero también con todo su potencial civilizatorio –posibilidad de autodeterminación en el trabajo, culturas de la solidaridad y la reciprocidad, más intensidad de trabajo que de capital, mayor densidad comunicativa etc.– en un proceso duradero de modernización democrática. ¿Cómo transformar estos espacios, que hoy malviven en la periferia de la modernidad capitalista alimentando el particularismo y el sector sumergido de la economía, cómo hacerlo en beneficio del interés general, del desarrollo sostenible, de los valores democráticos y de la justicia social?



## Bibliografía

- AGEE, Ph. (1979): Diario de la CIA. Barcelona, Bruguera.
- ÁLVAREZ ALEDO, A. (1996): La distribución personal y funcional de la renta en España. Madrid, Consejo Económico y Social.
- AMIN, S. «¿China es capitalista o socialista?» en *El Viejo Topo* (302) 2013, pp. 29-41.
- ANTUNES, M. (2005): O desemprego na política económica. Coimbra, Coimbra Editora.
- BAKLANOFF, E. M. (1980): La transformación económica de España y Portugal. Madrid, Espasa-Calpe.
- BELL, D. (1960): The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties. New York, Collier.
- DAS NEVES, J.L. (1994): The Portuguese Economy: a picture in figures. Lisboa, Universidade Católica Editora.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1990): The three worlds of welfare capitalism. London Polity Press.
- FERNÁNDEZ DE LA MORA, G. (1971): El crepúsculo de las ideologías. Madrid, Salvat-Alianza.
- FERNÁNDEZ STEINKO, A. (2003): Espagne: le capitalisme des propriétaires fonciers à la recherche d'un accommodement avec le néolibéralisme» en Forum européen: Classes sociales: retour ou renouveau?. Paris, Syllepse
- (2004): Clase, trabajo y ciudadanía. Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2010): Izquierda y republicanismo. El salto a la refundación. Madrid, Akal.
- FERNÁNDEZ-CABADA LABAT, J. J y ORTUÑO PÉRRER, F. S. (2003): «Evolución y perspectivas de la población activa agraria española. El caso andaluz y extremeño». Braganza. Descargable en [http://www.sper.pt/VCHER/Pdfs/Sigfredo\\_Ortuno.pdf](http://www.sper.pt/VCHER/Pdfs/Sigfredo_Ortuno.pdf)
- FERREIRA DO AMARAL, J. (2009): «Estudio sobre a evolução recente e o futuro da economia portuguesa». Lisboa, Instituto Universitário de Lisboa.
- Foessa (1970): Informe sociológico sobre la situación social de España. Madrid, Fundación FOESSA.
- FRERIS, A. F.: The Greek Economy in the Twentieth Century. Croom Helm, Kent 1984.
- GARCÉS, J.: Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles. Siglo XXI, Madrid 2012 (cuarta edición).
- GARCÍA DELGADO, J.L./Muñoz Cid, C. (1988): «La agricultura: cambios estructurales en los últimos decenios», en: *J.L.García Delgado: Economía. Madrid, Espasa Calpe.*
- GRIMALDOS, A. (2006): La CIA en España. Madrid, Debate.
- HOBBSBAM, E. (1995): The Age of Empire. 1975-1914. Delhi, Viking.
- HORN, G., LINDER, F., TOSER, S. y WATT, A. (2012): Quo vadis Krise? *Institut für Markroökonomie und Konjunkturforschung. Informe n° 75*, 2012.



- HUFFSCHMID, J. (1994): Wem gehört Europa? Wirtschaftspolitik und Kapitalstrategien. Band 1. Wirtschaftspolitik in der EG. Heilbronn, Distel.
- HUNTINGTON S. P. (1968): Political Order in Channing Societies. New Haven, Yale University Press.
- ILO (1975): Yearbook of Labour Statistics. Ginebra.
- KADRITZKE, N. (2010): «Griechenland – auf Gedeih und Verdeb» en *Le Monde Diplomatique* (1) 2010 (edición alemana).
- KOCH, M. (2003): Arbeitsmärkte und Soziastrukturen in Europa. Westdeutscher Verlag, Wiesbaden.
- KULKE, R. (2012): «Recent Development Inside the EU and its Implications for European Foreign Trade Policy» en *Transform! (11) 2012*, pp. 67-75.
- LA MONCLOA (Gobierno de España) (2013): «La tasa de criminalidad bajó en 2010 en 14 comunidades autónomas y alcanzó los niveles más bajos desde hace 11 años», descargable en <http://www.lamoncloa.gob.es/Servicios dePrensa/NotasPrensa/MIR/2011/04042011Balance Criminalidad htm>
- LAINS, A. (2006): Los progresos del atraso. Una nueva historia económica de Portugal, 1842-1992. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza (edición portuguesa en Imprensa de Ciências Sociais, Lisboa).
- LAINS, A./ Ferreira da Silva, A. (organizadores) (2005): Histórica Económica de Portugal 1700-2000. Volume III (O Século XX). Lisboa, Imprensa de Ciências Sociais.
- LEHNDORFF, S. (ed.) (2012): A Triumph of failed ideas. European models of capitalismo in the crisis. Etui, Bruselas, descargable en: [http://transform.nullundeins.at/uploads/tx\\_news/A\\_triumph\\_of\\_failed\\_ideas\\_WEB\\_01.pdf](http://transform.nullundeins.at/uploads/tx_news/A_triumph_of_failed_ideas_WEB_01.pdf).
- LIPPMANN, W. (2003): La opinión pública. San Lorenzo del Escorial, Cuadernos de Langre.
- LUTZ, B. (1984): Der kurze Traum immerwährender Prosperität. Campus, Frankfurt/M.
- MCKINSEY (2012): Greece 10 Years Ahead. Executive Summary. Atenas, descargable en [http://www.mckinsey.com/locations/athens/GreeceExecutive\\_Summary\\_new/pdfs/Executive\\_summary\\_English.pdf](http://www.mckinsey.com/locations/athens/GreeceExecutive_Summary_new/pdfs/Executive_summary_English.pdf)
- MARAVALL, J. M. (1982): Transition to Democracy in Spain, London, Croom Helm.
- MARTÍNEZ, Cortiña, R et al.(1975): Regionalización de la economía española. Madrid, CECA.
- MORAL SANTÍN, J. A. (1981): El cambio de rumbo del capitalismo español: De la autarquía a la liberalización. Del agrarismo a la industrialización, en Carballo, R. Et al. (eds); Crecimiento económico y crisis estructural en España (1959-1980). Madrid, Akal.
- MORRISON, R. (1981): Portugal: Revolutionaly Change in an Open Economy. Aburn House, Boston (Mass.)
- MOSCHONAS, G./Papanagnou, G. (2007): «Posséder une longueur d’avance sur la droite: expliquer la durée gouvernementale du PSOE (1982-96) et du PASOK (1981-2004)» en *Pôle Sud* (27) 2007, pp. 43-104.

- OECD (2012): Historical Statistics 1960-2012. París.
- PETRAKIS, P. (2012): The Greek Economy and the Crisis. Heidelberg etc. Springer Verlag.
- PIROUNAKIS, N. (1997): The Greek Economy. Londres, Macmillan.
- SEERS, D. (ed.) (1981): La Europa subdesarrollada. Madrid, Blume.
- SINN, H.-W. (2010): Kasino Kapitalismus. Wie es zur Finanzkrise kam, und was jetzt zu tun ist. Berlin, Ullstein.
- THERBORN, G. (1999): Europa hacia el siglo XXI. Siglo XXI, México [inglés: European Modernity and Beyond. Sage, London 1995].
- VERNARDAKIS, Ch. «A class interpretation of the Greek Election 2012» en *Transform (11) 2010*, pp. 128-134.

## La influencia del neoinstitucionalismo en el discurso de la gobernanza

JOSÉ A. ESTÉVEZ ARAÚJO

El presente texto se inscribe en un trabajo en curso de elaboración sobre los fundamentos teórico-filosóficos del discurso de la gobernanza. Entre ellos podemos encontrar el pragmatismo (del que ya se trató en un trabajo anterior), la teoría de sistemas, la teoría de redes, la cibernética, el constructivismo...y la teoría que va a examinarse aquí: el neoinstitucionalismo.

A esta investigación subyace la hipótesis de que la gobernanza es una especie de Plan B del neoliberalismo. El Plan A se concretó en las políticas de desregulación y privatización. También incluyó el New Public Management, es decir, la introducción en las administraciones públicas de formas de gestión procedentes del mundo empresarial. Tras el fracaso de esta orientación inicial se empezó a poner en práctica una nueva estrategia. En lugar de la desregulación, se volvió a regular, pero con la participación de las empresas. Con ello se privatizó buena parte del poder de decisión de las entidades públicas. También se empezó a experimentar con nuevas formas de gestión pública distintas del management y de la tradicional burocracia. De este modo nació la gobernanza.

En otro lugar (Estevez Araujo, 2008) se puso de manifiesto el carácter ideológico del discurso de la gobernanza: una cosa es lo que el discurso dice y otra muy distinta lo que sucede en la práctica real. Sin embargo, en este texto, como se ha señalado, el objetivo no es desvelar el contenido ideológico de la teoría de la gobernanza. Lo que se pretende es identificar qué elementos del neoinstitucionalismo son incorporados por esa teoría.<sup>1</sup> Se trata de ver qué planteamientos de origen neoinstitucional contribuyen a dar credibilidad al

---

1. La filiación neoinstitucionalista de la teoría de la gobernanza es señalada por Ferraro (2009) y por March y Olsen (1995).

discurso de la gobernanza. Y, como veremos, ese componente neoinstitucional parece estar especialmente concentrado en las condiciones que hacen posible el gobierno por medio de redes.

La gobernanza se presenta como una forma de elaboración y gestión de las políticas públicas que se caracteriza por ser interactiva.<sup>2</sup> No es un modo de «gobernación» en que las decisiones estén concentradas en un solo punto o en la que una misma instancia tenga indefectiblemente la última palabra. La gobernanza se presenta como una forma de cooperación y colaboración entre las entidades de la sociedad civil y los organismos del Estado, especialmente los de la rama gubernamental. En el lenguaje de la gobernanza, el término «sociedad civil» suele incluir tanto los movimientos sociales y las ONG's como las empresas privadas. Hay autores, sin embargo, que distinguen entre la sociedad civil y el «sector privado», sin incluir este en aquella.

En las organizaciones políticas «multinivel» como puede ser la Unión Europea, la gobernanza también comprende las interacciones entre los diversos niveles institucionales. En el caso de la UE, la gobernanza multinivel comprendería las instituciones europeas, las estatales y las regionales y locales. Las relaciones que abarca la gobernanza no son las de carácter jerárquico, sino las de cooperación e interacción entre los organismos de esos diversos niveles. A esas interacciones multinivel hay que añadir las que se dan entre cada uno de los niveles, la sociedad civil y el sector privado, lo que da como resultado un panorama de enorme complejidad.

Las estructuras organizativas características de la gobernanza son las redes. Las redes se diferencian de las organizaciones jerárquicas por su carácter horizontal. Son distintas, también, de los mecanismos de mercado porque los elementos de la red no están vinculados por contratos o, al menos, no están vinculados únicamente por contratos. Se supone que los miembros de una red tienen unos fines comunes y actúan cooperativamente unos con otros. Algunos autores caracterizan la gobernanza como el «gobierno por medio de redes» (Rhodes, R. A. W. 1997; Sørensen y Torfin, 2007) esto no quiere decir, sin embargo, que las redes desplacen completamente los mecanismos burocráticos y de mercado en la gestión pública. Se trata de un elemento nuevo, con una lógica propia que se añade a la de los elementos anteriores.

Este gobierno por medio de redes, a través de las cuales interactúan organismos políticos de diferentes niveles con actores de la sociedad civil y de la

---

2. De entre la inmensa bibliografía sobre la gobernanza aquí he utilizado sobre todo: (Torting y otros, 2012) y (Prats, 2005).

empresa privada nace por una serie de causas. La primera de las causas es la globalización. No es casualidad que fuera en el ámbito de las relaciones internacionales donde primero se utilizó el término «gobernanza» (Rosenau y Czempiel, 1992). Asimismo, la primera organización en cuyos documentos se usó la palabra «gobernanza» fue una institución internacional: el Banco Mundial (Carayannis y otros, 2012).

Junto a los cambios derivados de la globalización, los teóricos de la gobernanza suelen aludir a la «complejidad» como una de las causas del surgimiento de esta forma de gobierno interactivo. El grado de complejidad es la resultante de la densidad de las interacciones entre un determinado conjunto de elementos. Por su parte, la noción de «complejidad social» proviene de la teoría de sistemas, que concibe la sociedad como un sistema y entiende la complejidad como el grado de diferenciación interna del mismo. De acuerdo con sus planteamientos, a medida que diversos sectores del sistema social se van especializando van surgiendo diferentes subsistemas: económico, político, jurídico, científico... Cada uno de esos subsistemas acaba obedeciendo a su propia lógica interna. De ese modo resulta imposible que el sistema social tenga una dirección centralizada por ejemplo desde el subsistema político. Basándose en este tipo de planteamientos, algunos teóricos de la gobernanza (KOOIMAN 2005) sostienen que el grado de complejidad social ha alcanzado un punto en que el estado por sí solo es incapaz de regular el sistema social. El estado no tiene ni los conocimientos ni los recursos para ello. Por eso tiene que buscar la cooperación de otras entidades (como empresas privadas u organizaciones sociales) para llevar a cabo las tareas reguladoras. De hecho, dado el grado de complejidad social, ninguna entidad está en condiciones de centralizar el poder de decisión. Por ello, se hace necesario que la regulación la lleven a cabo redes horizontales que articulen diferentes tipos de entidades públicas y privadas.

### **La «corriente dominante» contra la que se erige el neoinstitucionalismo**

Un texto fundamental para entender el sentido del neoinstitucionalismo es el artículo escrito por March y Olsen en 1984: «The New Institutionalism: Organizational Factors in Political Life». El neoinstitucionalismo es presentado por estos autores como una reacción frente a la corriente «dominante» de la Ciencia Política. El dominio de esa corriente no se limita sin embargo a ese ámbito. Proviene de la economía y se ha extendido a todas las ciencias sociales.

En otros trabajos March y Olsen dan nombre a esta corriente. Así, en un artículo de 1996 titulado «Institutional Perspectives on Political Institutions», hablan de «Teorías del intercambio» para referirse a ella. De hecho, lo que

estos autores caracterizan como «corriente dominante» en la Ciencia Política no proviene de una sola teoría. Se trata de una amalgama de elementos originarios de diversas teorías pertenecientes a diferentes campos.

Según March y Olsen (1984) el neoinstitucionalismo es una reacción frente a los planteamientos de esa «corriente». En particular, el neoinstitucionalismo pretende volver a poner de relieve la importancia de las instituciones, relegadas al olvido por el pensamiento dominante o mayoritario. El neoinstitucionalismo surge, por tanto, «contra» algo. Para poder entenderlo será necesario primero, ver como caracterizan los neoinstitucionalistas a ese «enemigo» al que se enfrentan.

#### **Teorías que nutren la corriente dominante**

La fuente nutricia más importante de la corriente dominante procede del pensamiento económico. Se trata de la llamada «Economía Neoclásica». Como se ha puesto de manifiesto en un reciente artículo (Lawson, 2013), el término «Economía Neoclásica» tiene un grado de ambigüedad grande. Los diversos autores que utilizan ese término le atribuyen muy diferentes significados. La expresión «Economía Neoclásica» fue acuñada a inicios del siglo xx por Thorstein Veblen (Veblen, 1900). Veblen es, precisamente, uno de los autores que suelen incluirse dentro del llamado «viejo» institucionalismo (Selznick, 1996). Pero lo que quería decir Veblen con «economía neoclásica» no es lo mismo que quieren decir los neoinstitucionalistas de los años ochenta. Probablemente la caracterización de Veblen no se corresponde tampoco con la forma habitual de atender esa escuela económica hoy en día. Y entre los autores actuales tampoco hay un consenso acerca del significado de esa expresión.

Aquí no se va a entrar en el debate acerca de la caracterización de la «Economía Neoclásica». No se va a discutir si se ha de caracterizar substantiva o sólo metodológicamente (Lawson, 2013). No se va a analizar qué es lo que tiene de «neo» respecto a la economía «clásica» de, por ejemplo, Adam Smith o David Ricardo. Tampoco se va a intentar determinar si tal o cual presupuesto o axioma es un elemento imprescindible para calificar de «neoclásica» una determinada teoría económica. Lo que nos interesa aquí es identificar los elementos que, de acuerdo con March y Olsen, configuran la «corriente dominante». Secundariamente podemos determinar si los autores neoinstitucionalistas consideran que determinados elementos proceden de las teorías de los economistas neoclásicos. Pero incluso en ese caso, no se entrará aquí a determinar cuáles son las características reales de la escuela neoclásica. Como mucho haremos alguna referencia a la visión que los neoinstitucionalistas tienen de los neoclásicos pero sin entrar a discernir si esa visión es correcta o no.

Otra de las fuentes de la doctrina dominantes es la Teoría de la Decisión Racional o Rational Choice. Como en el caso anterior no es nuestro objetivo caracterizar esa teoría o sus diferentes planteamientos y escuelas. El objetivo es identificar los elementos del Racional Choice incluidos por los neoinstitucionalistas en su descripción de los planteamientos teóricos dominantes. Por otro lado, la teoría de la decisión es uno de los componentes de la economía neoclásica. Algunos autores sostienen que el Racional Choice que los neoinstitucionalistas combaten lo extraen de los planteamientos de esa corriente de la economía.

El trasfondo filosófico de la «Ciencia Política Contemporánea» (denominación utilizada a veces por March y Olsen para referirse a la corriente dominante) es el utilitarismo. El utilitarismo es una doctrina ética de carácter individualista. La utilidad es el bien intrínseco y viene determinado por la elección del individuo. Es una doctrina consecuencialista, pues lo importante es alcanzar la máxima utilidad. El bien social es concebido como una agregación de bienes individuales: la mayor felicidad del mayor número. En las páginas dedicadas por March y Olsen al utilitarismo estos autores prestan especial atención a la idea de «decisión». A diferencia de otras doctrinas morales, que someten al individuo a normas o valores, el utilitarismo encuentra su fundamento normativo en la voluntad individual.

March y Olsen encuentran también en la Ciencia Política de su tiempo un componente evolucionista-funcionalista. Este componente dotaría de una orientación teleológica a las teorías políticas. De acuerdo con ello, la historia «tendería» hacia la eficiencia. Y esa tendencia histórica explica que se produzcan determinados resultados con independencia de la voluntad de los agentes individuales.

### **Las preferencias**

Las preferencias individuales constituyen el punto de partida de los análisis de la corriente dominante.<sup>3</sup> Esta les demanda unas características muy exigentes para considerarlas racionales. Las preferencias constituyen una escala de objetivos ordenados de mayor a menor importancia. Se encuentran, por tanto, jerarquizadas. Según la concepción de la corriente dominante, las preferencias deben ser «consistentes». Eso significa que deben ser coherentes. Así, por ejemplo, deben cumplir con el principio de la transitividad. Si un sujeto S prefiere A a B y también prefiere B a C, debe preferir A a C.

---

3. Sobre las preferencias puede verse (Hausman, 2012) y (Hausman y McPherson, 2006).

Las preferencias deben ser, también, precisas. El sujeto debe tener claro cuál es el objeto de cada una de sus preferencias. Debe haber el menor margen posible para la ambigüedad y la vaguedad. El contenido de una preferencia no debe confundirse con el de otra distinta. El sujeto ha de tener muy claro qué es lo que quiere y, también, su orden de prioridades.

Además de precisas, las preferencias deben ser estables. Se supone que las preferencias de un individuo permanecen a lo largo del tiempo. En ese sentido, las preferencias son un buen predictor de las decisiones y la conducta futura del actor.

Por último, las preferencias se consideran exógenas. Eso significa que vienen dadas, que son una variable independiente. En el caso de la economía neoclásica, las preferencias son exógenas al mercado y a sus procesos. Los consumidores, por ejemplo, tendrían unas preferencias originadas en sus procesos de socialización, en su pertenencia a una determinada clase social, etc. Y ese orden de prioridades no será modificado por los mecanismos de mercado. Ni siquiera la publicidad es considerada como algo que genere nuevas preferencias. La publicidad es sólo un medio para obtener «información» acerca de las mercancías ofrecidas por los productores. La información publicitaria permitiría, entonces, identificar los productos más adecuados para la satisfacción de las preferencias del sujeto.

En el caso de la Ciencia Política, las preferencias también son exógenas. Es decir, no resultan modificadas por los procesos políticos en sí mismos (elecciones, funcionamiento de las instituciones...). Los individuos entran en el campo político con sus preferencias ya establecidas. La propaganda electoral no las modifica. Las campañas electorales les sirven fundamentalmente para identificar a los candidatos más ajustados a las mismas. Cumplen el mismo papel que la publicidad en los mercados.

La teoría de la decisión racional de la corriente dominante concibe, pues, las preferencias de los individuos como exógenas, precisas, consistentes y estables. En el caso de la economía neoclásica se suele presentar como una teoría descriptiva de la racionalidad. No prescribe el cumplimiento de una serie de requisitos para actuar racionalmente. Pretende *describir* el comportamiento de los individuos, considerados como sujetos maximizadores de su propia utilidad por naturaleza. Esa concepción servirá de base para realizar predicciones acerca de los estados futuros de la economía. También se utilizará para llevar a cabo predicciones en el campo político.

La consideración de los seres humanos como individuos racionales maximizadores de utilidad ha sido objeto de múltiples críticas. Es una presuposición considerada irrealista por los economistas institucionalistas. También es



fuertemente criticada por los politólogos y sociólogos adscritos al neoinstitucionalismo. Para estos, como veremos más adelante, los seres humanos son capaces de actuar en virtud de la conciencia del deber y no sólo de manera egoísta. Los neoinstitucionalistas también consideran que las preferencias son endógenas a los procesos políticos o económicos. Los órdenes de prioridades de los individuos pueden verse modificados por el debate o la confrontación política, por la propaganda electoral o por su participación en las instituciones. No se trata de variables independientes e inmodificables.

La fundamentación interna de las preferencias viene dada por su consistencia. Es la coherencia formal en la jerarquización de los diferentes objetivos lo que convierte a las preferencias en racionales y, por lo tanto, las dota de fundamento. La fundamentación externa se refiere a la legitimidad o justificación del contenido de esas preferencias. ¿Está más justificada la preferencia por el transporte público o por el vehículo privado? ¿Se debe preferir la realización personal en el trabajo al salario que se gana, o viceversa? La mayoría de los autores de la corriente mayoritaria criticados por los neoinstitucionalistas no se plantean estas cuestiones. Para ellos, la racionalidad es una cuestión meramente instrumental. Se trata de alcanzar de manera eficiente unos determinados objetivos. Es racional quien tiene claros los objetivos y pone en práctica estrategias adecuadas para alcanzarlos. El universo del discurso no contempla el problema de su justificación, de su bondad o maldad moral.

Los pocos autores que hacen incursiones más allá de la racionalidad instrumental y se internan en el terreno de la racionalidad sustantiva, adoptan posturas utilitaristas. El individuo identifica, con su decisión, el bien intrínseco. La voluntad individual es, pues, el criterio para identificar lo que se debe hacer. De esta manera, la maximización de la propia utilidad no sólo sería un objetivo racional en el sentido instrumental del término, sino también una forma de conducta moralmente buena.

#### **La concepción de lo colectivo o social**

La concepción de lo colectivo o lo social por parte de la corriente dominante puede calificarse de atomista. Los fenómenos sociales son explicados sobre la base de las características y las acciones de sus elementos constitutivos: los individuos. Lo social es el resultado de las acciones e interacciones individuales.

Como hemos visto más arriba, los individuos son concebidos como sujetos racionales maximizadores de utilidad. Esta fijación axiomática de un modelo de conducta permite explicar sus acciones en una situación dada. Sólo es preciso conocer sus preferencias. La estabilidad de las preferencias hace po-

sible, también, predecir las conductas futuras de los individuos. Al quedar la génesis de las preferencias fuera del campo de la observación, el problema de la predicción de las conductas económicas o políticas se simplifica enormemente. Es susceptible, incluso, de ser modelizado matemáticamente.

La articulación de las conductas individuales se realiza mediante procesos de agregación y/o de negociación. La noción de «agregación» proviene de la economía. Es un sinónimo de «suma». Pueden agregarse conductas o pueden agregarse bienes. La agregación de todos los bienes producidos en un año por la economía de un país se conoce como PIB. La suma de todos los bienes que los consumidores están dispuestos a comprar constituye la llamada «demanda agregada».

Sin embargo, el paso de lo particular a lo general por medio de la agregación no deja de plantear problemas. Uno de ellos es la heterogeneidad de las cosas que se «agregan». No es lo mismo sumar manzanas con manzanas que peras con locomotoras. Pero aquí nos interesan más los problemas de la agregación de conductas. Tanto en el campo económico como el político la agregación plantea dificultades. La suma de conductas individuales «racionales» puede dar lugar a un comportamiento colectivo «irracional». La paradoja de Arrow lo puso de manifiesto en el terreno político: la agregación de preferencias individuales racionales por medio de votaciones democráticas da lugar a decisiones colectivas irracionales a partir del momento en que haya tres o más opciones entre las que elegir (ARROW 1963).

March y Olsen no ponen tanto el acento en la agregación, como en la negociación. En un artículo de 1996 hablan de dos formas de narrar la política: la de las teorías del intercambio y la del neoinstitucionalismo. La «corriente dominante» a la que se contraponen el neoinstitucionalismo es identificada en ese texto con esas «teorías del intercambio».

De acuerdo con March y Olsen, las «teorías del intercambio» explican la construcción de lo «social» (lo político en su caso) por medio de procesos de negociación entre individuos. Este punto de vista tendría sus raíces en las teorías del contrato social. Según el «relato político moderno» (CAPELLA 2008) la sociedad política es el resultado de un pacto entre los individuos. El vínculo social fundamental es, por tanto, el acuerdo de voluntades.

El acuerdo de voluntades resultante de la negociación puede dar lugar a un intercambio o a una coalición. Por medio de intercambios y coaliciones se construye el campo de lo político según las teorías del intercambio. O, dicho de otro modo, «lo político» se puede explicar descomponiéndolo en coaliciones e intercambios. Estos, a su vez pueden verse como el resultado de negociaciones llevadas a cabo por individuos egoístas maximizadores de su utilidad.

Obviamente, la integración de los intereses de un conjunto amplio de individuos tendría que ser vista como un proceso con más enjundia que la mera negociación. Habría de concebirse como algo que «trasciende» los meros intereses individuales. Pero eso supondría considerar las preferencias individuales como endógenas al proceso político. La concienciación resultante del debate, de la movilización, de la militancia... cambiaría la perspectiva desde la que se observan los propios intereses. Esa concienciación permitiría ver la dimensión social de los problemas que afectan a las gentes. Haría que las personas se den cuenta de la necesidad de luchar contra la opresión, contra la injusticia social, de aunar fuerzas en torno a valores e ideales. Pero estas formas complejas de articulación de lo político quedan fuera del campo de visión de las teorías del intercambio. Para estas puede haber transacciones entre intereses egoístas, pero nunca puede trascenderse el egoísmo.

### **La teleología**

El elemento teleológico que March y Olsen detectan en la corriente dominante deriva de la tendencia al equilibrio sustentada por la economía neoclásica.<sup>4</sup> El funcionamiento del mercado propicia que la oferta y la demanda de bienes se igualen. La formación de un «precio de equilibrio» es el mecanismo por medio del cual se logra esa igualación. En principio, el equilibrio se concibe como una situación estable. Sólo si se alteran elementos exógenos como las preferencias o la tecnología se modifica la relación entre oferta y demanda y se hace necesario que se encuentre una nueva situación de equilibrio.

La historia o la dinámica social no sólo tienden al equilibrio sino también a la eficiencia. La situación que tiende a alcanzarse no sólo representa un balance entre fuerzas contrapuestas. Es también una situación óptima. Como dicen March y Olsen, para la corriente mayoritaria, «la historia es eficiente». La concepción de la historia como un proceso que tiende cada vez a una mayor eficiencia es precisamente uno de los presupuestos de la idea de progreso.

La eficiencia tiene que ver con la relación medios-fines. Podríamos establecer, de manera convencional, que una persona actúa eficazmente si es capaz de poner en práctica los medios necesarios para alcanzar los fines que persigue y consigue alcanzarlos realmente. Para actuar eficientemente es necesario actuar eficazmente, pero eso no es suficiente. No sólo hay que escoger unos medios adecuados para alcanzar el fin. Es preciso también que la canti-

---

4. Una exposición estándar del equilibrio económico puede verse en SAMUELSON Y NORDHAUS, W 2002.

dad o el coste de los medios utilizados sea el menor posible. Así, si se quiere producir por valor de 150 y eso se consigue utilizando factores de producción por valor de 100, se ha sido eficaz. Pero si se producen esos 150 con un coste de 85, entonces se ha sido más eficiente. Si 85 es el mínimo coste posible para producir 150, se ha optimizado el uso de los recursos. La eficiencia ha alcanzado su grado más alto posible dadas las circunstancias.

No vamos a entrar aquí en la discusión acerca de la eficiencia. En el ámbito de la ciencia económica hay concepciones diferentes acerca de en qué consiste y cómo se mide. Para algunos, la eficiencia, tiene que ver con el volumen de la producción, para otros con la satisfacción de las necesidades o de las utilidades. A su vez, el bienestar resultante puede analizarse a nivel individual o a nivel social. Otros autores consideran imprescindible tener en cuenta la distribución social de los bienes y no sólo la producción. Hay quienes incluyen la distribución dentro del concepto de eficiencia y hay quienes consideran que la distribución debe hacerse en base a un criterio distinto: el de justicia o igualdad, etc.

Lo que interesa aquí es determinar el tipo de eficiencia que March y Olsen atribuyen a la corriente mayoritaria. En su artículo de 1996 consideran que el máximo de eficiencia en la concepción de las «teorías del intercambio» se corresponde con el «Óptimo de Pareto». El Óptimo de Pareto es un estado en el que nadie puede mejorar su situación sin que al menos una persona empeore la suya (OGUS 2004). De acuerdo con las teorías del intercambio, serían precisamente las transacciones y coaliciones resultantes de negociaciones entre los individuos las que generarían la dinámica para alcanzar esa situación de equilibrio con optimización de la eficiencia.

El Óptimo de Pareto ha sido objeto de muchas críticas. En particular se ha cuestionado la fundamentación de su carácter normativo. Es decir, el intento de presentarlo como una situación social ideal que se debe intentar alcanzar. Se ha puesto de manifiesto que el Óptimo de Pareto es compatible con situaciones de gran desigualdad. Bajo determinadas circunstancias, un país en el que la mayor parte de su población esté sufriendo una hambruna catastrófica puede encontrarse en un estado de óptimo de Pareto. Por otro lado, si utilizamos el Óptimo de Pareto como criterio normativo, sería imposible reducir la desigualdad social, pues toda política redistributiva perjudicaría a los más ricos.<sup>5</sup>

---

5. Una crítica documentada a la utilización normativa del Óptimo de Pareto puede verse en PAU 2013.

En cualquier caso, lo que aquí interesa subrayar es que March y Olsen atribuyen a la corriente mayoritaria una concepción de la eficiencia que la construye como un agregado de utilidades individuales. Si las utilidades de todos los individuos aumentan usando los mismos medios entonces está incrementando la eficiencia.

Si aumentan las utilidades de parte de los individuos sin disminuir los del resto también aumenta la eficiencia. Cuando se alcanza una situación en que nadie puede incrementar su utilidad sin disminuir la utilidad de otro u otros se alcanza la máxima eficiencia correspondiente al Óptimo de Pareto. El componente teleológico inscrito en la corriente dominante lleva a sostener la existencia de una tendencia a alcanzar esa situación de equilibrio óptimo.

March y Olsen sostienen que este planteamiento sobre la eficiencia y el equilibrio ha sido importado por la Ciencia Política y la Sociología desde la Economía. También en esos campos se elaboran modelos y se realizan predicciones acerca de las situaciones de equilibrio que dan lugar a una eficiencia optimizada. Los autores señalan, por ejemplo, la dinámica de los sistemas de partidos como un ámbito temático donde se han aplicado estos planteamientos. March y Olsen atribuyen, en general, a la corriente dominante el axioma de que las instituciones evolucionan siempre hacia formas más eficientes.

A modo de recapitulación, March y Olsen sintetizan de la siguiente forma su visión de la corriente dominante contra la que se yergue el neoinstitucionalismo: «Las teorías contemporáneas de la política tienden a retratar a la política como un reflejo de la sociedad, los fenómenos políticos como las consecuencias agregadas de la conducta individual, la acción como el resultado de elecciones basadas en el propio interés, la historia como eficiente para llegar a resultados únicos y adecuados, y la toma de decisiones y la asignación de recursos como el foco central de la vida política».

### **El neoinstitucionalismo**

Como ya se ha señalado repetidamente, el neoinstitucionalismo surge como una crítica a la «corriente dominante» en el ámbito de las ciencias sociales. March y Olsen afirman explícitamente que el neoinstitucionalismo no cuenta con una teoría acabada. Sus propuestas tienen carácter fragmentario y se contraponen a aspectos puntuales de la corriente dominante. No obstante March y Olsen elaboran un programa de investigación que señala el tipo de trabajos que serían necesarios para reforzar el neoinstitucionalismo tanto desde el aspecto teórico como de recogida de evidencias empíricas.

Dos de las críticas más generales que March y Olsen dirigen a la corriente dominante son la de desdeñar la importancia de lo simbólico y la de olvidarse de la dimensión institucional de la realidad social. Para esa corriente, lo simbólico es susceptible únicamente de un uso instrumental. Los símbolos pueden ser utilizados por los que mandan para manipular a los que obedecen. Pero lo simbólico no tiene valor alguno en sí mismo.

### **La dimensión simbólica de la realidad social**

Las cosas, las personas o las acciones tienen determinadas características materiales que pueden ser percibidas por los sentidos (el peso, el tamaño, el sabor, e incluso podría incluirse el color). Pero, además de estas características, las cosas, personas y acciones pueden tener significados. Que una pelota traspase una determinada línea puede ser un gol, un trozo de tela de determinados colores puede ser una bandera y que una persona vista una bata blanca y porte un estetoscopio, puede querer decir que es médico. Todos estos significados que tienen las personas, las cosas o las acciones forman parte de la dimensión simbólica de la realidad.<sup>6</sup>

Las cualidades materiales de las personas, cosas o acciones son «objetivas», en el sentido de que son características propias del objeto. El peso o el tamaño son rasgos del objeto mismo. El color que percibimos, aunque sea una impresión subjetiva, depende de las características de la superficie del objeto, que determinan como refleja la luz. Sin embargo, las cualidades simbólicas tienen un carácter originariamente subjetivo. Una acción, persona, o cosa tiene un determinado significado porque un sujeto (vivo o muerto, identificable o anónimo, individual o colectivo) se lo ha atribuido. El significado de una palabra no es una característica intrínsecamente asociada al sonido que emitimos al pronunciarla. Es el resultado de una compleja actividad histórico-social que se lo ha atribuido.

Sin embargo, nuestra primera experiencia de la dimensión simbólica de la realidad considera esta como algo absolutamente natural e inamovible: cuando un niño se socializa en una determinada cultura, los significados de las personas, cosas o acciones le parecen tan objetivos e indiscutibles como sus características materiales (si es que llega a hacer esa distinción). Pensemos, por ejemplo, en la dificultad de que un niño acepte que una misma cosa o persona se puedan llamar de manera diferente a la que él conoce. Cuando, como los niños, confundimos las características simbólicas de los objetos con rasgos naturales, podemos decir que se ha producido un fenómeno de «cosificación».

---

6. Sobre la dimensión simbólica de la realidad puede verse SEARLE 1997.

En determinadas culturas (no en todas las que se han dado históricamente) las personas se distancian críticamente en mayor o menor medida de esos significados que les parecieron originariamente inmutables. Es decir, se dan cuenta de que muchos de ellos son convencionales. Eso no quiere decir, sin embargo, que cualquiera pueda cambiar los significados de los objetos a voluntad. Yo no puedo hacer que las mesas se llamen «sillas» simplemente porque yo lo decida. Los significados están sustentados colectivamente y, en ese sentido, puede afirmarse que tienen una dimensión «objetiva» sin caer en la cosificación. Puede ser incluso difícil cambiar un significado a nivel individual. Así, aunque alguien entienda que los comportamientos «masculinos» son en su inmensa mayoría creaciones culturales y no conductas derivadas del sexo, eso no significa que pueda abandonar fácilmente las actitudes y reacciones masculinas que ha interiorizado, aunque no le gusten.

La atribución de significado a un objeto exige tener ya un sistema simbólico. Para crear significado, necesitamos algo que ya tenga significado. Para calificar un hecho de «asesinato» en sentido jurídico, precisamos, entre otras cosas, de una serie de prescripciones que definan qué es un asesinato y en qué se diferencia del homicidio o del parricidio. Para que esas prescripciones puedan ser consideradas normas jurídicas es necesario que pertenezcan a un sistema jurídico...En última instancia, el lenguaje natural es el mecanismo simbólico originario. La lengua nos permite dar significado a todo lo demás. La interesante cuestión del origen del lenguaje, o de la generación originaria de lo simbólico, no puede ser, sin embargo, abordada en este trabajo, por exceder de los objetivos del mismo.

### **Las instituciones sociales**

Las diferentes teorías sobre las instituciones consideran mayoritariamente que estas forman parte de la dimensión simbólica de la realidad social, es decir, pertenecen al reino del significado. Así, en la primera edición de la *Encyclopaedia of the Social Sciences* se da la siguiente definición de institución social: «Las instituciones o patrones de institucionalización se pueden definir aquí como principios regulativos que organizan la mayoría de las actividades de los individuos en una sociedad en base a modelos organizativos definidos desde el punto de vista de algunos de los perennes problemas básicos de cualquier sociedad o vida social ordenada.» Para el autor del artículo, (Samuel N. Eisenstadt), las instituciones están hechas de principios regulativos. Esos principios pertenecen a la dimensión simbólica de la realidad, pues para saber en qué consisten es necesario entender su significado. Los principios, a su vez, nos permiten atribuir significados a las acciones, a las personas y a las cosas en los diferentes marcos institucionales. Por su parte, Seuman Miller señala que «Las instituciones sociales deben distinguirse de las for-

mas sociales menos complejas, tales como convenciones, reglas, normas sociales, roles y rituales. Estos últimos son uno de los elementos constitutivos de las instituciones» (MILLER 2010, 22). El carácter eminentemente simbólico de las instituciones queda también puesto de manifiesto en esa cita: las instituciones son estructuras construidas con elementos simbólicos como normas, convenciones o rituales.

El neoinstitucionalismo también atribuye un carácter fundamentalmente simbólico a las instituciones. Algunas afirmaciones de Richard Selznick, un autor que es un punto de referencia para esta escuela servirán para ponerlo de manifiesto:

La tesis más conocida de Selznick es que institucionalizar equivale a conferir valor. Más exactamente, institucionalizar una organización consiste en darle un significado que excede la capacidad de alcanzar sus fines. Esta idea la formuló por primera vez en 1949, en un estudio sobre la Tennessee Valley Authority (SELZNICK 1949). La misma tesis es mantenida por Selznick en otros trabajos posteriores. Así, en «Leadership in Administration» Selznick sugiere que «tal vez el más importante» aspecto de la institucionalización es la infusión de valor más allá de los requisitos técnicos de la tarea en cuestión (SELZNICK 1957, 20 y 44). Y en un trabajo más reciente el mismo autor señala: «Yo postulé una distinción entre organización e institución. Cuando una organización es institucionalizada, tiende a adquirir un carácter especial y a lograr una competencia distintiva» (SELZNICK 1996, 271).

Con esas afirmaciones, Selznick intenta transmitir la siguiente idea: una organización sería, para este autor, un conjunto de medios materiales y humanos dirigido a la consecución de determinados fines. Esa organización adquiere una dimensión institucional cuando se le atribuye un valor que va más allá de lo meramente instrumental. Ese valor puede proporcionarlo, p. ej. la consolidación de determinadas tradiciones (hay una película norteamericana que, en las primeras escenas muestra muy bien las tradiciones existentes entre los operadores del ferrocarril y el peligro de su desaparición como consecuencia de la precarización del trabajo ferroviario: *Imparable*). También puede ocurrir que los miembros de una determinada organización se sientan orgullosos de pertenecer a ella (como ha ocurrido tradicionalmente con la oficialidad del ejército). Incluso se cuenta que los trabajadores japoneses de Mitsubishi cantan el himno de la empresa antes de empezar su jornada laboral. Todas esas serían formas de institucionalización en el sentido de Selznick.



Partiendo del consenso sobre su carácter simbólico, los autores neoinstitucionalistas se dividen en dos grandes grupos en lo que respecta a la «materia» de que están hechas las instituciones.<sup>7</sup> Unos consideran que los componentes fundamentales o, al menos, más importantes de las instituciones son normativos y otros defienden que tienen carácter cognitivo.

*a) Los institucionalistas normativistas*

Los componentes más importantes de las instituciones son, según los normativistas, las normas. Estas pueden ser de tres tipos: jurídicas, morales y sociales. Las normas morales, son aquellas que los individuos han internalizado y en base a las cuales rigen su conducta, es decir, son las que los individuos consideran obligatorias en conciencia. Los normativistas les confieren especial importancia. Las normas sociales son las que el conjunto de los miembros de la institución considera obligatorias. En caso de que alguien viole una norma social, se verá sometido a diversas formas de presión por parte de sus compañeros para que ajuste su conducta a lo prescrito por dicha norma. Si no lo hace, el grupo puede imponerle sanciones de diversos grados de dureza. Desde negarle el saludo hasta lincharle, pasando por burlarse de él, acosarle, excluirle del grupo, o golpearle. Las sanciones que el grupo pueda imponer operan como elementos disuasorios cuando surge la tentación de desobedecer una norma.

Las normas morales y las sociales son «informales». Las normas «formales» son aquellas que están explícitamente formuladas, preferentemente por escrito. Su incumplimiento lleva aparejada una sanción que ha sido establecida de antemano. La imposición de la sanción la llevan a cabo órganos especialmente autorizados para ello. Las leyes del sistema jurídico de un estado son normas formales en este sentido. También lo son los estatutos de una sociedad o los códigos de conducta establecidos por los colegios profesionales.

Otros componentes de las instituciones según los autores normativistas son los valores, las reglas constitutivas, los mitos fundacionales, las rutinas, los roles, las expectativas y las acciones.

Los valores son elementos normativos, que también pueden ser interiorizados mediante procesos de socialización. La imparcialidad del juez, la fidelidad del cónyuge, la valentía del soldado, el rigor del científico...son valores que rigen para los miembros de diferentes instituciones. A primera vista, quizá podría decirse que los valores son más generales e imprecisos que las nor-

---

7. Sobre las distintas corrientes que existen dentro del neoinstitucionalismo, puede verse SCOTT 1995 y PETERS 1999.

mas. También podría afirmarse que se estructuran en sistemas de forma diferente a aquellas. Sin embargo, aquí no entraremos a resolver la cuestión de si existe una equivalencia entre valores y normas. Es decir, no nos pronunciaremos sobre la cuestión de si es lo mismo, p. ej., actuar de acuerdo al valor de la imparcialidad que actuar de acuerdo con la norma «debes ser imparcial». Las reglas constitutivas tienen especial importancia para los normativistas. Ejemplos de esas reglas serían las de cualquier juego (fútbol, ajedrez, póker...). Dichas reglas no sólo determinan qué acciones están prohibidas y cuáles permitidas. También establecen en qué consiste el juego, cómo se gana, cuántos jugadores pueden participar... Las reglas constitutivas dan un significado a un conjunto de objetos y acciones (p. ej. porterías, gol). Crean también una serie de papeles, como el de delantero, defensa, portero, a los que los sujetos que participan en el juego deben ajustarse.

Los mitos también juegan un papel importante en las concepciones normativistas. Las creencias más o menos imaginarias acerca de los orígenes de la institución o de las cualidades de alguno de sus miembros, presente o pasado, constituyen un elemento que motiva de forma intensa la conducta de quienes forman parte de la institución. Como señala Selznick: «Cuanto más se deriva de los mitos institucionalizados la estructura de la organización, en mayor medida mantiene elaboradas muestras de confianza, satisfacción y buena fe, interna como externamente» (SELZNICK 1996, 273).

Algunos autores consideran que los roles son los componentes estructurales fundamentales de las instituciones. Pero incluso para quienes piensan así, los roles tienen un componente normativo sustancial. Configuran las tareas o funciones que deben ser cumplidas en el seno de la institución. Forma parte de un rol la descripción de la tarea en cuestión y unas instrucciones para realizarla. Pero todos los roles cuentan también con una serie de normas que indican cuál debe ser la conducta correcta de quien los ejerza. Es decir, establecen cuáles son las obligaciones (así como los derechos o poderes) que corresponden a las personas que los encarnan en la institución de que se trate (pensemos por ejemplo en las obligaciones y los poderes de los jueces para visualizar esta dimensión normativa de los roles).

Las expectativas, por su parte, pueden ser cognitivas o normativas. Una expectativa cognitiva es una previsión acerca de lo que resulta más probable que suceda. Una expectativa normativa es un juicio acerca de lo que es correcto que suceda, acerca de qué es lo que debe suceder. Las expectativas normativas son un elemento esencial para el funcionamiento del criterio de corrección. Las normas que obligan a un individuo o los roles que encarna generan expectativas normativas respecto a su conducta. El hecho de que los demás esperen que uno actúe de determinada manera es por sí mismo un

factor que condiciona la conducta. Constituye, además, el preludio necesario a la sanción en caso de que esa persona actúe de otra manera.

Por último, las propias acciones de los miembros de la institución pueden tener una dimensión normativa. Las acciones que se ajustan a las expectativas normativas pueden verse, no sólo como una forma de cumplimiento de las normas que fundan dichas expectativas, sino también como un reforzamiento de las mismas. Cada acción conforme a una norma constituye una reafirmación de su vigencia, que resulta especialmente importante en el caso de las normas que no cuentan con sanciones formales.

Los neoinstitucionalistas insisten en que seguir una norma no es una operación automática similar a un reflejo condicionado. Se trata de algo mucho más complejo. Así, hay que seleccionar la norma o normas aplicables a la situación de que se trate. Esas normas deben ser interpretadas para poder entender cuál es su significado. La interpretación puede ser una operación más o menos difícil según los casos, pero siempre debe hacerse con miras a la situación que se ha de resolver. Al final del proceso hay que estar en condiciones de contestar a la pregunta: ¿Qué mandan hacer las normas en esta situación concreta?

La aplicación de las normas exige muchas veces llevar a cabo una operación de «concretización», en particular cuando estas están formuladas en términos abstractos. La concretización consiste en poner en contacto el lenguaje abstracto de la norma con el más concreto de la descripción de la situación. Eso exige una doble operación de concretar a partir de lo abstracto y de abstraer a partir de lo concreto, hasta que lo concretado y lo abstraído, por así decirlo, se «encuentren». Por ejemplo, en un caso penal puede plantearse la cuestión de si matar a una persona mientras está durmiendo es un caso de asesinato. El asesinato es un homicidio cualificado. Una de las circunstancias agravantes que convierte el homicidio en asesinato es la alevosía. La alevosía consiste en «prevalerse de la situación de indefensión de la víctima». Podemos concretar que entre las situaciones de indefensión se encuentra la de estar durmiendo (junto a estar atado, estar drogado, ser un inválido...). O bien, podemos abstraer del hecho de estar durmiendo que se trata de una situación de indefensión. En cualquiera de los dos casos, la premisa «la víctima se encontraba indefensa porque estaba durmiendo» es el punto donde se encuentran el proceso de concreción de la norma y el de abstracción del hecho (1)**NORMA: PROHIBIDO ASESINAR – DESCRIPCIÓN DEL HECHO: A MATÓ A B MIENTRAS ESTÁ DURMIENDO**; 2) Asesinato: Matar a alguien con alevosía; 3) Alevosía: Prevalerse de la condición de indefensión de la víctima; 4) Estar durmiendo es una situación de indefensión; 5) B se encontraba indefenso porque estaba durmiendo).

La concretización plantea dos cuestiones interesantes. La primera es que no sólo interpretamos las normas, sino también los hechos o, mejor, las situaciones. Para aplicar una norma, es necesario comprender el significado de la situación de que se trate. Y no resulta difícil que una situación se malinterprete. Por ejemplo, podemos creer que alguien está hablando en serio, cuando en realidad, nos está gastando una broma, o a la inversa. En ocasiones, la interpretación de una situación puede exigir el conocimiento de reglas constitutivas. Por ejemplo, si alguien no conoce las reglas del *baseball* no podrá comprender ninguna de las situaciones que se dan en ese juego.

La segunda cuestión interesante es que ni la abstracción ni la concreción son procesos lógicos. Pasar de un concepto abstracto a una descripción de una situación en términos concretos o a la inversa no son operaciones que resulten de la aplicación de las reglas de la lógica formal. Se puede pasar de una afirmación sobre un cuantificador universal a una afirmación sobre un ente concreto aplicando reglas lógicas (Todos los hombres son mortales, Sócrates es un hombre, Sócrates es mortal). Pero no se puede fundamentar en términos exclusivamente lógicos la siguiente concreción: Una forma de que la mujer manifieste su consentimiento de tener relaciones sexuales es invitar a un hombre a tomar una copa en su casa a las dos de la mañana. La concreción y la abstracción exigen la introducción de premisas argumentativas que pueden ser más o menos convincentes, pero de las que no se puede decir que sean lógicas o ilógicas.

*b) Los neoinstitucionalistas cognitivistas*

Si los normativistas consideran que los miembros de una institución se guían por el criterio de «corrección», los cognitivistas consideran que lo fundamental es que los individuos pertenecientes a una misma institución tengan una visión compartida de la realidad o del significado de la misma: «Una concepción cognitiva de las instituciones destaca el papel central desempeñado por la construcción socialmente mediada de un marco común de significado» (SCOTT 1995, 45).

Para el neoinstitucionalismo, el conocimiento no se adquiere acumulando información ni utilizando procedimientos exclusivamente inductivos. El conocimiento «empírico» es el resultado de un proceso de interpretación llevado a cabo por el sujeto. Por eso, para los cognitivistas, los elementos centrales de las instituciones son los esquemas cognitivos que resultan ser comunes a todos sus miembros. De hecho, la mayoría de las veces la propia distinción entre percepción y cognición sólo puede hacerse analíticamente. No es que el sujeto perciba y luego interprete, sino que generalmente lo realiza todo en una misma operación.

Para los cognitivistas es especialmente importante la visión compartida de las situaciones entre los miembros de una institución. Las situaciones deben ser interpretadas para poder actuar. En ocasiones, como se ha dicho más arriba, pueden producirse malentendidos. Otras veces pueden producirse discrepancias acerca del tipo de situación ante la que nos encontramos: p.ej. uno de los participantes cree que otro está ofendiendo a un tercero, mientras que ni el supuesto ofensor ni el ofendido consideran que se haya producido ofensa alguna. Para los cognitivistas tiene especial relevancia que no se produzcan este tipo de discrepancias o malinterpretaciones de las situaciones entre los miembros de una institución.<sup>8</sup>

Los cognitivistas se basan en una concepción constructivista de la realidad social. El constructivismo se contrapone al realismo tanto desde el punto de vista epistemológico como ontológico. El realismo considera que existe una realidad que es independiente de nosotros y que podemos saber cómo es. El constructivismo, como su nombre indica, considera que la realidad es algo que construimos nosotros por medio de nuestros conceptos, teorías, narrativas, marcos cognitivos e interpretativos... Aunque hay autores que aplican el constructivismo al ámbito de las ciencias naturales, aquí nos interesa especialmente su utilización en el marco de las ciencias sociales. El planteamiento constructivista es especialmente aplicable a la dimensión simbólica de la realidad social. La fuente última de los neoinstitucionalistas constructivistas es el clásico libro de Berger y Luckmann «La construcción social de la realidad» (BERGER Y LUCKMANN 1986)

#### **Divergencias antropológicas, ontológicas y epistemológicas**

Además de las divergencias relativas a la importancia de las instituciones y de lo simbólico, hay otras cuestiones fundamentales en las que los neoinstitucionalistas discrepan de los autores de la corriente dominante. Estas discrepancias se refieren tanto a cuestiones ontológicas, como antropológicas y epistemológicas. Los neoinstitucionalistas conciben la realidad social, la «naturaleza humana» y el conocimiento de manera distinta a la doctrina dominante tal como la hemos caracterizado más arriba.

Para la corriente mayoritaria, el individuo, sus preferencias y decisiones son el punto de partida del análisis social. Para el neoinstitucionalismo, el individuo no es uno de los átomos que componen la sociedad, sino un producto de la misma (SCOTT 1995). Se podría decir que el individuo no es el punto de

---

8. La vigencia actual de los componentes normativistas y cognitivistas dentro de la concepción neoinstitucionalista puede comprobarse en SOYSAL 2012.

partida del análisis de lo social, sino un punto de llegada. Las instituciones socializan a los individuos. Les proporcionan esquemas cognitivos que les permiten interpretar las situaciones. Les dotan también de criterios axiológicos que les capacitan para determinar qué es lo «correcto».

De acuerdo con el neoinstitucionalismo las personas no pueden ser meramente individuos racionales maximizadores de utilidad. Los seres humanos de la corriente dominante son sujetos que persiguen el cumplimiento de sus objetivos de manera egoísta. Son seres capaces únicamente de actuar estratégicamente, es decir, están dotados de una racionalidad exclusivamente instrumental. El neoinstitucionalismo no niega que los seres humanos actúen de manera egoísta. Pero afirma que son capaces, también, de actuar conforme a normas. Las personas pueden querer hacer lo «correcto», pueden ser solidarios, virtuosos o perseguir el bien común. Su racionalidad no es meramente instrumental. Se interroga acerca de la fundamentación de los fines que persiguen.

La actuación racional del individuo maximizador consta de una serie de pasos. Debe, primero, examinar cuáles son los posibles estados futuros que pueden darse, es decir, fijar sus expectativas. Debe también determinar cuáles son las probabilidades de alcanzar esos estados dadas las circunstancias y los medios de que dispone. Tiene que realizar asimismo un análisis coste-beneficio de cada una de las líneas de actuación posibles. Finalmente adoptará la decisión que maximice la utilidad esperada. Así pues, la relación del ser humano con el mundo es pragmática, instrumental. Se supone que puede conocer objetivamente sus características y también sus regularidades para predecir situaciones futuras.

Sin negar que los individuos intenten maximizar su utilidad en determinados contextos, los neoinstitucionalistas tienen una concepción más constructivista de la realidad social y más hermenéutica del conocimiento. El constructivismo, como ya se señaló, no contempla la realidad como algo objetivo, independiente de los seres humanos. Lo ve como una creación colectiva de estos. En el caso de los neoinstitucionalistas el planteamiento constructivista está íntimamente ligado con la importancia de la dimensión simbólica de la realidad. El mundo de los significados y los valores es una creación humana e impregna los elementos materiales de la realidad social. Según los neoinstitucionalistas incluso una noción aparentemente «objetiva», como la de eficacia, es una construcción social.

A una visión constructivista de la realidad social le corresponde una concepción hermenéutica del conocimiento. Los seres humanos no se limitan a constatar y calcular. Lo que hacen es, sobre todo, interpretar. La realidad no es meramente percibida, sino que es, dotada de significado. El conocimiento no se adquiere, así, por una mera acumulación de información, sino por la in-

serción de las percepciones en los marcos conceptuales e interpretativos interiorizados por los sujetos.

Aparte de tener una concepción diferente de las motivaciones del ser humano, de la naturaleza de la realidad social y del conocimiento de la misma, entre los neoinstitucionalistas encontramos también críticas a la verosimilitud del modelo de racionalidad instrumental, que la corriente dominante atribuye a los individuos. Algunas críticas se basan en experimentos realizados por psicólogos y psiquiatras. Los resultados de estos experimentos ponen de manifiesto que los seres humanos no toman sus decisiones siguiendo las pautas del individuo maximizador racional. De hecho, el neurocientífico Antonio Damasio ha demostrado que al ser humano le resulta imposible tomar decisiones basándose sólo en el procedimiento de examinar alternativas y posibilidades y hacer cálculos de utilidad. Cuando los pacientes de Damasio procedían así generalmente era porque padecían de un trastorno neurológico que les impedía tomar decisiones o, al menos, tomar buenas decisiones. Es necesario un elemento emocional que actúe de «marcador» para inclinar la balanza hacia una determinada opción. Y este marcador emocional contiene, entre otras cosas, un conjunto condensado de experiencias pasadas que ayudan a elegir el mejor camino (DAMASIO 2011). O, como dice Hodgson, el individuo no se guía sólo por cálculos de probabilidades, se guía también por reglas, por hábitos e incluso se deja llevar por la casualidad. Según este autor, el individuo maximizador de utilidad de la corriente dominante no sería capaz siquiera de realizar la compra en un supermercado (HODGSON 2007).

Otra crítica que se hace desde el neoinstitucionalismo al individuo maximizador racional tiene que ver con el manejo de la información. Analizar todas las alternativas posibles y los pros y contras de cada una de ellas supone disponer de una gran cantidad de datos. Los autores de la corriente dominante dan por supuesto que los individuos disponen de una información completa para poder tomar sus decisiones racionalmente. Pero esto rara vez se da en la práctica. En la mayoría de las ocasiones conseguir toda la información necesaria puede resultar difícil y costoso, si no imposible. Y, aunque se lograse, quedaría aún el problema de procesarla adecuadamente.

Hodgson pone el ejemplo de la bibliografía para ilustrar el problema de la cantidad de información. Los estudiosos del campo de las ciencias sociales saben por experiencia que la bibliografía sobre cualquier tema que investiguen es inabarcable. No sólo puede resultar muy difícil conseguirla toda (a pesar de las facilidades que proporciona la informática) sino que resultaría imposible asimilarla y procesarla. Por eso, el investigador tiene que utilizar reglas que acoten el tema y con ello, hagan abarcable la bibliografía disponible. Necesitará delimitar un aspecto específico del problema y/o establecer un

periodo de tiempo como objeto de estudio y/o un área geográfica determinada. ..etc. Con esto, Hodgson pretende demostrar que las reglas son elementos fundamentales del proceso de toma de decisiones. Las reglas delimitan lo que vamos a considerar información pertinente, de manera que esta resulte abarcable y manejable (HODGSON 2007).

Otro problema que plantea la información es el de su complejidad. Se entiende por complejidad el número y densidad de las interrelaciones posibles entre los elementos de un sistema. Puede darse el caso de que tengamos toda la información relevante para adoptar una decisión, pero que las combinaciones posibles de variables sean tantas que no seamos capaces de examinarlas todas. La información es, entonces, tan compleja que no podemos procesarla. Un ejemplo de ello sería el juego del ajedrez. Los jugadores profesionales no examinan todas las posibles consecuencias de una jugada. Generalmente memorizan series de jugadas ya puestas en práctica por otros jugadores. De esa manera cada uno es capaz de reconocer el patrón que el otro está siguiendo (un tipo de apertura, por ejemplo). Ahora bien, en el momento en que un jugador introduce una variación en una estrategia conocida, es cuando le toca al otro examinar todas las posibles consecuencias de ese movimiento. Ese es el tipo de situación en la que el jugador se queda largo tiempo pensando, mientras que en las jugadas rutinarias el tiempo empleado en decidir es muy corto. Sin embargo, si cada jugador tuviera que calcular en cada jugada todas las consecuencias posibles de cada movimiento, las partidas no terminarían nunca y los contrincantes morirían de agotamiento. Las pautas establecidas por jugadores anteriores hacen posible aquí procesar una información enormemente compleja.

Así pues, el individuo maximizador racional de la corriente dominante no existe en la práctica según los neoinstitucionalistas. Las personas son muchas veces egoístas, pero también pueden hacer lo que consideran «correcto». Las personas tampoco actúan en la práctica de acuerdo con el exigente modelo de racionalidad instrumental supuesto por la corriente mayoritaria. No manejan una información completa y exhaustiva; toman decisiones movidos por emociones, por hábitos, por caprichos. Algunos deciden al azar. Y sus preferencias pueden cambiar con mayor o menor frecuencia. El mundo de los seres humanos no es como lo pinta la corriente mayoritaria.

Por último, el neoinstitucionalismo y la teoría dominante tienen ideales o modelos diferentes de ciencia y de explicación científica.

La doctrina mayoritaria sigue el modelo de la física. El carácter axiomático de sus presupuestos acerca de la conducta humana, la invariable naturaleza racional-maximizadora del ser humano y la estabilidad de sus preferencias permiten que los teóricos puedan encontrar regularidades y formular leyes de carácter ge-



neral. Los fenómenos concretos se explican mediante procedimientos deductivos a partir de las teorías generales. La simplicidad de la ontología presupuesta permite incluso formalizar los teoremas y elaborar modelos matemáticos.

En cambio, el neoinstitucionalismo sigue más bien el modelo de la historia o el de la biología. Los biólogos evolucionistas o los historiadores pueden tener nociones muy generales sobre la evolución de las especies o sobre el discurrir de la historia. Pero de esas ideas generales no se deducen las explicaciones de los casos concretos. Conocer los principios de la evolución de las especies no permite explicar por qué una determinada especie evolucionó como lo hizo en unas circunstancias dadas. Para ello hay que hacer un estudio específico de caso que ponga al descubierto los factores concretos que influyeron en el cambio. Lo mismo ocurre con los hechos históricos. No hay leyes generales ni teleología alguna que permitan explicar o predecir un determinado estado de cosas históricas. Para entender un fenómeno histórico es necesario hacer un estudio de caso e identificar los factores que contribuyeron a provocarlo.

Así operan los neoinstitucionalistas. Tanto en el terreno de la política, como en el de la economía o el de las demás ciencias sociales.

### **El marco institucional que haría posible que la gobernanza funcionase**

De acuerdo con el discurso de la gobernanza, para que esta pueda funcionar es necesario un determinado marco institucional. No sólo ni principalmente en el sentido de un conjunto de instituciones «formales» (es decir, regladas y organizadas). También, y sobre todo, en el sentido que el término «institución» tiene para el neoinstitucionalismo. Es decir, es necesario un «mundo simbólico» compartido entre quienes integran las redes de gobernanza. Y este mundo simbólico se generaría tanto por mecanismos formales como informales.

Algunos autores utilizan el término «metagobernanza» para designar la tarea de crear un marco institucional que haga posible la gobernanza (TORTING Y OTROS 2012). Los órganos estatales tendrían un papel especialmente importante en la misma. Sin embargo, no resulta del todo claro que las condiciones que hacen posible la gobernanza puedan ser creadas de manera intencional. El ejemplo de las escuelas de Chicago –uno de los casos que se suelen citar como modelo de gobernanza–, fue posible por la confluencia fortuita de una serie de circunstancias. Se generó un escenario fruto del azar que hizo que las diversas partes implicadas en el problema estuvieran dispuestas a cooperar dejando de lado sus respectivos intereses. Sin embargo, el intento de crear de manera intencional ese tipo de marco que favorece la cooperación se ha saldado muchas veces con estrepitosos fracasos.

Suponiendo que sí fuera posible la metagobernanza, el marco institucional necesario para que el gobierno por medio de redes resulte operativo necesitaría cumplir una serie de funciones.

Como ya se ha señalado, el gobierno por medio de redes exige algo más que relaciones contractuales entre los participantes en el mismo. Las relaciones contractuales responden a una racionalidad estratégica en la que cada parte contratante busca maximizar su utilidad. Por otro lado, el cumplimiento de las obligaciones contractuales únicamente está garantizado por la amenaza de ser objeto de una sanción en caso contrario. Si la sanción resulta menos onerosa que el cumplimiento de la obligación, el análisis coste-beneficio considerará racional eludirla. Además, cada una de las partes deberá estar vigilante para descubrir las triquiñuelas que las otras puede poner en práctica para eludir sus obligaciones.

Esa actitud utilitarista y ese ambiente de sospecha mutua deben ser eliminadas para el buen funcionamiento de las redes. Eso es lo que sostienen los teóricos de la gobernanza. Para que las redes funcionen debe existir un clima de confianza entre sus integrantes, que será el resultado de compartir unos determinados objetivos. El discurso de la gobernanza sostiene que, con independencia de los intereses particulares de cada integrante de la red, la actitud predominante entre ellos es la de resolver el problema o los problemas que tienen entre manos. Esa voluntad común hace posible la cooperación basada en la confianza.

Para dar plausibilidad a esta visión, el discurso de la gobernanza corporativa presenta a las empresas como entidades capaces de «responsabilidad». Las empresas no sólo persiguen maximizar sus beneficios sino que se sienten «responsables» frente a todos los «stakeholders»: las personas que resultan afectadas por su actividad (trabajadores, vecinos, proveedores...). El fenómeno de la llamada Responsabilidad Social Corporativa es una de las más palmarias representaciones de esta visión de la empresa como ente responsable. Junto al clima de confianza, es necesario también que los participantes en la gobernanza puedan deliberar para resolver las discrepancias y alcanzar acuerdos. La deliberación es un «juego del lenguaje» que va más allá de la mera negociación. Las partes que «negocian» quieren salvaguardar en la mayor medida posible sus propios intereses. Los resultados de una negociación vienen determinados en buena medida por la correlación de fuerzas existentes entre las partes. Las negociaciones de los convenios colectivos (los que todavía quedan) son una buena prueba de ello.

A diferencia de la negociación, la deliberación pretende determinar cuál es la mejor solución para la cuestión sobre la que se debate. Los participantes en ese

juego del lenguaje no buscan que prevalezcan sus intereses, sino que prevalezca el mejor argumento. Esto presupone que quienes deliberan van más allá de la racionalidad meramente instrumental. No tratan de maximizar a toda costa su utilidad. La posibilidad de resolver las diferencias por medio de la deliberación presupone también que las relaciones sociales son armonizables. Supone asimismo que no existen conflictos insuperables que fracturen la sociedad de manera irremediable (MOUFFE 2005). En este contexto sería función sobre todo de los órganos estatales crear las condiciones para que la deliberación sea posible. Ese es uno de los principales objetivos de la metagobernanza. La procedimentalización de la toma de decisiones sería una manifestación de la misma: las instituciones estatales dejan de adoptar regulaciones sustantivas para establecer procedimientos por medio de los cuales las partes interesadas puedan llegar a acuerdos acerca del contenido de las mismas.

Parece claro que con los presupuestos de la corriente dominante criticada por el neoinstitucionalismo hubiese resultado imposible construir el discurso de la gobernanza. La concepción de los seres humanos como individuos maximizadores de la propia utilidad hace imposible pensar en formas de cooperación basadas en la confianza mutua. Además, el hecho de que las preferencias sean consideradas exógenas al proceso político impide que se den fenómenos de deliberación en el mismo. Pues para que la deliberación sea posible es preciso que los sujetos participantes en la misma sean capaces de replantearse sus preferencias como consecuencia del intercambio de argumentos.

El neoinstitucionalismo, por el contrario, sí permite sentar las bases que posibilitan la gobernanza. Los neoinstitucionalistas no niegan que los individuos se rijan muchas veces por sus intereses. Pero consideran también posible que lo hagan por el criterio de «corrección». Eso significa considerar que los seres humanos son capaces de observar una conducta conforme a normas, bien interiorizadas, bien sustentadas por las expectativas del grupo social. Es decir, las personas pueden actuar en conciencia y pueden hacerlo también para no decepcionar a los demás. Por otro lado, la concepción holista de la realidad social ve a los individuos como productos de las estructuras sociales más que a la inversa. Eso permite cuestionar la existencia de una naturaleza humana esencialmente egoísta y explicar las pautas de conducta, incluso las más básicas, como producto de los procesos de socialización. De esa forma, la creación de adecuados marcos institucionales puede tener una influencia profunda sobre la actuación de los sujetos insertos en dichos marcos.

En definitiva, pues, la pretensión que la gobernanza extrae del neoinstitucionalismo es que se pueden crear marcos institucionales que «socialicen» a los diversos agentes que participan en el gobierno por medio de redes. El discurso de la gobernanza presupone que tanto los titulares de los órganos

políticos, como los funcionarios, las empresas y las entidades de la sociedad civil pueden ser moldeados por procesos institucionales que modifiquen sus pautas de conducta. Identificar esa vinculación entre el neoinstitucionalismo y la gobernanza era el objetivo de este artículo. Queda para trabajos posteriores analizar la verosimilitud de esta pretensión y la adecuación de la misma a la realidad de los procesos de gobernanza.

### Bibliografía

- ARROW, Kenneth J. (1963): *Social Choice and Individual Values*, Second Edition, New York, John Wiley & Sons.
- BERGER, Peter L., y LUCKMANN, Thomas (1986): *La Construcción social de la realidad*. 7a reimp. de la 1a ed. de 1968 ed. Madrid, H.F. Martínez de Murguía.
- CAPELLA, Juan Ramón (2008): *Fruta Prohibida*, 2ª ed., Madrid, Trotta.
- CARAYANNIS Elias G. y otros (2012): *Institutional Learning and Knowledge Transfer across Epistemic Communities. New Tools of Global Governance*, Springer.
- DAMASIO, Antonio R. (2011): *El error de Descartes: la razón de las emociones*, Destino.
- ESTÉVEZ ARAUJO, José A. (2008): «Que no te den gobernanza por democracia», *Mientras tanto*, 108-109, 2008, págs. 33-49.
- FERRARO Agustín, E. (2009): *Reinventando el Estado. Por una administración pública democrática y profesional en Iberoamérica*, Madrid, Instituto Nacional de Administración Pública.
- HAUSMAN, Daniel M. (2012): *Preference, value, choice, and welfare*, Cambridge University Press.
- HAUSMAN, Daniel M. y MCPHERSON Michael S. (2006): *Economic Analysis, Moral Philosophy, and Public Policy* Cambridge University Press, Second Edition.
- HODGSON, Geoffrey M. (2007): *Economía institucional y evolutiva contemporánea*, (Introducción de Bruno Gandlgruber y Arturo Lara Rivero), México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- KOOIMAN, Jan (2005): «Gobernar en gobernanza», en Agustí Cerrillo i Martínez, coordinador: *La Gobernanza hoy: 10 textos de referencia*, Madrid, Instituto Nacional de Administración Pública.
- LAWSON Tony (2013): «What is this ‘school’ called neoclassical economics?» *Cambridge Journal of Economics* 37, 947-983.
- MARCH, James y OLSEN, Johan (1984): «The New Institutionalism: Organizational Factors in Political Life», *American Political Science Review*, 78 (3), pp. 734-49.
- (1995): *Democratic Governance*, New York, The Free Press.
- (1996): «Institutional Perspectives on Political Institutions», *Governance* 9, pp. 247-64
- MILLER Seumas (2010): *The Moral Foundations of Social Institutions. A Philosophical Study*, Cambridge University Press.
- MOUFFE, C. (2005): *On the Political*, London, Routledge.
- OGUS, Anthony (2004): *Regulation. Legal Form and Economic Theory*, Oxford, Hartpublishing.

- PAU, Manel (2013): *Ètica i política del risc*, Tesis Doctoral, Universidad de Barcelona.
- PETERS, B. GUY (1999): *Institutional Theory in Political Science. The 'New Institutionalism'*, London and New York, Pinter, (hay trad. castellana).
- PRATS, Joan (2005): *De la burocracia al management, del management a la gobernanza*, Madrid, Instituto Nacional De Administración Pública.
- RHODES, R. A. W. (1997): *Understanding governance: policy networks, governance, reflexivity, and accountability*, Open University Press.
- ROSENAU, James N. y CZEMPIEL, Ernst-Otto(Eds.) (1992): *Governance without Government: Order and Change in World Politics*, Cambridge University Press.
- SAMUELSON, P. Y NORDHAUS, W. (2002): *Economía*, 17ª edición, McGraw-Hill.
- SCOTT, W. Richard (1995): *Institutions and Organizations*, Sage.
- SEARLE, John (1997): *La construcción de la realidad social*, Barcelona, Paidós.
- SELZNICK, Philip (1949): *TVA and the Grass Roots*, Berkeley, University of California Press.
- (1957): *Leadership in Administration*, 2ª ed., New York,Harper and Row, University of California Press.
- (1996): «Institutionalism 'Old' and 'New'», *Administrative Science Quarterly*, 41, pp. 270-277.
- SOYSAL Yasemin Nuhogé lu (2012): «Individuality, sociological institutionalism, and continuing inequalities», *The British Journal of Sociology*, Volume 63 Issue 1, pp.47-53.
- TORTING, J. y otros (2012): *Interactive Governance. Advancing the Paradigm* Oxford University Press.



**Como «argumento» pero también como «pretexto»:  
la retórica europeísta en la época socialista  
(1982-1992)**

SERGIO GÁLVEZ BIESCA\*

*A la memoria de Paco Fernández Buey, un maestro, un amigo.*

«Haga usted lo mismo que yo: entre, después siga negociando lo que no le han impuesto. Tenga en cuenta que aquí hay dos negociaciones, la que se hace desde fuera y la que se hace desde dentro.»

Palabras de MARGARET THATCHER a FELIPE GONZÁLEZ, tras asistir al funeral del presidente de la URSS, KONSTANTÍN CHERNENKO.<sup>1</sup>

Lo impensable hace menos de un lustro, hoy es una realidad. Y ello, en gran medida, es consecuencia directa de la crisis estructural del modelo de acumulación dominante. Nos referimos al cuestionamiento, por parte de sectores cada vez mayores de la izquierda española, del *sentido* de seguir perteneciendo a la Unión Europea tal y como está configurada en la actualidad. A saber: como un proyecto económico-político de expansión y dominación capitalista, en donde las cuestiones de integración política, social o cultural han desaparecido, en la práctica, de la propia *agenda europeísta*.

---

\* Sergio Gálvez Biesca es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid. Correo electrónico: [segalvez@ghis.ucm.es](mailto:segalvez@ghis.ucm.es)

1. Conversación tomada de Mariano Guindal, *El declive de los dioses. Los secretos de la transición económica española desvelados por un testigo de excepción*, Barcelona, Planeta, 2011, pp. 270-271. El dirigente soviético falleció el 10 de marzo de 1985, a escasos meses de la firma del Tratado de Adhesión a la CEE. Tras aquella conversación González, de inmediato, llamó al jefe del equipo de negociación, Manuel Marín, y le «pidió [...] que aceptase lo que le ofrecían y que cerrase el trato, aunque fuera perdiendo». *Ibidem*.

Estamos asistiendo, sin duda alguna, a un proceso de cambio político y social novedoso en términos históricos. Más aún, se está cuestionando uno de los grandes dogmas del modelo capitalista español, inclusive mucho antes de que el país ingresara en la entonces Comunidad Económica Europea (CEE) en 1986. Con ello no sólo se retoma un debate político antes que público –los costes *vs* beneficios de la participación en el modelo capitalista europeo– que apenas se dio en los años ochenta, que tuvo una escasa repercusión a principios de los noventa en plenas negociaciones del Tratado de Maastricht y, con todavía menos éxito en lo electoral, en 2005 en pleno referéndum sobre la Constitución Europea; sino que además se *toca* uno de los pilares de los principales consensos hegemónicos en el ámbito político-académico, esto es, el supuesto *consenso europeísta* ampliamente compartido por la ciudadanía, sin más especificaciones, en tal proyecto común. Toda una obra de ingeniería mediática-política que, dirigida por los técnicos y políticos de los primeros gobiernos socialistas y apoyada de forma ferviente por el bloque académico-liberal y la clase dominante de la nación, fue construyendo el citado «consenso» como una de las *patas* centrales de los mecanismos de hegemonía de la década de los ochenta.

El presente texto pretende explorar, de forma sintética, algunas de las múltiples claves de lo aquí enunciado: por un lado, las diferentes etapas por las que atravesó la historia de la integración capitalista en la CEE durante la primera década de la época de gobierno del Partido Socialista Obrero Español (PSOE); y, en paralelo, la construcción del citado *consenso europeísta*. Uno y otro son inseparables, lo que nos ayuda a entender, al mismo tiempo, las dimensiones de tal operación político-económica.

En pocas ocasiones, hasta el momento, dentro de la academia (y concretamente del ámbito de la historiografía), se ha examinado el tiempo histórico de la época socialista desde una perspectiva crítica. Más bien, han prevalecido lo que, en más de una ocasión, hemos denominado como las «visiones amables». <sup>2</sup> Alejados de los *consensos historiográficos* mayoritarios, lo cierto es que apenas se ha entrado a evaluar las dimensiones y significados de la «estrategia de la modernización» del socialismo español. O dicho de otra forma: a examinar la dirección, objetivos y contenidos de la economía política de los ejecutivos socialistas. Una «estrategia de la modernización» que,

---

2. Nos remitimos a Sergio Gálvez Biesca, *Modernización socialista y reforma laboral (1982-1992)*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2012, en donde se incide de forma pormenorizada en todas las cuestiones que se analizarán en las siguientes páginas. Y, de forma sintética, en id. «Del socialismo a la modernización: los fundamentos de la «misión histórica» del PSOE en la transición», *Historia del Presente*, nº 8, (2006), pp. 199-218.



pensada y planificada por las élites políticas y el equipo económico liberal del PSOE desde mucho antes de su histórica victoria electoral en octubre de 1982, dejó en papel mojado todo lo aprobado en documentos congresuales y electorales a los escasos meses de su acceso al poder.

Dicha estrategia consistió, a efectos prácticos, en la ejecución de la segunda fase de la reestructuración del modelo capitalista español, inaugurado con los Pactos de la Moncloa de 1977. Explicado con otras palabras, quizás más gruesas: los socialistas asumieron, de forma consciente, ser el actor histórico del proceso ya no sólo de reestructuración, sino de consolidación del capitalismo español. Con muchas menos dudas y sentimentalismos de los normalmente enunciados, el *giro* que se inició en el XXVIII Congreso extraordinario (septiembre 1979) y que culminó con la elaboración del Programa Electoral *Por el cambio*, con el capítulo de por medio casi nunca explicitado del XXIX Congreso (octubre 1981), terminó con la adopción de la «nueva» misión histórica del socialismo. Una misión, sin cursivas ni comillas, sustentada en cómo, ante el teórico fracaso de llevar adelante la «revolución burguesa pendiente» por parte de la UCD, los socialistas asumían dicha *revolución* renunciando a su programa histórico en pos de la *salvación* del proceso democrático y de la salida a la crisis económica en tiempos de la transición posfranquista. Superado este pequeño *trauma estético* antes que *político*, los socialistas asumieron progresivamente como propio el creciente consenso neoconservador liberal característico de los años ochenta.<sup>3</sup> Eso sí, con ciertos *rasgos* progresistas. Una estrategia que, bajo el principal objetivo enunciado, tendría dos derivaciones principales que aquí nos interesan destacar: la liberalización y desregulación del modelo productivo y, en segundo término, la internacionalización de la economía nacional.

Dejando aparte la permanente mitificación de la efeméride alrededor de las elecciones generales de 1982, y otros tantos acontecimientos históricos presentados *ad hoc*, el proceso de integración en Europa comunitaria se empleó como *argumento* y *pretexto* desde el primer día de la época socialista. La fabricación del *seudo* consenso europeísta constituye, de hecho, uno de los mayores éxitos del aparato tecnocrático del socialismo español.<sup>4</sup> Una *retórica europeísta* que mucho tendría también de *chantaje europeísta*. En efecto, el

3. Entre la multitud de trabajos al respecto, véase, David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007.

4. Consúltense, Alfonso Ortí, «Transición postfranquista a la Monarquía parlamentaria y relaciones de clase: del desencanto programado a la socialtecnocracia transnacional», *Política y Sociedad*, nº 2, (1989), pp. 7-20. En esta línea, José Martínez Alier y Jordi Roca Jusmet, «Economía política del corporativismo en el Estado español: del franquismo al posfranquismo», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 4, (1988), pp. 25-62.

objetivo de *llegar*, de *integrarnos*, de *converger* con Europa se transformó en una poderosa herramienta con la que justificar y argumentar no pocas de las principales decisiones macroeconómicas de aquel tiempo, tuvieran o no que ver con la CEE. El diseño de las políticas de ajuste, a través del desarrollo del Programa a Medio Plazo Económico (PEMP) –verdadero armazón de la economía política del socialismo español<sup>5</sup>– se fundamentó bajo tales fines. El caso más claro lo constituye el referéndum de la OTAN (marzo de 1986), en donde la retórica europeísta alcanzó cotas históricas en términos de chantaje político-electoral.

Ahora bien, es justo a través de otros tantos capítulos menos conocidos en donde se puede observar la fortaleza del citado «chantaje», a modo de *argumento*, *pretexto* y, puestos al caso, de *justificación*. Por citar otros tres ejemplos tanto o más significativos: la acelerada aprobación del Impuesto de Valor Añadido (IVA), para la cual se esgrimió la necesidad de cumplir la Sexta Directiva de la CEE; la amenaza de avanzar hacia el despido libre (y gratuito) en plenas negociaciones del Acuerdo Económico y Social (AES), en base a la petición de la CEOE de aplicar la Directiva europea del 17 de febrero de 1975 en materia de contratación y rescisiones –cuando esta última ni siquiera se había aprobado ni estaba claro su posible desarrollo– que por poco hizo fracasar el primer y único pacto social en la época socialista; o la tan precipitada como inexplicable decisión de entrar en el Sistema Monetario Europeo (SME) en junio de 1989, que se tomó más en función de términos de imagen que de necesidad económica. En otros casos, sencillamente, se falsificó la realidad de forma consciente, como sucedió con el famoso Plan de Empleo Juvenil (PEJ), que condujo a la convocatoria de la huelga general del 14 de diciembre de 1988, al defenderse que tal propuesta era común en otros países del entorno europeo. De un modo u otro, la *retórica chantajista europeísta* conllevó arriesgadas decisiones político-económicas que respondieron a los fundamentos de la lógica intrínseca de la estrategia modernizadora-europeizadora del socialismo español.

En las siguientes páginas se recorren dos etapas centrales de lo aquí dicho: la primera es la del proceso de integración de España en la CEE (1982-1985/1986); la segunda es la del desarrollo del Programa de Convergencia, paralelo a la negociación del Tratado de Maastricht (1989-1992/1993). Entre una y otra se encuentra una segunda fase intermedia, de *transición* en términos ideológicos-programáticos así como estratégicos. Pese a que se trata de una etapa mar-

---

5. Véase su primera versión en Ministerio de Economía y Hacienda. Secretaría General de Economía y Planificación, *Programa económico a medio plazo: documentos I y II*, Madrid, Secretaría General de Economía y Planificación, 1984.

cada por la ausencia de cualquier planificación económica a corto plazo (1986-1989), a lo largo de la misma se cimentó el nuevo dogma de la «competitividad», que nos ayuda a entender las dimensiones internacionales que alcanzó el proyecto liberal-progresista de los socialistas españoles en los siguientes años. En todos y cada uno de los períodos se repitieron los mismos esquemas de actuación, con tres características comunes: primero, la ausencia de debates públicos significativos; segundo, el apoyo unánime de la academia liberal y de la mayor parte de las fuerzas políticas con representación parlamentaria; y tercero, la instrumentalización de los *medios* por los *finés*, lo que significó que los posibles costes económicos y sociales de tal proceso de integración capitalista quedaran arrinconados de cualquier posible discusión.

### La «ilusión por Europa»

Uno de los principales objetivos de las «políticas de ajuste» implantadas tras la llegada de los socialistas al poder, a través del PEMP, giró en torno a la liberalización de la economía. La búsqueda de los esperados equilibrios macroeconómicos pasaba, en primer lugar, por atraer inversiones y abrir a España al mercado internacional. El capital privado, tanto nacional como internacional, acaparó el protagonismo básico del proceso de recuperación económica. Para tal proyecto no faltaron adeptos, seguidores, medios y justificaciones de todo tipo ante lo que se consideró «imprescindible» o de «absoluta necesidad [...] [para] llevar a cabo un ajuste económico».<sup>6</sup> Al reto del propio ajuste económico se añadió en el horizonte más cercano otro: cumplir los duros requisitos que imponía el Tratado de Adhesión a la CEE.<sup>7</sup> De manera que volvió a sonar aquello de las *medidas duras, muy duras*, que se venía repitiendo de forma incesante desde diciembre de 1982. Eso sí, ahora con acento europeo. La *consigna* de «ganar el desafío europeo» se fue instalando poco a poco.<sup>8</sup>

En tiempos del *duro* ajuste económico que marcó la primera legislatura socialista, se tuvieron que afrontar, sin prácticamente dilaciones, las condiciones y demás imperativos legales que demandó la entrada en la futura Unión

6. Ignacio Molina Álvarez de Cienfuegos, «La liberalización de la economía española (por efecto de la pertenencia a la Unión Europea)» en Carlos Closa (ed.), *La europeización del sistema político español*, Madrid, Istmo, 2001, p. 300.

7. Véase aquí, Berta Álvarez Miranda, *El sur de Europa y la adhesión a la Comunidad. Los debates políticos*, Madrid, Siglo XXI / Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996.

8. Archivo Histórico Fundación Pablo Iglesias (AHFPI), PSOE-CE, «Ponencia marco [al] 31 Congreso del PSOE [Documento aprobado por el Comité Federal, Madrid 2 y 3 de octubre]», Madrid, PSOE, 1988, FC 652, p. 27.

Europea (UE). *Imperativos* que navegaron, en su mayoría, en la dirección que había tomado la política económica socialista. Por otra parte, el Gobierno, partiendo de una coyuntura electoral favorable, pudo contar con casi todas las condiciones estructurales necesarias.<sup>9</sup> La sola idea de integrarse en Europa se constituyó en un revulsivo que poca resistencia podía encontrar entre la opinión pública en general. Tampoco podía contraponérsele argumento u oposición alguna, puesto que la meta de converger con Europa era tan previsible, futurible y palpable, que la *utopía* tantas veces soñada se acercaba al cumplimiento de una realidad material. Cuando existió algún tipo de crítica más o menos soterrada, que haberlas las hubo, pronto llegaron las inevitables críticas, acusaciones y culpabilizaciones contra sus promotores.<sup>10</sup> El futuro acceso a la CEE se convirtió, así, en uno de los *argumentos-pretex-tos* por excelencia de la tan afilada como convincente dialéctica de la narrativa socialista. Como señaló el profesor Fernando Esteve Mora:

Si se recuerdan aquellos años de las recientes décadas pasadas, parece que fueron tanto el consenso político-económico de los tiempos de la transición a la democracia como algunas otras razones, de esas llamadas «de Estado», los que hurtaron la cuestión de la integración de la economía española en la CEE a una discusión pormenorizada en el ágora pública; de modo que fueron pocos los que, aun sin negarse claramente y aceptando lo inevitable, se atrevieron siquiera a pensar críticamente aquel asunto. En su descalificación se utilizaron variopintos y a veces degradantes epítetos que iban desde al adjetivo de «ultra» (ya fuera de izquierdas o de derechas) hasta el de simplemente «tonto», a tenor de las «obvias» ventajas que en el «futuro» se iba a derivar para la economía española por la fuerza de los «hechos».<sup>11</sup>

De este modo, la asociación entre Europa y la culminación de la primera etapa de la modernización, se fusionaron como dos *ideas-fuerzas* simbióticas que reforzaron, a su vez, la lógica de la «única política posible»<sup>12</sup> que im-

9. Sobre la *fe europeísta* del socialismo español, véanse, entre docenas de posibles ejemplos, Alfonso Guerra [et al.], *El nuevo compromiso europeo. Jávea III* [3º Encuentro sobre el Futuro del Socialismo, Jávea, Septiembre, 1987], Madrid, Sistema, 1987; así como Partido Socialista Obrero Español, *España ante el reto de Europa*, Madrid, PSOE, 1985.

10. Un relato enormemente rico en detalles en José María Torlosa, *El «cambio» y la Modernización: OTAN, CEE y nuevas tecnologías*, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, 1985.

11. Fernando Esteve Mora, ««Atracción fatal». Una contribución al debate sobre la integración de la economía española en la Unidad Económica y Monetaria Europea» en Jesús Albarracín [et al.], *La larga noche neoliberal. Políticas económicas de los ochenta*, Madrid / Barcelona, Instituto Sindical de Estudios / Icaria, 1993, p. 83.

12. La tesis del socialismo español de que no existía «otra política económica posible» adquirió, de forma casi inmediata, un parecido más que razonable con el famoso eslogan formulado por la mis-

pregnaría todo el accionar en materia económica de los ejecutivos socialistas. Sumado al más que constatable *entusiasmo* del Gobierno, dispuesto a aceptar todas las condiciones necesarias sin la menor crítica u oposición alguna (al menos de puerta para afuera), el trayecto europeizador dio comienzo. El resultado fue una «aceptación pasiva de la adhesión», una vez negociadas unas «pobres condiciones» para el acceso al club europeo.<sup>13</sup>

En este proceso *ideológico* y de *praxis* en términos de economía política, si la modernización de la nación se constituyó en un objetivo innegociable en donde los *medios* justificaron *el fin*, con Europa se repitieron análisis y recetas. En la práctica la futura integración en la CEE, al igual que ocurrió con el referéndum de la OTAN, generó un eficaz «vínculo psicológico» entre *modernización* y *europeización*, para lo que además se contó con una ciudadanía, según cuentan las encuestas y diversos estudios del momento, volcada en tal tarea.<sup>14</sup> Los consensos académico liberal y mediático fueron absolu-

---

ma Thatcher: *There is no alternative*. Convertido rápidamente en el acrónimo TINA. Junto con lo apuntado en la *nota 2*, consúltense las tesis mantenidas por José M<sup>a</sup> Maravall, *El control de los políticos*, Madrid, Taurus, 2003, en donde explicaría los *porqués* y los *cómos* del *síndrome* «No Hay Alternativa» (NHA) para el caso español. Una tesis, al parecer, inquebrantable al paso del tiempo en tanto que los principales protagonistas de la política económica de la época socialista, pese al cúmulo de evidencias, no han dejado de insistir en la misma. En juego está, en suma, las posibles valoraciones e interpretaciones globales acerca de aquel tiempo de cambio histórico. Buen ejemplo de lo aquí dicho lo constituye, sin ánimo ni posibilidad de ser exhaustivos: Miguel Boyer, «El segundo ajuste económico de la democracia española (diciembre de 1982-julio de 1985)» en Enrique Fuentes Quintana (coord.), *Economía y economistas españoles*, IX vol., Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 1999, vol. VIII, pp. 293-304; y más cercano a nuestro tiempo presente, los testimonios de Joaquín Almunia, Pedro Solbes y Carlos Solchaga en el libro conmemorativo del 25 Aniversario de la Fundación de Estudios de Economía Aplicada [FEDEA]: Jesús Fernández-Villaverde (coord.), *25 años de economía española. Testigos*, Madrid, FEDEA, 2011, pp. 40-69, pp. 336-363 y pp. 364-385, respectivamente.

13. Miren Extezarreta, «Economía Política del Proceso de Acumulación» en id. (coord.), *La reestructuración del capitalismo en España, 1970-1990*, Barcelona, Icaria, 1991, p. 52. Véase también, Enrique González-Sánchez, «Las negociaciones de adhesión de España y las Comunidades Europeas desde abril de 1984 hasta su conclusión», *Revista de Instituciones Europeas*, vol. XII, n<sup>o</sup> 2, (1985), pp. 439-464.

14. Sobre el amplio sentir europeísta en España, consúltense asimismo: Félix Moral (redacción), *La opinión pública española ante Europa y los europeos*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1989. Pese a las dudas que todavía hoy levanta la *fiabilidad* metodológica de las encuestas del CIS durante los años ochenta, incluido, claro está, su previo paso por 'la cocina' antes de su publicación correspondiente, nos ofrecen toda una serie de datos aproximativos del entonces estado de opinión de la ciudadanía con respecto a la CEE. Por ejemplo, en un barómetro de opinión de junio de 1985 en pleno debate sobre la celebración o no del referéndum de la OTAN, y en el que se constataba una posición mayoritaria a favor del *no* en caso de celebración del mismo (34% a favor del *no*, frente al 24% a favor del *sí*); también se consignaban los siguientes datos sobre el futuro ingreso en la CEE. A la pregunta, «¿piensa Vd. que para España el hecho de convertirse en miembro de la Comunidad Europea (Mercado Común) es una cosa buena, una cosa mala, una cosa ni buena ni mala?», las respuestas fueron: *Es una cosa buena* (60%); *Es una cosa mala* (5%); *No es*

tos,<sup>15</sup> y siempre con el beneplácito de las clases dominantes, empezando por los empresarios representados por la CEOE. Todo ello con el añadido de superar la extendida idea del endémico retraso con respecto a Europa. José María Maravall lo definió de forma más exacta:

La adhesión a la Comunidad Europea tenía un ingente valor simbólico: la sociedad española relacionaba el largo aislamiento con las dificultades de la democracia y asociaba la vinculación a la Comunidad Europea con la restauración de la democracia y con la idea de la «modernización».<sup>16</sup>

Un valor simbólico que se visualizó iconográficamente con la firma del Tratado de Adhesión de España y Portugal un miércoles 12 de junio de 1985. Todo quedó resumido en la «ilusión por Europa» de la que tanto hablaba el propio presidente de la nación en aquellos años.<sup>17</sup> Este Tratado estableció un conjunto de *oportunidades* pero también de *exigencias*. Si con la integración en Europa se abría para España un nuevo periodo histórico y económico, en el que se alcanzaría un «modelo de economía abierta», aquello obedeció a la aceptación de cuatro principios rectores de la economía sintetizados por Enrique Fuentes Quintana en:

La plena apertura frente al exterior de los intercambios de bienes, servicios y capitales; ganar las bases firmes de una estabilidad interna de precios y del tipo de cambio de la peseta con la aplicación de una política económica de estabilización que asegurara el logro de esos objetivos; la difícil aplicación de una política presupuestaria que, al tiempo que modernizaba las instituciones de nuestra hacienda pública, lograra dominar el crecimiento excesivo del gasto público y prevenir los grandes peligros de un déficit público estructural y el crecimiento continuado de la deuda

---

*ni buena ni mala* (18%); *N.S.* (15%); *N.C.* (2%). Por lo demás, la siguiente pregunta formulada así como los resultados obtenidos eran del todo clarificadores: «¿Considera Vd. que la entrada de España en el Mercado Común constituye un éxito importante del Gobierno actual o no?»: *Sí* (62%); *No* (16%); *N.S.* (20%); *N.C.* (2%). Centro de Investigaciones Sociológicas, *Barómetro junio 1985: Política Exterior*, Estudio, nº 1463, 1985.

15. Muy significativas son las tesis mantenidas por Carles Boix, *Partidos políticos, crecimiento e igualdad. Estrategias económicas conservadoras y socialdemócratas en la economía mundial*, Madrid, Alianza, 1996. Todo ello dentro del consenso «académico-liberal».

16. José M<sup>a</sup> Maravall, «Democracia y socialdemocracia. Quince años de política en España», *Sistema*, nº 100, (1991), p. 55.

17. Felipe González, «La cohesión y la solidaridad en la construcción europea», *Sistema*, nº 86-87, (1988), pp. 11. El siempre citado *Tratado* puede consultarse en, *Tratado de Adhesión de España y Portugal a las Comunidades Europeas (1986)*, [Madrid], Oficina de Información Diplomática, 1985, III vols.

pública; la liberalización y la implantación de la competencia en nuestros mercados de bienes, servicios y capitales, en definitiva, una extensión interna obligada del principio básico de la apertura exterior.<sup>18</sup>

Entre las reformas más importantes en esta misma dirección, se ha de destacar la del saneamiento del sistema bancario y financiero (que ha de sumarse a la renuncia explícita de construir una banca pública). El precio de aquellas políticas fue enorme: el 18 de octubre de 1985 se conoció un informe realizado por el Tribunal de Cuentas, en el que se cuantificaba en 1,2 billones de pesetas su coste.<sup>19</sup> Otro tanto cabría hablar de la crucial *reforma del sector energético* y de la *reforma de las empresas públicas*, con la reestructuración del INI a la cabeza y la *reconversión industrial* incluida.<sup>20</sup>

Visto desde una perspectiva a largo plazo, la internacionalización de la economía se llevó por delante una buena parte del tejido productivo patrio. El siempre citado y recordado «milagro económico socialista» consistió, precisamente, en una veloz implantación de una economía de servicios y del sector de la construcción,<sup>21</sup> cuyas principales características eran la falta de productividad y su eminente carácter especulativo.

\*\*\*

La «marcha triunfal», en términos macroeconómicos, de los gobiernos socialistas de mediados de los ochenta, muy pronto se vino abajo. Después del ingreso en la CEE, en menos de cinco años la economía española entró en una dura y profunda crisis al calor del proceso de integración europea y con

---

18. Enrique Fuentes Quintana, «La economía como profesión: Una memoria personal» en José Luis García Delgado (dir.), *España, economía: ante el siglo XXI*, Madrid, Espasa-Calpe, 1999, p. 748.

19. Noticia, «La crisis bancaria ha costado 1,2 billones», *El País*, 19 de octubre de 1985.

20. Véase lo apuntado en la *nota 2*.

21. Conviene recordar que el llamado *boom inmobiliario* empezó, en términos históricos, con la aprobación del llamado «Decreto Boyer». Última gran aportación del entonces Ministro de Economía, Hacienda y Comercio, Miguel Boyer Salvador, y que fundamentó, a poco menos de un mes de la firma del Tratado de Adhesión a la CEE, el definitivo «giro liberal» de los gobiernos socialistas en su primera legislatura. Un Real Decreto-Ley que, a la par, que liberalizó el mercado de viviendas en propiedad y en alquiler, supuso un punto de inflexión en la apertura internacional de España. Véase: Real Decreto-Ley, 2/1985, de 30 de abril, *sobre Medidas de Política Económica* [B.O.E. 9 de mayo de 1985]. Al respecto, de notable interés son: José Manuel Naredo, *La burbuja inmobiliario-financiera en la coyuntura económica reciente (1985-1995)*, Madrid, Siglo XXI, 1996; Colectivo IOE, *Barómetro social de España: análisis del periodo 1995-2006: a partir de un sistema de indicadores*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008; e Isidro López Hernández y Emmanuel Rodríguez López, *Fin de ciclo: financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispánico (1959-2010)*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.



la negociación del Tratado de Maastricht como telón de fondo. Si un aspecto vino a demostrar la citada crisis de los noventa fue que, lejos de crearse un marco de crecimiento económico creciente, seguro y consolidado, aquellas políticas generaron ante todo un «false sense prosperity».<sup>22</sup> En breve se diría, con una clara intencionalidad, que los *españoles habían vivido por encima de sus posibilidades*; una frase acuñada en aquel tiempo y que en cada crisis económica por la que ha pasado España no se ha dejado de repetir –con el latiguillo *ad hoc* de la necesidad de «apretarse el cinturón»– y que tendía a acusar, unidireccionalmente, al supuesto desmedido gasto público y a las rentas salariales de los desequilibrios macroeconómicos.

Sin embargo, el interrogante central que nunca se llegó a formular desde los ámbitos oficiales, en tanto que ponía en cuestión la esencia del modelo económico adoptado (al que de ninguna de las maneras se estaba dispuesto a renunciar), lo formularon Fernando Esteve Mora y Rafael Muñoz Bustillo en un trabajo no publicado para el Instituto Sindical de Estudios vinculado a la UGT. ¿Qué decían? Tras cuestionar la política económica de los gobiernos socialistas, a la que calificaban de ejemplo de «síntesis neoclásica», los dos autores señalaban como quedaba por «responder la importante pregunta de por qué la economía española ha exigido márgenes muy superiores a la del resto de los países industrializados para poner en marcha el proceso de recuperación de la inversión». Su conclusión, que, como reconocían, no era estrictamente económica, tenía una dirección notablemente acusada: «da la impresión de que esa actuación no es sino la última consecuencia económica de la transición política española». Concluyendo:

Así, se habría permitido a la vieja clase empresarial seguir disfrutando de sus privilegios en estos años a la vista de su destino final cuando, como resultado de la integración en la CEE, sea sustituida por una nueva clase empresarial más dinámica y arriesgada capaz de cumplir su papel con tasas de beneficio más pequeñas [...]. En la medida, finalmente, que esta hipótesis no estuviera lejos de la verdad, el juicio económico que habría de recaer sobre la política económica de estos últimos sería doblemente negativo. Negativo por razones de eficiencia y negativo por razones del otro criterio de evaluación económica: la equidad.<sup>23</sup>

22. James Petras, «Spanish Socialism: The Politics of Neoliberalism» en James Kurth e id. (eds.), *Mediterranean Paradoxes. Politics and Social Structure in Southern Europe*, Oxford, Berg Publishers, 1993, pp. 97-125.

23. Archivo Histórico Fundación Francisco Largo Caballero (AHFFLC), Fernando Esteve Mora Rafael Muñoz Bustillo, «Crisis y política económica: La experiencia española bajo el Partido Socialista Obrero Español», Madrid, abril de 1989 [estudio para el Instituto Sindical de Estudios], sig. 001587-002, pp. 47 y 50, respectivamente.



A principios de los años noventa, el entonces marco político de actuaciones del Ejecutivo socialista, ya tocado *per se* por varios años de gestión, se vio afectado por tres procesos interrelacionados: primero, los resultados de las elecciones generales de 1989, en donde, a pesar de que PSOE obtuvo una mayoría parlamentaria técnica absoluta, se demostró la posibilidad de que el denominado «socialismo democrático» se viera apeado del poder; segundo, el transcurrir de este mismo proyecto modernizador había disipado la mayor parte de las «esperanzas» depositadas en el llamado «espíritu de 1982»; y tercero, durante la tercera legislatura socialista (1989-1993), tanto al Gobierno como al propio PSOE ya les resultó mucho más difícil controlar la paz social y la cohesión social del país.

Con respecto a las relaciones del gobierno con los sindicatos y demás agentes sociales y políticos a lo largo de estos años, podemos decir que se caracterizaron por un rápido deterioro hasta el enfrentamiento total tras la experiencia de la huelga general del 14 de diciembre de 1988. Ha de anotarse aquí un rasgo significativo de lo que venimos hablando, junto con lo anteriormente destacado acerca del PEJ: no fueron pocas las denuncias y las descalificaciones contra los convocantes de la huelga general por amenazar no sólo la buena *imagen* internacional del país –ello mucho antes del *invento* de la «Marca España»–, sino de intentar con dicha convocatoria perjudicar el buen transcurrir de la futura Presidencia de España de la CEE durante el primer semestre de 1989. En suma, una de otras tantas muestras de la *retórica (chantajista) europeísta* como «argumento» pero también como «pretexto».

Resulta interesante también adentrarse en las negociaciones, llevadas a cabo entre finales de los ochenta y principios de los noventa, del frustrado «Pacto Social de Progreso», que al final tuvo una vida efímera. En concreto, cuando se comprobó cómo, tras el tibio *giro social* que siguió a las elecciones de octubre de 1989, la siempre débil –o directamente *inexistente*– voluntad política del Ejecutivo socialista en relación a un posible *giro* en torno a la «cuestión social», encubría una vasta operación macroeconómica en clave europea comandada por el Ministerio de Economía. En aquella ocasión, se intentó encajonar a los sindicatos entre la espada y la pared: tras una serie de conquistas sociales, que no cesiones, se les convidó a sumarse al tren del «pacto por la competitividad», lo que no encubría otra cosa que la antesala de la tercera fase del proyecto de la modernización-europeización socialista.<sup>24</sup> Un

24. Desde el XXXI Congreso del PSOE en 1988 –*nota 8*– la tesis del ‘pacto por la competitividad’ iría ganando consistencia entre la dirigencia socialista en un progresivo esfuerzo dialéctico-intelectual por encajarlo entre sus bases doctrinales. Aunque va a ser en el XXXIII Congreso en 1994 –*nota 42*– cuando se consolidó tal *opción* macroeconómica, la presentación más completa de sus objetivos se produjo en el XXXII Congreso del PSOE en noviembre de 1990. Véanse: AHFPI, PSOE-CE, «Memoria política y de gestión de la C.E.F. (1988-1990). 32 Congreso Madrid, 9-11. Nov. 1990», sig. FC 912; y, en concreto, AHFPI, PSOE, «Resoluciones [del] 32 Congreso PSOE», Madrid, 1990, sig. FC 997.

tren de la «competitividad» que, en clara sintonía con las posiciones gubernamentales y patronales desde mediados de los ochenta, y al darse por concluida la «crisis económica», se mudó en otro de los muchos ejemplos de las tantas veces citada *retórica europeísta*. Un nuevo dogma, pues, apareció en escena para no desaparecer en las siguientes décadas.<sup>25</sup>

Al concluir la *década del cambio*, España era un país ciertamente más rico, pero el modelo por el que había optado mostraba todas sus insuficiencias, como hemos destacado previamente. Quizás la más significativa sería la propia estructura empresarial, que, tras un prolongado tiempo de atracción de capitales extranjeros, generó una cultura empresarial cuya estrategia se basó en una recogida de beneficios a corto plazo sin reinvertir la suficiente plusvalía en capital humano, físico y tecnológico. La fe ciega en que las inversiones por sí mismas generarían riqueza desapareció abruptamente. Otro tanto sucedió con la firme creencia de que, una vez conseguidos los equilibrios macroeconómicos, se alcanzaría la cuadratura del círculo y la economía funcionaría razonablemente por sí sola.

Retornando al mundo de lo económico, los datos empezaron a ser realmente alarmantes a fines de 1990. No tardaron en llegar las viejas-nuevas recetas de la OCDE y el FMI,<sup>26</sup> y se confirmó rápidamente cómo las primeras medidas para *enfriar* la economía –eufemismo *ex novo* tras el cual se ocultaba una nueva versión de las políticas de ajuste– resultaron infructuosas.<sup>27</sup> Los principales indicadores macroeconómicos, desde el PIB pasando por la inflación o el déficit público, eran el reflejo fiel de un sistema que se hundía de forma abrupta en menos de tres años. Por citar un dato esclarecedor: la destrucción masiva de empleo entre 1991 y 1993, conllevó que la tasa de desempleo «oficial», según la EPA, pasara del 16,3% al 22,7%. En 1994 se llegó al 24,7%.

---

25. Junto con lo apuntado, de nuevo, en la *nota 2*, consúltese, Mar Díaz-Varela y Mariano Guindal, *A la sombra del poder*, Barcelona, Tibidabo, 1990, y, en concreto, el capítulo, «El Solchagazo» (pp. 40-57). En lo relacionado con la más que evidente confluencia en metas y objetivos –incluida aquí una *narrativa política* hartamente similar– entre el Ejecutivo y la patronal en el fin de avanzar conjuntamente hacia la «competitividad» internacional bajo los presupuestos descriptos, pueden consultarse un sinfín de documentos y declaraciones públicas de la propia CEOE. Por ejemplo: Confederación Española de Organizaciones Empresariales, *Informe del presidente de la CEOE, José María Cuevas, a la asamblea general*, [Madrid], CEOE, 1988, en donde llegó a afirmar el propio Cuevas lo siguiente: «[H]oy convocamos esta Asamblea General bajo el lema ‘Objetivo 92’, en el cual resumimos nuestra voluntad de llegar a esa mítica fecha con una España preparada para afrontar los desafíos europeos, puesta en cabeza del desarrollo económico y de la competitividad internacional» (p. 5).

26. Consúltese, OECD, *OECD Economic Surveys of 1992-1993*, Paris, OECD, 1993.

27. Nos remitimos aquí al balance de Juan Francisco Martín Seco, «Quiebra del modelo económico español» en Jesús Albarraín [et al.], *La larga noche...*, *op.cit.*

Así y todo, el gobierno socialista no modificó la orientación política en sus postulados básicos: su reacción se basó en el mantenimiento de los ajustes emprendidos a partir de 1989, y las medidas adoptadas se orientaron a subsanar los principales desequilibrios macroeconómicos en lugar de realizar reformas estructurales destinadas a una posible modificación del tejido productivo.

En todo caso, tras años de planificación económica a corto plazo, presupuesto por presupuesto, previsión por previsión, a partir de la presentación del *Programa de Convergencia, 1992-1996* se intentó proceder, de nuevo, a elaborar una política a medio plazo.<sup>28</sup> ¿Un plan de ajuste o reformas estructurales? se preguntó con razón el economista Joaquim Novella<sup>29</sup> ante un proyecto económico caracterizado por su imprecisión programática y que fue elaborado por Carlos Solchaga y su equipo sin apenas variaciones sustanciales respecto de lo anteriormente proyectado.<sup>30</sup> La propia cronología que acompañó al citado *Programa*, así como su evolución, su discusión parlamentaria y su posterior aprobación por parte del ECOFIN, revelan un contexto marcado por un amplio proceso de reformas liberales –reforma del mercado de trabajo y, de forma concreta, de las prestaciones por desempleo– y también de sonados conflictos y controversias; en dicho marco de operaciones, fueron constantes las críticas por parte de la izquierda político-sindical ante la política económica exterior europea de un Ejecutivo debilitado electoralmente y con una legitimidad política mermada, por cuestiones que iban desde los constantes y sonados casos de corrupción a otros tantos asuntos como los vinculados al terrorismo de Estado. En definitiva, y como aspecto novedoso, el modelo de integración en Europa adoptado por el PSOE dejó de ser tan incuestionable como antes. Y lo dejó de ser en una situación delicada, en tanto que la presentación del *Programa de Convergencia* coincidió con los inicios de la aplicación del Tratado de Maastricht, que marcó un antes y un después en la vida económica y política del país.<sup>31</sup>

28. Para su contenido, desarrollo, actualizaciones correspondientes, y, en concreto, de cara a sus proyecciones macroeconómicas y resultados, véanse: Ministerio de Economía y Hacienda, *Programa de convergencia: Madrid, marzo de 1992*, Madrid, [s/d.], 1992; id., *Actualización del Programa de convergencia*, Madrid, [s/d.], 1994.

29. Joaquim Novella, «El Programa de Convergencia y la Unión Económica y Monetaria: ¿Un plan de ajuste o reformas estructurales?», *Afers Internacionals*, n.º 25, (1993), pp. 37-56.

30. Reflexiones y trabajos realizados en esta línea desde el núcleo del ‘Equipo de Solchaga’: Guillermo de la Dehesa, «El Programa de Convergencia», *Boletín Económico de la ICE*, n.º 2324, (1992), pp. 1529-1530. Y concretamente, Carlos Solchaga, *El final de la edad dorada*, Madrid, Taurus, 1999.

31. Sobre su tramitación parlamentaria: Cortes Generales. Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados. Pleno y Diputación Permanente. *Proyecto de Ley por la que se autoriza la ratificación por España del Tratado de la Unión Europea, firmado en Maastricht, el 7 de febrero de 1992*. «Boletín Oficial de las Cortes Generales», *Serie A, número 98.1, de 10 de septiembre de 1992*, IV Legislatura, n.º 216, 1 de octubre de 1992, pp. 10608-10651; y Ley Orgánica 10/1992, de 28 de diciembre, por la que se autoriza la ratificación por España del Tratado de la Unión Europea,

El objetivo de llegar a la creación del Mercado Único el 31 de diciembre de 1992 en las mejores condiciones posibles, dio lugar a una carrera contrarreloj en términos macroeconómicos. Todas y cada una de las previsiones de aquel *Plan* fueron decaendo, a la par que quedaban totalmente alejadas de la propia realidad económica. Una carrera por la *convergencia económica*, en donde los tiempos políticos del proyecto modernizador-europeizador se aceleraron según se aproximaba la gran fecha.

Tras ratificar en 1987 el Acta Única Europea –cuyo trayecto empezó en junio de 1985 en la ciudad de Milán, es decir, a los pocos días de la firma de España del Tratado de Adhesión–, que preveía como horizonte la instauración del Mercado Único no más allá de 1993, el calendario de proyectos, propuestas, recomendaciones y medidas se fue estrechando a un ritmo considerable. En junio de 1988, el Consejo Europeo encargó al entonces Presidente de la Comisión de la CEE, Jacques Delors, un informe sobre cómo y por dónde llegar a la fundación del citado Mercado Único.<sup>32</sup> Discutido y aprobado un año después durante Presidencia Europea española, desde el 1 de julio de 1990 se puso en marcha el proceso de conformación de la Unión Económica y Monetaria. Ratificadas tales decisiones en la Cumbre de Roma en diciembre de ese último año, los dos siguientes ejercicios estuvieron repletos de acontecimientos trascendentales. Por citar dos casos: durante la reunión europea de ministros de Economía y Hacienda celebrada en Luxemburgo en mayo de 1991, se aprobaron las matrices de los programas de convergencia, lo que desató no pocos debates políticos ante las condiciones expuestas; y en la ciudad de Maastricht se cerró, en los días 9 y 10 de diciembre de aquel mismo año, el aparato político-socioeconómico de la actual UE, es decir, el Acuerdo de Unión Monetaria. Firmado el 7 de febrero de

---

*firmado en Maastricht, el 7 de febrero de 1992* [B.O.E. 29 de diciembre de 1992. Entrada en vigor, 30 de diciembre de 1992]. Entre las escasas lecturas académicas «críticas» en aquel instante, Juan Carlos Monedero (comp.), *El retorno a Europa: de la perestroika al Tratado de Maastricht*, Madrid, Editorial Complutense, 1993; o Pedro Montes, *La integración en Europa: del plan de estabilización a Maastricht*, Madrid, Trotta, 1993. En cualquier caso ha de reseñarse como fue el Grupo Parlamentario de Izquierda Unida, desde donde se opusieron las mayores resistencias y críticas al citado Tratado de Maastricht durante su fase parlamentaria, lo que a la postre le ocasionó no pocos conflictos internos [véase, para esta cuestión, Luis Ramiro, *Cambio y adaptación en la izquierda: la evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida (1986-2000)*, Madrid, Siglo XXI / Centro de Investigaciones Sociológicas, 2004]. Y, de forma destacada, consúltese el número monográfico de *Utopías: Nuestra Bandera*, nº 168, (1996), titulado: *Europa ante su futuro*. A destacar: Julio Anguita, «España ante la Unión Europea» (pp. 15-28); Salvador Jové Peres, «La reforma del Tratado de Maastricht. Aspectos económicos. ¿Qué Europa queremos?» (pp. 77-86).

32. Las bases, estrategias y metas que se establecen en el conocido *Libro Blanco de Delors* en Comisión Europea, *Crecimiento, competitividad y empleo. Retos y pistas para entrar en el siglo XXI: Libro Blanco*, II vols., Luxemburgo, Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas, 1993.

1992 tanto por los Ministros de Exteriores como de Economía por los entonces doce países comunitarios, el Acuerdo fue ratificado por el Gobierno de la nación ocho meses después.

Cuando se procede a examinar el contenido del *Programa de convergencia* presentado por el gobierno socialista, se podrá notar que este recoge no sin dificultades, cuando no con palpables contradicciones, todos los acuerdos aprobados en las reuniones europeas arriba mencionadas. ¿Qué señalaban fundamentalmente aquellos acuerdos? En lo básico un conjunto de valores macroeconómicos a partir de los cuales se consideraba que la convergencia europea podía y debía ser factible. Como sucedió en la década de los ochenta, aquello constituía la *vuelta* a las políticas de ajuste implementadas por el PEMP, a partir de las cuales (teóricamente) los reequilibrios macroeconómicos situarían por sí solos la economía nacional al nivel de los países europeos. Bajo el reto de que la inflación no superara el 3,1%, los tipos de interés no superaran el 10,8%, la deuda pública no superara el 60% del PIB o el déficit público no superara el 3% del PIB, entre otras no pocas *exigencias*, vendría la posterior justificación de las decisiones «necesarias» aunque «impopulares» que el Gobierno tuvo que adoptar desde ese momento.

A partir de tales *desafíos* confluyeron una serie de medidas dentro de lo que, por enésima vez, se consideraba el *único camino posible*. Se estaba ante lo «inevitable», en palabras de los tecnócratas de Economía.<sup>33</sup> No sin razón, se habló de la «coacción de la convergencia con Europa».<sup>34</sup> Y como en otros no muy lejanos tiempos, se volvió a reclamar, con más fuerza discursiva que con real convicción, la vuelta al dialogo social esgrimiendo la *necesidad* de remar todos en la misma dirección en el utópico camino de la «paz social». Igualmente no se escatimaron *gastos* ni *esfuerzos* destinados a la «liberalización» y «desregulación» del mercado y a reducir el sector público empresarial con la continuación de la venta de importantes empresas públicas, de cara a fomentar las condiciones necesarias para abrir el mercado a las siempre esperadas inversiones.

No obstante, el problema real que se ocultaba detrás de aquellas medidas que buscaban la convergencia con Europa, es que se pretendió dar el último y gran «salto histórico» a toda velocidad y al precio que fuera,<sup>35</sup> aprovechando

33. Guillermo de la Dehesa, «Por qué el ajuste es inevitable», *Economistas*, vol. X, nº 54 (1992), pp. 10-14.

34. Juan Torres López, Alberto Montero y Juan Ortiz Molina, «La estrategia gubernamental al frente a los problemas económicos» en Juan Torres López (coord.), *La otra cara de la política económica: España, 1982-1994*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1994, p. 34.

35. Consúltese el conocido trabajo al respecto de Carlos Alonso Zaldívar y Manuel Castells, *España, fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1992.

el conocido *catch up* o *efecto convergencia*.<sup>36</sup> Y todo ello sin tener presente que el diferencial existente en áreas como la económica y la social era, en la práctica, insalvable, por lo que finalmente «la convergencia nominal conllevaba implícita la divergencia real».<sup>37</sup> La idea del *sorpasso europeo* se demostró totalmente falsa. Por este camino, el *Programa de Convergencia*, que vino a cerrar una década de intensas reformas, mostró todas las limitaciones y debilidades del modelo europeo de crecimiento.

La fecha crucial de 1992, una de las efemérides bisagras de nuestra contemporaneidad y denominada por los socialistas como el *horizonte del noventa y dos*,<sup>38</sup> constituía un espacio temporal a la par que simbólico, en donde confluían todo tipo de anhelos y deseos para los gobernantes y técnicos socialistas.<sup>39</sup> No se trataba sólo de la celebración de la Exposición Universal en Sevilla, del V Centenario del siempre mal llamado descubrimiento de América, o de las Olimpiadas en Barcelona; lo que aquella fecha podía significar o no significar era la constatación del éxito de las políticas no sólo macro-económicas, sino sobre todo de un proyecto de Gobierno, de Partido, de Poder. Para ello no se reparó en costes.<sup>40</sup> El fin último pasaba por implantar en la ciudadanía la «conciencia colectiva del logro».<sup>41</sup>

Se cerraba, por tanto, la primera década de la época socialista bajo similares constantes y preocupaciones que habían rodeado a los primeros ejercicios presupuestarios. Con otra nota añadida no menor: la profundización de la estrategia de la modernización ya en una tercera fase, la de la internacionalización *avanzada y/o definitiva*, para lo cual se «plantea la necesidad ineludible de incrementar de forma significativa nuestra eficacia productiva y competitividad».<sup>42</sup> Una nueva lógica que estaba detrás del carácter desre-

36. Véase aquí, Lorenzo Escot Mangas y Miguel Ángel Galindo Martín, «Evidencia empírica de la convergencia real», *Papeles de Trabajo del Instituto de Estudios Fiscales*, nº 3, (2000).

37. Juan Torres López, Alberto Montero y Juan Ortiz Molina, «La estrategia gubernamental al frente a los problemas económicos», en Juan Torres López (coord.), *La otra cara...*, *op. cit.*, p. 35.

38. Un posible ejemplo en PSOE, *Por el futuro de todos*, Madrid, PSOE, 1992.

39. Véase, Enrique Barón, «El horizonte del 92 y la izquierda», *Leviatán*, nº 36, (1989), pp. 21-32.

40. Según datos del economista liberal Jaime Requeijo se calcula que la Exposición Universal de Sevilla de 1992 tuvo un coste de 1,2 billones de pesetas; los Juegos Olímpicos, 230.000 millones de pesetas. Por tan sólo apuntar dos de los datos más significativos. Jaime Requeijo, *España en deuda, 1975-1995*, Madrid, McGraw-Hill, 1977, pp. 82-ss. Y, asimismo, Julián Atienza y María Nieves Pombo, *España y los acontecimientos de 1992*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992.

41. José Luis García Delgado, «Modernización económica y democracia en España», *Economistas*, vol. XXII, nº 100, (2004), p. 30.

42. AHFPI, PSOE-CE, «Ponencia marco [al] 33º Congreso del PSOE: Madrid, 18, 19 y 20 de marzo de 1994», Madrid, marzo 1994, sig. FC 1381, p. 12.

gulador de las reformas laborales aprobadas en 1992 y 1994, y de las tres traumáticas devaluaciones de la peseta realizadas entre septiembre de 1992 y mayo de 1993 para reactivar una demanda interna que se había contraído profundamente. A pesar de los esfuerzos para llegar a cumplir las condiciones del Tratado de Maastricht, estas no se alcanzaron. España se fue incorporando a Europa en el pelotón trasero, en el de «segunda velocidad».<sup>43</sup>

### Conclusiones (y datos) de cara a futuros debates

Por delante quedan multitud de debates académicos y políticos acerca de los *costes y beneficios* de la «lógica europeizadora» seguida por los gobiernos de España en estas tres últimas décadas. Debates que están siendo traducidos, en términos prácticos, en una doble demanda político-social, no incompatible entre sí, por cada vez más sectores de la izquierda anticapitalista: la posibilidad de *abandonar* la UE y, en consecuencia, la salida de la moneda única, el Euro.

Como avanzábamos al principio, en plena descomposición de no pocos consensos sobre la relación de España con la UE, toca reflexionar acerca de si se puede hablar de un *fallido* proceso de convergencia o, directamente, de los tan amplios como perniciosos costes del proceso de integración en un proyecto de dominación capitalista de tal tipo. Uno de los pilares del modelo liberal-progresista del socialismo español –pero también compartido, sin mayores discrepancias, por todas las administraciones que le siguieron– ha terminando revelándose parcialmente fallido, tanto en términos de convergencia como de estricta integración. Lo que, al mismo tiempo, nos habla de la dirección y del contenido de la estrategia de modernización socialista.

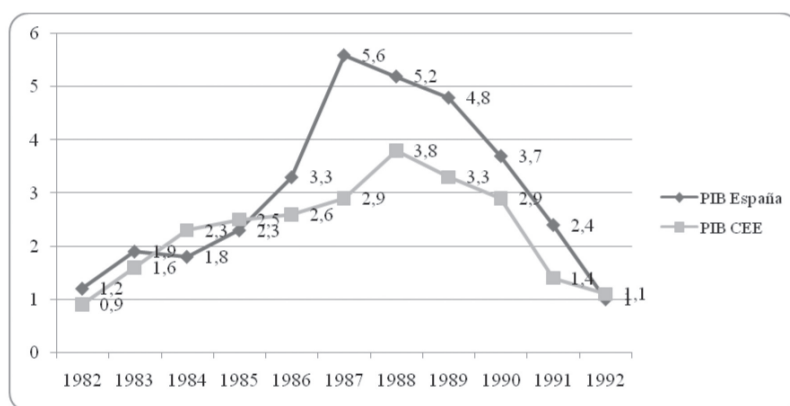
Tal y como se ha insistido en este texto, la tesis del crecimiento por el crecimiento (véase el *Gráfico 1*) no conllevó ni una mejor distribución de ese mismo crecimiento ni ningún *salto histórico* en términos sociales. Por ejemplo, la comparación del PIB per cápita entre España y la UE para estos mismos años es simplemente raquítica: menos de cinco puntos en términos de «convergencia» (*Tabla 1*). Otro tanto se puede decir del diferencial en términos de gasto público o en lo referido a las tasas de desempleo, como se evidencia en el *Gráfico 2* y en el *Gráfico 3* así como en la *Tabla 2*, respectivamente.

---

43. Consúltese, José Viñals, «¿Es posible la convergencia en España?: En busca del tiempo perdido», *Documento de Trabajo. Servicio de Estudios del Banco de España*, nº 9430, (1994).



**Gráfico 1**  
**Crecimiento del PIB de España en comparación con la CEE, 1982-1992**



Fuente: INE, Eurostat y elaboración propia

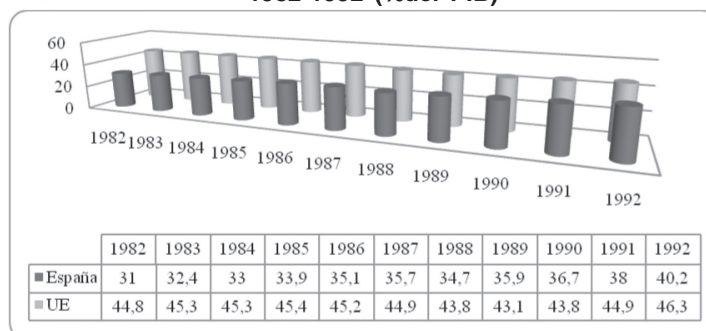
**Tabla 1**  
**Evolución del PIB per cápita España/UE-15, 1982-1992 (UE=100)**

	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992
Niveles	73,8	73,5	72,9	72,6	72,9	74,8	75,5	76,7	77,6	78,4	78,4
Tasa de variación	0	-0,3	-0,9	-0,3	0,4	2,6	0,9	1,5	1,2	1	0

Fuente: INE, Eurostat y elaboración propia.

Nota: PIB por habitante en euros en paridad de poder de compra.

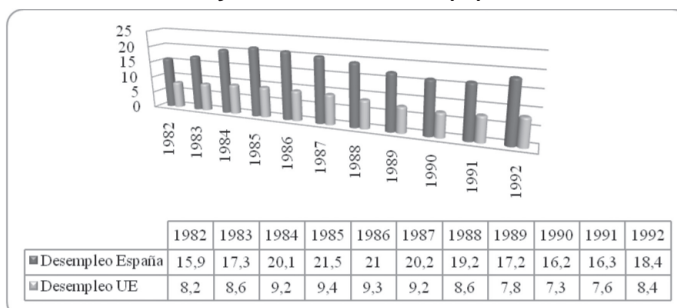
**Gráfico 2**  
**Evolución del gasto público en España y en la UE, 1982-1992 (%del PIB)**



Fuente: Eurostat y elaboración propia.



**Gráfico 3**  
**Evolución comparada de la tasa anual de desempleo en España**  
**y el UE, 1982-1992 (%)**



Fuente: Eurostat y elaboración propia.

**Tabla 2**  
**Evolución comparada a nivel internacional del gasto social**  
**en España por lustros, 1980-1995**

	1980	1985	1990	1995
UE-15	22,3	24,2	24,4	27,1
Nórdicos	27,3	28,7	29,6	31,2
Continental	25,2	26,4	25,4	28,2
Anglosajones	20,3	22,9	21,7	26,4
<b>Mediterráneos</b>	17,1	20,1	21,7	22,7
España	17,1	19	19,3	21,4
Grecia	12,4	18,5	21,5	21,5
Italia	18,2	21,4	23,7	23,9
Portugal	11	12,8	14,3	19,8
<b>Posición de España</b>	13	13	13	13

Fuente: Eurostat, Idelfonso Méndez, «El gasto público en bienestar social y los modelos de bienestar», *Documento de Investigación ESYEC*, nº 13, (2010), y elaboración propia.

Sin duda, es cierto que la economía española se internacionalizó a ritmos agigantados (al respecto consúltese la ilustrativa *Tabla 3*), pero *¿a qué coste?* Primero, sin autonomía en política financiera y monetaria, debido en buena medida a decisiones tan poco explicables –en términos económicos racionales– como la rápida integración en el SME y otras tantas que le siguieron en un *continuum* de cesiones de soberanía nacional.<sup>44</sup>

44. Miren Extezarreta, «Economía Política del Proceso de Acumulación» en id. (coord.), *La reestructuración del...*, *op.cit.*, pp. 58-65. La propia autora termina preguntándose: «En ocasiones se hace muy difícil no preguntarse si la opción internacionalizadora no enmascara la incapacidad para proponer otras alternativas». *Ibidem*.

**Tabla 3**  
**Evolución del grado de apertura de España, 1982-1992 (%)**

	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992
Grado de apertura (%)	30,6	33,1	35,3	35	29,8	30,8	31,5	32,5	31	30,4	30,4
Grado de apertura comerciable (%)	76	84	92	86	72	75	77	79	77	78	82
Grado de apertura financiera (%)	2,9	1,7	1,4	1,8	1,8	0	1,1	3,3	3,7	3,3	3,3

**Fuente:** Antonio Tena, «Sector exterior» en Albert Carreras y Xavier Tafunell (coords.), *Estadísticas históricas de España (siglos XIX y XX)*, 2ª ed., III vols., Bilbao, Fundación BBVA, 2005 [1989] cuadro 8.8 y elaboración propia.

En segundo término, tal y como se afirmó en un conocido informe de la Ejecutiva Confederal de UGT, España a principios de los noventa se había convertido en el ejemplo por antonomasia de «desertización industrial». <sup>45</sup> El proceso de privatizaciones iniciado en la época socialista y concluido en la primera legislatura popular, pese a los cuantiosos ingresos obtenidos, condujo al desmantelamiento definitivo de la estructura industrial (véase *Tabla 4*). Un desmantelamiento que constituía uno de los principales elementos del consenso económico-académico liberal de aquellos años y cuyo resultado más visible ha sido la generación de un modelo productivo dependiente, frágil y débil, basado, casi de forma exclusiva, en el sector de servicios y en el turismo, una vez finalizado el *boom* de la construcción.

**Tabla 4**  
**Ingresos del Estado mediante Oferta Pública de Venta (OPV), 1986-1996**

	Capital (%)	Fecha	Carácter OPV	Comisiones	Importe (mill. ptas.)
Gesa	38	1986	Institucional		9.000
Acesa	29	1987	Institucional y minoritario		22.000
Telefónica-87	6	1987	Institucional		47.000
Ence-87	40	1987	Institucional		18.000
Endesa-88	18	May-88	Institucional y minoritario	4,5	80.000
Repsol-89	26	May-89	Institucional y minoritario	3,5	150.000
Repsol	8	Jun-92	Bonos convertibles		80.000
Repsol-93	13	Mar-93	Institucional	3	110.000
Argentaria-93-I	25	Abr-93	Institucional y minoritario	3,5	110.000
Argentaria-93-II	25	Nov-93	Institucional y minoritario	3,25	180.000
Endesa-94	10	Jun-94	Institucional y minoritario	3	180.000
Repsol-95	19	Abr-95	Institucional y minoritario	3	200.800
Ence-95	18	Oct-95	Institucional		11.700

(sigue página siguiente)

45. AHFFLC, UGT-CEC, Secretaría General, «III Comité Confederal. «Informe de Gestión de la Secretaría General»», Madrid, 28 y 29 de noviembre de 1991, sig.ant. A/37/09-11.

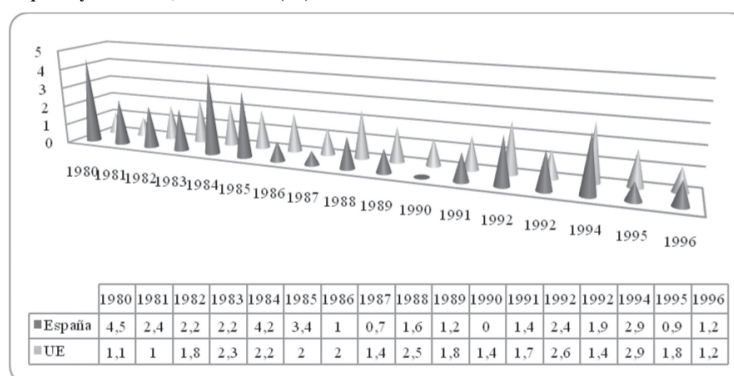
(continúa página anterior)

	Capital (%)	Fecha	Carácter OPV	Comisiones	Importe (mill. ptas.)
Telefónica-95	12	Oct-95	Institucional y minoritario	2,95	195.000
Repsol-96	11	Feb-96	Institucional y minoritario	2,95	130.000
Argentaria-96	25	Mar-96	Institucional y minoritario	2,95	170.000
<b>Total</b>				<b>2,99</b>	<b>1.693.500</b>

**Fuente:** Luis Gámir, "Política de privatizaciones en España", *Revista Española de Control Externo*, vol. I, nº 2, (1999), pp. 15-30, y elaboración propia.

En tercer lugar, cabría mencionar la conjunción de fenómenos como la precarización, la dualización y/o segmentación del mercado de trabajo, que van mucho más allá de las tasas de paro/desempleo o de temporalidad puesto que nos conducen al debate de los *costes deseados* del programa liberal hegemónico de los años ochenta: debilitar la potencialidad del movimiento obrero y sindical y menguar, por consiguiente, el papel sociopolítico de la clase obrera a través de la consecución de una mano de obra barata, dócil y ante todo muy flexible (nos remitimos al *Gráfico 4* y la *Tabla 5*<sup>46</sup>).

**Gráfico 4**  
Evolución comparada de la productividad por persona empleada en España y en la UE, 1980-1996 (%)



**Fuente:** INE, Eurostat y elaboración propia.

Nota: PIB a precios de mercado de 1995 por persona empleada.

46. Junto con lo apuntado en la *nota 2* y la amplia bibliografía contenida en dichos trabajos, véase, Owen Jones, *Chavs. La demonización de la clase obrera*, Madrid, Capitán Swing, 2012. Resulta de enorme interés comparar las amplias similitudes y resultados entre el proyecto socialista español y el proyecto británico de Thatcher, antes que proceder a una posible comparación con los países del socialismo europeo del sur en Europa a lo largo de la década de los ochenta.

**Tabla 5**  
**Evolución comparada de la participación ajustada de los salarios**  
**en porcentaje del PIB en España y en la UE, 1982-1992**

	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992
España	73,3	73,6	70,8	69,3	67,8	67,7	67,2	66,8	68,4	69,4	71,2
UE	75	74	72,9	72,3	71,5	71,5	70,8	70,3	70,7	71,7	71,3

**Fuente:** Eurostat, y elaboración propia.

Además de evaluar estos *costes* de por sí consabidos, es tiempo también de cuestionar ciertos lugares comunes o mitologías propias del proceso de integración de España en la UE que nos han acompañado hasta el día de hoy. Por ejemplo, el tema de las subvenciones y ayudas percibidas a lo largo de los años de integración europea. Más allá de los datos que reflejan la *Tabla 6* y la *Tabla 7* y de los discursos que *escoltaron* a dichas cifras macroeconómicas, las mismas pueden resultar cuando menos «engañosas», como denunció en su día Juan Francisco Martín Seco en pleno punto álgido del *consenso europeísta*:

El tema es especialmente grave en España, que se encuentra a la cola de todos los países pobres en cuanto a la cuantía de la ayuda comunitaria. Mientras que Irlanda recibió en 1990 como aportación neta el 5,7% de su PIB, y Grecia y Portugal el 4,7% y el 1,2%, respectivamente, España recibió tan sólo el 0,5%, es decir, la aportación neta de Portugal en términos relativos es más del doble que la española, y las de Grecia e Irlanda multiplican las de nuestro país por más de 9 y 11 veces, respectivamente. A la misma conclusión se llega si se analizan las tasas de cobertura (cociente entre el dinero recibido y aportado a la Comunidad). En 1989, para Irlanda, Grecia y Portugal eran del 461%, 452% y 243%, respectivamente, mien-

**Tabla 6**  
**Evolución de los saldos financieros España-CEE, 1986-1996**

	Aportaciones	Recepciones	Millones de euros
1986	666,52	616,04	-50,49
1987	825,19	1.043,16	218,17
1988	1.340,26	2.298,27	958,01
1989	1.726,71	2.813,94	1.087,23
1990	2.251,99	2.970,80	718,81
1991	3.280,32	5.618,23	2.337,94
1992	3.893,36	5.861,67	1.968,31
1993	4.451,10	6.787,33	2.336,74
1994	4.828,53	6.913,44	2.084,91
1995	3.702,33	10.535,74	6.833,51
1996	4.441,48	9.928,72	5.487,24

**Fuente:** Eurostat, y elaboración propia.

Nota: Euros corrientes.

tras que la de España se situaba en el 130%, por debajo incluso de la de los Países Bajos, 141%, y casi igual a la de Dinamarca, 120%.<sup>47</sup>

**Tabla 7**  
**Balance presupuestario de la UE para España por partidas, 1986-1993**

	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993
FEOGA (garantía)			1.993,19	1.910,78	2.089,58	2.459,81	3.567,70	4.188,20
FEOGA (orientación)			65,6	252,6	188,8	506,9	557,5	400
FEDER			535,4	889,7	1.063,00	1.576,90	1.995,30	1.739
FSE			297,3	494,8	408,3	818,6	814,6	832,2
Devoluciones			115,9	118	122,10	123,00	68,00	
Otros			56,1	57,8	39,4	38,5	542,1	1.097
Total gasto	788,3	1.355,90	3.063,20	3.723,00	3.910,90	5.523,40	7.657,60	8.263
% Gasto UE en España	2,26	3,86	7,25	8,11	8,38	9,62	12,9	12,9
Tasa de cobertura	94,82	128,32	168,58	163,17	132,49	146,17	150,41	159,76

**Fuente:** Carlos Closa, «La cambiante posición de España en la Unión Europea», Política y Sociedad, nº 20, (1995), pp. 111-124, Eurostat, y elaboración propia.

Concluimos. No pocos años han tenido que pasar para que el «producto europeísta», vendido en su día con la excelencia tan típica de la dialéctica de la narrativa socialista, haya comenzado a cuestionarse de forma seria y rigurosa. La fuerza del debate político-público iniciado es tal que las primeras voces de alarma y reacción han empezado a sonar.<sup>48</sup> Aunque este debate tan necesario llega con enorme retraso en el caso español, está teniendo la virtud de resituar no pocos problemas histórico-estructurales de nuestra contemporaneidad en la agenda de las fuerzas políticas de la izquierda anticapitalista. Mientras tanto, parece que, de puertas para adentro de la academia, tendremos que esperar todavía un tiempo para que el «consenso europeísta» sea debatido bajo ángulos distintos a los de la hoy hegemonía liberal imperante.

47. Juan Francisco Martín Seco, «Quiebra del modelo económico español» en Jesús Albarracín [et al.], *La larga noche...*, op.cit., p. 142.

48. Sin irnos muy lejos en el tiempo, y entre los centenares de posibles ejemplos que se podrían exponer, nos remitimos a las hipótesis mantenidas por Belén Barreiro en el periódico de mayor tirada de la nación. Allí la ex-directora del CIS, en un tono preocupado cuando no alarmado, y en base exclusivamente a datos sociológicos, afirmaba que la crisis económica «está destruyendo las bases de apoyo a la democracia y de la economía de mercado». Resultaba además que de allí se desprendían grandes avances para el conocimiento histórico, como que en «nuestro país [...] las actitudes anticapitalistas también parecen tener raíces ideológicas». No obstante, más preocupada se mostraba con respecto al futuro de la UE, en donde percibía el *declive* del «gran entusiasmo por el proyecto europeo». Así, en base a los datos del más reciente Eurobarómetro resultaba que un 72% de los ciudadanos desconfiaban de la UE. Eso sí, para resaltar a continuación, pero sin dato alguno de por medio, como «con todo, no hay (¿aún?) una mayoría a favor de abandonar el euro». Rotos los consensos, se mantenía la esperanza de que los mismos se «recompondrán cuando la crisis llegue a su fin». Belén Barreiro, «Consensos rotos», *El País*, 29 de abril de 2013.



## La época de lo posthumano. Lección magistral por el cumpleaños de Pietro Ingrao

PIETRO BARCELONA\*

### Presentación de Mario Tronti

*El Centro de Estudios e Iniciativas para la reforma del Estado (Crs) ha adoptado la costumbre de festejar el día de cumpleaños de Pietro Ingrao, dedicándole una Lectio. En 2005, cuando cumplió los noventa años, la celebración se llevó a cabo en la Cámara de los Diputados, de la que fue presidente, con la presencia del jefe del Estado, Carlo Azeglio Ciampi. Al año siguiente, Edoardo Sanguineti desarrolló una Lectio sobre el tema «Como se hacen materialistas históricos», que se publicó después por el editor Manni de Lecce. Este año 2007 la tarea le ha tocado a Pietro Barcellona, que fue un muy cercano colaborador y gran amigo de Pietro Ingrao.*

*Barcellona fue el presidente del Crs cuando Ingrao lo dejó, heredando no sólo las principales temas de sus investigaciones, sino también y sobre todo el espíritu que las animaba, un libre espíritu crítico en los debates de los actuales órdenes sociales o políticos o institucionales.*

*La «Lectio Ingrao» es también una forma que se ofrece a los autores para que nos sitúen en una lectura libre de su trayectoria, de su trabajo, de sus*

---

\*Este escrito se publica como homenaje a Pietro Barcellona, fallecido el pasado 6 de septiembre en San Giovanni La Punta, Sicilia. Pietro Barcellona fue uno de los más destacados intelectuales de la izquierda italiana. Catedrático de derecho privado y de filosofía del derecho, había sido un importante dirigente comunista en Sicilia, diputado por el PCI, miembro del Consejo superior de la magistratura de Italia y director del *Centro per la Riforma dello Stato* de Roma y de la revista *Democrazia e diritto*. Este texto, representativo de la última etapa de su trayectoria, fue publicado originalmente en Città Aperta Edizioni en el año 2007 y traducido por konkreto para un monográfico de la revista R-existencias de junio de 2009.

*conclusiones alcanzadas hasta el momento, de los temas de actualidad que lo interpelan a una reflexión más intensa.*

*El título del discurso de Barcellona ya señala su interés en observar críticamente el paso de lo humano, no a algo que lo supera, sino que lo abate. No über sino post. El ataque del orden actual del mundo a la esencia-hombre es radical, de una radicalidad agresiva, violenta, de una violencia engañosa y total, que va desde el lugar de trabajo al tiempo libre, viene de arriba y de dentro. Es una movilización total, de la ciencia y, por lo tanto, de la técnica, de la comunicación y por ello del lenguaje, del imaginario y de lo real juntos, donde lo que ocurre y lo que se cuenta, lo que realmente sucede y el espectáculo, se confunden.*

*Para desvelar este escenario artificial es necesario incorporar una estrategia compleja de análisis. Y eso es precisamente lo que hace Pietro Barcellona, empleando varios niveles de análisis y varias culturas disciplinarias: antropología y filosofía, teología y psicología o economía y derecho. El resultado es un diagnóstico despiadado de nuestro tiempo, que no pretende señalar los remedios, porque lo importante ahora es señalar los efectos. Desde los efectos se remonta a las causas. Y sobre las causas se establece la mirada teórica y el juicio político.*

### **¿Qué significa una lección magistral?**

Lección magistral por el cumpleaños de Pietro Ingrao. Una ocasión extraordinaria para retomar el hilo de un discurso interrumpido con la que ha sido la experiencia más rica e intensa de mí vida: la relación con Pietro Ingrao y mi militancia en el PCI.

El año pasado, presentando en Florencia el libro de Pietro Ingrao «*Quería la luna*», dije –como lo haría poco después de forma más brillante Sergio Givone– que «se trata de una gran novela familiar y conjunto de una *épica de la derrota*». Mientras van apareciendo los recuerdos de Ingrao, el pueblo, el abuelo, la madre, la clandestinidad y el partido, se presiente un destino: asistir al fracaso de la más importante tentativa de *asalto al cielo* que los excluidos, los condenados de la tierra, hayan intentado nunca. El hilo rojo de la vida de Ingrao es la reiterada insistencia en la insurgencia convertida en *acción* política, frente a la exclusión, al persistente estado de subalternidad de gran parte de la sociedad y del mundo, y a favor de dotar de fundamento al espíritu de rebelión contra la mediocridad y la ausencia de valores de la moderna burguesía. Como en la poesía, emerge la necesidad de vencer *al silencio de la historia* sobre los derrotados, que fascinaron de forma



ambivalente a Ingrao desde los tiempos de su colaboración con Luchino Visconti. El fin de aquello a lo que había dedicado toda su vida, junto a tantas otras personas.

No es casualidad que el libro acabe en los años ochenta, tras el asesinato de Aldo Moro y no hable siquiera del 89 y la caída del comunismo. Quizás nos toque a nosotros, que hemos compartido esta derrota, intentar proseguir investigando más allá de esa fecha fatal; intentar encontrar las razones más profundas, el sentido de este fin de época. Realmente nos encontramos en aquel difícil pasaje en el que han muerto los viejos dioses y los nuevos aún no han nacido.

Lo que se ha hecho indefinible es precisamente el objeto de todo nuestro conocimiento, la referencia de todo discurso sensato sobre lo que significa el hacer humano: la definición de lo que constituye específicamente el ser humano. La pregunta sobre lo que es problemático en el ser humano, el núcleo de toda la duda, que justifica y legitima la misma organización de la investigación y el saber, el problema de qué es un hombre y qué podemos decir al respecto, se ha convertido en algo nebuloso e incierto. El hombre no se puede definir ni siquiera como un campo sobre el que interrogarnos. Ya no es posible establecer ni cuando nace ni cuando muere, está en juego la forma misma de la finitud humana.

El lenguaje, con el que hemos intentado plantear a los contemporáneos qué es el hombre, se ha vaciado de significado.<sup>1</sup> La manipulación tecnológica de lo vivo, la posibilidad futura de una nueva integración entre hombre y técnica, entre hombre y máquina, determina un salto en la misma evolución de la especie y desplaza totalmente las perspectivas y los lenguajes tradicionales. Hemos entrado en la *época de lo posthumano* y de la coincidencia del mundo consigo mismo, en el que la posteridad se presenta como mutación del estatuto antropológico que trastorna todas las dualidades en oposición, todos los criterios de distinción, mediante los cuales diferenciaba entre naturaleza y cultura, objetivo y subjetivo u orgánico e inorgánico. Más aún, es precisamente la categoría de la distinción/diferencia la que no consigue ya ordenar la realidad.

Todas las oposiciones se han conciliado y se han resuelto en un escenario de tipo evolutivo, en el que lo orgánico e inorgánico, la muerte y la vida,

---

1. He intentado abordar este tema en el libro *La Parola perduta. Tra polis al cyberspazio*, Dedalo, Bari, 2007. Creo que la moda de reconducir toda dimensión de la experiencia a la biopolítica, a la relación entre poder y vida, entre gobierno de los cuerpos y lo puro físico, está agotando toda posibilidad de cuestionar la ambigüedad del lenguaje humano. Parece como que se confirmase la «profecía» de Lacan de la inexistencia de un yo que habla, sino transmisores hablados de la potencia anónima del lenguaje.

son las dos caras de un único proceso «natural» que tiende a producir selecciones eficaces para la supervivencia en un universo irracional. La única ley que gobierna la situación en la que somos meros espectadores pasivos parece dirigida a conseguir la perfecta integración entre el cerebro y el ordenador, entre la humanidad y la técnica, para generar una inteligencia artificial cósmica, inmune a todos los riesgos vinculados a la materialidad física.

El campo de lo humano, que ha sido hasta hoy el punto de atracción histórico, ha sido literalmente liquidado en este estadio del proceso evolutivo, que intenta realizar la existencia de una perfecta inteligencia inmaterial. El *artefacto*, creado por los hombres para ordenar el caos, aparece hoy como un estadio de la evolución de la naturaleza viva, que ha seleccionado la inteligencia calculadora como factor de la metamorfosis destinada a culminar en una inteligencia cósmica, no condicionada ya por la materia. La libertad y la voluntad humanas, de las que nos sentimos estúpidamente satisfechos, han sido sustituidas por la *casualidad* y la *necesidad* que rigen el proceso evolutivo guiado por la inteligencia calculadora-selectiva.

Un proceso sin sujeto, pero también sin objeto, ya que la desaparición de toda intencionalidad subjetiva marca también el fin de la constitución de un mundo histórico real. La «virtualidad» en la que hemos entrado es, contemporáneamente, la época de lo posthumano y del post-mundo.

Si la llegada de este universo totalmente nuevo desplaza cualquier otro discurso sobre la realidad y la historia ¿en nombre de quién y de qué puedo tomar la palabra para dar una lección magistral?

Quizás sólo podría expresar con mímica la angustia que me asalta con el grito de Münch ante el atardecer. No hay palabras para declinar el advenimiento de lo totalmente nuevo. Y, sin embargo, esta es la paradoja: la llegada de lo nuevo no se puede pensar sin la dimensión de lo temporal y no se puede describir sin el lenguaje que acentúa nuestra relación con la experiencia pasada. Mientras que la representación de lo que ocurre se manifieste en el tiempo de la palabra es posible recuperar un espacio para interrogar al pasado. La memoria queda, así, como el único lugar en el que es posible volver a tejer la trama de los acontecimientos futuros.

### **Experiencia y memoria**

Era 1973, a principios del verano. En una amplia habitación de una villa en los alrededores de Bari, creo que de Diego De Donato, nos reuníamos un

grupo de compañeros, convocados por Pepe Vacca y Mario Santostasi, para debatir sobre los escenarios políticos del momento.

El encuentro fue introducido por Franco De Felice. Al final de la mañana, Ingrao comenzó a hablar lentamente, como si dialogara con sí mismo. Las palabras de entonces me vuelven a la memoria como relámpagos. La crisis del comunismo tras la ruptura entre soviéticos y chinos, el pesimismo del grupo dirigente, la retirada estratégica ante la ofensiva norteamericana, el caso italiano y el eurocomunismo, la calidad democrática del país, el significado del 68 y la importancia de los movimientos.

Cinco años después, en el apartamento del presidente de la Cámara de Diputados, con Romano Ledda, cada noche después de las nueve, casi durante un año, el tema de la crisis se convierte en una urgencia, dando lugar a un pequeño libro en el que se trazaba el recorrido de un debate sobre la cultura y los procesos en curso. Pietro Ingrao debatía sobre la noción de crisis tras el breve tiempo de Kennedy, Kruschev y Juan XXIII, que le parecía como un mensaje de esperanza rápidamente arrojado por el apremio de los acontecimientos. El resultado electoral de 1976 era el último acto de un declinar que se estaba consumando. Todas las cuestiones que explotarían, desbaratando la agenda política de aquellos años, estaban minuciosamente anotadas en el guión de Ingrao.

La crisis de los partidos y de la democracia representativa, el final del Estado social, el inadecuado gobierno político de la economía, el carácter mundial de los procesos de reestructuración capitalista, etc, eran –todos– los temas que marcaron los debates del Centro de estudios e iniciativas para la reforma del Estado, con Bolaffi, Cacciari, Cantaro, Cassano, Coturri, De Giovanni, Paggi, Serra y los otros centros del Pci. Un trabajo muy amplio, de análisis y estudio, que sin embargo no penetraba en el sentido común de la base del partido.

En aquellos años aprendía el arte de la comunicación y el orgullo de pertenecer a un mundo real, hecho de mujeres y hombres acomodados por un fuerte sentimiento de identidad.

No he vuelto a sentir esa extraordinaria sensación de existir junto a otros y experimentar la materialidad y la corporeidad de un espacio colectivo. La caída del muro en 1989 desgarró por sorpresa este espacio. Comenzaron los años del sufrimiento. En el Congreso de Rimini sentí que el tiempo se había agotado. El comunismo se había acabado, pero también un mundo de afectos y de confianza en el que había crecido como en una gran familia. Se había agotado el último grandioso intento de construir una fuerza política capaz de

gobernar la economía, el último proyecto humanista capaz de mantener las diferencias y los conflictos.

Desde entonces he intentado constantemente entender el porqué de este colapso total.

### **La victoria de la historia sobre la política**

Las explicaciones coyunturales no son suficientes. Priman los estados de ánimo y la atmósfera en los que se desarrollan los hechos. El congreso de Rimini fue un congreso triste. Recuerdo la expresión de Ingrao tras la reunión en la que estaban madurando las condiciones para la escisión. El encanto del congreso de Bolonia había desaparecido y no había ya espacio para abrazos y lágrimas. Los ojos traicionaban la tensión sombría de quien está asistiendo impotente a un final.

Tras los años de sufrimiento, no creo que lo que ocurrió fuera una confrontación entre proyectos personales que expresaran subjetividades distintas e irreducibles. Al contrario, revivo aquellos años como la consunción de un destino a la disolución catastrófica a la que se había dedicado desde el inicio el movimiento comunista.

Cualquiera que fuese, y pueda ser aún, la crítica al soviétismo, no hay duda de que la presencia de la URSS hacía visible y concreta la existencia de una alternativa al mundo capitalista y a la hegemonía norteamericana; y, como había dicho Ingrao, el comunismo señalaba aún un horizonte que daba sentido a la vida de millones de hombres y mujeres. El punto sobre el que hay que reflexionar es el de porqué, tras ese fracaso, la «Política» ha desaparecido de la escena mundial y la ideología del mercado y del consumo, que tiende a negarle papel alguno, (exceptuando el jurídico de la regulación) se expande.

Mario Tronti ha escrito páginas muy bellas sobre el ocaso de la política, subrayando con veracidad que la «Historia» ha neutralizado la potencia subjetiva de la política y del movimiento obrero, retomando el proceso de expansión de la producción y del consumo. Si no queremos sufrir la fascinación de una formulación enigmática y sugestiva, es necesario, aunque sólo sea por un momento, detenerse en esta dialéctica entre Historia y Política, porque en ella está escrita la tragedia de la modernidad, como gran conflicto entre necesidad y libertad.

La libertad es impensable si la relación entre la humanidad y la naturaleza, lo que Marx llamaba la correspondencia orgánica con la naturaleza, es vista

en términos de necesidad, de una ley natural inderogable. Bajo este perfil, *la invención* de la economía política, que abre la vía a las instituciones de la modernidad, fue el más genial impulso del pensamiento burgués, ya que convirtió *la satisfacción de las necesidades mediante el mercado en un mecanismo (casi) automático*.

Como ha escrito Pietro Costa, el proyecto de la modernidad se basa en una visión antropológica en la que el hombre es esencialmente sujeto de necesidades y el gobierno jurídico un sistema de normas de equivalencias contractuales mediante las que se lleva a cabo la distribución de la riqueza.

En la economía política desaparece cualquier perfil no económico del individuo y toda determinación cualitativa de la persona concreta, como el honor, la dignidad, la virtud, etc. En la ideología burguesa el hombre debe serlo «sin cualidad», ya que su presencia en el ciclo económico de la producción y del consumo es sólo una «función» de la conservación y la reproducción de la especie. Tiene razón Hannah Arendt cuando afirma que el hombre, el cual existe en el proceso productivo mediante el trabajo manual, se asemeja más al animal que al ser humano.<sup>2</sup>

La ideología burguesa es impolítica en sí misma; la visión antropológica del sujeto de necesidades no requiere una esfera pública donde se delibere sobre los fines colectivos, sino una suma de acuerdos individuales que confluye en el mercado. Por otro lado, la lucha contra la aristocracia tenía como objetivo el restituir el gobierno de la vida a la naturalidad de las necesidades y los intereses. La política económica existía para restituir a la naturaleza su papel de selección de prioridades.

Contra este naturalismo subrepticio, el movimiento obrero situó *la instancia política* de reelaborar todo lo que excede a la economía para configurarla como el objetivo de otra forma de vida, capaz de volver a dar a la actividad humana la excelencia no calculable del amor, la belleza, el arte y el pensamiento. Para crear el espacio propiamente humano de la sociabilidad como lugar de la valorización no económica de la persona.

Tiene razón, por tanto, Tronti cuando afirma que el fin del movimiento comunista es al mismo tiempo el fin de la política, como el terrible esfuerzo humano para construir un espacio autónomo respecto al biológico-naturalista de la producción y la reproducción de la especie: el espacio de la creación del sentido, de las metas individuales y colectivas que dan dignidad al quehacer

---

2. Vid. H. Arendt, *Vita activa. La condizione umana*, Bompiani, Milán, 1988.

humano. Si el burgués es por estatuto un hombre biológico-natural, el político es por estatuto su antagonista.

El proyecto comunista del gobierno político de la economía, de la crítica de la economía política, representa la ambición de crear un espacio normativo que no sea el mero reflejo de las «leyes naturales» vigentes en la economía de la satisfacción de las necesidades. La historia que vence sobre la política es la *historia natural* de la conservación y reproducción de la especie frente al proyecto de una humanidad que se libera de los imperativos biológicos para acabar con el exceso de subjetividad dedicado a objetivos no económicos.

La paradoja del movimiento comunista fue la de asumir la economía capitalista como medio para su superación, quedando atrapado en las lógicas que quería modificar. La antigua alternativa entre plan y mercado representa, emblemáticamente, la subordinación de la ideología comunista a principio de la primacía de la economía y es sobre este terreno que maduró la derrota fatal, ya que respecto al sistema de las necesidades el plan es ciertamente menos eficiente que el mercado.

Escogiendo el terreno de la economía es difícil imaginar un éxito no catastrófico, ya que el plan produce sólo burocracia y rigidez, respecto a la necesidad de flexibilidad que la economía de mercado requiere.

### **El fracaso de la ideología burguesa**

Cuando en 1987 publiqué *El individualismo propietario*,<sup>3</sup> Alessandro Natta me dijo que, quizás, en esa reconstrucción de la explosión del individuo de masas se podría vislumbrar una de las razones de la crisis del comunismo.

No he compartido nunca la clásica distinción entre estructura y superestructura, pero no he dejado de reconocer la extraordinaria coincidencia de la formas de auto-representación con los cambios en la organización capitalista del trabajo. No hay duda de que, por ejemplo, el psicoanálisis de Freud representa, de modo más significativo, la interioridad del hombre burgués tal y como hoy aparece. El ideal del hombre viril, dedicado a la educación de sí mismo según la ética de la madurez, de la autonomía y de la responsabilidad, coincidía perfectamente con la nueva antropología de la modernidad; aunque se admita que la referencia al inconsciente parecía hacerse a los aspectos irracionales, la representación de un Yo que consigue dominar sus pulsiones

---

3. P. Barcellona, *L'individualismo proprietario*, Turín, Bollati Boringhieri, 1987.

según el modelo ideal representado por el Padre que, con su autoridad, domina la familia, ofrece también un ejemplo de laboriosidad y esfuerzo, que se corresponde perfectamente con la atmósfera social creada por la primera revolución industrial.<sup>4</sup>

Así como el modelo de la familia obrera y el mutualismo solidario representa los ideales de una sociedad que gira entorno a la gran fábrica fordista. Estado social, familia obrera y cadena de montaje son las columnas de un nuevo compromiso que expresa el equilibrio en la necesidad del «bienestar» y la dura fatiga del trabajo. La ética de la madurez se une con la ética del trabajo y la cooperación, ofreciendo un marco de referencia a los nuevos actores: la fábrica, el sindicato obrero y el Estado.

La promesa de la modernidad, de la autonomía individual y la libertad sin viejas ataduras, sigue trabajando en profundidad, desquiciando los fundamentos de los vínculos afectivos familiares y de clase, suscitando expectativas y necesidades de bienestar que exigen el fin de toda autoridad.

La tercera revolución industrial coincide con el desencadenamiento de la contestación juvenil contra todo tipo de autoridad y el mismo psicoanálisis es alterado por los movimientos del 68. Entre 1968 y 1977 se consume lo que, visto desde la distancia de los años, viene representado como el éxito de la instancia de la libertad y la autonomía individual, el gran parricidio de toda autoridad: ello marca, por el contrario, la regresión del ideal individualista a una forma de narcisismo infantil, tendente únicamente a la satisfacción de cualquier necesidad.

*La época del consumo de masas* lleva a disolver la tradicional dicotomía de las clases e inaugura un ciclo productivo cada vez más fragmentado en mil tareas parceladas. Acaba la gran fábrica, pero se disuelve también todo ideal colectivo. El consumidor se convierte en la figura central del nuevo imaginario de la sociedad del bienestar. El capital se naturaliza y se desarrollan las nuevas formas del capital cognoscitivo, que usa la capacidad de conocer como recurso fundamental de la producción. Pero, lo que más importa, la economía se libera de la política e inicia la operación de «naturalización» del ciclo que transforma el mercado en un «hecho natural», con sus leyes y sus principios. La construcción del imaginario colectivo alrededor de los modelos mediáticos del éxito y de la *performance* se manifiesta como un

---

4. Cfr. para este propósito el análisis de Eli Zaretsky, *I misteri dell'anima*, Feltrinelli, Milán 2004; y más en general D. López, «Analisi del carattere ed emancipazione. Marx, Freud, Reich», Jaca Book, Milán, 1970.

potente ataque a la tríada que, hasta ahora, había gobernado la conducta: la ley (del Padre), el Estado y la realidad.

La naturalización de la economía produce, paradójicamente, la desmaterialización de la vida real, cada vez más dirigida por fuerzas extrañas a la cultura de la ética, de la madurez y del trabajo. El principio del placer, que Freud había situado como antagonista del principio de la realidad, realiza su triunfo hasta hacer coincidir el sentido de la vida con la satisfacción inmediata de cualquier necesidad. La fantasía omnipotente del consumo ilimitado se acopla con la negación de toda subjetividad política: la fantasía unifica en un solo bloque la biología y el capital.<sup>5</sup>

### **La deconstrucción del sujeto y el final del dualismo**

El mundo se disuelve en mil detalles que no permiten síntesis alguna, el pensamiento vacila ante la crisis de los modelos de representación tradicionales.

La política, privada de la fuerza de proyección de la subjetividad, decae en técnica administrativa e instrumento de cálculo del consenso necesario para conseguir el crecimiento económico y el desarrollo de las fuerzas productivas.

El final de la gran política es una consecuencia de la primacía de la economía y del desarrollo de las fuerzas productivas.

La paradoja de este resultado es que el movimiento comunista ha terminado siendo un instrumento inconsciente de su propia disolución. Asumió la economía y el desarrollo de la técnica como objetivo fundamental de sus acciones, acabando con su conversión en el motor (funcional) de su propia disolución, ya que cuanto más aumenta el papel del aparato técnico-económico –es decir, el mecanismo que produce bienes y bienestar económico– más disminuye el papel de la subjetividad y del proyecto.

Si el crecimiento económico guiada por el desarrollo técnico se convierte en el único medio para realizar los objetivos particulares, es inevitable que estos se conviertan en irrelevantes respecto al gran instrumento que los hace realizables. El medio se convierte en el fin general, la subjetividad se rompe en la empírica pluralidad de los fines y en la exaltación universal del único medio que garantiza la posibilidad de su realización. Cuanto más desarrollo y bien-

---

5. Cfr. También F. Ciaramelli, *La distruzione del desiderio*, Dedalo, Bari, 2000.



estar asegura el matrimonio entre economía y técnica, más se anula la humanidad en la «biológica» satisfacción de las necesidades.<sup>6</sup>

Pluralidad de la subjetividad hasta la extrema singularidad, diseminación del ciclo productivo hasta la negación de todo vínculo territorial, crítica del modelo humanista de la subjetividad basado en el dualismo entre mente y cuerpo, *son los elementos de la nueva constelación*. El carácter necesario y meta-histórico del «desarrollo de las fuerzas productivas» y la neutralidad de la técnica son los ingredientes que determinan, en el imaginario colectivo, la desaparición del sujeto político de la escena del mundo. Si el sentido de la vida es la satisfacción de las necesidades, entonces lo que consiente realizarlas es el sistema de producción para el mercado (el lugar donde las necesidades encuentran a las mercancías). No hay espacio para la política, salvo para favorecer este desarrollo. No hay ningún deber ser, ningún valor, ningún principio válido que se pueda oponer a la normatividad immanente del proceso económico. El único saber que corresponde a esta fase es el saber científico y no ya la filosofía política, que parece cada vez más una reliquia del pasado.

Cacciari, en un libro destinado a influir sobre las generaciones futuras, *Krisis*,<sup>7</sup> ha propuesto el tema de la desaparición de la verdad filosófica como inicio de una crisis irreversible de la estrategia comunista. El nuevo estatus de la ciencia destituye de todo significado toda teleología política y toda filosofía del sujeto. El problema es, eventualmente, entender como la crisis de los fundamentos filosóficos está ligada a la metamorfosis del capitalismo. Es verdad que ante el vacío del sujeto se abre el espacio de la contingencia, lo que ocurre ya no se puede criticar en base a un proyecto. Ningún saber científico puede dar fundamento teórico al «socialismo», que aparece como mero hecho privado de validez.

---

6. La técnica es hija del proceso de abstracción; durante mucho tiempo estuvo guiada socialmente, ya que nacía de la producción social que exigía instrumentos. Hoy la técnica se ha hecho autónoma respecto a la relación social y se ha incorporado a la relación productiva, añadiendo a la primacía de la razón instrumental de los medios sobre los fines. Si la técnica se autonomiza, si realiza el fenómeno, descrito por Emanuele Severino, de la organización técnica de la técnica: ella responde sólo a su propia potencia con el único fin de crecer continuamente; autónoma incluso de los objetivos particulares, subordinados al único fin del incremento técnico.

Hoy la tecnificación de la vida es ya una realidad, con el riesgo de que pueda llevar a una transformación del estatuto antropológico del hombre. La fantasía del hombre libre se ha transformado en la fantasía del hombre máquina y esto significa un cambio de época. Me limito a señalar, a este propósito: P. Barcellona, *Il suicidio dell'Europa: dalla coscienza infelice all'edonismo cognitivo*, Dédalo, 2005; E. Boncinelli, *L'anima della tecnica*, Rizzoli, Milán, 2006; E. Severino, *Il destino della tecnica*, Rizzoli, Milán, 1998.

7. M. Cacciari, «*Crisis*», Feltrinelli, Milán, 1977.

Frente al funcionamiento mecánico de la relación entre biología y técnica, el llamamiento a la idea del proyecto y del sujeto se convierte en una patética lamentación. Después de la muerte de Dios, también el sujeto humano es arrojado en la disolución de todo valor.

La parábola del sujeto es la parábola de la política. El sujeto fue, de hecho, el garante del individualismo empírico, en cuanto pudo representar *el fundamento trascendental* de las acciones individuales y colectivas, de las que rescata la contingencia incorporándola en el hilo de la historia y en el finalismo del mundo. Filosofía de la historia y filosofía del sujeto, bajo este punto de vista, coinciden en la época de la instauración del espacio inicial de la modernidad.

La historia tiene un *telos* porque el sujeto tiene un *telos*. Bien sea en la radical inmanencia de la práctica, la historia no es la historia natural, sino historia de los hombres, de su libertad y de su capacidad de dominar los acontecimientos.

La crítica de los fundamentos, la demostración de la imposibilidad de asumir toda premisa de que el proceso histórico lleva consigo un desarrollo consciente, la puesta en crisis del mismo modelo epistemológico que se apoyaba en la capacidad del sujeto de representar la verdad del mundo, el fin de toda representación «centrada» y productiva de *orden*, abren la puerta a la conclusión de que la historia no tiene ningún sentido propiamente humano y que el sujeto no tiene ninguna sustancia, sino sólo la función de argumento de acusación del discurso. El sujeto es sólo una figura del lenguaje.

Frente a la imposibilidad de fundamentar el mundo y el sujeto, se abre, entonces, el espacio indeterminado de la contingencia, del acontecer casual. La contingencia rompe toda idea de «centro», de desarrollo programado, de proyecto, y nos condena al abismo de la insignificancia. La gramática de la relación sujeto/objeto, que durante siglos ha guiado el pensamiento de los hombres, se disuelve en la absoluta inconsistencia de todo fenómeno. La unicidad de la visión del mundo se resuelve en la infinita multiplicidad de los puntos de vista.

La multiplicación de los lenguajes y de las diferencias locales, sin embargo, no expresa la recuperación de la dignidad sustancial de los modos de vida, sino solamente la multiplicación de las *diferenciaciones funcionales*, las diferencias efímeras y ocasionales que no producen ningún nuevo orden.

El único modo para «describir» esta indiferenciada proliferación de la individualidad es la idea de *Sistema* de Luhman,<sup>8</sup> que retoma de la investigación

---

8. He analizado la teoría luhmaniana tanto en *Il suicidio dell'Europa, op.cit.*, como en el reciente libro *La Parola perduta, op.cit.*

de los neuropsicólogos Varela y Maturana la figura del *sistema autopoietico*. Un sistema auto-constituido totalmente, que instituye la diferenciación funcional como motor del proceso evolutivo.

Las metáforas de la naturaleza viviente comienzan, así, a ser usadas para explicar el funcionamiento de la sociedad, mientras desaparece la posibilidad de distinguir lo específico humano de cualquier otro ser vivo.

Junto a la Historia, al Sujeto y al Mundo, también la filosofía cae en la nada del relativismo y la incertidumbre. El comunismo no aparece ya como un *telo* de la historia, sino un mero hecho empírico o, peor aún, una ilusión mantenida por la fuerza.

En la fragmentación atómica de la sociedad, triunfa el desencanto, mientras la nueva revolución informática desquicia los antiguos vínculos territoriales de la Gran Empresa.

### **Lo post-humano**

No hay ya límites para reducir el mundo a sistema de funciones interconectadas, reguladas por el código inmunitario de la supervivencia y la reproducción. La antropología que sustituye a la antigua «ética de la madurez» es la de la satisfacción inmediata de las necesidades. Parece paradójico, pero la nueva alianza entre técnica y biología nos ofrece una representación de lo humano mucho más cercana a la vida de los primates que al aliento espiritual de una relación con la divinidad.

La crisis del comunismo señala el fin de la ilusión humanística y abre las puertas a la escena de lo post-humano.<sup>9</sup>

La hibridación biotecnológica prefigura el posible advenimiento de un nuevo estadio evolutivo de la humanidad, caracterizado por el entrelazamiento cada vez más íntimo entre la biología y la tecnología y de la interconexión en red. Las formas en las que se declina el concepto de post-humano son muchas y plantean problemas conceptuales, prácticos y éticos: también las técnicas de

---

9. Las tecnologías actuales están cambiando nuestra materialidad, nuestro modo de vivir, nuestras mismas estructuras de pensamiento; ya que no se limitan a fortalecer nuestro físico o nuestros sentidos, sino que juegan con el instrumento más elemental de nuestra relación con el mundo, el objeto en el que se basa nuestra identidad de hombres: el cuerpo. Sobre estos temas se puede leer AAVV. (a cura de P.Barcellona y F. Ciaramelli) *Apocalisse et post-umano. Il crepuscolo della Modernità*, Dédalo, Bari, 2007.

procreación asistida, de las que tanto se discute, vuelven a entrar en la perspectiva de lo post-humano, desde el momento en que no miran a la «reproducción» sino a la «producción» del hombre según especificaciones más o menos precisas.

Lo post-humano exige, pues, una investigación analítica que prefigure modos, posibilidades y límites. Una de las más inquietantes posibilidades que se ofrecen a lo post-humano es convertirse en una entidad codificada, caracterizada por la preeminencia absoluta de la información sobre su soporte material, el cuerpo: un *post-humano descarnado*. Se trata de una versión extrema de lo post-humano, caracterizada por un reduccionismo informativo que parecen tener muchos de los que lo apoyan.

En lo post-humano codificado el cuerpo se convierte en algo superfluo, o bien, que desaparece. O, mejor dicho, se convierte en algo indiferente, es sustituido por un soporte arbitrario, que sirve solo para contener el enjambre de bites que describen la estructura del mismo: la información contenida en un cuerpo se puede extraer e introducir en otro cuerpo, en una máquina, en el silicio de un robot. Si la identidad de un Sí-mismo consiste en una cierta configuración neuronal, entonces el cuerpo se convierte solamente en una sede ocasional de aquel Sí-mismo, que puede ser transferido a cualquier otro soporte. El cuerpo deja de ser lo que siempre fue: el rasgo distintivo último de la identidad individual.

El cuerpo se opuso siempre a la aspiración científica de construir un mundo puro, aséptico, duradero, que ha llegado a su cima en la segunda mitad del siglo xx con la inteligencia artificial (IA) funcionalista.

La desconfianza en los debates sobre el cuerpo serpentea en la tradición occidental desde hace siglos y se entrelaza con la inquietud procurada por *el genio*. Cuerpo y genio son símbolos y actores de la insubordinación, se oponen al intento permanente del hombre occidental de impartir ordenes y normas al mundo. El hombre ha intentado siempre *reconstruir* la realidad, primero a través de la razón, después con la computación y finalmente con el procedimiento de cálculo. Cuerpo y genio, por distintas vías, comprometen el intento de regulación del mundo y ponen en peligro las certezas del hombre. Para defenderse de esta amenaza, al cuerpo se le contrapuso la *mente* y al genio *la inteligencia analítica*, argumentativa y calculadora, que hoy confluyen en un solo y tranquilizador remedio, que une cálculo y pensamiento, y que está en la base de la Inteligencia Artificial funcional: la actividad de la mente coincide con la ejecución algorítmica.

## Modernidad y post-humano

Desde este prisma, la contraposición entre modernidad y post-modernidad no rige. Realmente es la pareja de la libertad individual y el desarrollo de las fuerzas productivas (aparato técnico-económico) lo que inspira y caracteriza a las lógicas evolutivas del capitalismo, más allá de los específicos contextos históricos. Si la antropología de la modernidad inaugura la nueva configuración del individuo como sujeto de necesidades, destinado a satisfacerlas de forma inmediata, es inevitable que el único objetivo que corresponde a tal representación sea el de la *máxima expansión de la riqueza consumible*, fuera de todo vínculo material dependiente del tiempo y el espacio tradicionales. La disolución del mundo en el aparato capitalista-tecnológico instituye un código inmunitario global capaz de garantizar la supervivencia de la vida más allá de todo condicionamiento relativo a los límites naturales del universo y de la materia.

*La libertad de los modernos*, de hecho, es la aspiración a una potencia ilimitada, que se realiza autónomamente al disolverse los vínculos sociales y que, precisamente por esto, se invierte la necesidad del mecanismo destinado a satisfacer la infinidad de objetivos particulares. La metamorfosis continua se convierte, por la modernidad, en la progresiva adecuación del principio de la libertad a la necesidad del desarrollo de las fuerzas productivas de la técnica. Para llevar a cabo la *contingencia* de la infinita pluralidad de necesidades, hay que aceptar la *necesidad* del modo de producir que maximiza la capacidad de crear riqueza.

El verdadero *telos* de la modernidad es la derrota de la finitud y de la mortalidad, que unifica el pluralismo de las formas en el destino a la inmortalidad del ser.

Desde este punto de vista, la modernidad aparece no sólo coherente con sus éxitos actuales sino que su representación se manifiesta de forma profunda: la aspiración a hacer coincidir ser y devenir, muerte y vida, proyectando la singularidad individual en un universo destinado a la evolución infinita del código inmune de la naturaleza viviente.

Lo post-humano es la prolongación de la ideología moderna de la omnipotencia de la auto-constitución de la práctica y la inmutabilidad del ser. Una ideología de la inmortalidad enmascarada de conquista científica, que, mientras tanto, crea el efecto de perpetuar hasta el infinito la antropología del hombre como sujeto de necesidades y del modo de producir que le corresponde.

Lo post-humano es la implantación de la inmanencia del código viviente en el proceso evolutivo que no admite ninguna hipótesis de trascendencia o fundamento: norma y hecho coinciden en la hibridación de biología e inteligencia artificial, hombre y ordenador.

### **Modernidad y religión**

Todo lo que es sólido se desvanece, todo lo que es sagrado se disuelve... Lo mejor del *Manifiesto* de Marx recoge el espíritu de la revolución burguesa y la modernidad. Asumir la indeterminación y la fluidez como principios constitutivos de una nueva época, en la que se manifiesta lo realmente nuevo respecto a las incrustaciones metafísicas y supersticiosas de las épocas anteriores. Una continua destrucción creativa o una continua creación destructiva: el principio del aniquilamiento del tiempo y el espacio en los que, hasta hoy, han habitado los hombres desde la prehistoria. El tiempo nuevo se inaugura consumiéndose, el espacio nuevo se despliega hasta su máxima expansión planetaria. Nada sostiene ya al mundo con la autoridad de un fundamento cósmico: no hay orden en el Universo que responda a lógicas trascendentes. No es casual que la crítica de la religión y de la Sagrada familia sean el corazón de la nueva visión del mundo, antes que marxista y burguesa, como ha distinguidamente demostrado Bermann.<sup>10</sup> La religión y la institución familiar aparecen como límites insoportables a la racionalidad humana, que promete a cada cual la libertad de realizarse por sí mismo según sus propios fines particulares.

Si no se capta la diferencia entre encontrar en un modelo trascendente la garantía del sentido de la conducta individual y de la vida misma y la imposición, por el contrario, del sujeto burgués como inicio y fundamento del nuevo orden, no se llega a entender la evolución de la modernidad hacia el actual estado de neutralización de toda subjetividad política y de toda consistencia real del mundo. La integral naturalización de la vida, que exige pensar en un punto oscuro para el advenimiento de la vida en el universo (la nada de la que surge el Ente), no puede dejar de producir la progresiva evaporación del mundo en el mecanismo de la selección de las necesidades.

Precisamente, Marx puso en relación la llegada de la burguesía con la disolución de lo sagrado, ya que la ideología burguesa representa el advenimiento de una nueva visión del hombre y del mundo, en la que la posibilidad de

---

10. M. Bermann: Tutto ciò che è solido svanisce nell'aria. L'esperienza della modernità, Il Mulino, Bologna, 1985.

apropiarse de las cosas es la consecuencia de la posibilidad producción total del objeto. Todo lo que es manipulable también se puede producir y todo lo que se puede producir es susceptible de apropiación.

La ilimitada posibilidad de producción y la inmediata posibilidad de apropiación coinciden, de forma que el mundo se convierte en lo que puede ser susceptible de apropiación y producirse sin límites. Al contrario, lo sagrado (que no tiene que coincidir con alguna religión) representa el límite más allá del cual se detiene la disponibilidad humana, ya que ello depende de una fuerza que trasciende las facultades humanas de todo individuo singular (y de la suma de los individuos).

*Lo sagrado coincide con la realidad*, con lo que no puede ser reconducido a la acción humana. Como ha resaltado muchas veces Mircea Eliade, lo sagrado y la realidad coinciden, en el sentido de que lo sagrado representa la presencia de algo relacionado con lo que significa el hombre y no con la producción. Lo sagrado es el orden que confiere un estatus de realidad a las cosas y a los acontecimientos en virtud del significado que asumen ellos en relación a lo humano.

Ser consciente de un mundo real y significativo está íntimamente conectado al descubrimiento de lo sagrado (el nacimiento, la muerte, una tempestad o una erupción) y mediante esa experiencia el espíritu humano ha aferrado la diferencia entre lo que se revela real, potente, significativo, y lo que no lo es, es decir, el caótico y peligroso flujo de cosas, sus fortuitas apariciones y desapariciones privadas de significado.

Es suficiente decir que lo «sagrado» es un elemento estructural de la conciencia y no un estadio de su historia. Un mundo lleno de significado –y el hombre no puede vivir en el «caos»– es el resultado de un proceso dialéctico que puede definirse como la manifestación de lo sagrado. La vida humana se dota de significado imitando a los modelos paradigmáticos revelados por «seres sobrenaturales».<sup>11</sup>

La imitación de estos modelos más allá de lo humano constituye una de las características fundamentales de la vida «religiosa» estructuralmente común a cualquier cultura y época. De los antiguos textos religiosos relativos al cristianismo y al islamismo, la *imitatio Dei* como norma y directiva de la existencia humana no fue nunca interrumpida y, de hecho, no podía haber sido de otro modo. Desde los más arcaicos niveles culturales, el vivir como ser humano es un hecho religioso en sí mismo, porque el nutrirse, la vida

---

11. También imaginarios.

sexual y el trabajo, tienen un valor sacramentado. En otras palabras, ser –o, más bien, devenir– un hombre significa ser «religioso».<sup>12</sup>

La reflexión filosófica, desde su inicio, estuvo siempre en debate con un mundo con un significado genéticamente y estructuralmente *religioso* y esto fue así no sólo para los primitivos, para los orientales y los presocráticos:

La dialéctica de lo sagrado sirvió como modelo y precedió a todos los movimientos dialécticos sucesivamente descubiertos por el pensamiento. La experiencia de lo sagrado, con el revelador ser, significado y verdad en un mundo desconocido, caótico y espantoso, ha preparado el camino al pensamiento sistemático.<sup>13</sup>

La relación entre lo sagrado y la realidad, a través del proceso de significación, permite comprender la ruptura antropológica, que tiene lugar en la modernidad, entre una antropología basada en la trascendencia y una antropología de la propia constitución de lo humano como sujeto absoluto de lo «mundano» de lo real. Antes de la idea de que el cosmos existiese en función de la inteligencia constructiva del sujeto humano y de la capacidad de reproducir en el pensamiento los mecanismos de la naturaleza, los hombres consideraron que la realidad (el nacer y morir, el alimentarse y el habitar) representaba una potencia extra-humana, que se podía «domesticar» solo mediante la creación de un espacio simbólico, en el que lo no humano entraba en relación de significación con la experiencia humana.

En este marco, la negatividad de la experiencia, la muerte, el dolor, el sufrimiento, adquieren un sentido dentro de un mundo significativo desde el punto de vista de un orden cósmico que expresa el finalismo del universo y la eternidad de la transformación de lo vivo. La finitud y el dolor de la muerte son rescatados de la eternidad del universo y de la vida. El problema de la «significación» de los acontecimientos se sitúa frente a la ausencia de sentido de los eventos «negativos».

En la modernidad la disolución de lo sagrado se sitúa al comienzo del proceso de irrealización del mundo, al negar la autonomía estructural de lo que no se deja reducir al funcionamiento de lo subjetivo y del pensamiento del sujeto. De la disolución de lo sagrado depende la tendencia a la negación del otro (no obstante la retórica del altruismo) y del límite a la omnipotencia narcisista representado por el principio de realidad.

12. M. Eliade, *Il sacro e il profano*, Bollati Boringhieri, Turín, 1992.

13. M. Eliade: *op. cit.* Además, *vid.* M. Zambrano, *L'uomo e il divino*, trad. di Giovanni Ferraro, Roma, Edizioni Lavoro, 2001.



La disolución de la realidad como límite de la subjetividad implica, al mismo tiempo, la negación de la alteridad como la imposibilidad de reducirla radicalmente a la lógica del «yo pienso». La alteridad como «opacidad» del *ser otro* respecto a la potencia cognoscitiva del yo pensante; la alteridad como ser irreducible, como interrogación sobre lo que existe fuera de sí, es el principio de realidad y del sentido del límite. El reconocimiento de la finitud y de la particularidad-parcialidad del propio estar en el mundo impulsa a ir más allá del yo, más allá de la mera y natural diferencia sexual.<sup>14</sup>

La alteridad es el signo de la imposibilidad de la *reductio ad unum* y de la estructural vocación a la realización entre el sí mismo y el otro. El testimonio de una *falta de ser* que obliga a buscar, más allá de los propios límites, la alteridad que da sentido a la existencia individual. Pero, al mismo tiempo, es el signo de lo irreducible de la existencia humana a mero proceso reproductivo de la especie, ya que ella se sustrae a las leyes naturales, biológicas y universales, en cuanto que está mediada necesariamente por la palabra y el lenguaje, que restituye libertad a lo que de otro modo sería mera necesidad natural. Sin la palabra, el lenguaje que separa el instinto de la libertad, sería impensable el amor entre el sí mismo y el otro, como dimensión específicamente humana de elección entre posibilidad y necesidad.

El *eros* no es un concepto materialista que reproduce la atracción sexual que se manifiesta en el mundo animal, sino la expresión de la espiritualidad del deseo del otro desde un punto de vista humano, que no refleja las leyes de la reproducción de la especie, sino, al contrario, la lógica de una libre asunción de la responsabilidad de procrear. El hombre puede elegir entre ser una mera función del proceso reproductivo o ser el responsable de una participación consciente en el proceso de darle continuidad a la especie. Traer hijos al mundo es una manifestación de la confianza en la realidad, en la persistencia del universo más allá de la contingencia de lo que ocurre por «casualidad».

### **La necesidad de crear**

Llegados a este punto es necesario reconocer que frente al fantasmal escenario de la coincidencia de lo orgánico y lo inorgánico, de la disolución de lo humano en lo post-humano de la Inteligencia artificial capaz de producirse

---

14. He encontrado una profunda afinidad entre el pensamiento de trato de expresar desde hace algunos años y la reflexión filosófica de María Zambrano, sobre los temas de filiación, de la relación entre los dos sexos, de la poesía como dimensión filosófica, de la imposibilidad de escindir el sentir del pensar y sobre la reincorporación de la percepción.

por sí misma, no hay argumentos lógicos para oponerse. Se puede simplemente objetar que también la pre-dicción del futuro que los sacerdotes de la técnica proponen a los últimos hombres, como el éxodo de todo tipo de vínculo corporal, constituye solo una «creencia», una «fe» en el cientificismo y en la tecnología, y que, por ello, a ella se puede oponer otra fe, otra opción por la que vale la pena seguir y asumir la responsabilidad de pensar y de interrogarse.

Esta opción, esta «última fe» de la cual podemos adornarnos, no es sólo la voluntad de no destruir la tradición humana que se nos ha consignado desde hace siglos de construir monumentos, sino la de volverla a proponer como opción a favor de la búsqueda del sentido de la vida, un sentido que supere los límites de la existencia de cada uno de nosotros, de volver a plantear, en la época de la disolución técnica de lo humano, *la necesidad de creer*.

Si el «extranjero» en el que nos hemos convertido en esta jaula de acero tiene alguna posibilidad de futuro es porque, a pesar de todo, ante un cielo estrellado consigue sentir la presencia de un Universo que nos reconcilia con el mundo vacío: el Universo nos transmite el dulce respiro de la fraternidad frente al Infinito.

Es sorprendente que una estudiosa de semiótica, psicoanalista y laica, como Julia Kristeva, haya situado en el centro de su reflexión sobre el mundo contemporáneo la «necesidad de creer»,<sup>15</sup> como algo que no se puede reducir a una explicación naturalista o cientificista de las dinámicas psíquicas del ser humano.

Julia Kristeva sitúa en el abismo del ánimo el porqué de la búsqueda de Dios, como algo que se puede explicar no como supervivencia de la visión supersticiosa y mitológica de la vida, sino como instancia permanente que nace de la necesidad de encontrar en el modelo de un «Padre amoroso» las razones de una búsqueda de relación no destructiva con el otro respecto a sí mismo. Contra las presiones de la coacción a repetir un modelo competitivo destinado a producir la anulación del otro, Kristeva sitúa en primer plano la necesidad psíquica, profundamente humana, de encontrar en el amor por el otro el sentido de la vida.

Kristeva considera que antes del padre edípico, rival y competidor del joven Yo subversivo y deseoso de poder, está la experiencia ancestral de un Padre amoroso que haya percibido/concebido la diferencia sexual no como lucha entre los

---

15. Vid. J. Kristeva, *Il bisogno di credere*, Donzelli, Roma, 2006.

sexos, sino como búsqueda común de una justicia cósmica, basada en la convivencia de los opuestos en un universo sensato, destinado a dar continuidad a la vida humana. Sin esta imagen del Padre amoroso, que encarga a la especie humana la tarea de dar continuidad a la especie, la vida individual y colectiva se convierte en una guerra permanente por la dominación del otro.

Se comparta o no las sugestivas hipótesis de Kristeva, queda el hecho de que la necesidad de creer en algo que trascienda la contingencia de hacer humano, es un presupuesto que no se puede anular del mismo estar en el mundo.

Si nuestra vida se resolviera en el círculo del principio de la satisfacción de las necesidades inmediatas y en la producción de un mecanismo (artificial) que perpetúe la normal tensión entre necesidades y su satisfacción, entre tensión y relajación (propio de la dialéctica de la necesidad), no quedaría ya espacio para nada que no sea una progresiva adecuación a la lógica naturalista de la necesidad y de la satisfacción, confiando a la evolución natural solamente la tarea de una toma de conciencia de las dinámicas biológicas del proceso de selección. La conciencia sería sólo la pantalla de un proceso que se desarrolla autónomamente de toda intervención voluntaria y consciente en el acontecer de los eventos. La historia representaría la sucesión de los estadios de la evolución de la especie: desde un estadio inconsciente a aquel de una adhesión consciente al proceso evolutivo.

Prescindamos por un momento de las aporías de la construcción evolucionista (la constitución de una subjetividad que se anula en su impotencia al intervenir en el proceso natural, la visión de un proceso evolutivo que tiene como «objetivo sensato» el aniquilamiento de la conciencia que lo hace inteligible) e intentemos verificar el impacto que tiene esta negación de lo «sagrado» del naturalismo evolucionista sobre la percepción del propio ser en el mundo de cada uno de nosotros.

La omnipotencia del sujeto moderno, que se situó al inicio de la cadena causal de la existencia del mundo, se anularía en la impotencia de una atención pasiva de lo que ocurre sin ningún control intencionado.

Paradójicamente, la evolución del mundo significa para el ser humano la insensatez de sus acciones. El objetivo de cada uno de nosotros no tiene ningún significado desde el punto de vista de la potencia del mecanismo evolutivo. La insensatez de todo proyecto humano de intervenir activamente en el proceso evolutivo corresponde a la pérdida de la perspectiva de intervenir subjetivamente en el curso de los acontecimientos: el fin del proyecto humanista de la subjetividad es, inevitablemente, el fin de la política como posibilidad de cambiar el curso de los eventos.

El mundo se ha convertido en un bullir desordenado de átomos enloquecidos que testifican solo la inconsistencia de cualquier proyecto de construcción de un mundo humano.

Sin trascendencia no hay espacio para una condición humana que se constituya a partir del desenvolvimiento entre finitud, mortalidad, parcialidad de la existencia y totalidad, armonía y coherencia del Universo (de la totalidad cósmica). Y sin ese descarte no hay espacio para la dimensión política como concurso de la subjetividad humana en la construcción del mundo y de un orden nuevo. Un retorno de la política, realmente, volvería a plantear el problema del papel específico del hombre en el destino del mundo, que no parece posible en la perspectiva de la evolución científicista. El hombre pertenece, según estas opiniones, a la pura casualidad de las turbulencias contingentes del necesario finalismo evolutivo: la funcionalidad de la casualidad como oportunidad para una más «inteligente» selección de lo que es útil a la supervivencia y a la reproducción de lo vivo.

Este es el resultado de la concepción post-humanista del mundo que, pasando de la crítica de la religión y de la disolución de lo sagrado, atribuye el futuro de la especie a la hibridación de la máquina inteligente y el cuerpo humano.

Como escriben los post-humanistas, la última resistencia a la completa coincidencia entre el artificio y la naturaleza, de la técnica y la cultura, del hombre y el ordenador, es sin embargo *la presencia del cuerpo humano* como materialidad irreducible, que impide la total resolución computacional de la vida en la inteligencia artificial.

Pero es precisamente a partir de la irreductibilidad material del cuerpo humano como se puede mostrar el carácter ideológico de esta perspectiva. Imaginar un mundo sin hombres es posible, pero es un contrasentido respecto a la experiencia cotidiana del vivir y del morir, del amar y del sufrir, del luto y de la alegría, de todo lo que constituye la experiencia de cada ser humano.

Reducir el hombre a un *soporte de la inteligencia artificial* puede resultar abstractamente imaginable, pero es seguramente prácticamente imposible. El «soporte» experimenta cambios y emociones, que no pueden traducirse en algoritmos, sin los que, sin embargo, no podría subsistir como soporte físico de la máquina inteligente. El soporte es el residuo irreducible a partir del cual la pregunta sobre qué es un hombre se vuelve a proponer integralmente.

La modernidad ha terminado. La parábola de la Ilustración del dominio de la naturaleza ha concluido en el naufragio de la «razón» calculadora, la

virtualización del mundo ha conseguido reproducir la vida in vitro, pero el tumulto de las pasiones actuales aún necesita ser «interpretado».

Encontrar las palabras con las que se pueda expresar esta discontinuidad entre mecanismo y sentimiento es verdaderamente un problema.

Faltan las palabras adecuadas. Pero, mientras que la liquidación de la realidad del mundo llega por medio del lenguaje, es posible rastrear en el mismo discurso científico las aporías de toda solución definitiva de los interrogantes sobre el hombre. El lenguaje humano no está llamado sólo a describir, sino también a evocar lo que no se puede decir en la trama del silogismo. Dependiendo de nosotros el descifrar los signos de los tiempos para comprender las demandas de sentido que urgen tras los movimientos de la sociedad, también para narrar los acontecimientos.

### **El significado del dolor**

Hay algo que no se deja racionalizar en la visión evolucionista, que va más allá de los argumentos que hemos evocado: que no se puede suprimir el dolor humano frente a la pérdida, ante la muerte, la frustración, la derrota, etc. El dolor de la existencia no encuentra explicación en la perspectiva evolucionista y, sin embargo, a partir de la conciencia del dolor, de la mortalidad y de la finitud, se constituyen la subjetividad humana y la demanda de sentido.

¿Porqué el dolor, el mal, la violencia, el estupro, la carnicería del cuerpo, la guerra infinita, la enemistad entre sí mismo y el otro, porqué la sospecha, la desconfianza respecto al compañero y al amigo, el deseo de aniquilar al otro, la prepotencia y la arrogancia en la vida cotidiana? Porque nos hemos convertido en enemigos uno del otro, porque cada grupo, cada nación, cada cultura, se define por su odio hacia el otro? ¿Cuál es la raíz del odio que amenaza la continuidad de la vida?

El odio expresa la victoria de la soledad amenazada por los perseguidores internos y externos, es la proyección de la incapacidad de aceptar la complejidad de la propia personalidad.

La imposibilidad de encontrar en lo «sagrado» el espacio de coexistencia y de la ambigüedad ha creado en la modernidad la exasperación del odio como forma de afirmar el Yo. Un Yo interrogado por las Erinias, destinado a perpetuar el círculo de la venganza, como único modo de estar en el mundo.

El retorno de lo «sagrado», de lo que no está disponible para la técnica (el verdadero desplazamiento de la modernidad), es la única resistencia a la disolución de lo humano en el mecanismo de la artificialidad virtual, capaz de generarse por sí mismo sin mediación externa alguna. En esta disolución se cumple el destino de Occidente en su inexorable ocaso. Sólo el límite de la «sagrado» permite aún ver «más allá», de redefinir el espacio y el tiempo de un nuevo acontecer.

Como escribe Steiner, sin el problema de la existencia de Dios se dan sólo pensamientos tristes, retraídos en el presente y reducidos al único interés de la satisfacción de las necesidades, hasta el agotamiento de todo impulso de la vida humana a traspasar su propia finitud: el tiempo se disuelve en la satisfacción obtusa de toda expectativa. Sin el límite no hay «futuro» y sin futuro no hay ni profecías ni política, hay sólo fuga en las fantasías de la utopía.

Reducir la política a administración de los intereses, a economía política para garantizar la mejora de las condiciones de supervivencia, hasta la saturación de toda esperanza posible más allá del límite de la humana animalidad, equivale a suprimir la misma autonomía de la política respecto a la economía (así como, en otro plano, la inmortalidad técnico-científica se propone suprimir toda necesidad de creer). Cito ahora a Tronti, que ha considerado a Ingrao uno de los «profetas» del siglo xx:

Si la política es producción de futuro, profecía y utopía son dos modos, distintos y opuestos, de ver el futuro. «Ver» es la palabra adecuada. Se observa y se analiza, después se interviene, si es necesario, se combate, siempre de forma subalterna respecto a lo que hay, se acepta lo que hasta ahora ha habido, se renuncia a pensar sobre lo que podría ser; esté más acá o más allá del presente resulta anulado, si alguna vez hubo historia, ahora ya no la hay.

Pro-fecía: predicción de un evento futuro por delegación divina. Pro-fetizo: hablo en nombre de, en vez de Tehos, de Numen, de Dios. *Mt. 2,15*: «Pero todo eso sucede para que se cumplan las profecías»; 26,54.

[...] La profecía anuncia el futuro, no porque sea el espejo o el esquema de una realidad ya dada, sino porque es el germen de las cosas que la profecía misma suscita en aquel momento [...]. Por esto el discurso del profeta es un único grito, condenado a repetirse y repitiéndose a transformarse en un esfuerzo oratorio, hasta que su invocación no es acogida.<sup>16</sup>

---

16. M. Tronti, *La política al tramonto*, Einaudi, Turín, 1998.

La tecnociencia y lo posthumano no ofrecen otra cosa que la prolongación de la vida presente, pero no pueden resolver el enigma de la finitud-mortalidad, ya que «no tienen el tiempo» para pensar más allá de la circularidad de la máquina viviente, en el eterno presente de la auto-producción y la tautología. No es posible asumir la miseria trágica de la finitud.

A pesar de la vistosa apariencia, no nos amenaza la presunción fanática de poseer la verdad, como ocurría en otra época, sino la paralizante certeza de que radicalmente se puede opinar de todo, que no deja espacio salvo para la indiferencia, es decir, a un oculto pero despiadado conflicto de intereses, o a una vana y dolorosa agitación para llenar el vacío.» De aquí su coherente y discutible visión de la modernidad como «una enorme enfermedad que ha crecido en el espacio fracasado del evento escatológico.<sup>17</sup>

Si estamos aún aquí festejando el cumpleaños de Ingrao es porque él pertenece, como ha escrito Tronti, a la categoría de los profetas, de aquellos que no se han resignado a reducir la política a economía. Toda su vida y el trabajo de Ingrao –especialmente desde 1979 a 1989– mediante una peculiar percepción de la urgencia de la crisis han puesto sobre el tapete el tema de una nueva política, capaz de «ver» el presente. Los años de trabajo en el Crs han sido un último intento de ofrecer una perspectiva a las mujeres y a los hombres que corrían el riesgo de ser arrollados en las ruinas del 89: no un mero retorno al trágico pasado del siglo xx, lleno de horrores, campos de exterminio y gulag, sino un distanciamiento de la coyuntura en condiciones de reabrir la perspectiva de una temporalidad no agotada. Todo el período de investigación del Crs es un fuerte presagio del inminente final, pero también la prueba de la convicción de que todo lo que ha acontecido no son sólo hechos execrables y errores, sino también grandes esperanzas y sacrificios generosos de muchas mujeres y de muchos hombres anónimos.

En *Crisis y tercera vía*, un libro olvidado demasiado rápidamente, Ingrao respondía así a una pregunta de Romano Ledda:

Lo importante es no retraerse, no encerrarse ante las contradictorias formas en las que se expresa simultáneamente esta crisis y este crecimiento del ideal socialista. Al contrario, hacer las cuentas con estos impulsos; ver en ellos un potencial. Por esto, más que nunca, en este momento los enemigos de las clases explotadas son el integrismo y el corporativismo. Encerradas en sí mismas, serán derrotadas; fragmentadas en segmentos corporativos, se convierten solo en una cara de las muchas de la socie-

---

17. Ibidem.

dad: se reducen a «necesidades» empíricas. Por ello no podemos aceptar la reducción de las fuerzas en lucha, la marginación de una parte de ellas y su reducción a revuelta, gheto o corporación.<sup>18</sup>

A pesar de todo, «la duda de los vencedores» abre la puerta a la inquietante presencia de este «excedente de mujeres y hombres» que son excluidos de la «vida digital» del mundo globalizado.

De nosotros descendéis  
De lo que fuimos.

La rosa no existiría para nosotros.  
Si nos olvidas, se abre un abismo<sup>19</sup>

---

18. P. Ingrao: *Crisi e terza via*, Editores Riuniti, Roma, 1978.

19. P. Ingrao: *Il dubbio dei vincitori*, Mondadori, Milán, 1986.



## **Robert Castel (1933-2013)**

### **Un teórico de la sociedad salarial en tiempos de precariedad**

LAURENTINO VÉLEZ-PELLIGRINI

El pasado 12 de marzo nos dejó el prestigioso e internacionalmente reconocido sociólogo francés Robert Castel. Como teórico de la sociedad salarial, su figura alberga un singular interés por el espíritu crítico que brindó frente al neoliberalismo. Pero también ante los representantes de la mal llamada «socialdemocracia europea» que han tomado la destrucción del sistema productivo, el paro masivo, la precariedad, los bajos salarios y la *asiatización* de las relaciones laborales como un mal irremediable frente al que sólo cabe la resignación.

Robert Castel fue una de las grandes voces que, ya en los 90, clamó contra el fatalismo de los abanderados del «pensamiento único», convirtiéndose en uno de los intelectuales que, con notoria sesudez teórica y agudeza analítica, reflexionó sobre las consecuencias nefastas de la mundialización y el capitalismo salvaje sobre la masa salarial. Si bien no negó las disfuncionalidades y profunda crisis tanto del modelo de desarrollo y crecimiento, como de los contratos sociales y de los mecanismos de integración y redistribución implantados en Europa tras la Segunda Guerra Mundial, tampoco nunca dejó de reflexionar y pensar alternativas, tanto teóricas como políticas. Esto siempre desde un afán de respuesta frente a los defensores del retorno al Estado mínimo y las tesis de quienes vinieron arguyendo de que ya no había otro eficaz modo de regulación de las relaciones sociales que el brindado por el mercado.

161

### **La influencia de Bourdieu y Foucault**

Nacido en 1933 en la ciudad de Brest, Robert Castel se dirigía al oficio de mecánico tras estudiar en una escuela de formación profesional: los famosos Lycées techniques. Estos últimos solían ser el eterno y recluyente itinerario académico de los sectores sociales menos favorecidos en un sistema educativo francés que, detrás de su grandilocuencia sobre los valores republicanos, ocultaba en realidad la reproducción de marcadas desigualdades, dualizando el sistema público de enseñanza entre escuelas de ricos y pobres. Castel perteneció precisamente a esa generación de intelectuales que terminarán poniendo en cuestión el famoso «elitismo republicano», hasta entonces nunca cuestionado por nadie e incluso exaltado con altanero orgullo. Las propias humanidades eran un lujo romántico para hijos de burgueses, como lo demostraban los orígenes de la abrumadora mayoría de los alumnos de l'Ecole Normale Supérieure, nido en el que se formaron los grandes pensadores franceses del siglo XX. Su profesor de matemáticas convenció sin embargo a Castel de que estudiase filosofía, la cual parecía ser su verdadera vocación.

Licenciándose en la Universidad de Rennes, Castel obtuvo su agregación en dicha disciplina en 1959, comenzando como profesor ayudante en la Facultad de Letras de la Universidad de Lille. En los albores de los acontecimientos del Mayo del 68, proseguirá su carrera docente en la Sorbona al lado de Raymond Aron. Posteriormente ejerció como profesor en la Universidad de Vincennes. Es la época en la que se acaba cruzando en su camino, para disgusto del propio Aron, el que llegaría a ser uno de los «grandes» de la teoría social contemporánea: Pierre Bourdieu. Durante aquellos años fue conociendo una evolución intelectual y académica que le condujo a desertar de la filosofía para insertarse de pleno en el campo disciplinario de la sociología. Le había marcado la crítica de Marx a Feurbach sobre la dimensión demasiado interpretativa del mundo por parte de la filosofía. Los años 60 constituyen en efecto una época en Francia en la que la sociología va ganando adeptos entre las nuevas generaciones y desplazando las ciencias sociales a unas ciencias humanísticas dominadas por la erudición y la retórica filosófica. También será el época de gloria de la famosa Ecole des Hautes Etudes Pratiques donde, además de la sociología, la ciencia política, la antropología y la investigación historiográfica conocerán un auge sin precedentes frente a las disciplinas puramente especulativas. Con los acontecimientos del Mayo del 68 la cercanía de Castel con Bourdieu se consolidará, convirtiéndose él mismo en uno de los representantes de aquello que vino a denominarse la «Sociología Crítica». Una corriente que surgió en el contexto de las revueltas estudiantiles y de los movimientos de crítica cultural al modelo de desarrollo y que adquirirá su máximo esplendor a lo largo de los años 70.

En dicha etapa Robert Castel también se convertirá en compañero de viaje de Michel Foucault. Es el momento del psicoanálisis y de la anti-psiquiatría liderada por Jacques Lacan, pero también la época dorada del interaccionismo simbólico norteamericano del que Erving Goffman era la figura intelectual más icónica. Los trabajos de Robert Castel en los años 70 se insertaron con creces en ese engranaje y de ello dejan testimonio sus obras alrededor de la psiquiatría y los sistemas de control social sobre el enfermo mental. En ellas puede de hecho percibirse la enorme influencia que va a ejercer en él Michel Foucault, en especial en lo que hace referencia a los enfoques analíticos que guiaron a la *Historia de la locura*. Castel animó y contribuyó de hecho a la traducción de la obra de Goffman al francés, en especial de *Asilos*, del que escribió un estudio preliminar que causará un gran impacto. La traducción de la obra Goffman en Francia coincidió con el periodo de los Groupes d'Information sur les Prisons (GIP) y el Groupe d'Information sur les Malades (GIM), promovido por el propio Foucault, su compañero sentimental, el sociólogo Daniel Defert, Gilles Deleuze y Jean-Marie Domenach. Al igual que Foucault y los interaccionistas, Castel centró toda su reflexión en los procesos de construcción social de la locura, pero sobre todo en las arbitrariedades y las formas de poder ejercido por el cuerpo médico sobre el enfermo mental. En ese sentido estuvo muy vinculado también con Franco Basaglia, el gran padre de la anti-psiquiatría italiana, y a las comunidades terapéuticas, con las que participó en la defensa de los enfermos.

### **La década de los 80 y los tiempos de incertidumbre**

Aun así, Robert Castel fue conociendo una segunda evolución a principios de los 80, producto en gran medida de la propia crisis que empezó a sacudir a la sociedad francesa en esa misma década. A partir de este momento Castel comenzará a girar la mirada hacia los nuevos problemas de discriminación social que se asomaban tras tres décadas de crecimiento económico y cuasi-pleno empleo. El fin de las *Trentes Glorieuses*, término utilizado por los historiadores franceses en referencia al periodo que va desde la Liberación hasta la crisis del petróleo de 1973, determinará de manera definitiva la última etapa de la trayectoria intelectual, universitaria, investigadora y ensayística de Castel.

A diferencia de otros teóricos sociales de su generación insertos en esa «Sociología Crítica» que hizo mella en el Post-Mayo del 68, Robert Castel tuvo un reconocimiento mucho más tardío, debido sobre todo a una personalidad más discreta que la de Bourdieu y Foucault. Fue con la llegada de la década de los 90 cuando Castel alcanzó una fama y reconocimiento cuyo tiempo de arribada se podría considerar bastante dilatado, pero que no por ello resultó

menos contundente. Esto debido a los elementos de respuesta que aportó Castel en una sociedad como la francesa, perpleja y desconcertada ante la crisis de su modelo de integración política y social, de la que *l'Etat Providence*, la ciudadanía, la sociedad salarial y los valores republicanos constituían los cuatro ángulos. En efecto, Robert Castel tuvo su verdadero momento con la Era Mitterrand, el sometimiento del Partido Socialista al credo neoliberal y la emergencia de una sociedad azotada por el desempleo y la ruptura de los vínculos sociales que aseguraba el trabajo. Un tema que se tornó central en toda su labor investigadora y ensayística desde principios de los 80. La Era Mitterrand abrió un tiempo de incertidumbre que va a determinar en mucho la nueva dirección de la mirada sociológica. Durante los primeros años del mandato de Mitterrand, Robert Castel dedicó su labor investigadora y ensayística a reflexionar sobre la crisis de la «ideología del Progreso», desmontando pieza a pieza los argumentos de optimismo y confianza en el futuro que a través de ella se habían destilado en la década de los 60. El espiral de la desindustrialización y las inéditas cifras de paro que en los años 80 se dieron a conocer tornaban el devenir mucho más inseguro. Pero lo que le catapultó de manera definitiva a Robert Castel fue, desde luego, su obra *Les métamorphoses de la question sociale*, que muchos consideran, con toda justicia, como uno de los grandes clásicos de la sociología contemporánea.

El debate en torno a la crisis de la sociedad salarial y sus efectos sobre la disolución del individualismo y el concepto moderno de autonomía e identidad personal, ocupó buena parte de la década de los 80 y los 90. Aunque Castel fue de los primeros en intervenir en él, la cuestión había empezado en realidad a ya suscitar interés con la aparición del libro de Dominique Schnapper *L'épreuve du chômage* a principios de los propios años 80. Templadamente liberal, pero contundentemente republicana, Schnapper convirtió en núcleo y problemática central de su investigación el proceso de «desocialización» general que activaba el desempleo, no sólo respecto a la actividad profesional en el sentido estricto, sino en relación a todos los ámbitos de la vida colectiva. La obra de Schnapper fue objeto de sucesivas reediciones y actualizaciones hasta bien entrados los años 90 y a la par de que se confirmaban de forma dramática muchas de sus hipótesis sobre el carácter desestructurador del paro en términos colectivos y disolvente respecto a la identidad personal. Si el ideal republicano había concebido a la ciudadanía como el vector de la integración política y a la familia, las tradiciones y la identidad nacional como fuente de la «aculturación», el trabajo era en cambio concebido como el garante de la integración social. El desolador panorama del desempleo dejaba así cojo un modelo de comunidad política sobre cuya crisis los debates no dejaron de proliferar, tornándose centrales en la esfera académica e intelectual, pero también política y mediática.

## Los cambios de paradigma en las ciencias sociales

Un factor a añadir es que la trayectoria de Robert Castel en los 80 y 90 se desarrolló también en un contexto de fuertes dudas sobre la operatividad de los tradicionales instrumentos analíticos de las ciencias sociales. Se plantearon numerosos debates sobre la necesidad de revisar a fondo los paradigmas de la teórica sociológica, sobre todo a la vista de la caducidad de ciertas variables a través de las cuales se había otorgado comprensibilidad e inteligibilidad a la vida colectiva. De ahí que también se estableciese una relación lineal de causa a efecto entre la crisis social y la propia crisis de la sociología, en la medida que se derrumbaban categorías acuñadas por los *Maîtres penseurs*. En especial en lo que se refiere a las premisas del individualismo metodológico y de la división social del trabajo de urdimbre durkheimiana y a conceptos sacros de la sociología académica como los de «socialización» o «integración». La perplejidad se produjo por lo tanto por partida doble, en la medida que no sólo se quedaba fragilizado todo un modelo de vida colectiva, sino también las propias verdades de las ciencias sociales sobre él. Si la macrosociología, entendida por tal el conjunto de teorías volcadas en el estudio de las instituciones, de la socialización, de los vínculos sociales y de la «integración», adolecía de una profunda crisis, no fue menos la que sacudió a las propias microsociologías, entre ellas, la sociología del trabajo y de las organizaciones. La envergadura de la crisis de la sociedad salarial obligaba, obviamente, a modificar el razonamiento y los procesos de inteligibilización de todos los restantes aspectos de la vida social. Lo que explica la centralidad que el mundo del trabajo tenía en la realidad civilizatoria moderna y cómo la crisis del primero hacia tambalearse a la segunda.

Al lado de los de Castel proliferaron en la Francia de los años 90 una infinidad de trabajos teóricos y empíricos, con los que el propio Castel dialogó. Aquella tendencia en las ciencias sociales y la investigación, aunque en general de una gran seriedad académica, no escapó al ambiente político y mediático que convirtió en centro de todas las miradas las famosas *Banlieux Rouges*. En el pasado, fuente de orgullo por haber simbolizado el universo social y cultural de la clase y lucha obrera en la era del taylorismo, pero por aquel entonces perseguidas por la estigmatización en medio de una creciente lumpenproletarización, la anomia social y el auto-encierre identitario. Es en ese contexto que se hicieron notorios los trabajos de Pierre Rosanvallon sobre la crisis de un contrato social que parecía partir a la sociedad entre los de «adentro» y los de «afuera»; las investigaciones de Serge Paugan que analizaron los procesos de descalificación social y el empobrecimiento que la entera destrucción de determinados ámbitos del sector productivo había generado; los trabajos de Didier Lapeyronnie en torno a los mecanismos de guetización de los barrios pobres e inmigrantes y que abrió el debate sobre la

deriva hacia un modelo norteamericano de comunidades étnicas y raciales herméticas y contrapuestas; los de François Dubet y Danilo Martuccelli sobre la crisis de la escuela y la creciente distancia entre el cuerpo docente, los saberes, las oportunidades de empleo y el alumnado; las investigaciones de Michel Wieviorka que vertieron sobre el racismo diferencialista en pleno auge de una extrema-derecha demagógica y populista liderada por Le Pen y el Frente Nacional; o los trabajos teóricos de la propia Dominique Schnapper acerca del declive del concepto de ciudadanía en beneficio de una fragmentación cultural alentada por la grave situación económica, la deslegitimación de las instituciones y la pérdida de confianza en los valores universalistas del ideal republicano.

### **La defensa del trabajo como propiedad social**

La década de los 90 fue una época en la que también surgió el debate sobre «el fin del trabajo», en especial a raíz de la aparición de la obra de Jeremy Rifkin, que por cierto encontró un rechazo masivo en la comunidad académica francesa. Best-seller ensayístico, la obra de Rifkin no dejó de apoyarse en la experiencia de una sociedad como la norteamericana, donde los individuos sólo parecían comunicar a través de la violencia, del mercado y del consumo. Pero sobre todo donde el trabajo nunca ha aparecido como una relación social, sino él mismo también como una pura relación mercantil, tal y cómo la entiende la economía clásica y las teorías de urdimbre neoliberal sobre el mercado laboral. Una concepción diametralmente opuesta a la que domina en Francia y en Europa occidental, donde el derecho al trabajo ha estado vinculado al concepto de ciudadanía. Es en este contexto de una amplia producción, diversa ideológicamente en sus respuestas, pero unánime en los planteamientos de las problemáticas de partida, que hay que situar el lado innovador de las aportaciones de Robert Castel y la enorme influencia que terminó ejerciendo en medio de esa misma discusión una obra como *Les métamorphoses de la question sociale*. Para Castel la caja de pandora estaba en la propia crisis de la sociedad salarial y en los procesos de «desafiliación social» que esta generaba. Un término que él mismo tornará famoso y que servirá sobre todo para describir el lado dramático de la desaparición de un vínculo social y una cohesión de la vida colectiva que se había articulado por medio del mundo del trabajo y de la auto-realización personal a través de la actividad y la autonomía profesional. Es esa misma crisis lo que convertía a los ciudadanos en lo que Castel gustaba de denominar «individuos por defecto».

*Les métamorphoses de la question sociale* fue un extraordinario recorrido sociohistórico por la evolución del mundo asalariado, desde el Antiguo Régimen, pasando por la Revolución Industrial, la formación del movimiento obrero

y la construcción del Estado del Bienestar. A través de ese método histórico Castel fue despejando y analizando la progresiva centralidad del mundo del trabajo en el proceso civilizatorio. Castel tuvo a bien de recordar y analizar los elementos de transición desde las sociedades antiguas, donde el trabajo albergaba una imagen estatutariamente denigrante, al advenimiento de las sociedades nacional-industriales, en las que en cambio la actividad salarial se convertía en uno de los elementos claves de la formación del individualismo moderno y de la dignidad humana.

Todos le reconocían a Castel un conocimiento cuasi-enciclopédico de la historia social y las etapas de la constitución del Estado y de los sistemas de protección social en la edad contemporánea. Es conocido que Francia fue particularmente fructífera en historia social y económica, sobre todo gracias a la enorme influencia que ejerció *l'Ecole des Annales* y los métodos innovadores de investigación que implantó Braudel. Si bien, Castel no se identificaba con las enunciaciones demasiado cronológicas del método historiográfico, importándole mucho más la genealogía de los hechos. En este punto es dónde más puede percibirse la influencia de la sociología histórica de Michel Foucault, dado que la formación de la sociedad salarial y la transición del trabajo de un estatuto denigrado a un estatuto central no era disociable de una comprensión de las relaciones de poder, de las estructuras de dominación, de su institucionalización, historización y reproducción. No había para Castel modo de comprender el presente sin una búsqueda previa de sus orígenes en el pasado y el establecimiento de una relación racional de causa a efecto.

Castel fue testigo de las sucesivas reformas legislativas en materia laboral que acaecieron en Francia desde la subida de Mitterrand al poder en 1981, caracterizadas por cada vez más agresivos procesos de desregularización respecto al despido, rebajas salariales y precarización contractual. Medidas que según Castel disolvían la función socializadora e integradora de la actividad profesional, convirtiéndola en una mera relación mercantil que, en el mejor de los casos, sólo facilitaba el acceso a la sociedad de consumo, pero alienaba al propio individuo respecto a su identidad personal en el marco de la condición salarial.

La Francia de los 90 conoció, al igual que en los demás países de la Unión Europea, una revolución de los *petits boulots* o lo que aquí solemos denominar la «macdonaldización» del trabajo. Aunque nuestros vecinos fueron los que mejor resistieron a la oleada neoliberal, y la propia cultura estatalista que les caracteriza hizo que las reformas laborales no pasaran esa línea roja que prohibía el despido libre generalizado, Castel consideraba que no era menos cierto que se estaba destruyendo ese estatuto del trabajo como «pro-

piedad social». Las propias reformas de la Seguridad Social del gobierno conservador de Alain Juppé y que dará lugar a la profunda crisis social de noviembre de 1995 y el atraso de la edad de jubilación posteriormente llevada a cabo bajo la presidencia de Nicolas Sarkozy, no habían hecho otra cosa según Castel que profundizar en esa liquidación misma de la *propiedad social* del trabajo. Tuvo a bien de recordar que el mundo del trabajo no se circunscribía sólo a la condición salarial contractualizada, sino a la protección social. De ahí el desconcierto que desprendió su libro, al señalar el progresivo retorno a una concepción del trabajo como mero elemento de «supervivencia» del «pobre», en medio de la incertidumbre ante el mañana.

La dualización del mercado laboral, ya no entre empleados y desempleados, sino en el seno mismo de la masa salarial, entre trabajos estables y bien remunerados, y contratos basura y de miseria, también estuvo en el centro de la preocupación de Castel. Ese mercado del trabajo partido en dos reflejaba la realidad de una sociedad que ya no se basaba en las desigualdades dentro de un modelo de vida relativamente integrador donde el Estado y el sistema de protección social corregía los desniveles de renta, sino en la exclusión pura y simple, que era la que conducía justamente a la «desafiliación social». Es esa misma «desafiliación» generada por la crisis de la sociedad salarial y del trabajo como «propiedad social», lo que estaba según Castel en los orígenes de todos los males que asolaban a la República, en medio de la pérdida definitiva de autoridad de las instituciones y de legitimidad por parte del sistema político, y bajo la amenaza de la fragmentación social y cultural y la explosión de la violencia y el racismo.

La reflexión crítica y la producción teórica de Robert Castel moró muy inscrita en las particularidades de una cultura política francesa, donde la imponente maquinaria estatal se había erigido en el gran vector de cohesión de la vida social, asegurando así los mecanismos interventores que forjaban la solidaridad. Pero muchas de sus problemáticas son extrapolables a otros contextos, incluido el español, dado que su meditación sobre la crisis de la sociedad salarial nunca dejó de recordar que de lo que se trataba era de un problema civilizatorio más general.

Castel fue el más crítico entre los críticos de la desregularización del mercado laboral y la deserción de los Poderes Públicos. Voluntarista y movilizador, el Estado ha sido en Francia el principal instrumento compensatorio de la desaparición de esa solidaridad mecánica comunitaria y pre-moderna de la que hablaba Durkheim, encargándose así de garantizar el vínculo de solidaridad inter-individual. No hay que olvidar que el desarrollo del individualismo hizo que en Francia la solidaridad inter-generacional se quedase circunscrita a la familia nuclear, correspondiéndole por lo tanto al Estado evitar la exclu-



sión social de quienes se quedaban fuera de ella. Falta precisar que en Francia el concepto, la visión funcional y la misión institucional y moral de la familia es muy diferente a la que solemos tener en España. Por ejemplo, la fuerte individualización que prima en la familia nuclear francesa relativiza en mucho los compromisos morales y éticos con la familia extensa. De hecho, la partida de los hijos del hogar parental suele poner fin a los mecanismos de solidaridad inter-generacional, amortiguándose sus efectos a través de la propia intervención protectora del Estado. Esta última ha pasado fundamentalmente por las garantías sociales inscritas en la sociedad salarial y en la propia relación laboral. De ahí que las objetivas desigualdades en el mercado del trabajo, tanto en términos estatutarios y remunerativos, no exigiese de solidaridad inter-generacional, por tener la sociedad salarial una regulación amortiguadora en sí misma. El estereotipo del ciudadano francés hermetizado en su intimidad familiar más inmediata y des-responsabilizado de las obligaciones morales impuestas por las relaciones de parentesco, guarda menos relación con una supuesta y antipática personalidad de los galos, como con una cultura política en la que siempre se ha considerado que es al Estado a quien corresponde garantizar el vínculo entre los individuos mediante la propia regulación reglamentaria de las políticas sociales. Para Castel la cuestión estaba en saber cuáles podían ser los índices de exclusión que llegarían a producirse ante una total desregularización de la sociedad salarial y la desaparición de la *propiedad social* del trabajo, allí mismo donde fallaban los mecanismos de solidaridad inter-generacional.

La problemática de Castel trae a colación la propia situación española. Es en efecto de celebrar que esa solidaridad inter-generacional esté algo más arraigada como valor ético y moral de nuestra cultura, dado que parece ser el único freno a los procesos de exclusión, a la vista de cómo se desmantela nuestro ya de por sí precario Estado del Bienestar. Dejemos para otra ocasión la discusión acerca de si el retorno masivo de los jóvenes en paro o precarizados al hogar paterno, o si la propia solidaridad que la familia extensa brinda a la masa de adultos excluidos del mercado laboral en edad relativamente avanzada, no nos está retrotrayendo a la etapa más gris de la historia social española: donde la ausencia de los Poderes Públicos y la práctica inexistencia de una política social hacía recaer todas las funciones protectoras sobre las instituciones primarias y las relaciones de proximidad. Queda por saber cuánto puede durar sin embargo la eficacia de esa solidaridad inter-generacional, cuando las actuales políticas económicas están provocando el empobrecimiento del conjunto de la sociedad española.

No está de más recordar, en cualquier caso, que la reforma laboral que hemos conocido y que nos sitúa en las fronteras mismas del suroeste asiático en términos de derechos y protección de los trabajadores, puede convertir esa

«desafiliación social» de la que hablaba Castel en un mal generalizado e inherente factor de identidad de nuestra vida colectiva. El propio debate sobre la escandalosa figura de los *mini-jobs* vuelve de hecho a confirmar uno de los grandes peligros contra los que nunca dejó de advertir Castel: el proceso de *miserabilización* del estatuto salarial, cuando la experiencia contemporánea lo había transformado en una fuente de la individualización, la conquista de la autonomía y la garantía de esa propia ciudadanía social de la que hablaba Marshall.

Dentro de este inciso en la realidad concreta española se podría compartir, por qué no, la tesis de algunos liberales (predicada también por ciertos socialdemócratas) según la cual la mejor política social es la que consiste en la creación de empleo y limita la dependencia de los individuos respecto a los subsidios del Estado. Esto, claro está, si no adoleciese de una enorme cojera argumentativa: se entiende mal cómo se puede hablar de la dimensión social de la prioridad dada a la creación de empleo, cuando la total desregularización del mercado laboral y de las condiciones de contratación convierten el trabajo en una mera mercancía, despojándolo de esas funciones de integración e inserción garantizada por el propio carácter protector de la *propiedad social* del trabajo. En ese sentido, si *Les metamorphoses de la question sociale* fue un recorrido por la evolución y crisis de la sociedad salarial francesa, no cabe duda que su relectura hoy convierte dicho ensayo en una especie de profecía sobre en lo que se ha ido convirtiendo la sociedad del trabajo en nuestro país.

### **El seminario**

A su condición de teórico social y ensayista, se sumó también desde principios de los años 90 la de Director de Estudios en l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, donde dirigió del Centre d'Etudes sur les Mouvements Sociaux del CNRS. Si se me permite la precisión, tuve el privilegio de asistir a sus seminarios, donde impartía precisamente un curso magistral sobre la historia de la cuestión social en Francia. Aunque parezca frívolo decirlo, el seminario de Robert Castel se convirtió en una de las «estrellas» entre los créditos que se impartían en la Escuela y ejerció una profunda influencia en muchos de los futuros sociólogos e investigadores que habían empezado a interesarse por los problemas de desestructuración que llevaban sacudiendo a Francia desde los 80.

A su seminario también asistían muchos trabajadores sociales, animadores socioculturales, educadores de calle y técnicos de integración comunitaria y sociolaboral en búsqueda de una mejora de su formación teórica. La presencia de todos aquellos profesionales de la intervención social permitió que se

contrastase por momentos la distancia entre teoría y praxis dentro de la vida social. Se trataba de profesionales con más o menos tabla en los barrios y los colectivos más desfavorecidos y azotados por la crisis económica y el desempleo. Lo que hizo que durante los turnos de palabra tras la exposición de Castel se combinaran preguntas y reflexiones tanto de carácter intelectual, de quienes nos dirigíamos hacia la investigación, como profesional de quienes tenían que lidiar con colectivos y realidades concretos y tangibles, a menudo con metodologías de intervención social obsoletas o lastradas por sistemas normativos de enorme incoherencia, regulaciones legales rígidas y una pesada maquinaria burocrática muy al estilo francés.

Hay que puntualizar que aquellos años coincidieron con sendos debates sobre el perfil profesional del trabajador social, muy desdibujado y enfrentado a problemas para los que a menudo se carecía de respuesta, a pesar del proceso de modernización institucional que conllevó la descentralización de las políticas sociales y de las propias políticas activas de empleo al ámbito local. La figura del «quartier» o «problèmes de quartiers» tuvo un lugar central en los propios planes estratégicos de esas políticas sociales «de proximidad». Pero también un carácter estigmatizador. Muchos trabajadores de este sector desertaron de hecho las temibles *Banlieux* en pro de destinos más «honorables» y menos conflictivos, en los que desarrollar tareas burocráticas y asistenciales de nivel gerencial y *menor* calado social. Esto si se tiene en cuenta que *lo social* quedó cada vez más vinculado a *lo problemático* que al derecho y las políticas de justicia redistributiva. Bueno es recordar que el etiquetamiento del pobre y del perdedor como único responsable de su situación respondió a un discurso ideológico que impregnó incluso al propio mundo del trabajo social. Una ofensiva neoliberal contra los parados a la que Robert Castel quiso siempre hacer frente con no poca indignación y cólera.

La discusión sobre el desconcierto de los trabajadores sociales ante problemáticas y demandas que resultaban nuevas y generadas por la propia crisis de la sociedad salarial, se hizo extensivo de hecho al propio sistema educativo. Muchos docentes, en el pasado arropados por las inercias de una vida escolar pública centralista y autoritaria, vieron como se les caía encima cada uno de los problemas sociales conllevados por la crisis económica y urbana, la desestructuración de un tejido social zarandeando por las desigualdades, la exclusión y la marginación y la rabia de un alumnado sin expectativas de futuro, condenado al paro o al subempleo. Aquellos «no investigadores», sino gentes de terreno, encontraron en el seminario de Robert Castel elementos que les ayudaron a *inteligibilizar* muchos de las problemáticas sociales a las que se enfrentaban, aunque sólo fuese en un plano teórico, político e intelectual. Los aspectos prácticos de respuesta a esos mismos males correspondían al propio ámbito del trabajo social. Castel entendía que la «Sociología Críti-

ca» en la que se había inscrito toda su vida solo podía dar elementos intelectuales de contestación ante la realidad social, pero que la acción y los procesos de cambio recaían sobre los propios actores institucionales, políticos y sociales.

*Les metamorphoses de la question sociale* consolidó su nueva trayectoria y desde la segunda mitad de los 90 hasta nuestro días mantuvo viva y radicalizó su principal tesis: los avatares de un proceso de «desafiliación» de un número cada vez más importante de individuos que, al verse excluidos del mundo del trabajo o reclusos en la periferia de la precariedad y la asiaticización salarial, iban perdiendo su condición de verdaderos ciudadanos.

### **La voluntad política frente al mercado**

Al igual que muchos otros teóricos, Castel evitó caer en una idealización nostálgica de las *Trente Glorieuses*, al considerar que habían sido en realidad una «excepción» en la historia económica que contrastaba con las perpetuas crisis cíclicas y tendencias autodestructivas del capitalismo. Recordar así que Robert Castel apeló contra los obsesivos debates sobre el crecimiento económico como único medio para retornar al pleno empleo y restituir los vínculos sociales y la cohesión a los que había dado lugar la sociedad salarial. Si el crecimiento económico era una condición del empleo, no se revelaba ni como la única, ni la principal. La verdadera respuesta estaba para Castel en la voluntad política. Lo que, dicho sea de paso, pare una invitación a echar una mirada crítica sobre las actuales legislaciones laborales, menos deudoras de indicadores coyunturales como de una opción y ofensiva ideológica que ya ni siquiera se toma la molestia de camuflarse detrás de grandes datos económicos que podrían justificar las peores medidas. Nuestro país y la obscena reforma laboral llevada a cabo por el gobierno más reaccionario que ha conocido España desde la transición, informa a la perfección y ejemplifica no sólo dicha ofensiva ideológica sino también la total subordinación del poder político a los intereses patronales.

Castel nunca creyó seriamente que no se tuviese que repensar las condiciones de la actividad salarial y de la organización del trabajo, más todavía en una economía mundializada, donde los factores de movilidad se tornaban cada vez más centrales en el mundo empresarial y laboral y en el que las viejas nociones de «estabilidad» habían quedado vaciadas de gran parte de su significado y sentido. Pero también fue uno de los que hicieron la debida distinción entre la flexibilidad exigida por unas relaciones sociales y económicas en constante mutación, sobre todo a raíz de los cambios estructurales generados por las revoluciones tecnológicas y la sociedad de la información, y la precarización

pura y simple como principio básico de la sociedad salarial. De ahí la importancia nuclear que tenía para él la concepción misma del trabajo como «propiedad social» y el propio control por parte del Estado de los efectos devastadores que el mercado estaba teniendo sobre la sociedad del trabajo.

En los últimos años Castel prosiguió con interesantes reflexiones sobre los sistemas de inseguridad social e incertidumbre que se habían apoderado de la sociedad francesa y del mundo occidental en general, acercándose a la realidad de los jóvenes más desheredados y confinados en la periferia. Lo que le llevó a numerosas intervenciones públicas y mediáticas sobre esta cuestión, denunciando en muchos casos la demagogia de Sarkozy respecto a la violencia en las famosas *Banlieux Rouges* y que según Castel no dejaba de convertirse en la respuesta de una juventud azotada por el desempleo, la exclusión social, el racismo, la xenofobia y la falta de futuro.

### **Un último compromiso desde la izquierda**

Hombre de izquierdas, Castel no se identificaba sin embargo con las nuevas corrientes radicales surgidas en medio de la crisis económica y en alternativa a la auto-parálisis de la izquierda tradicional. Se consideraba un «reformista», aunque su concepción de la socialdemocracia nada tuviese que ver con lo que por tal entienden los actuales monigotes de los Partidos Socialistas europeos. A pesar de su proximidad intelectual y personal, también discrepaba de Bourdieu, cada vez más radicalizado y que en vida tuvo a bien de indiferenciar entre las políticas del neogaullismo y el sarkozismo y las del Partido Socialista.

Es cierto que esa postura socialdemócrata y reformista de Castel le dio a veces un lado un tanto incongruente a la fidelidad que le profesaba a Bourdieu. Hay que precisar que Castel puso muy en cuestión ciertas percepciones de la figura de su viejo compañero de viaje, casi siempre percibido como uno de los grandes representantes del pesimismo social. Su enorme crítica hacia las estructuras de poder, materiales o simbólicas, pero también su escepticismo sobre la posibilidad de erradicarlas en el inmediato presente, hizo que se le viese en efecto como tal. Durante los años posteriores a la muerte de Bourdieu, en medio de los debates y coloquios que sobre su pensamiento en Francia, Castel recordó que ese pesimismo social que se le atribuía no era en realidad tan pronunciado como algunos pretendían. Es más, su conciencia de la fuerza del poder era equivalente a la de su confianza en los movimientos sociales no violentos con los que se comprometió en los últimos años de su vida: entre ellos el grupo ATTAC y los movimientos *alter* mundialización. Lo que condujo a Castel a pensar que el radicalismo intelectual y sociológico de Bourdieu se combinaba con un compromiso político mucho más reformista

que el que él mismo quería reconocer. Bourdieu no era en efecto un «revolucionario», sino un heredero de esa tradición «reformista» de la que el Estado y los valores republicanos habían sido los depositarios. Más que un marxista o un estructuralista, Bourdieu fue ante todo y por encima de todo un convencido republicano de izquierdas. Apellido que podría sorprender a algunos a la vista de la hostilidad que desde esa propia izquierda le profesó a los sucesivos representantes y candidatos del Partido Socialista. Bourdieu fue en efecto un símbolo de la gran decepción que acabó llevándose un sector de la *intelligentsia* francesa ante Mitterrand por su cambio de rumbo. Muchos de aquellos intelectuales «radicales» juraron en efecto no perdonarle jamás al dirigente socialista haber firmado el Tratado de Maastricht en 1993, año maldito y preámbulo de la progresiva destrucción de una cultura política europea que había hecho del Estado-Nación el verdadero garante de la defensa de la democracia, la justicia y la protección social. Muy a pesar de su aparente moderación, más relacionada con sus formas que con el fondo de las cuestiones, Robert Castel permaneció sin embargo como un bourdieuniano *avant la lettre*, sobre todo en la medida que se mantuvo radicalmente fiel a ese espíritu crítico que Bourdieu y él mismo le habían otorgado a la teoría sociológica durante aquellos lejanos años del Post-Mayo del 68.

Durante las elecciones presidenciales del 2012 Robert Castel apostó de forma pública por François Hollande bajo la ingenua ilusión de que se estaban volviendo a restablecer las fronteras entre la izquierda y la derecha. Las políticas reaccionarias de Sarkozy contribuyeron a un «miraje» del que ni siquiera se percató el propio Castel: en el momento que son redactadas estas líneas, Hollande está a punto de sellar un Pacto para el Empleo que, a la vista de lo moderado que se está mostrando el mundo patronal francés (echado al monte tras la implantación de la jornada laboral de 35 horas) y la nada indisimulada predisposición de la derecha parlamentaria a apoyarlo, parece anunciar malos augurios. Aquí es obvio que esa voluntad política de la que hablaba Castel, sobre todo frente a los mercados y a quienes sueñan con vernos convertidos en «una China europea», no parece manifestarse en el actual inquilino del Elíseo. De ahí que por el momento solo nos quede lamentar un presente en el que la izquierda mucho le ladra al neoliberalismo cuando está en la oposición, pero poco le muerde cuando ocupa el poder. Pero sobre todo, llorar la desaparición de un sociólogo cuya gran estatura humana e intelectual le hicieron tener una visión profundamente crítica de la realidad social que le rodeaba. Sin bien, aun a las puertas de la muerte y de la ceremonia de los adioses a la que esta obliga, Robert Castel tuvo un último suspiro de esperanza.

## Bibliografía de Robert Castel

- Le psychanalisme: l'ordre psychanalytique et le pouvoir*, Editions Maspéro, París (1973).
- L'ordre psychiatrique*, Editions de Minuit, París (1977).
- La gestión des risques*, Editions de Minuit, París (1981).
- La société psychiatrique avancée*, Grasset, París (1979).
- Les metamorphoses de la question sociale. Une chronique su salariat*, Fayard, París (1995).
- Propriété privée, propriété sociale, propriété de soi* (en colaboración con Claudine Haroche) Fayard, París (2001).
- L'Insécurité sociales. Qu'est-ce qu'être protégé?*, Editions du Seuil, París (2003).
- La discrimination négative*, La République des idées/Seuil, París (2007).
- Nous avons quelque chose à vous dire...Paroles des jeunes des quartiers* (en colaboración con Jean Louis Riffers), L' Harmattan, París (2010).





## RESEÑA

### PASADO Y PRESENTE DEL SOBERANO

GIAIME PALA

Joaquín Miras y Joan Tafalla, *La izquierda como problema*, El Viejo Topo, Mataró, 2013.

A la hora de presentar el primero de los volúmenes que recogían sus «Panfletos y materiales», Manuel Sacristán se curó en salud de dar una definición de estos dos géneros literarios: «*No es difícil distinguir entre un material y un panfleto, aunque traten de lo mismo. El panfleto no se escribe para la gente de uno, a diferencia del material, sino para llamar la atención de otros círculos que se considera interesantes*». El filósofo madrileño basaba su definición sobre los diferentes destinatarios a los que iban dirigidos ambos tipos de escritos. En este caso, el «material» era considerado como un texto concebido con vista a ser «*utilizado en el curso de una discusión determinada por gente a la que uno conoce, mejor o peor; o bien en una escuela de partido; en todo caso, por personas*

*de un ambiente determinado y con las que el que escribe se comunica bastante fácilmente, por obra de cierta afinidad*». Con todo, el destinatario no era la única característica que delineaba un «material». También lo era su extensión, más bien breve, y su voluntad de debatir sobre la actualidad para tratar de incidir, o cuando menos de participar, en la batalla política inmediata.

Valga este preámbulo para introducir *La izquierda como problema*, un librito (105 páginas) cuyo propósito es articular una reflexión sobre los problemas de España y la izquierda española y cuyos autores, Joaquín Miras y Joan Tafalla, definen precisamente como «material». Con razón, añadiría yo, porque desde las primeras páginas es evidente su deseo de discutir con un ambiente determinado, la izquierda, con la que ellos comunican –por decirlo nuevamente con Sacristán– «*bastante fácilmente,*

177

*por obra de cierta afinidad*». Empecemos por este último elemento, la afinidad. Miras y Tafalla son dos experimentados luchadores de la izquierda catalana cuya militancia inició en el PSUC clandestino. Después de la implosión de este partido a principios de los ochenta, desempeñaron durante años un papel destacado en la creación y despliegue del Partit dels Comunistes de Catalunya y en la asociación «Espai Marx». Además de activistas, han dedicado una parte importante de su tiempo al estudio y la reflexión: Joaquín Miras ha publicado numerosos trabajos sobre figuras como Pasolini, Lúkacs, Gramsci, Arthur Rosenberg o Francisco de Vitoria, además de un libro (*Repensar la política, refundar la izquierda*, El Viejo Topo, 2002) que seguramente no tuvo toda la repercusión que se merecía; y Joan Tafalla se ha dedicado al estudio de la Revolución Francesa (recordemos su *Atlas histórico de la Revolución Francesa*, redactado junto a Irene Castells y editado por Síntesis en 2011) y de la historia de la tradición emancipatoria. Como se puede constatar, pues, los autores se han movido tanto en el ámbito de la acción como en el del pensamiento; y, más en concreto, su manera de pensar políticamente el presente ha tratado de fundamentarse en el análisis de la historia. Remarco este punto porque es evidente, a lo largo del libro, la voluntad de presentar la penosa situación que vive hoy España como fruto de los errores cometidos por su «clase dirigente» a partir de la Transición a la democracia. Aún sin dedicar un capítulo *ad*

*hoc* a la historia reciente, el lector percibe que la causa de la crisis socioeconómica y moral que vive el país no puede identificarse con el terremoto financiero estallado en Estados Unidos en 2008, sino que la crisis es, en sí, el epifenómeno más evidente del desgaste de un modelo socioeconómico y político de país que nació tras el fin de la dictadura franquista.

Por de pronto, el desgaste de un modelo político. Son cada vez más numerosas las señales de dificultad que muestran los partidos, instituciones y magistraturas para conservar la autoridad social de la que han gozado hasta ahora a causa de una corrupción que los ha «devorado» (p. 22). El contacto entre el poder económico-financiero y el poder político se fue convirtiendo en una suerte de simbiosis dentro de la cual los sobornos, la colocación de miembros de partidos en los consejos de administración de las cajas de ahorro y fenómenos como el de la «puerta giratoria» llegaron a ser moneda corriente. Con todo, y visto desde una perspectiva de izquierda, el problema es particularmente grave porque ha afectado –seguramente en menor grado pero también– a los dos principales sindicatos y a la misma Izquierda Unida, en cuyos aparatos prosperaron dirigentes que pagaron cuotas de militantes ficticios para ganar congresos y que hicieron de la autopropetucción en el cargo su norte político. En fin, una forma de corrupción moral igual de intolerable que la económica y que contrasta, como deta-

llaré más adelante, con la nueva manera de hacer política que Miras y Tafalla reclaman a una izquierda consecuente.

Sin embargo, y como he dicho más arriba, asistimos también al progresivo desgaste de todo un modelo socioeconómico auspiciado desde los años ochenta por el PP y el PSOE y que pretendía asegurar a la población trabajo y servicios sociales de calidad (educación, sanidad, pensiones, etc.) a través de una estructura productiva basada fundamentalmente en el sector terciario, el turismo y la construcción. La causa de ello no sólo tiene que ver, como no se cansan de repetir los medios de comunicación, con la corrupción política, sino también con las decisiones que los distintos gobiernos del país tomaron legalmente y que, aunque no nos guste reconocerlo, fueron aceptadas por la gran mayoría de la población. Me refiero, por supuesto, al ingreso de España en el Mercado Único Europeo en 1986 y a la aún más calamitosa decisión del PSOE de ratificar en 1992 el Acuerdo de Unión Monetaria. Para tener una visión de conjunto acerca de estas cuestiones, el lector puede leer en este mismo número de *mientras tanto* el documentado ensayo de Sergio Gálvez Biesca. Aquí baste con recordar, como hacen Miras y Tafalla, que el precio que tuvo que pagar España para entrar en la Comunidad Económica Europea fue enorme: desmantelamiento de un parte notable de la industria competitiva, conformidad con una política agraria comunitaria de carácter oligopólico,

pérdida de soberanía política y aceptación de parámetros económicos neoliberales (los del Tratado de Maastricht) que convierten el euro en una moneda fundamentada en un sistema muy parecido al viejo «patrón-oro». El resultado final ha sido la creación de una Unión Europea (UE) oligárquica y sin apenas división de poderes, en la que el «centro» (Alemania y sus países adláteres) domina sobre la «periferia» (los denominados PIIGS) en virtud de una arquitectura económico-institucional que le es favorable y a la fijación del tipo de cambio, que ha permitido a los alemanes solucionar el histórico problema de la apreciación del marco a causa del empuje exportador de sus empresas. En definitiva, asistimos al fracaso del principal objetivo por el que se crearon tanto la UE como la moneda única: impedir que Alemania hegemonizara políticamente a todo el continente. Y lo que es peor, no se ha producido aquella convergencia económica de los países de la Unión que tanto sirvió para vender el «sueño europeo» a los ciudadanos de los países del sur.

Es en este contexto de crisis europea y, en el caso de España, de descomposición social, que Miras y Tafalla se muestran sorprendidos por el europeísmo del que aún hace gala una buena parte de la izquierda española y por su negativa a recuperar soberanía (*ergo*, democracia) como paso insuficiente pero esencial para avanzar hacia un proyecto de sociedad más libre y justa. Al respecto, los dos autores son explícitos: «*no existe so-*

*beranía posible dentro de la UE»* (p. 37). La ruptura con la UE, y aún más con una moneda única insostenible para España y basada en tratados que impiden que las instituciones públicas puedan siquiera imaginar una política industrial inteligente y ecológicamente sostenible, es condición *sine qua non* para concretar un programa político que no sea meramente desiderativo. Mientras la izquierda siga comportándose como el brazo político del Sindicato de Técnicos de Hacienda, esto es, confiando ingenuamente que la recuperación del dinero del fraude fiscal sea suficiente para realizar un «cambio de modelo productivo» y mantener el Estado de Bienestar tal y como lo hemos conocido, no saldrá de la marginalidad política. Más claro todavía: después de veinte años de «europeísmo crítico» en los que las izquierdas europeas apenas han influido en el funcionamiento de los órganos comunitarios y tras los cuales la unión político-fiscal de la UE ni está ni se le espera, se impone un cambio de rumbo respecto a una estrategia que ya se parece más a una fetiche ideológico que a una visión orgánica y razonada.

Este voluntarismo que la izquierda española muestra con respecto a la UE, Miras y Tafalla la detectan también en la difusa creencia según la cual el régimen político nacido en los años de la Transición estaría a punto de desmoronarse. En efecto, surgen por doquier iniciativas y movimientos que pregonan la necesidad de una «segunda transición» que facilite la

superación de un sistema político incapaz de resolver los graves problemas de la ciudadanía. El fin es ciertamente loable e ineludible, pero los autores creen –y me parece que con acierto– que estos movimientos confunden su hiperactivismo con la realidad social del país, y que no han superado todavía una óptica vanguardista que les impide ver que un proceso de ruptura política real precisa de la participación de millones de personas. Sólo a través de la implicación del pueblo, del «Soberano» (tal y como lo definen Miras y Tafalla) será posible semejante proceso. Es evidente, por lo tanto, que los grupos políticos y movimientos sociales tienen que abandonar su tendencia a presentar al Soberano programas sociopolíticos precocinados y que, por el contrario, han de volcarse en la tarea de trabajar con él para engendrar una nueva cultura política y de vida, un nuevo *ethos*, una nueva comunidad sustantivamente democrática que hoy no existen. De lo que se trata es de ayudar al Soberano a organizarse, a ser un sujeto consciente de sus derechos y de que puede transformarse en «*voluntad organizada*», generadora de una renovada manera de hacer política que otorgue todo el protagonismo a los ciudadanos:

Nadie sino el Pueblo puede hablar en nombre del Pueblo. En este principio se basa la Democracia. Y el Pueblo, el Soberano, o existe como realidad organizada, deliberante y activa, o es un recurso literario para justificar opciones políticas particulares [...] Sobera-

nía es poder real, poder sustantivo que posibilita que quien desea un objetivo político, un fin, un proyecto, tiene, a la par de la voluntad de desearlo, la fuerza para realizarlo. Esa fuerza que dé eficacia a la voluntad del Pueblo sólo puede proceder de la propia organización del Pueblo como agente activo para desarrollar su praxis, y para crear y controlar desde su vida cotidiana la actividad que produce y reproduce la sociedad. (pp. 60-61).

De ahí que todo cambio sociopolítico que quiera ser viable y duradero es posible sólo en caso de que sea elaborado y respaldado por millones de personas que hayan metabolizado una nueva de manera de vivir y de actuar políticamente por completo alejadas de la atomización social de hoy día. Dicho con otras palabras, aquel cambio sociopolítico debe y deberá nutrirse de un cambio antropológico de masas. Va de suyo que este planteamiento –deudor del legado de pensadores tan originales como Castoriadis, Lukács, E.P. Thompson, A. Rosenberg y Gramsci– exige a los activistas y militantes un trabajo capilar y paciente con la ciudadanía, que no se proponga ninguna (imposible, de momento) toma del poder y que penetre en los espacios políticos, culturales y laborales que ofrece la sociedad para construir, entre todos, un Soberano que ejerza plenamente su soberanía y dé vida a una auténtica democracia. En suma, Miras y Tafalla sugieren que nos concentremos en nuestro método de trabajo

político y en visualizar correctamente al sujeto de un posible cambio social antes que en el resultado final de nuestras luchas. Como ambos han afirmado en una entrevista para el número de junio de *El Viejo Topo*, «ahora lo que toca es asumir que alguien –«álguienes»– ha de ser estiércol que abone en silencio la realidad social, para que haya futuro. Ser estiércol hoy, tal como escribía Antonio Gramsci. Fuera de esta tarea todo nos parece vanidad». Así las cosas, nos esperan años de esfuerzos tan desabridos como fructíferos; una perspectiva que no entusiasmará a los sempiternos impacientes de las «*autoproclamadas vanguardias*» (p. 34), pero que marca un camino digno de ser explorado.

Concluyo. Me gustaría que estos breves apuntes sirvieran para dejar claro que *La izquierda como problema* es un libro alejado de muchas de las modas que imperan en la izquierda de hoy, sobre todo porque es un libro honesto: los autores no quieren gustar a toda costa al lector ni le intentan seducir mediante la tramposa estrategia de insuflarle autoestima ficticia o proponerle imaginarios de transformación social fácilmente alcanzables. Por citar a Antonio Gramsci, una referencia política bien presente en el libro, Miras y Tafalla saben que para transformar una realidad «*es necesario atraer violentamente la atención sobre el presente*».

Pues eso: no esconder ni esconderse la verdad, por muy dolorosa que sea. Y la verdad en la que ellos creen apunta a un panorama en el que casi todo

está por hacer y no todo es posible si, antes, no se modifican radicalmente hábitos e inercias políticas que han depauperado la praxis de la izquierda española. Asimismo, dicha honestidad intelectual se nota en el estilo directo, claro y –en algunas páginas– contundente con el que exponen su punto de vista. Es bueno que así sea, y, aunque no excluyo la posibilidad de que este tono pueda ser calificado de arrogante por algún lector superficial, me atrevería a decir que es un deber moral que cada uno presente sus argumentos de esta manera en un tiempo de emergencia social como el que vivimos. Es más, una lectura atenta del libro nos indica que lo que ha movido a los dos autores a redactar el libro es precisamente lo contrario: una voluntad de modestia; modestia a la hora de intervenir en el debate sin tener la presunción de ofrecer un programa político y de limitarse a presentar una reflexión dirigida a empujar a los ac-

tivistas a pensar en una alternativa que tendrá que ser el resultado de una dinámica colectiva y plural.

En resumen, estamos ante un «material» político jugoso, brillantemente polémico y que hace honor a aquello de «lo bueno, si breve, dos veces bueno». Un texto que, más que dar respuestas, nos ayuda a formular buenas preguntas, es decir, a crear las condiciones para dar con respuestas correctas a los problemas de nuestro presente. No es poca cosa, la verdad. Es por eso por lo que es de esperar que este libro, cuya lectura recomiendo vivamente, tenga la circulación que se merece, tanto por su valor intrínseco como por representar un valioso antidoto a toda aquella literatura posmoderna que vuelve a abundar en los estantes de las librerías de nuestras ciudades y que, no lo duden, está destinada a someterse rápidamente a la crítica roedora de los ratones.

### **mientrastanto.e**

*Mientras tanto* está publicando un boletín electrónico de periodicidad mensual, quienes deseen suscribirse gratuitamente a *mientrastanto.e* pueden solicitarlo a la dirección siguiente:

**[suscripciones@mientrastanto.org](mailto:suscripciones@mientrastanto.org)**

## CUESTIÓN DE PALABRAS

LUIS GARCÍA MONTERO

### Noche de Lobos

#### 1

Los ojos encendidos por detrás de los muebles.  
La piel una espesura que roza las paredes.  
El lobo de la noche ha llegado a mi casa.  
Sus colmillos se abren y se cierran  
como una campanada de reloj.

Ya estás aquí,  
blanco para dormir en el invierno,  
lento para las sombras que vigilas,  
salvaje por amor a un domicilio  
que huele a soledad y bosque interminable.

Ya está tu lengua aquí.  
Oigo que bebes agua  
en la lluvia que soy.

De la noche que vivo son tus pasos  
como las huellas son de la mañana.

El lobo de la noche  
reconoce su casa.  
Está en mis pies, respira,  
dice que el cielo guarda  
aquella luna que los dos sabemos.

183

2

La noche permanente ha cerrado las calles  
y permanentemente el lobo me acompaña,  
me acompaña.

Hay luz en la oficina  
del director del Banco.

No falles.  
Recorre la ciudad desde la altura  
de un olor a veneno.  
Sube por los tejados imposibles,  
tú que no eres un gato.  
Pisa las escaleras,  
cruza por los salones y por las antesalas,  
humilla en el olvido  
esa pintura abstracta  
que forman los retratos, los padres de la patria  
en lienzos de mirada permanente.  
Llega a la puerta, mide  
el salto inevitable.

Que no te vea,  
que no te oiga,  
que no sospeche  
hasta que estés encima de su miedo.

Alcanza el corazón  
de las tinieblas.  
Muerde.



### 3

El lobo reaparece con un libro en la boca.  
Se sienta y me sorprende la pregunta:  
¿qué es un endecasílabo?  
Ensayo la manera de explicar  
la insondable razón de lo enmarcado.

Es la ciudad nocturna en la ventana,  
el arte de medir en los abismos,  
el cauce cristalino de los ríos,  
el desnudo de un cuerpo entre las sábanas.

Dudoso el lobo insiste en sus preguntas.  
Quiere saber también qué significa  
el compromiso de un poema.

Le hablo del dolor,  
de la lluvia que cae en una despedida,  
del crimen que sucede en las palabras  
que nunca se pronuncian,  
de un ajuste de cuentas  
porque las madrugadas no tienen donde ir  
y hay que encender el fuego que le diga su historia  
a mi rostro mendigo,  
a mi rostro marcado por la ley,  
mi rostro que suplica compañía.

¿Pero el poeta nace  
-me interrumpe- o se hace?

Yo le pregunto al lobo  
si ha nacido o se ha hecho.

Mira en mis ojos, dice,  
el rencor de la noche en que perdí la vida.

No he sido yo, me dice  
el lobo en un paisaje de cadáveres  
como después de una batalla.

Se acerca al silencioso  
director de periódico,  
al banquero que vio su propia muerte  
en un espejo miserable,  
al cuerpo desvalido del ministro.

Con los ojos sin vida está la embajadora,  
con el verbo deshecho el locutor,  
con la sonrisa helada la vicepresidenta.

No he sido yo, me advierte.  
Y no voy a jurarlo...  
Brilla un eco de cólera,  
un resplandor de miedo  
en el agua del río.

Hay demasiado amor en tanto odio,  
demasiado amor roto.  
Quisiera que no vuelva a repetirse.

El lobo se lamenta mientras desaparece.  
Es una despedida. Tú lo sabes,  
Luis García Montero...

Conozco lo que viene de ti mismo.

## CITA

Cuando se persigue el origen de uno cualquiera de los problemas del medio ambiente, salta a la vista una verdad ineludible: las causas radicales de esta crisis no las hallamos en la interacción de hombre y naturaleza, sino en la interacción de los hombres entre sí. Esto es, que para resolver la crisis del medio ambiente hay que dejar resueltos el problema de la pobreza, de la injusticia racial y de la guerra: que la deuda que tenemos contraída con la naturaleza –que es la medida de la crisis ecológica– no pueda ser enjugada persona a persona, usando envases reciclables o poniendo en práctica hábitos ecológicamente sanos, sino que hay liquidarla con la vieja moneda de la justicia social. En suma, que a la paz con la naturaleza debe antecederla una paz entre los hombres.

BARRY COMMONER  
*El círculo que se cierra* (1971)



BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Nombre .....  
Dirección ..... C.P. ....  
Población ..... Provincia.....  
NIF ..... Teléfono .....  
Profesión ..... Ocupación .....

SUSCRIPCIÓN POR 4 NÚMEROS  
DESDE EL PRÓXIMO NÚMERO

- primera suscripción
- renovación

Tarifa:

- España ..... 25 euros
- Europa ..... 35 euros
- Resto del mundo ..... 40 euros

NÚMEROS ATRASADOS QUE SE DESEA RECIBIR

.....  
.....  
Números atrasados hasta el nº 89 (en existencia) ..... 3 euros

SUGERENCIAS

Apartado de Correos 30059, Barcelona

SUSCRIPCIONES

e-mail: [comandes@icariaeditorial.com](mailto:comandes@icariaeditorial.com)

e-mail: [icaria@icariaeditorial.com](mailto:icaria@icariaeditorial.com)

Tel.: (34) 93 301 17 23/26 (Lunes a viernes de 9 a 17 h.)

Fax: (34) 93 295 49 16

Forma de pago:

- Talón adjunto a nombre de Icaria editorial
- Transferencia a la c/c de Icaria editorial n.º 2013 0717 61 0200380950, de la Caja de Ahorros de Cataluña – Girona, 15 – 08010 Barcelona.

Domiciliación bancaria:

lcta. o cc.

n.º \_\_\_\_\_  
entidad            oficina            control            n.º lcta. o c.c.

Visa    N.º tarjeta .....    Fecha de caducidad .....

(Para facilitar la gestión bancaria, le rogamos que rellene cuidadosamente cada casilla con el dígito correspondiente. Consulte con su entidad bancaria sin tiene alguna duda.)

dirección .....

agencia .....

entidad .....

---

### ORDEN DE PAGO

Sr. director del Banco o Caja .....

Dirección .....

Sírvase atender hasta nuevo aviso, y con cargo a mi cuenta, los recibos que le sean presentados por la revista *mientras tanto*.

Titular de la cuenta .....

Dirección .....

Número de la cuenta

Atentamente,

(firma)



